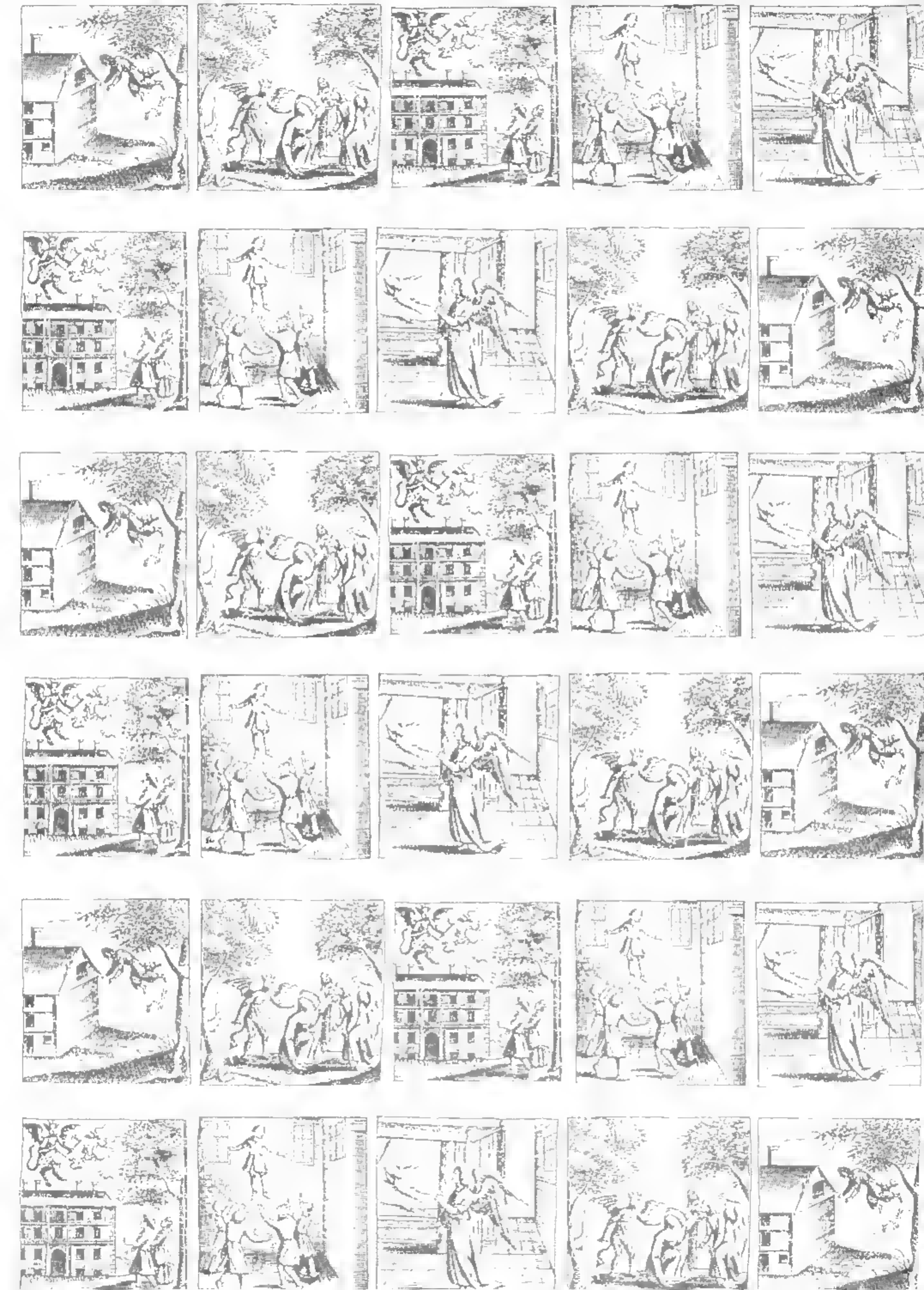
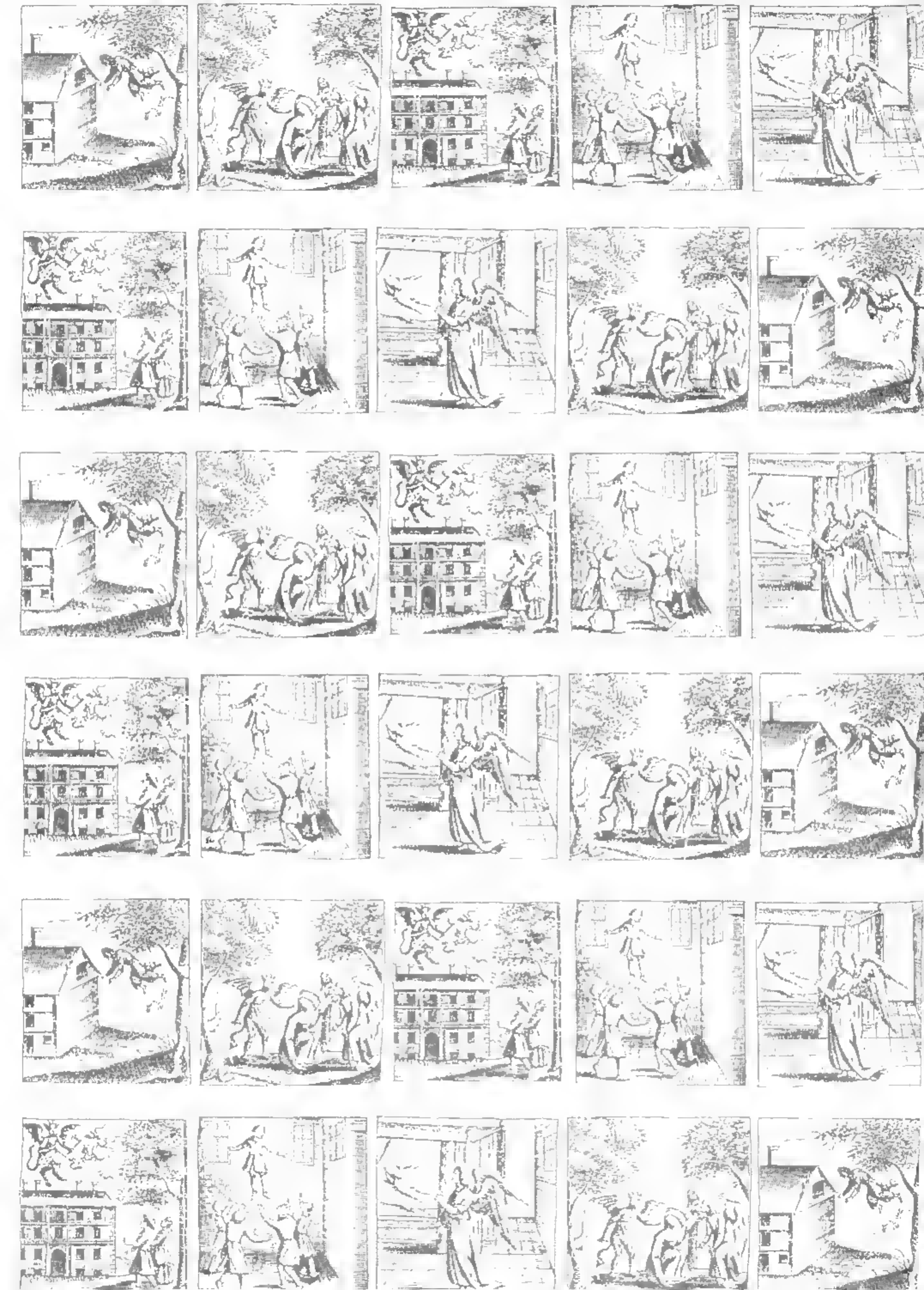
GRANDES ENIGMAS
EL FASCINANTE MUNDO DE LO OCULTO

TOMAS DORESTE



OCEANO





GRANDES ENIGMAS

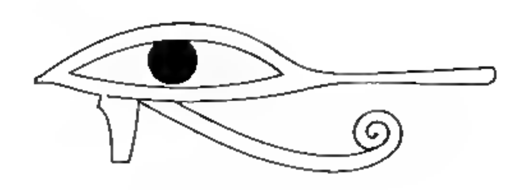
EL FASCINANTE MUNDO DE LO OCULTO

TOMAS DORESTE

GRANDES ENIGMAS
EL FASCINANTE MUNDO DE LO OCULTO

TOMAS DORESTE

2



OCEANO

Es una obra de

OCEANO
GRUPO EDITORIAL

Milanesat, 21-23
EDIFICIO OCEANO
Tel: (93) 280 20 20*
Fax (93) 204 10 73
08017 Barcelona (España)

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84-7764-567-1 (Obra completa)
ISBN 84-7764-569-8 (Volumen II)

Depósito legal: B-16625-95 (My)
Imprime: ALVAGRAF, S.L.
La Llagosta (Barcelona)

INDICE TEMATICO DEL VOLUMEN



TOMO II

TERCERA PARTE

LA RESURRECCIÓN DE LOS FARAONES

LAS MOMIAS HALLADAS EN PERÚ Y CHINA
LAS MOMIAS DE EGIPTO
EL HOMBRE QUE INVENTÓ LAS PIRÁMIDES
LA IMPORTANCIA DE LA GRAN PIRÁMIDE
EL ENIGMA DEL KA DIVINO
EN BUSCA DE UNA CÁMARA PERDIDA
LA LEYENDA DEL FARAÓN KEOPS
¿EXISTE ALGUNA MANERA PARA REGRESAR A LA VIDA?
¿LA REENCARNACIÓN, UNA FORMA DE RESUCITAR?
EL SECRETO DE LA BIOENERGÍA PIRAMIDAL
UN SABER QUE SE FUE PERDIENDO
LA VICTORIA SOBRE EL FRÍO
SEMENTALES Y NIÑOS PROBETA
EL ADN Y EL REGRESO A LA VIDA



CUARTA PARTE

SORPRESAS QUE DEPARA EL MUNDO

RUIDOS DEL CIELO Y DE LA TIERRA
EXTRAÑOS OBJETOS QUE CAEN DEL CIELO
EL ENIGMA DE LOS SERES HALLADOS EN LA ROCA
¿POR QUÉ SE SUICIDAN LOS ANIMALES?
ENIGMAS DE LA CHINA MILENARIA
LOS DOS ENIGMAS DE NAPOLEÓN
EL PRIMER HOMBRE FUE MUJER
GALERÍA DE HECHOS INSÓLITOS
EL ENIGMA DEL REY ARTURO
LAS DESAPARICIONES INEXPLICABLES
SALAMANDRAS Y ANTORCHAS HUMANAS



LA RESURRECCIÓN DE LOS FARAONES

LAS MOMIAS HALLADAS EN PERÚ Y CHINA

Trescientos kilómetros al sur de la capital de Perú se encuentra la región más extraordinaria del continente sudamericano. Ahí está la meseta rocosa de Nazca, sede de las líneas misteriosas que hicieron pensar en pistas de aterrizaje para naves venidas antaño del cosmos. Otra versión, menos fantástica, sugiere que se trata de gigantescos calendarios, puesto que las líneas señalan a determinadas estrellas.

Frente a la bahía de Pisco existe el enorme candelabro de tres brazos, dibujado en la ladera de una colina que mira al mar, que nadie sabe quién lo trazó ni con qué propósito. ¿Sirvió antaño como faro para quienes llegaron navegando desde el oeste? En el extremo sur de esa bahía de Pisco está la península de Paracas, rica en cuevas. En una de ellas se descubrió, en años pasados, unas momias que databan del siglo V a.C., que se conservan todas en bastante buen estado, gracias a la sequedad del desierto contiguo.

Lo más curioso de los seres momificados, acaso miembros de la nobleza, es que tienen los cabellos rojizos —lo que demuestra que no pertenecen a los pueblos nómadas venidos de Siberia por el estrecho de Behring— y están sentados. Como si estuviesen en espera de levantarse al escuchar una señal y salir corriendo a disfrutar de nuevo los goces de la vida.



Los antiguos peruanos enterraban a veces a los difuntos dentro de huacas — que significa lo mismo recipiente que tumba— en postura fetal. El clima seco ayudaba a conservar los cuerpos.

Un reciente descubrimiento, más al sur

Más sorprendente iba a ser el hallazgo realizado en el verano de 1985 en las proximidades de Arica, poblado cercano a la frontera entre Chile y Perú, situado a 2.000 kilómetros de Santiago de Chile. Un grupo de arqueólogos chilenos y norteamericanos —Arica pertenece a Chile— se había reunido en este lugar de la provincia de Tarapacá, ocupado en su mayor parte por el salar —o desierto— de Pintados, para descifrar un misterio que parecía datar del año 5000 antes de la era cristiana.

Eran 96 las momias, preparadas para su conservación eterna mucho tiempo antes de que a los egipcios se les



ocurriera preservar de la descomposición los cuerpos sin vida de los faraones. El casi centenar de momias había sido remitido, con sumo cuidado, a la Facultad de Medicina de la universidad de Tarapacá, donde el patólogo norteamericano Marvin Allison analizaría los restos. Según reveló más tarde, la técnica utilizada para conservar los cuerpos era muy anterior a la practicada por los embalsamadores del Egipto antiguo y también más completa.

En Arica, cerca de la frontera entre Chile y Perú, se encontraron 96 momias embalsamadas mediante una técnica más avanzada que la del Egipto antiguo.

La técnica era como sigue: se despojaba al cuerpo de su piel, así como de los grandes músculos, se vaciaban las cavidades y se secaba todo al fuego. Una vez terminada la operación, se rellenaban las cavidades con barro y minerales triturados y se cubría de nuevo el cuerpo con su piel. ¿No recuerda esta singular operación al rito sagrado celebrado en el México precortesiano, no menos de 2,000 años antes de Cristo, en honor de Xipe Totec, el dios desollador? En el curso de la ceremonia era sacrificado un ser, se le despojaba de su piel y un sacerdote la vestía a continuación sobre su propio cuerpo. La ceremonia venía a ser en honor de la primavera.

Recuerda también, esta forma de conservar los cuerpos en el norte de Chile, a la practicada antaño por los purépechas de Michoacán y también, de manera sorprendente, a otra práctica realizada en la India. Los purépechas —más conocidos como tarascos, aunque no sea éste su verdadero nombre— despojaban de su piel el cuerpo de sus soberanos difuntos y lo quemaban. Amasaban sus cenizas con arcilla, para darle forma humana. Cubrían el espantoso muñeco con la piel previamente desprendida, colocaban una máscara sobre el rostro, adornaban la figura resultante con joyas y la trasladaban hasta una yácata, o pirámide construida con lajas, al pie de la cual era enterrado el remedo de difunto.

Quedaba así listo para resucitar cualquier día, quién sabe en qué condiciones, igual que debía suceder con los cuerpos de Arica. Por los mismos años que los purépechas realizaban tan singular operación, los japoneses practicaban una ceremonia igualmente curiosa, con el fin de conservar los cuerpos indefinidamente.

Sabían fabricar momias en vida

En el siglo X de nuestra era, los miembros de una secta budista japonesa echaban mano de una técnica inusitada para iniciar la momificación de un individuo, casi siempre perteneciente a esa secta, cuando todavía estaba vivo. Para ello, los budistas *shigonshu* iniciaban al futuro difunto por la vía filosófica, cuando veían que la muerte lo



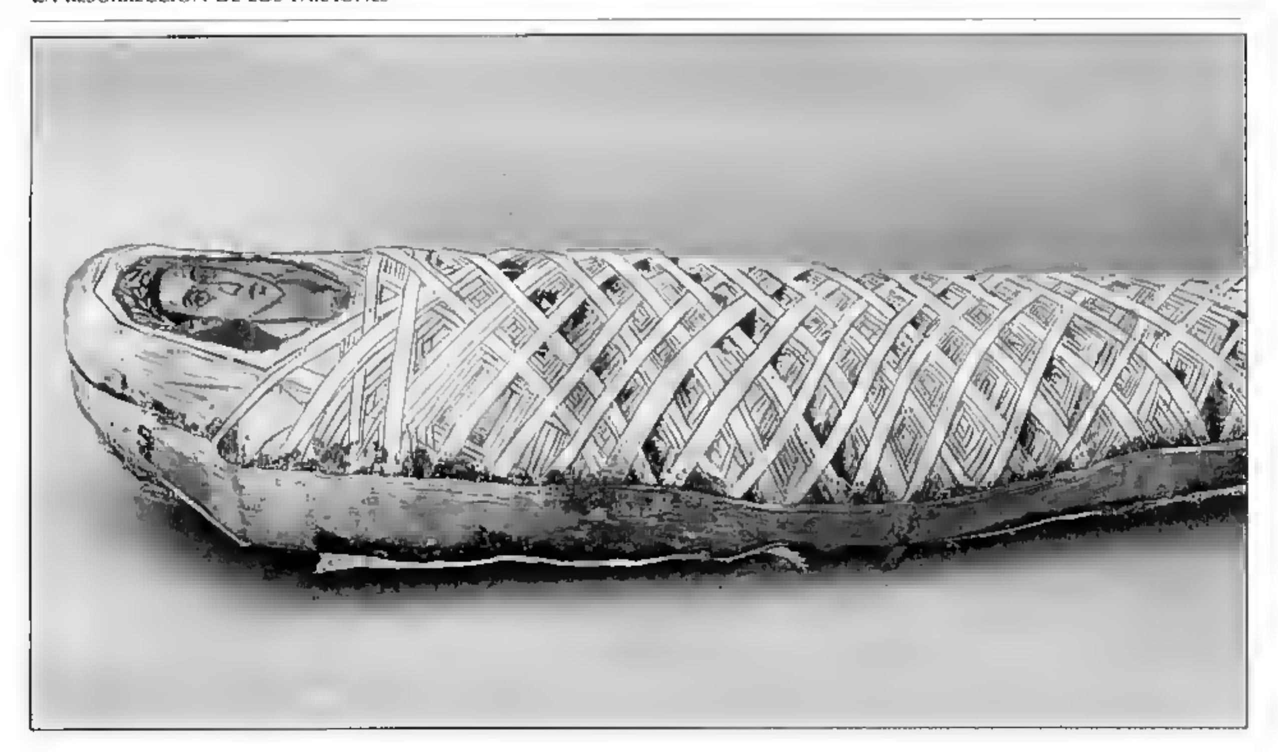
había señalado ya para arrebatarlo al mundo. Le hacían adoptar la postura del Zen hasta alcanzar casi el estado de *nyujo*, o de beatitud profunda.

A continuación, se le sometía a un régimen especial, durante largo tiempo, en el que se eliminaban el arroz, la cebada, la soya, el pescado y la carne. El pobre diablo, que no tenía ya forma de evitar el fatal desenlace ante el trato

Los seres hallados en las tumbas del desierto situado al norte de China sorprendieron al mundo, a raíz de su descubrimiento, debido a la sorprendente conservación de los cuerpos.

que estaba recibiendo, debía pasar de esta dieta a otra aún más pobre, a base de verduras, exclusivamente. No es de extrañar que no tardase en morir, pero de hambre.

Al aproximarse el momento de la muerte, ni el agua podía probar ya. Lo tenía prohibido. De esta manera, se limpiaba su organismo de grasas y de músculos superfluos, que ninguna fal-



ta le iban a hacer, y hasta de microorganismos intestinales. La única solución que le quedaba era morir. El cuerpo era entonces dispuesto dentro de un ataúd de tablas de madera, gruesas de 6 centímetros, y era conducido a un sótano seco, a prueba de humedad. A los seis meses, el difunto se había momificado ya, por los medios naturales, sin haber tenido que practicarle nadie molestas operaciones *post-mortem* de ninguna clase. Decían los miembros de la secta *shigonshu* que el difunto parecía estar dormido y que podría despertar en cualquier momento. Bastaría con darle un ligero golpe en el hombro.

Pero ni en el continente americano, ni en Japón, la conservación de los muertos ha proporcionado tantas sorpresas al explorador como ha sucedido en China. En los últimos años se han realizado en este país hallazgos que mostraron algo fuera de toda duda: los antiguos chinos conocían un secreto asombroso para conservar los cuerpos humanos sin deterioro, a lo largo de los siglos y de los milenios.

A pesar de ello, y tal vez por no haberse descubierto en el pasado, sino en fecha reciente, no lograron los chinos tanto renombre en Occidente, en este terreno, como los sacerdotes egipcios. A los egipcios se regresará más adelante, porque nadie como ellos ha sabido dar notoriedad a sus momias.

A pesar de que los chinos han deparado muchas sorpresas a los exploradores, no han alcanzado en el mundo occidental tanta fama como la lograda por los sacerdotes egipcios, de cuyas momificaciones hay vestigios en los museos más importantes. La foto es de una momia del año III antes de Jesucristo que se encuentra actualmente en el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. En la página siguiente, traje fúnebre hecho para una reina. Los chinos del siglo II a.C. trataban de preservar a los muertos encerrando sus restos en jade y oro, ambos asociados con el yang, principio activo del universo.

Eran difuntos que parecían dormir

En marzo de 1981, un grupo de arqueólogos chinos dirigidos por el profesor Wang-lu hicieron un descubrimiento sensacional en la ciudad perdida de Lu-lan. Este lugar se encuentra en el desierto de Xinjuang, a 50 kilómetros del lecho seco del antiguo lago de Lop Nur, en la provincia noroccidental de Sinkiang que hace frontera con Mongolia y la república soviética de Kazakhstán. El lago está cubierto por la arena desde hace varios miles de años. Antes del año 4000 a.C. la región era verde y estaba surcada por varios ríos, pero se convirtió en desierto casi al mismo tiempo que se formaron el Sahara, el Kalahari, el desierto de Arabia y los de Australia y Afganistán, entre otros.

El hallazgo de Lu-lan venía a probar que, al igual que sucedió en la región nortcafricana, poblada antaño por un pueblo civilizado que criaba ganado y cultivaba las fértiles vegas, vivió en este lugar una nación poseedora de una cultura sumamente avanzada para su tiempo. En una tumba vieja de 60 siglos se encontró el cuerpo de una hermosa

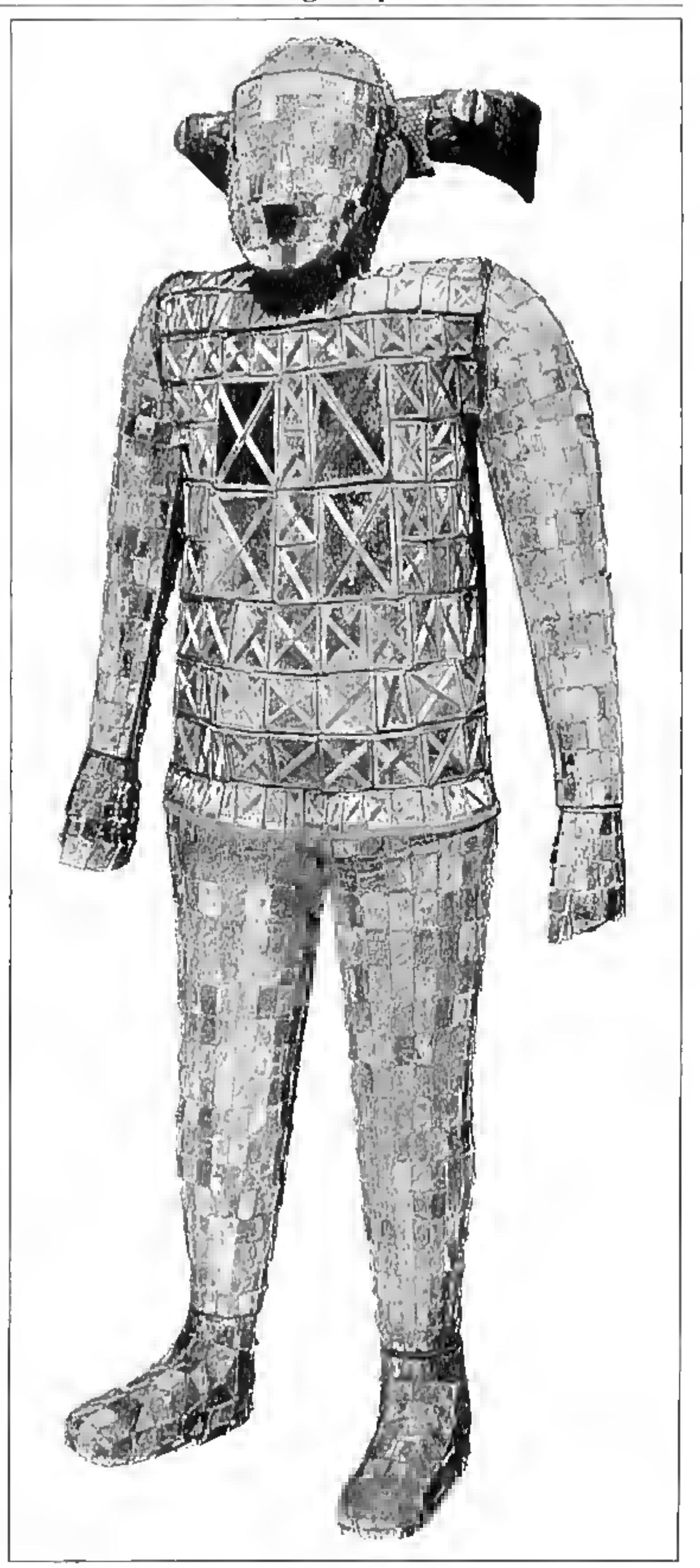
joven, de elevada estatura, que parecía dormida. Cubría su cabeza un sombrero de copa alta y calzaba botas de cuero. El cuerpo estaba envuelto en un lienzo y pieles. Lo más asombroso era que su piel conservaba aún cierta elasticidad, así como los cabellos, que caían hasta los hombros y eran rubios. Se atribuyó su perfecto estado de conservación a la sequedad del desierto y a haber sido cubierto el cuerpo con arena. Pero quienes esto afirmaron no cayeron en la cuenta de que, de haber sido así, el cuerpo se habría deshidratado, convirtiéndose en un objeto seco y arrugado, semejante a una pasa. No había duda en cuanto a que se recurrió a una técnica hoy desconocida por el hombre para lograr que la mujer no se descompusiera con los años.

Nueve años antes, en julio de 1972, otro equipo de arqueólogos, chinos también, había descubierto en las cercanías de Chansha, capital de la provincia de Hunán, al sur del río Yang-tse-kiang, en el sureste del país, la tumba de una princesa de la dinastía Han. Esta dinastía reinó en China durante cuatro siglos, a partir del II a.C., y se distinguió por introducir la religión budista y ciertas costumbres originarias también de la India.

Un hallazgo sorprendió al mundo entero

De este hallazgo, y de ciertas peculiaridades del mismo, iba a enterarse el mundo a partir del 28 de agosto. La prensa dio a conocer la entrevista concedida por Wang Chiu Chiu, de la Academia de Ciencias de Beijing, al profesor Tarao Miyagawa, de la universidad japonesa de Waco, que había visitado la capital china dentro de un convenio de intercambio científico y cultural.

Fue el *Yomuri Shimbum*, de Tokio, el primer periódico que informó sobre la entrevista. El científico chino había declarado que la princesa era un *shi*, término que podría traducirse como «cadáver húmedo». ¿Quería esto decir que existían antecedentes sobre una técnica especializada para conservar los cadáveres? La princesa estaba en tan excelentes condiciones que parecía dormida. Sus tejidos seguían elásticos y el color de sus arterias era casi natural.





La pericia de los embalsamadores egipcios permite reconocer los rasgos de un difunto y hasta imaginar cuál era su expresión, como sucede con Ramsés II, renombrado faraón cuyo cuerpo fue momificado hace hoy más de tres mil años.

Coincidiendo casi con el hallazgo de Changsha, se realizó otro igualmente sorprendente al norte del río Yang-tse-kiang, en las cercanías de Jinzhu, en la provincia de Hu-pei. En esta ocasión, los restos correspondían a un alto funcionario de la corte, también de la dinastía Han. Ambos cuerpos pueden ser admirados en sendos museos de la localidad a donde fueron transportados con sumo cuidado. Y en los dos casos se recurrió a una idéntica técnica de conservación, que prescindía de la ablación de vísceras o músculos y no mataba de hambre a nadie.

Los cuerpos así hallados en China —no se les puede dar el nombre de momias— no sufrieron ningún daño. Se conservaron perfectamente, por la destreza de los embalsamadores tanto como por las condiciones tan especiales de su inhumación.

El difunto había sido colocado por los sacerdotes en una caja de madera de conífera, a prueba de putrefacción, rica en resina con enorme poder bactericida. La resina cubría lentamente el cuerpo y éste aparecía como si hubiera sido enterrado la víspera.

La caja era entonces colocada dentro de otra de madera de cedro, y ambas dentro de una tercera, y también dentro de una cuarta. El conjunto de cuatro cajas integraba el verdadero féretro, que era colocado dentro de otros dos cofres. El cuerpo quedaba así protegido de la acción atmosférica y, para que el aislamiento resultara más completo, se rellenaban los espacios que separaban a una caja de la siguiente con carbón vegetal y caolín. Se cerraba así el paso a la humedad del exterior.

Además, el cuerpo estaba sumergido en un líquido rojo y se encontraba a 20 metros de profundidad, tal vez porque el lugar había sido cubierto por los continuos aluviones del río. Nada se dijo sobre la composición del líquido, ni se permitió a ningún científico extranjero tomar muestras para analizarlo. Se dijo únicamente que las manos de la princesa sostenían una hoja de árbol que despedía un olor penetrante. Puede suponerse que el árbol era la conífera cuya resina sirvió para conservar el cuerpo. ¿Fue colocada la hoja en manos de la princesa por motivos mágicos o religiosos? ¿Poseía algún valor para conservar el cuerpo? ¿Sirvió como distintivo para identificar a la princesa? No se ha podido hallar respuesta a estas preguntas.

LAS MOMIAS DE EGIPTO

Los pueblos antiguos se ocuparon de preparar el cuerpo de los difuntos ilustres, según se ha visto, para que se conservaran por un lapso prolongado. Sólo así, de regresar su alma un día, podría habitar de nuevo la envoltura carnal que había sido en vida morada. Pero, a pesar de ser bastante aceptable la técnica utilizada por los sacerdotes, no lograron obtener resultados tan sorprendentes como los chinos: los cuerpos



reales quedaban convertidos, al paso de los siglos, en momias resecas y arrugadas dentro de unas vendas que no tardaban en resquebrajarse y pudrirse. ¿A quién iba a agradar la idea de resucitar en el futuro convertido en la sombra de lo que fue?

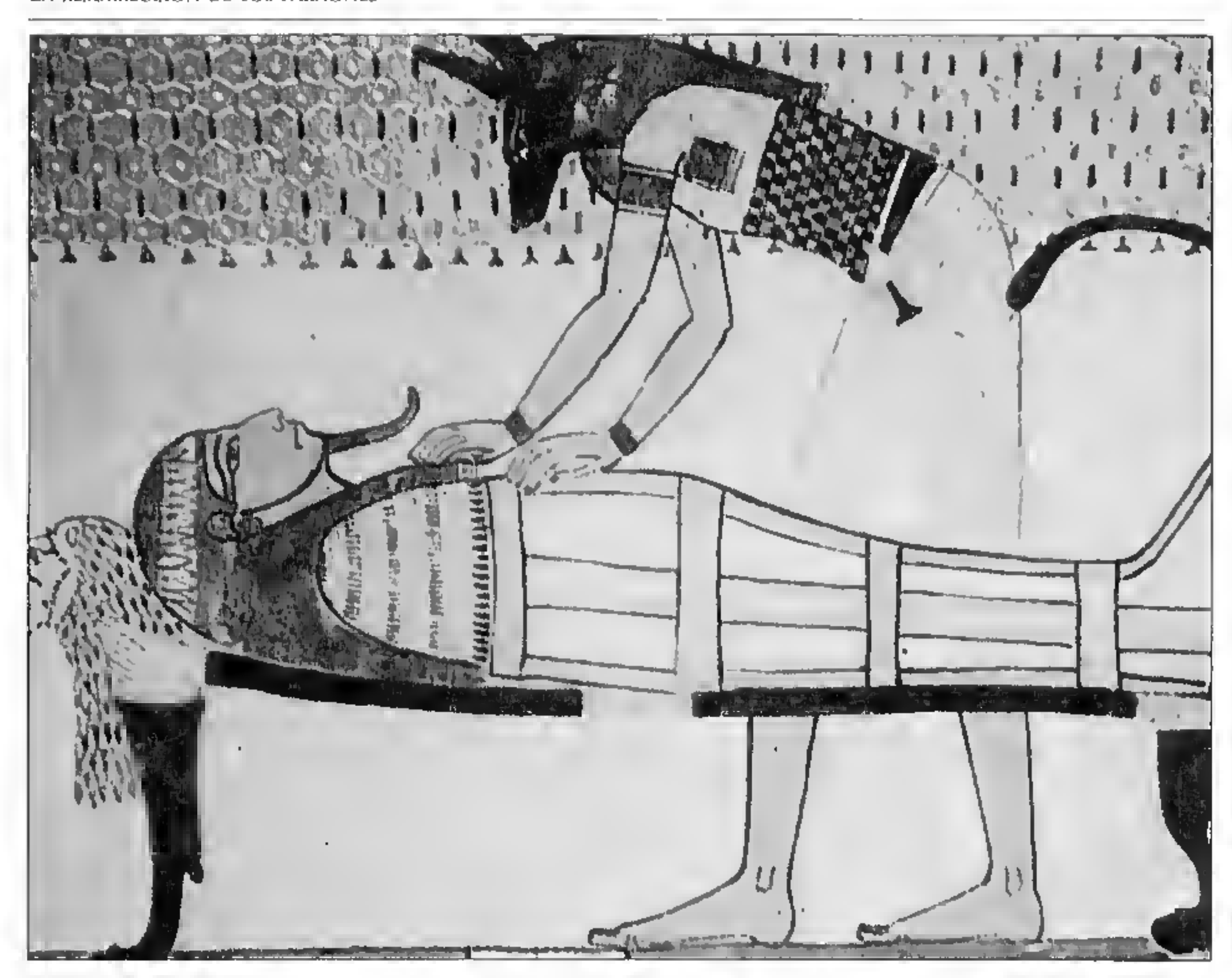
Desde mucho antes de morir, los egipcios trataban de congraciarse con el dios Osiris y solicitaban su protección contra los espíritus malévolos. A su muerte les resultaría más fácil dar fin a la operación frente al pesador de las almas, pero era preciso que su cuerpo hubiera sido embalsamado y que nadie hubiera osado quemarlo o dejarlo a los chacales del desierto.

Hablemos de los ladrones de tumbas

Además de enfrentarse a una conservación deficiente, los faraones difuntos tenían ante sí un gran inconveniente, por culpa de los tesoros con que eran enterrados y que tentaban irremediablemente a los amigos de lo ajeno.

Se gastaban enormes fortunas en las operaciones de conservación de los cuerpos. A cambio de esto, los sacerdotes procuraban eliminar a quienes les impidieran seguir mandando en el país. Fue lo que sucedió con el faraón Akhenaton, quien había cometido el error de crear una nueva religión que pretendía sustituir la adoración de Amón y a otros dioses con cabeza de animal por el culto a Aton, que carecía de forma, como debe ser el verdadero Dios.

Los faraones creían tan firmemente en la otra vida que deseaban ser acompañados por objetos que les habían sido queridos o que pudieran serles de utilidad en el Amenti, o paraíso de los difuntos. Lo malo de aquellos objetos era que poseían un enorme valor. Los ladrones no tardaron en darse cuenta e hicieron



Acaso el dios de la momificación, Anubis, que aquí aparece en un fresco de una tumba de Luxor, haya sido testigo de los robos cometidos en numerosas tumbas egipcias por personajes deshonestos, que entendieron el enorme valor de los objetos que acompañaban el sueño eterno de las supremas autoridades egipcias.

planes para quedarse con todo y venderlo a buen precio. En aquellos tiempos había ya coleccionistas que no ponían peros a los collares, brazaletes, anillos, amuletos, diademas, pectorales y otros objetos de oro con incrustaciones de piedras preciosas. Los ladrones no vacilaron en apoderarse de estos tesoros, aunque ello significara destruir parte de la tumba y aun el cuerpo del difunto.

Realizaron su trabajo de manera tan perfecta que, hasta la fecha, sólo una tumba sin violar ha sido hallada en Egipto: la del joven Tutankamon, descubierta en febrero de 1923 por el egiptólogo británico Howard Carter. Ese faraón, muerto cuando no cumplía aún los veinte años de edad, había sido sobrino y hermanastro de Akhenaton — en la familia eran frecuentes los incestos y se conoce el caso de alguien que casó con su propia nieta—, a quien sucedió en el trono, y su muerte tuvo lugar en circunstancias aún no aclaradas. Pero destaquemos que en esta tumba sucedió algo fuera de lo común.

A pesar de contener numerosas alhajas y objetos de valor incalculable, empezando por el sarcófago de oro macizo, ningún amigo de lo ajeno se atrevió a tocar nada y menos aún llevárselo. Tal vez se debió la actitud temerosa de los saqueadores a cierta maldición que pesaba sobre los que se atrevieran a penetrar en la tumba de Tutankamon.

Con justa razón, los constructores de las tumbas tuvieron que idear diversos dispositivos para evitar los robos y la destrucción de los cuerpos. Perderse los restos de un faraón, una vez arreglado con tanto esmero, equivalía a negar a su dueño la posibilidad de llegar sin problemas al Amenti y, más aún de resucitar algún día. Ni el mismo Osiris podría ayudarlo si el cuerpo sufría daños irreparables.

Se comenzó a recurrir al extremo de matar a los obreros que trabajaron en la



Tal era la suntuosidad de los objetos funerarios que se dejaban en las tumbas egipcias, incluidos los sarcófagos de oro macizo, como el del faraón Tutankamon de la fotografía, que, para evitar la atracción que ejercían en los trabajadores, algunos constructores llegaron al extremo de matarlos al terminarse las obras. No es de extrañar que, conocida esta práctica, nadie quisiera trabajar en la construcción de estos monumentos.

tumba, en cuanto era terminada. No se quería que fueran a cometer alguna indiscreción al calor de las copas o a revelar algún secreto a los ladrones si les pagaban bien. Ser obrero en una tumba era un cargo honroso que nadie quería aceptar.

Artimañas para impedirles el paso

Los arquitectos reales abrieron en las tumbas puertas y pasajes que no conducían a ninguna parte. Otros se llenaban de piedras, para evitar el acceso a la cámara funeraria. Se creaban pistas falsas para desorientar a los intrusos o se abrían pozos para que cayeran los ladrones y se quebraran el cuello. Eran efectivos los pozos, pero sólo para los que penetraban en primer lugar. De todas maneras, la tumba era saqueada por los más hábiles.

Cuando en julio de 1881 fue abierta la tumba del faraón Tutmosis III, que vivió en el siglo XV a.C., los egiptólogos encontraron un espectáculo macabro: los esqueletos de seis ladrones, en el fondo de un pozo. Cayeron a él y murieron de hambre y sed. O de terror, seguros de que la caída había sido provocada por el espíritu del difunto, indignado por el arribo de los intrusos.

A pesar de las muchas celadas ingeniosas, siguieron los robos. En ocasiones, las trampas colocadas para acabar con los saqueadores de hace más de dos mil años a punto estuvieron de resultar fatales para los egiptólogos que explorarían las tumbas a partir del siglo XIX. Fue lo que sucedió, en 1889, con la tumba de Amenemhet III, donde estuvo a punto de perder la vida el británico William Matthew Flinders Petrie.

Cuando este eminente egiptólogo logró entrar, finalmente, hasta la cámara funeraria, siguiendo el camino iniciado por los antiguos ladrones —era tan increíblemente angosto que debió arrastrarse por el suelo polvoriento—, fue para descubrir que no quedaba

nada. Y el saqueo tuvo lugar pocos días después de ser inhumado el faraón. Solamente quedaba un altar cubierto con un centenar de figuras de alabastro. A Flinders Petrie le parecieron exquisitas obras de arte, pero resultaron demasiado pesadas para los ladrones. Ser sorprendidos por los guardianes nocturnos si hacían ruido significaba la muerte inmediata o ser echados a los cocodrilos del Nilo, dispuestos siempre a aceptar lo que fuera.

El misterio de las tumbas vacías

A veces, puesto que la costumbre de saquear las tumbas se había tornado excelente negocio, se recurrió a una artimaña: se enterró a los faraones en lugares ajenos a las tumbas. Fue lo que pudo haber sucedido a Keops, el faraón a quien se atribuye la construcción de la Gran Pirámide, y a su madre la reina Heteferes.

Cuando hallaron la tumba de esta dama, al pie de la mole levantada por su hijo, el sarcófago estaba vacío. Los egiptólogos quedaron perplejos. No estaba la momia real. Aquella tumba era falsa, para sorprender a los ladrones. La verdadera tumba, todavía sin localizar, debió ser instalada en otro sitio. Textos egipcios de los siglos XXII al XVII a.C., decían que los faraones no reposaban ya en los monumentos que les habían sido destinados. Es decir, que numerosas momias faraónicas esperan todavía el momento de ser descubiertas.

Otro ejemplo de ausencia misteriosa de una momia en el sarcófago que se le había asignado lo da el hallazgo hecho, a comienzos de 1986, por el Departamento de Antigüedades Egipcias, con sede en El Cairo. Un equipo de expertos dirigidos por el profesor Sayyed Tawfik encontró el sarcófago de granito rosado, de 24 toneladas de peso, de Nefrenbet, primer ministro de Ramsés, que vivió en el siglo XIV a.C.

Al levantar la pesada tapa, de 7 toneladas, se vino a descubrir que el ataúd estaba vacío. En su parte inferior se observó un orificio, que pudo haber servido para apoderarse los ladrones de las joyas, si acaso joyas hubo en el sarcófago. Imposible para ellos levantar la pesada tapa, así que recurrieron a abrir el orificio. Se llevaron una amarga sorpresa: no había tesoros de ninguna clase dentro, ni la momia de nadie.

La primera de las pirámides egipcias parece haber sido la construida por el genial Imhotep para el faraón Djoser. Era de cuatro niveles y escalonada. Se ignora cuántas fueron las pirámides levantadas por este hombre, pero se sabe que fue un ser excepcional, una especie de Leonardo de Vinci que incursionó provechosamente en todos los terrenos del arte, de la ciencia y de la medicina.

EL HOMBRE QUE INVENTÓ LAS PIRÁMIDES

Mucho antes de aparecer en Egipto las primeras pirámides, durante lo que se ha dado en llamar el periodo predinástico, que duró hasta el año 3000 a.C., enterrar a los muertos era la cosa más sencilla del mundo. Los egipcios no eran aún un pueblo civilizado. Les faltaba mucho por aprender.

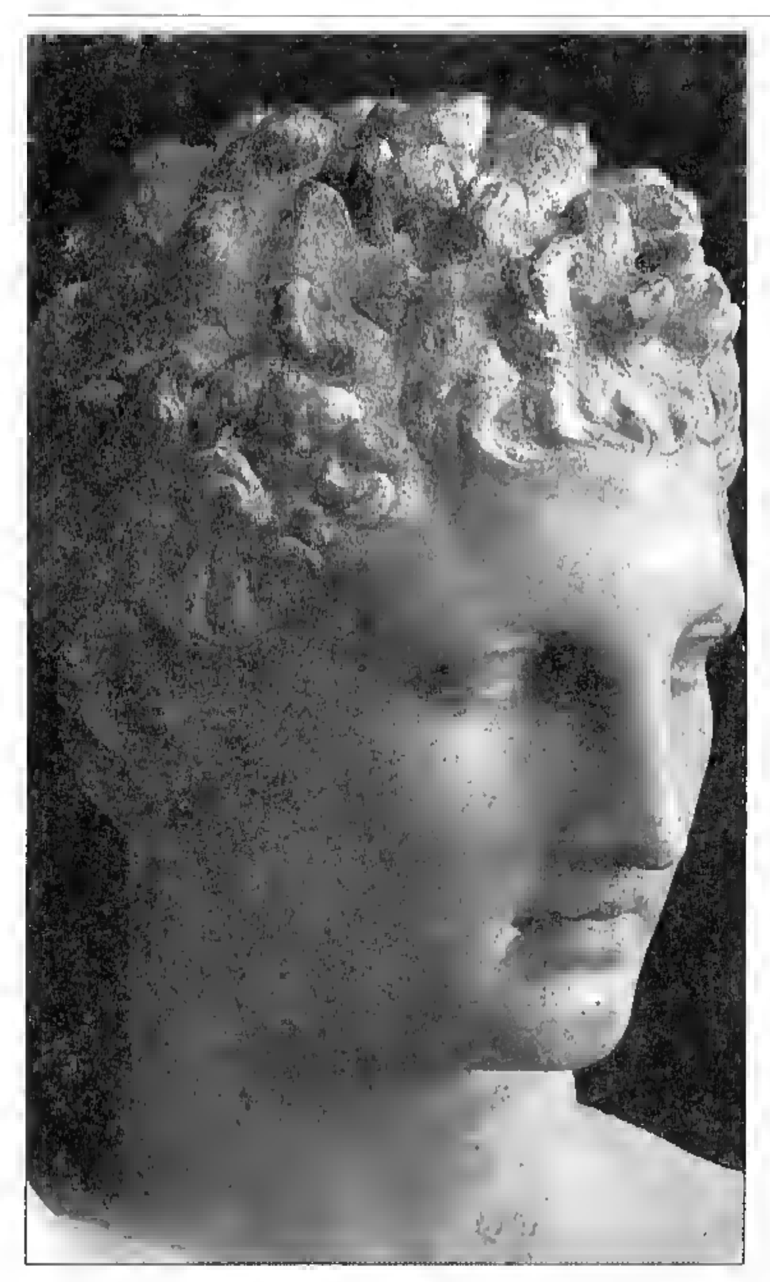
Eran entierros sumamente primitivos

Se abría un hoyo en la arena o en la tierra y era colocado el cuerpo en el fondo, en posición fetal, envuelto en un lienzo. Era el mismo método simple utilizado por numerosos pueblos de la antigüedad, de Asia, Europa e incluso del continente americano. Antes de florecer en México las culturas olmeca, teotihuacana y tolteca, los nómadas llegados de Siberia habían dado así sepultura a los muertos.

Si el difunto había sido poseedor en vida de algunas piezas de cerámica, joyas o armas rudimentarias, iban a parar también al hoyo. Se rellenaba a continuación éste con piedras o ladrillos secados al sol y finalmente con arena, que la había en abundancia. El sol cayendo sobre la arena calcinada se ocupaba entonces de deshidratar los restos, con permiso de los chacales del desierto, que observaban la escena desde una distancia prudente. Cuando el muerto pertenecía a una tribu nómada, se perdía para siempre. Pero si la tribu se había vuelto sedentaria y vivía de la ganadería y de cultivar las tierras, la cosa cambiaba.

Al paso de los años, se fue agrupando a las tumbas en un solo lugar, en una necrópolis que fue adquiriendo creciente importancia para la comunidad. Se comenzó a construir edificios para alojar a los sacerdotes del culto y a los guardianes. Se fortalecieron el clero y la milicia, y el primero sirvió de intermediario entre los vivos y los que se





Hermes era el emisario divino portador a veces del caduceo. Este objeto, cuya invención se atribuye a Asklepios, dios griego de la medicina, consistía en dos serpientes enrolladas en torno a un bastón. Se ha convertido en símbolo de los hombres y mujeres que se dedican a curar, aunque Hermes opinase lo contrario.

fueron, cuyo recuerdo debía seguir siempre presente con los vivos.

Los cuerpos quedarían a salvo de las bestias hambrientas. Las tumbas fueron adquiriendo nueva forma. Dejaron de ser simples agujeros abiertos en el suelo para convertirse en pequeñas construcciones de planta rectangular, a las que se da el nombre de *mastabas*, el mismo que le dieron los árabes a partir del califato de El Cairo.

A partir de la II dinastía, hacia el año 2800 a.C., los sacerdotes trataron ya no sólo de preservar el cuerpo indefinidamente, sino también su aspecto exterior. Los embalsamadores se dieron cuenta de que las vísceras eran la parte del organismo más expuesta a descomponerse, pero nada se les ocurrió para evitarlo. Hubo que esperar a la siguiente dinastía, dos siglos más tarde, para que se iniciase la práctica de realizar la ablación de las vísceras a los difuntos.

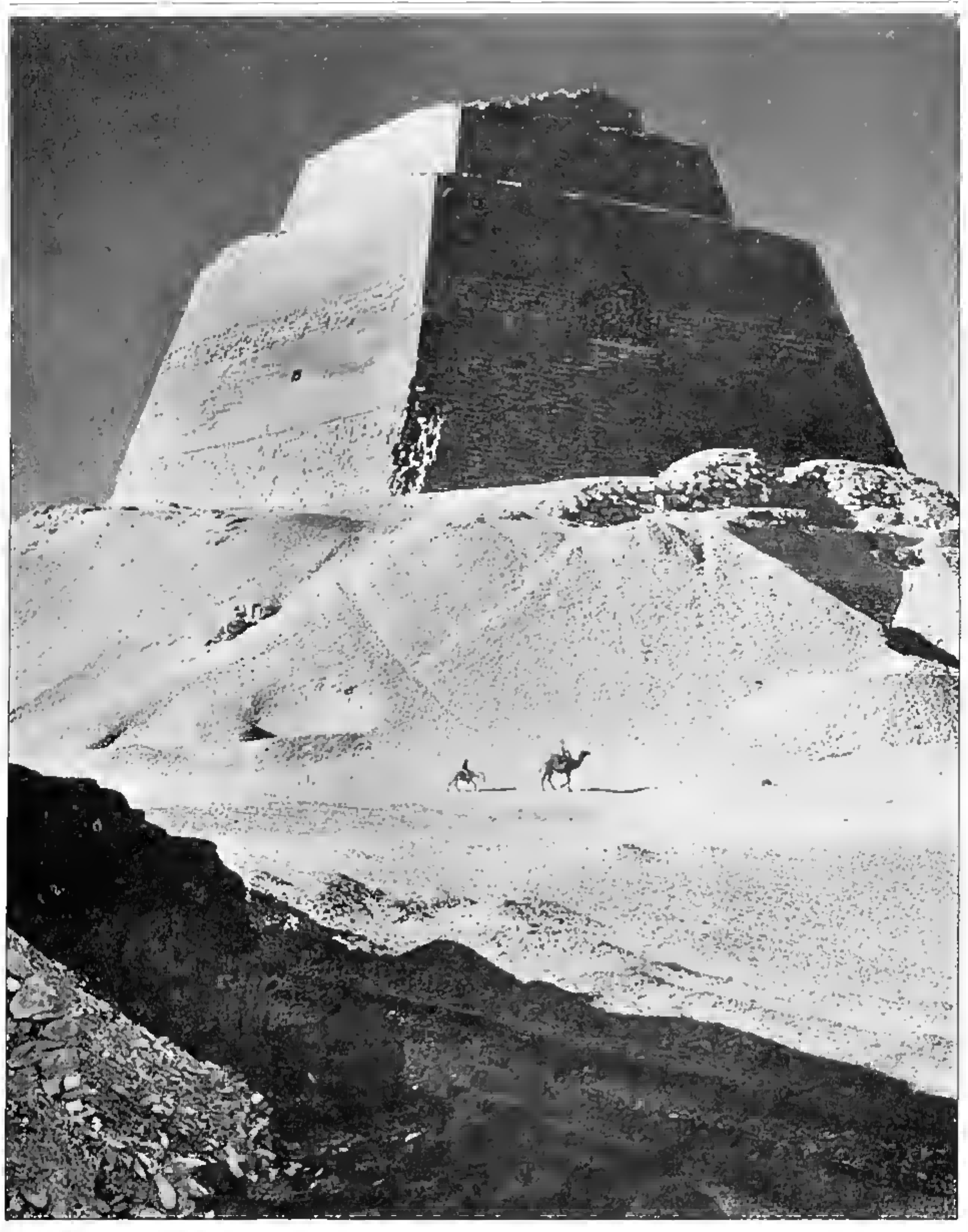
Pero, conscientes los embalsamadores de que no se debía privar a los muertos de ninguno de sus órganos, que podrían serles útiles en caso de resucitar algún día, los guardaron en unos recipientes provistos de tapa, que podían cerrarse herméticamente. Eran los *canopes*, que se colocaban a un lado del ataúd conteniendo los restos del difunto. Estaban sumergidas las vísceras en una solución nitrosa que, en ciertos casos, aún no se ha evaporado, pese al tiempo transcurrido.

Un día, en el curso de esa III dinastía más evolucionada apareció una nueva versión de edificio que podría servir para albergar al faraón muerto: la pirámide. Y el hombre que parece haber ideado y construido la primera pirámide fue un auténtico genio, un Leonardo de Vinci de su época, uno de los seres más extraordinarios que jamás hayan existido.

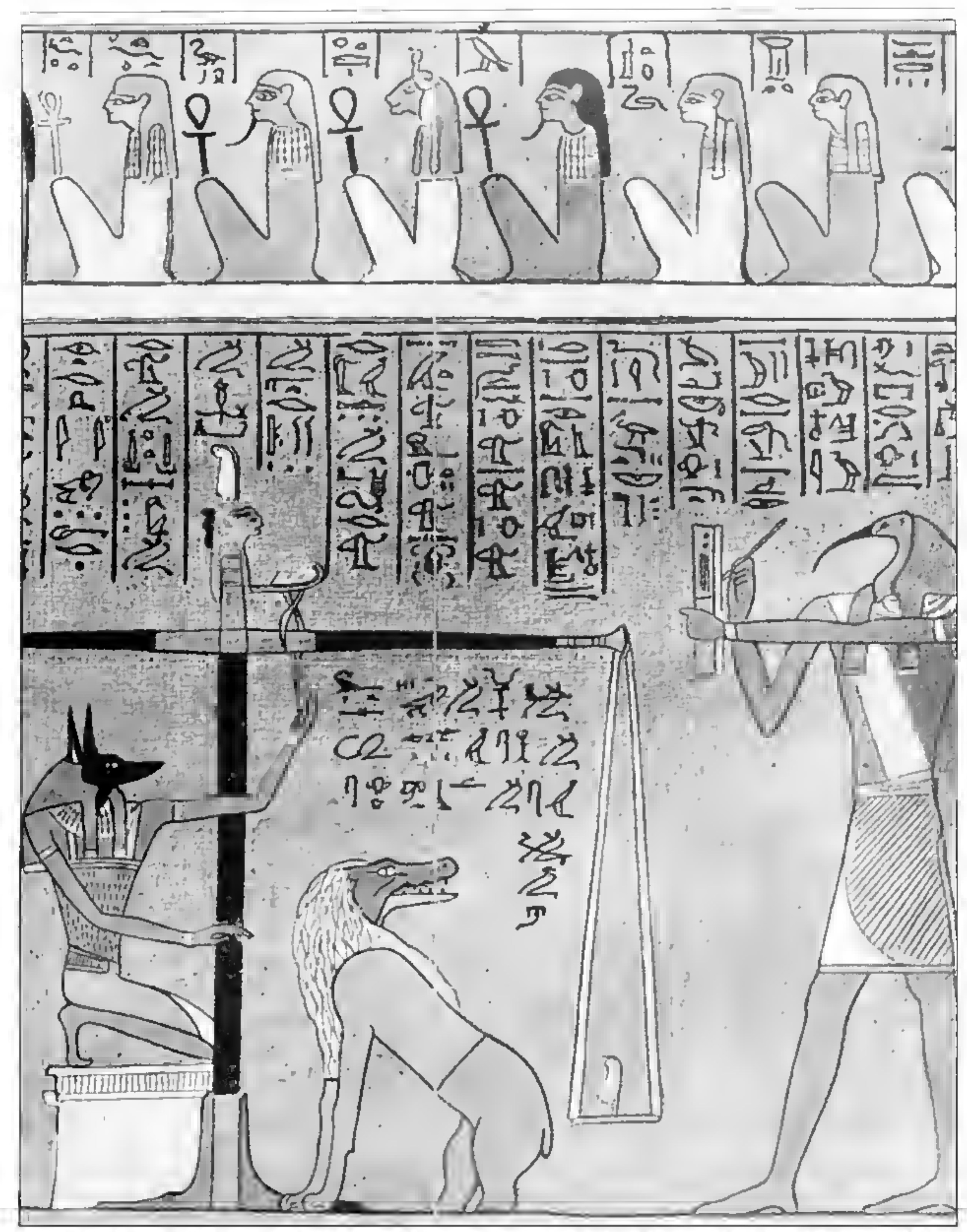
La historia de Imhotep

El legendario Imhotep construyó la primera pirámide conocida para Djoser I, faraón de esa III dinastía. Tenía forma escalonada como los *ziggurats* de Babilonia y constaba de cuatro costados y de otros tantos niveles. Este número de lados caracterizaría, a partir de entonces, a las pirámides y correspondían a los cuatro puntos cardinales. La pirámide de Djoser fue levantada en la región de Saqqarah, situada 22 kilómetros al sur de El Cairo, en la margen izquierda del Nilo. Hay en la región otras pirámides escalonadas, pero entre todas sobresale por su importancia la de Djoser.

Fue explorada por primera vez en 1838, por los británicos Howard Vyse y J. S. Pening, y en 1843 por el alemán Karl Lepsius. Se sabe de ese faraón que fue hermano de quien le precedió en el trono y que fue hijo de Khasekhemi, último soberano de la anterior dinastía. Se cree que vivió de 2700 a 2650 a. C., pero las cifras no son confiables, como



La pirámide de Meydum, situada en la región de Saqqarah, al noroeste de Gizeh, no logró alcanzar aún la perfección. Tenía un detalle curioso que habrá de llamar la atención a quienes algo saben de arte prehispánico: sorprende por su austeridad y por el número de sus niveles, que son cuatro. Esto ha obligado a pensar que los olmecas pudieron haber tenido ocasión de aprender de los egipcios el arte de construir este tipo de edificios.



Al dios Toth, que puede verse a la derecha, se le representaba con cabeza de ibis, el ave sabia y sagrada del Nilo. Debió ser originario de un país situado al oeste del gran río, igual que parecen haber sido Osíris e Imhotep, seres excepcionales que merecieron ser divinizados en razón de su intelecto muy superior.



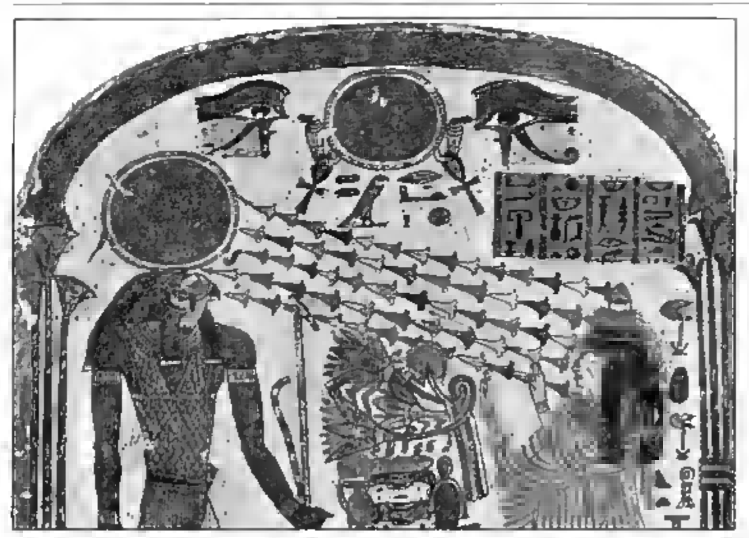
suele suceder en todo lo que se refiera al pasado. Tenía también por nombre Neterkhet, de acuerdo con una costumbre ideada en aquellos tiempos y que sólo serviría para desorientar a los egiptólogos.

Sekhenkhet, hijo y sucesor de Djoser, mandó construir también su pirámide en esta zona. Conservó la base cuadrada, pero iba a diferir ligeramente de la anterior, en cuanto a la forma de sus caras. En la misma zona se levantarían pirámides de aspectos diferentes, como la llamada falsa pirámide de Meydum, construida por

En este bajorrelieve de Deir el-Medineh, en Luxor, puede observarse la figura de Toth, dios de la Luna, el cómputo, los protocolos y la escritura. La cabeza de ibis es la característica más sobresaliente de esta imagen del dios cuya importancia aumentó, bajo la XI dinastía, por adquirir carácter cosmogónico.

órdenes de Huni, que figura como el último faraón de la dinastía.

El fundador de la IV dinastía, que se llamó Snefrú, ordenó construir su pirámide en Dachhur y era de caras romboidales. Para entonces, Imhotep no era ya de este mundo, pero es de suponer que había dejado un equipo de expertos que seguirían sus pasos y que introducirían cambios en sus planes originales. Fueron ellos los que, en tiempos de Keops, hijo de Snefrú, iniciaron la construcción de la pirámide perfecta, con cuatro caras triangulares que se unían en la punta de acuerdo con





una inclinación y unas medidas que asombrarían al mundo, más de cuarenta siglos después, por su asombrosa exactitud.

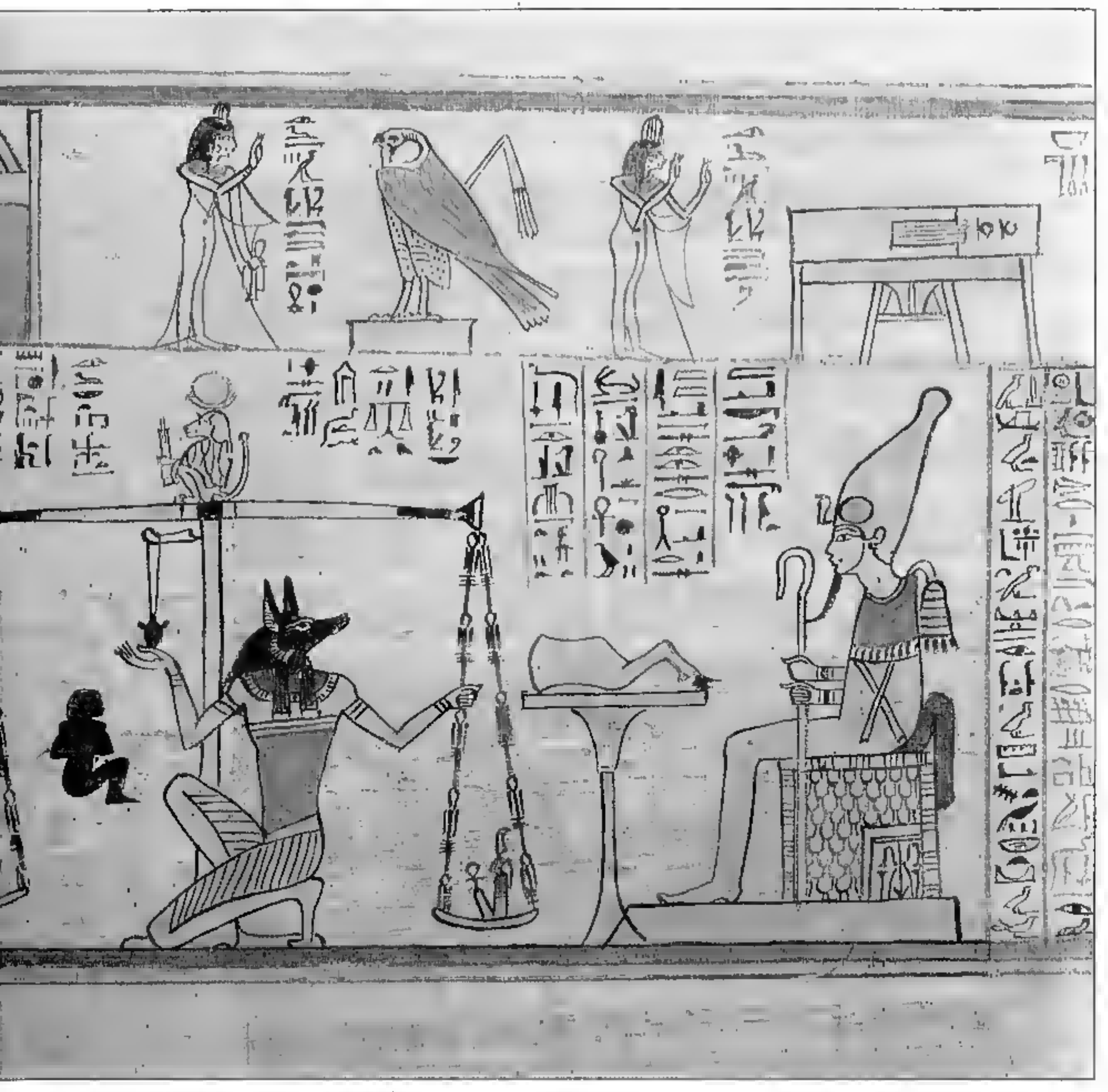
Imhotep llegó a Egipto hace unos 5.000 años, muy posiblemente del oeste, de donde habían llegado antes dos ilustres personajes: Osiris y Toth. Eran los tres tan sumamente sabios que, con justa razón, el todavía ignorante pueblo egipcio de los tiempos predinásticos los convirtió en dioses. ¿Llegaron de la Atlántida, como afirman los esoteristas? No tardaremos en regresar a Osiris y a Toth.

El primer constructor de pirámides fue sacerdote en un templo dedicado al culto solar y un gran conocedor de las ciencias ocultas además de excelente médico y arquitecto. Poseía una técnica inimaginable para realizar las intervenciones quirúrgicas más complicadas, entre ellas la trepanación y el injerto de ciertos órganos. Conocía el poder curativo de algunas plantas y hongos, así como sabía preparar brebajes para anestesiar a aquellos pacientes a quienes iba a operar.

Era natural que los griegos se inspirasen en Imhotep para crear a su dios de la Medicina, Asklepios —llamado Esculapio por los romanos—, hijo de Apolo, así como se adueñaron de su emblema, el caduceo. Este emblema tenía forma de bastón con dos serpientes enrolladas en torno suyo, el mismo que siguen utilizando los médicos en la actualidad. Los griegos admiraban a los egipcios, pero jamás fueron lo bastante honrados como para reconocer que en no pocas ocasiones copiaron muchos de sus interesantes conceptos.

Una de las funciones de Osiris era presidir el tribunal que pesaba las almas en el Amenti. Por fortuna para él, podía realizar la tarea con la ayuda de diversos colaboradores y es de suponer que en ciertas ocasiones delegase en ellos, cuando sus múltiples obligaciones le impidieran acudir a la cita con los recién llegados.

Resulta asombroso observar que este emblema de las dos serpientes en torno al bastón posee una curiosa semejanza con la figura de la molécula helicoidal del ADN. ¿Se trata de una coincidencia, o significa que el genial científico era también un biólogo superdotado que sabía del organismo mucho más de lo que podía esperarse de un hombre que vivió en la antigüedad? ¿Quiso dejar, a través del caduceo, una clave para descifrar el secreto de la resurrección?

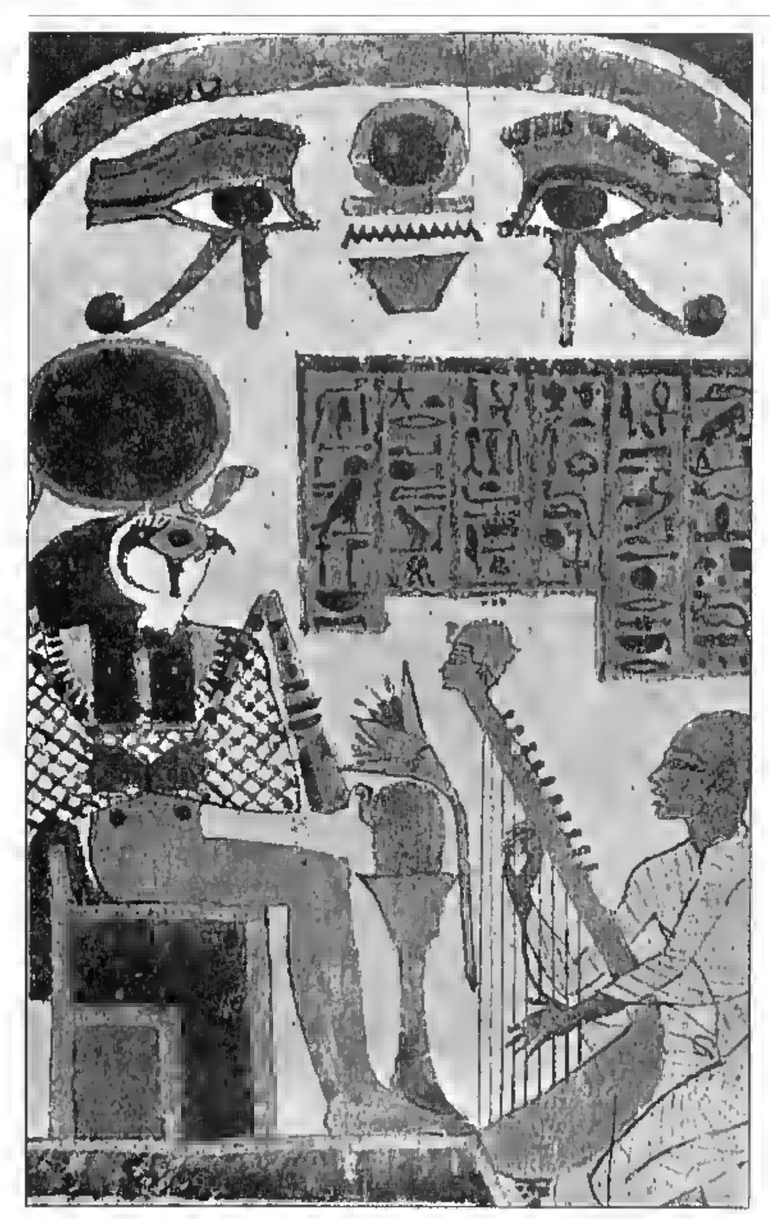


El origen misterioso de Toth

Explican los antiguos textos egipcios que Khaunas, hijo del gran Ramsés II, tuvo ocasión de conocer, en el siglo XIII a.C., una obra fascinante cuyo título se ha perdido. Había sido escrita, al parece, por un personaje legendario, acerca de cuya existencia poco se sabía entonces y sigue sin conocerse gran cosa en nuestros días.

Contenía el libro terribles secretos que el faraón Khaunas consideró tan peligrosos que juzgó necesario que no cayeran en manos del pueblo ignorante: concedía poderes sobre las cosas de la tierra, del cielo y del mar y se aprendía, a través del texto, a dar órdenes a las personas, por muy lejos que éstas se encontrasen. Facilitaba consejos para mirar al Sol de cara a cara y para comprender el lenguaje que utilizan los los animales. Y revelaba el secreto para resucitar a aquellas personas que habían fallecido.

¿Se trataba de un libro de magia, razón por la cual el faraón ordenó tirarlo a las llamas? ¿Era, por el contrario, un admirable tratado científico que Khaunas no fue capaz de comprender y, al igual que ha sucedido cada vez que



Uno de los hallazgos que sustentan la posible existencia del famoso libro mágico de Toth es una estela de piedra, descubierta en el siglo IV a.C., entre cuyas inscripciones se menciona el nombre de Toth como su autor. Destruida por el faraón Khunus, por considerar éste que contenía terribles secretos que no podía conocer el pueblo.

un ignorante ha encontrado algo superior a su entendimiento, le resultó más sencillo acabar con él? ¿Existió en realidad aquella obra maldita, o a algún cronista egipcio de la época se le ocurrió inventar el episodio?

En apoyo de la certeza de que el libro mágico pudo haber existido está el hallazgo, realizado en 1828, de una estela de piedra del siglo IV a.C., que contenía unas inscripciones mencionando las características del texto y el nombre de su autor: el divino Toth, a quien los egipcios representaron con cabeza del sapientísimo ibis, el ave sagrada del Nilo. ¿Y quién fue este personaje?

Llegó Toth de un país situado más allá de donde se oculta el Sol, es decir del oeste, como habían hecho otros dioses de la mitología egipcia. Se les consideró divinos porque eran seres superiores, por su saber. Es lo que suele suceder en los pueblos primitivos cuando tienen oportunidad de conocer a alguien que sabe más que ellos. Su nombre recuerda, curiosamente, al God inglés y al Gott germano, así como un dios escandinavo tuviese mismo nombre. ¿Se trata de una coincidencia sin importancia? Algunos autores afirman que Toth deriva de Tehuitli, originario de la Atlántida, llegado a Egipto en ocasión de hundirse el continente oceánico, como uno más de los muchos sobrevivientes del cataclismo. ¿Cuál fue el país de origen de Toth, de quien los egipcios se expresaban con tanta admiración?

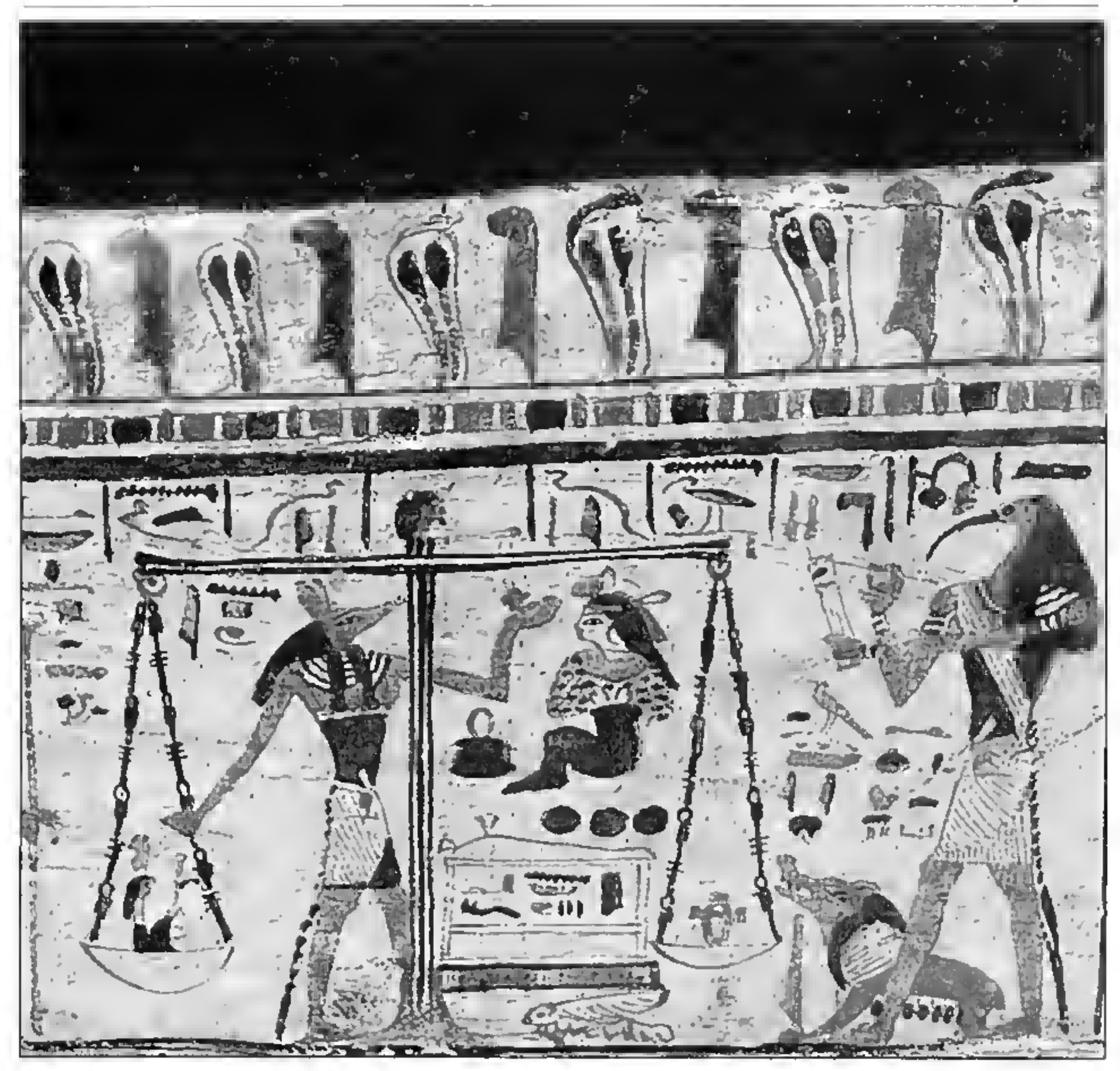
¿Llegó acaso de la otra orilla del océano Atlántico? ¿De la legendaria Hiperbórea, situada cerca de la actual Islandia, donde se decía que nació Latona, madre de Apolo y rubia ella también? ¿Del cercano Sahara, cuando era aún un vergel? ¿De un planeta lejano, según es opinión de quienes investigan el fenómeno OVNI cada vez que tratan de definir a un talento fuera de lo común?

Cuando Toth explicaba a sus alumnos la forma de mirar al Sol de frente, sin pestañear, ¿se refería a no temer a la verdad, o quería mencionar un instrumento provisto de lentes que sirviera para observar el firmamento y conocer así, por anticipado, la fecha en que sucederían los eclipses y los cataclismos? ¿Fue su libro un simple tratado de medicina, psicología y alquimia, el primero jamás dado a conocer en la Tierra?

Tal era la opinión de los griegos, que se adueñaron de la figura de este Toth, como harían con la de Imhotep, para convertirlo en Hermes Trismegisto, tres veces grande, fundador de la alquimia y del esoterismo filosófico.

También Osiris fue un ser excepcional

La región de Saqqarah es una de las ricas en enigmas de Egipto y donde quedan más lugares misteriosos por descubrir. En 1967 se hizo aquí un descubrimiento que, si bien parecía que iba a aclarar muchas cosas sobre



el Egipto antiguo, confundió aún más a quienes quisieran conocerlo.

El arqueólogo británico Walter Bryon Emery, quien había pasado 30 años buscando en vano la tumba de Imhotep, llegó finalmente a una conclusión: no se han encontrado en Egipto huellas de civilizaciones anteriores al año 3000 a.C. y, de repente, el que se suponía era un pueblo primitivo comenzó a construir edificios majestuosos, a esculpir estatuas maravillosas y a fabricar objetos de arte únicos. Utilizó una escritura que iba a identificarlo y creó un concepto claro de la religión y de lo que son la muerte y la resurrección. ¿Fue gracias al arribo de maestros como Imhotep, Toth y Osiris que Egipto se convirtió, casi de un día para otro, en una nación sumamente civilizada, que iba a asombrar al mundo?

¿Obedeció a las enseñanzas de los grandes maestros —Imhotep, Toth y Osiris— el alto grado de desarrollo de la civilización egipcia? Lo cierto es que, de los tres, quien finalmente se impondría en los planos religioso y mágico fue Osiris. Esta escena de psicostasia se halla en un sarcófago perteneciente a la XXI dinastía.

En diversos edificios de la zona de Saqqarah que se remontan a las primeras dinastías conocidas han aparecido inscripciones que se refieren al tercero de estos personajes, llegado también del oeste, que alcanzaría mayor importancia que los otros dos, porque se impondría en el panorama religioso y mágico de los egipcios. Se llamaba Osiris y en su figura se basaron los griegos para crear a Cronos, cuyos padres fueron Urano, dios del Cielo, y Gea, que lo era de la Tierra.

¿Existe la posibilidad de que el padre de Osiris hubiese llegado del cielo por la vía aérea y que la madre fuera una mujer de deslumbrante belleza, que cautivó al visitante? En el Génesis bíblico se cita un encuentro semejante, sucedido cuando los ángeles se prendaron de las mujeres de la tierra. ¿Resultó Osiris de la unión de un ser venido del cielo con la mujer terrenal, como fue el caso del Gilgamesh asirio y de tantos héroes de la antigüedad? Es lo que opinan quienes dirigen la mirada al cosmos para explicar los enigmas de la Tierra y añaden que Osiris fue comisionado por su padre venido del cielo para enseñar su saber a los terrícolas, comenzando por los egipcios, que tanto lo necesitaban.

Pero existen otras teorías para ver de localizar la patria de Osiris. Y una de ellas se base en la aparente etimología de su nombre. En la antigua lengua egipcia, Osiris era una palabra compuesta y se escribía *Osir're*. La primera partícula era el nombre del personaje y la segunda correspondía al Sol, o mejor a un halo que rodease su cabeza. ¿Era aquella aureola el signo de su sensibilidad excepcional, que solamente podían percibir aquellos otros que poseían facultades paranormales? ¿Era ese resplandor, en realidad, el casco espacial de Osiris, como es opinión de quienes se siguen dedicando al estudio de los OVNI?

Otros autores disienten de lo anterior y opinan que este nombre no fue Osir're sino Osir'ris y que la partícula *Osir* es el nombre de los legendarios Ases de la mitología escandinava, así como *ris* significa «gigante» en las antiguas leyendas germánicas. Tal vez no pase lo anterior de teoría gratuita, pero es curioso observar un par de cosas: una es que también el nombre de Toth pudo haber tenido origen nórdico. Otra, que en el Antiguo Testamento se menciona a la raza de los Gigantes, cuyos hijos nacidos en la tierra se convertían en los Héroes. Y el hijo de Osiris se llamó Horus, palabra que posee una sorprendente semejanza con «héroe». ¿Se trata de una coincidencia más?

¿Fue Osiris un gigante de enorme estatura? ¿Fue llamado gigante en razón de sus gigantescos conocimientos, como sucede en la actualidad, cuando llamamos gigante o titán a quien sobresale por su intelecto superior?



La pirámide de Keops, o Gran Pirámide, situada a la derecha, parece ser menor en altura que la central, o de Kefrén, que se yergue sobre una base notablemente más alta. Sin embargo, es mucho más importante la pirámide de Keops y la que más ha apasionado a viajeros e historiadores de todos los tiempos.

Fue asesinado Osiris por el malvado Seth, sin duda un miembro del pueblo primitivo, al verse desplazado por el extranjero y envidioso de su sabiduría. Cortó Seth en pedazos el cuerpo de la víctima y los tiró al Nilo. Por fortuna, la sacerdotisa Isis, esposa y hermana de Osiris, logró reunir todos los fragmentos menos uno — el miembro viril—, e insufló nueva vida al cuerpo. Osiris fue así otro ser divino que logró regresar del mundo de los muertos, y casó antes de esto con su propia hermana, para mantener pura su sangre divina. Tal vez fue esa muestra de racismo lo que molestó a algunos egipcios.

Osiris dio a conocer la existencia del Amenti y la posibilidad de resucitar. Era en ese mundo el árbitro que pesaba en una balanza las buenas y las malas acciones cometidas por el difunto en vida y decidía qué debía hacerse con su alma. La condenaba a veces a



reencarnarse en el cuerpo de un animal inmundo, si el mal se inclinaba en la balanza sobre el bien.

LA IMPORTANCIA DE LA GRAN PIRÁMIDE

Resulta imposible hablar de la resurreción del alma y de la conservación eterna del cuerpo, al referirse a Osiris, a Egipto y a las condiciones especiales de un edificio construido con esta finalidad, si no se examina con detallada minuciosidad la Gran Pirámide. Y es lo que se hará en las siguientes páginas, porque no sólo será imprescindible hacerlo: hablar de la pirámide de Keops resulta siempre apasionante.

A los miembros de la expedición bonapartista de 1798 les llamaron la atención diversos aspectos de la Gran Pirámide, que no se debían en modo alguno al azar: en primer lugar, el hecho de que las caras estuviesen tan perfectamente orientadas, con un error despreciable, que apenas alcanzaba los 4 minutos de arco. Pensaron también que fue construida de acuerdo con ciertas normas inspiradas en la posición de las estrellas y en los números considerados sagrados por los egipcios. Todo en ella debía obedecer a una finalidad precisa, que los franceses deseaban descubrir.

Su construcción ha sido atribuida a un faraón llamado Khufu por los egipcios, así como fue Surid para los árabes a partir del califato. Pero nosotros lo conocemos por el nombre de Keops que le dieron los griegos, amantes de cambiar todo lo que no sonara bien a su oído.

Se han dicho muchas cosas sobre este Keops, desatinadas en su mayor parte. No habrá más remedio que regresar a él más tarde, una vez conocidos algunos aspectos de la estructura supuestamente construida por sus arquitectos.

¿Cuál es el origen de la palabra pirámide?

Fueron también los griegos los que bautizaron con el nombre de «pirámides» a estas construcciones, a partir del momento de llegar Pitágoras a conocerlas y a estudiar sus misterios, en el siglo VI a.C. Se desconoce cuál pudo ser, exactamente, el nombre dado en el antiguo Egipto a esta clase de edificios, pero podría tener que ver con el nombre del faraón: debió ser *khu*, término que significa montaña y templo en diversos países de Asia y también, curiosamente, entre los mayas. Las pirámides construidas por los olmecas —quienes tuvieron una estrecha relación con los mayas— a su paso por la Huasteca mexicana son conocidas, todavía en la actualidad, con el nombre de *cues*, que viene a ser lo mismo.

Algunos autores han insistido en afirmar que pirámide deriva de *piros*, que significa trigo en griego, y se muestran muy seguros de que la Gran Pirámide no fue más que un enorme granero. Demuestran con ello una absoluta ignorancia: les invitamos a penetrar en su interior cargando sobre los hombros un costal lleno de grano, por un pasaje sumamente incómodo. Se limitan, tal vez, a repetir las palabras pronunciadas en el siglo XII por el rabino español Benjamín de Toledo: que fue José quien levantó la Gran Pirámide, para almacenar en su interior las reservas de trigo en previsión de los siete años de vacas flacas predichos en sueños por el faraón.

Opinan otros que *pir*, es decir, fuego, es el culpable del nombre, a causa de una hipotética semejanza del edificio con una llama. Y no faltan los que han querido dar un origen hebreo a la palabra, diciendo que equivale a tumba. El propio historiador judío Flavio Josefo había declarado ya, en el siglo I de la era cristiana, que las pirámides eran monumentos tan gigantescos como inútiles, destinados a albergar el cuerpo momificado de unos faraones henchidos de vanidad. Parecía repetir las palabras pronunciadas siglos antes por Aristóteles: las pirámides fueron construidas para que los soberanos egipcios hicieran ostentación de su poder. Más tarde, el romano Amiano diría, en el siglo IV d.C., que las cámaras sirvieron para guardar los archivos reales.

Resulta curioso observar que la primera sílaba de esta palabra coincide con la primera del nombre de Pitágoras y con la relación que existe entre la circunferencia y su diámetro, la cual se repite en la Gran Pirámide: la suma de los 4 lados de la base y el doble de la altura se encuentran en la relación 3,1416, que el filósofo griego calculó en 22/7. La segunda sílaba se identifica con el dios Ra, la divinidad solar egipcia. ¿Fue Pitágoras quien bautizó con parte de su propio nombre a la pirámide, al que añadió el Ra y el sufijo *mide* para darle forma al conjunto?

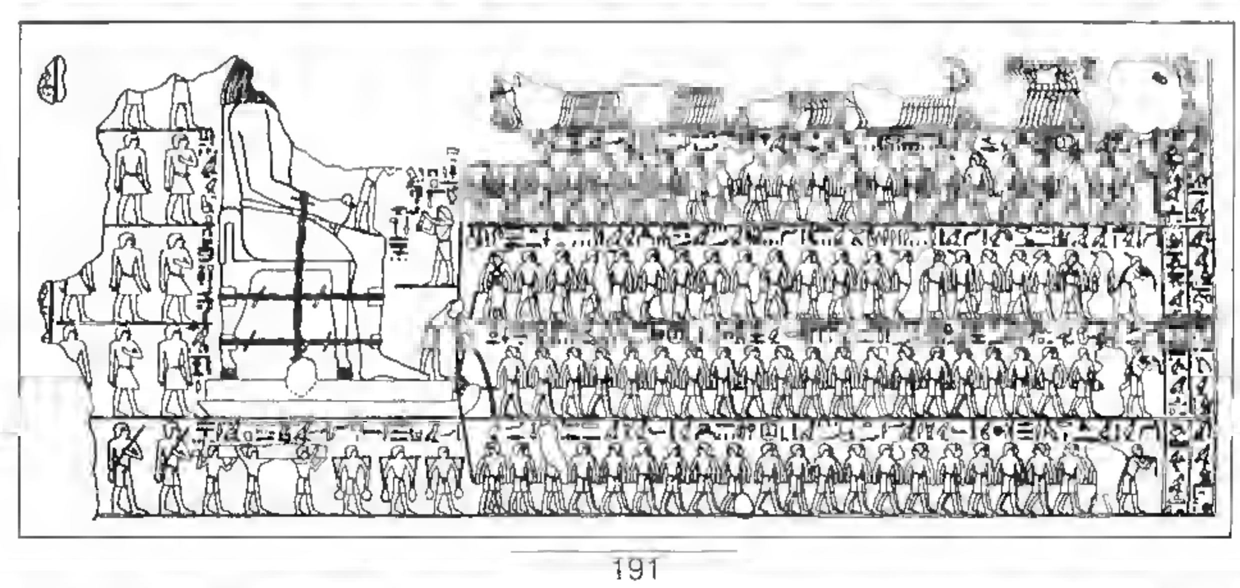
La Gran Pirámide encaja además dentro de la definición clásica aceptada para ese cuerpo geométrico, y lo fueron también las pirámides que la siguieron de cerca, de menor tamaño. Valdrá la pena conocer las medidas de la majestuosa pirámide, así como otras características que han contribuido, junto con su ubicación, a hacer de ella un monumento único, una maravilla y un permanente enigma.

En la página siguiente, arriba, una espectacular vista de las tres majestuosas pirámides de Gizeh, la de Micerinos, la de Kefrén y la de Keops. Abajo un dibujo que reproduce un bajorrelieve de la época, en la que podemos observar cómo las estatuas o los grandes bloques de piedra destinados a estas monumentales construcciones eran colocados sobre una especie de patines y arrastrados, a fuerza de brazos, por varios grupos de peones, esclavos en su mayoría.

Hablemos de medidas y de ciertos detalles

La Gran Pirámide es la sombra de lo que fue. En primer lugar, no termina ya en punta —o en pequeña plataforma, como piensan algunos egiptólogos—, sino en una superficie cuadrada de 11,7 metros de lado, que hace 20 siglos era de sólo 4,88 metros, según decía el romano Plinio. La razón es sencilla: la continua presencia de curiosos que, una vez llegados a la cima, se entretuvieron empujando los bloques hacia abajo, para demostrar lo fuertes que eran. El suelo arenoso, lleno de piedras hundidas, es testigo de tantos actos de vandalismo.

Fue construida la Gran Pirámide sobre la meseta rocosa de Gizeh, a 50 metros sobre el nivel del mar Mediterráneo que puede contemplarse desde lo alto. Miles de obreros debieron rebajar la roca, hasta lograr que el lugar fuera perfectamente liso y a nivel. Es la





A la izquierda, busto del rey Kefrén. Bajo estas líneas, plano de las pirámides de Kefrén, donde puede verse la entrada al corredor profundo (1) y la entrada al corredor alto (4), que llevan a la primera cámara (2) y a la cámara del sarcófago (3); y de la pirámide de Micerinos o Mikherinos, con dos corredores ascendentes (5 y 7) que conducen a la primera cámara funeraria (6), al depósito (8) y a la nueva cámara funeraria (9).

más oriental del grupo de las tres grandes de Gizeh y tiene sus caras prácticamente orientadas a los cuatro puntos cardinales, así como sus lados son asombrosamente idénticos: los lados norte y sur tienen 230,25 metros y 230,45, respectivamente, con una diferencia que no alcanza a 1/1.000. Y esta diferencia se reduce, hasta 1/10.000, en las caras este y oeste. Si consideramos que estas medidas corresponden a los bloques desnudos, es posible afirmar que cuando estuvieron cubiertos antaño con un revestimiento resultara perfecta la pirámide.

Desde la base hasta la plataforma superior, la altura actual es de 139,4 metros, 4 menos de lo que debió tener cuando quedó terminada. Esta altura está repartida en 203 hileras de bloques, pero hace siglo y medio eran 207. Fue lo que declaró en 1824 el escritor francés Gérard de Nerval, cuando ascendió hasta la cima y encontró una plataforma de 10 metros de lado.

Los arquitectos dispusieron sobre la meseta rocosa una primera hilera de 325 bloques en cada costado. Es decir,

PIRÁMIDE DE KEFRÉN

4 1 3 2

PLANO

3 2 1

PIRÁMIDE DE MIKHERINOS

5 7 6 8 9

PLANO

7 8 9

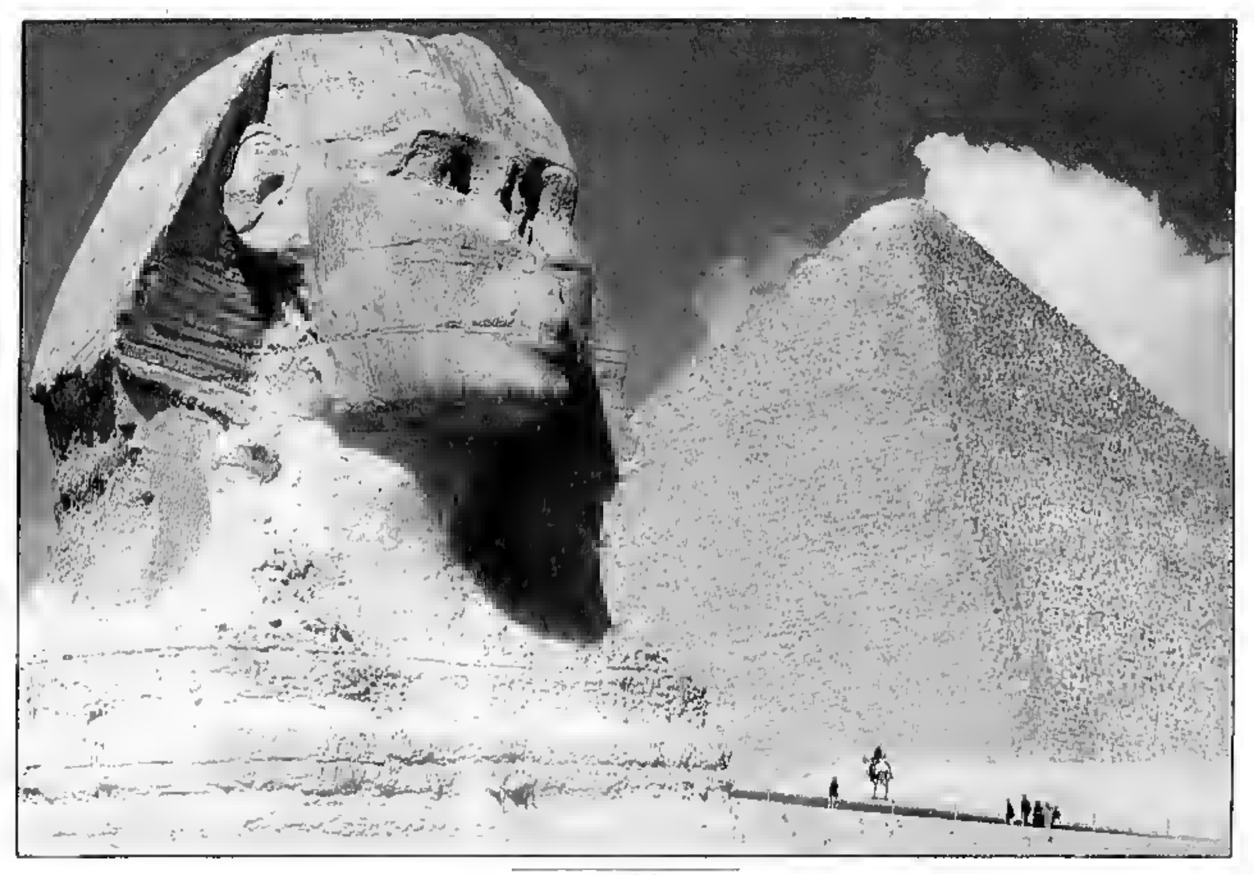
que la base cuadrada debió estar formada por 105.625 bloques. En la siguiente hilera colocaron unos bloques menos, para que hubiera un escalón, y siguieron quitando bloques hasta alcanzar la punta. En total fueron 2 millones y medio de bloques, de haber sido maciza la estructura. Pero no fue así, porque está surcada de pasajes y cámaras, que encierran curiosos misterios.

Si son ahora 203 los niveles y 207 hace siglo y medio, ¿de cuántos estaba formada la Gran Pirámide al terminarse de construir? Un simple cálculo aritmético nos dirá que no pudieron ser más de 210, de terminar en punta, pero es muy posible que terminara en una pequeña plataforma que sirvió como observatorio astronómico, dotada con un templete para adorar a los dioses. Siendo tan aficionados los egipcios a los números sagrados — al igual que sucedió entre los chinos, los olmecas y los mayas—, no sería aventurado pensar que dieron al número de piso un número igual al producto de los cuatro primeros números primos: 2 x 3 x 5 x 7, igual a 210. Esto daría a la Gran Pirámide una altura de 143,2 metros.

Imagínese el lector el grado de perfección logrado por los arquitectos para que el monumento se elevase hasta una altura determinada, siendo el número de niveles igual a una cifra previamente establecida.

La entrada a la Gran Pirámide

En el quinto nivel de la cara norte se abre una brecha, abierta por los ladrones algún tiempo después de morir el faraón. La mandó clausurar Ramsés II, gran admirador de la construcción, en el siglo XIII a.C., además de reponer el revestimiento y dejar todo como nuevo. Incluso intentó resucitar el culto a Isis, que siguió en vigor hasta la ocupación árabe. Los romanos, llegados antes, no se molestaron en eliminar lo que no parecía molestarles. Es más, les agradaba todo lo que oliera a esotérico, pero no fue así posteriormente, con los árabes del califato ni con el patriarca de Alejandría, Cirilo, en el siglo V de la era cristiana, tan fanático como ignorante; luchó contra todo lo que estimaba era herejía abominable. Ordenó destruir templos e ídolos de Egipto y, en especial, el culto a Isis, sobre todo porque algunos



La pirámide de Keops, o Gran Pirámide, vista aquí detrás de la misteriosa Esfinge, ha sufrido el vandalismo del tiempo y de los hombres: no conserva su recubrimiento original y ya no termina en punta, sino en una plataforma cuadrada de más de 10 metros de lado. Pese a ello, sus proporciones y medidas sorprenden por su exactitud y perfección.

creyentes estaban identificando ya su culto con la adoración a la Virgen María.

En el año 815 ordenó abrir de nuevo la brecha el califa de El Cairo, Al Mamún; deseaba descubrir los tesoros de la Gran Pirámide y más aún los maravillosos secretos que debía ocultar su interior. Lástima que, pese a tan admirables intenciones, el califa y sus colaboradores causaran terribles destrozos y se llevaran consigo todo lo que antes había salvado Ramsés de la destrucción.

Diez pisos más arriba de la falsa puerta se encuentra la verdadera, no en el centro de la cara norte, como hubiera sido lo más natural, sino 7,35 metros al este. En el siglo I, el geógrafo Estrabón hizo mención de una piedra perfectamente bien disimulada gracias al revestimiento de las caras, que giraba sobre un eje y de la cual no queda nada. Se ha sugerido que había a todas horas guardianes en el interior y que sólo ellos podían abrir la puerta giratoria, así como que el famoso «ábrete, sésamo» de los cuentos orientales pudo inspirarse en esta entrada que se abría al conjuro de una voz.

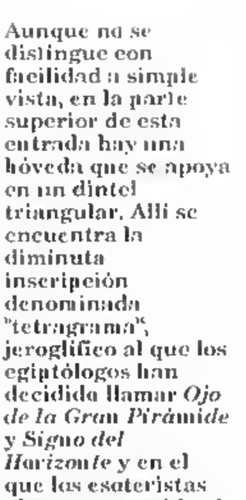
En la parte superior de esta entrada se distingue una bóveda formada por cuatro enormes bloques que reposan sobre un dintel triangular. Puede verse en ese dintel una diminuta inscripción conocida como el «tetragrama», difícil de percibir a simple vista: es un jeroglífico compuesto por cuatro elementos y ha sido llamado *Ojo de la Gran Pirámide* y *Signo del Horizonte* por los egiptólogos. Los esoteristas afirman que el tetragrama oculta el verdadero misterio del edificio, pero no han podido decir en qué consiste éste.

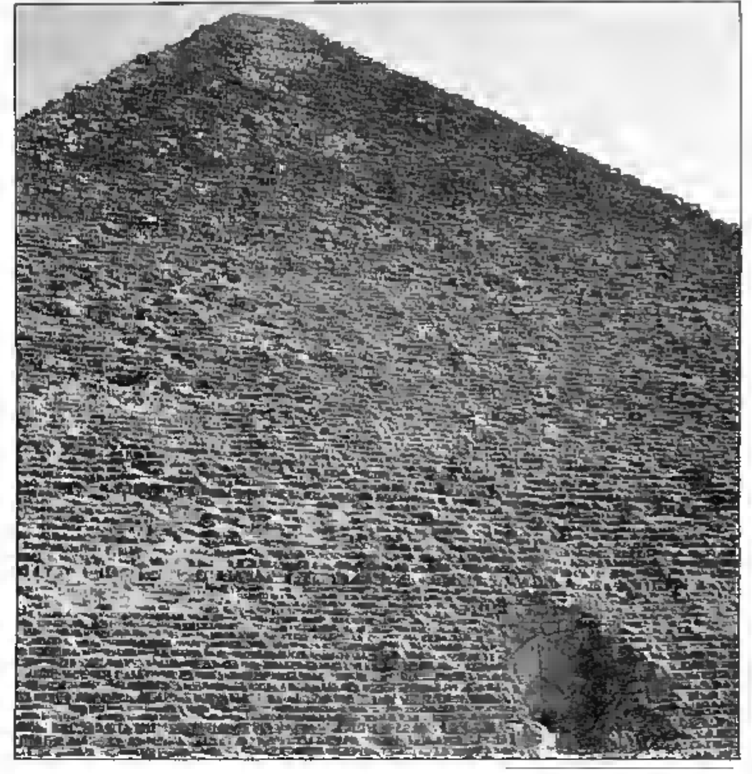
Sí se conoce, en cambio, el nombre de quien grabó otra inscripción, situada en el extremo superior del bloque de la derecha: fue el egiptólogo alemán Karl Richard Lepsius. Sólo aguzando la vista puede distinguirse la inscripción, pero en cuanto a leerla, sólo los buenos egiptólogos pueden hacerlo, porque está escrita en jeroglíficos. Lepsius quiso rendir de alguna manera tributo de reconocimiento a quien patrocinó su viaje a Egipto. Por esta razón inscribió el siguiente texto: «Al emperador de Prusia, Federico Guillermo IV, soberano del Alto y Bajo Egipto, hijo de Ra, dotado de vida eterna.»

El pasaje descendente, que se inicia una vez franqueada la entrada, tiene una inclinación de 26° 34' y es igual al ángulo menor de un triángulo rectángulo cuyos catetos sean uno la mitad del otro y también igual a la cotangente de 2. Este pasaje se interna 97,25 metros y desemboca en otro horizontal, de sección cuadrada, por el cual resulta sumamente difícil desplazarse y menos aún si carga un costal de trigo. A los 9,5 metros se abre una curiosa cámara, larga de 14 metros y ancha de 8, conocida como la Cámara del Caos.

Resulta esta cámara, situada a 30 metros por debajo del suelo de la meseta de Gizeh, otro más de los muchos enigmas presentes en la Gran Pirámide. Se abre en su centro un pozo de 2,6 metros que en 1837 quiso horadar más el británico Howard Vyse, un aficionado a la egiptología que había leído a Herodoto. No es tan malo leer a un autor del pasado: Schliemann descubrió el emplazamiento de Troya por haber sabido leer a Homero y E. H. Thompson lo que encerraba el cenote sagrado de Chichen Itzá por haber sabido leer a fray Diego de Landa.

El coronel Vyse no fue tan afortunado. Estaba seguro, porque así lo había escrito el griego, de que debajo de la Cámara del Caos había otra cámara





Aunque no se distingue con facilidad a simple vista, en la parte superior de esta entrada hay una bóveda que se apoya en un dintel triangular. Allí se encuentra la diminuta inscripción denominada "tetragrama", jeroglífico al que los egiptólogos han decidido llamar *Ojo de la Gran Pirámide* y *Signo del Horizonte* y en el que los esoteristas alegan que reside el indescifrable misterio del edificio.



secreta, rodeada por las aguas subterráneas del Nilo, llegadas a través de unos canales. Y que en aquel lugar reposaban los restos de Keops y se guardaban los secretos de la ciencia faraónica. Pero jamás obtuvo nada y además casi muere asfixiado. Después de él, nadie se atrevió a proseguir con la tarea. Entre otras cosas, porque el Gobierno egipcio lo prohibió.

Tanto como la majestuosidad de las pirámides impresiona al visitante la impenetrable expresión de la Esfinge. ¡Cuántas cosas podría contarnos ese mudo rostro si pudiera hablar!

Las cámaras de arriba, más ricas en misterios

La inclinación del pasaje ascendente es igual a la del descendente, de 26º 34', pero su longitud es menor, de 37,49 metros, porque da paso a un par de cámaras de enorme interés además de otras curiosidades. En primer lugar, hay en su inicio tres bloques de piedra, cada uno de 5 toneladas, que dan la impresión de haber sido colocados para clausurar el acceso. Se ha dicho que los dispusieron los obreros para dejar cerrado el pasaje y que pudieran salir por otro pequeño que unía el pasaje de arriba con el de abajo, pero es algo acerca de lo cual no se ponen de acuerdo los expertos.

Se abre, a la altura de este pasaje de los obreros, un pasillo horizontal de 39,29 metros que conduce a la Cámara de la Reina, llamada así quién sabe por qué. Flinders Petrie le dio el nombre de *serdab* a partir de 1880 y tuvo antaño una importancia muy especial, que se verá dentro de poco. Otro pasaje, llama-

do Gran Galería, sigue hacia arriba, como prolongación del pasaje ascendente. Conduce a la segunda de las cámaras, la del Rey, de gran interés para el tema de la resurrección abordado en esta tercera parte del presente libro.

La Cámara de la Reina tiene forma de paralelepípedo dotado con una especie de tejado y tiene 5 metros de lado. En una de las caras se puede apreciar lo que parece un nicho que debió tener antaño una estatua, se ignora de quién. En las otras dos caras, orientadas al norte y al sur, se abren sendos orificios cuadrados, uno frente al otro, de 22 centímetros de lado, que habían pasado desapercibidos hasta 1872.

El norteamericano Wayman Dixon, uno de los cientos de aficionados a la egiptología llegados al país a ver qué descubrían, observó el 14 de agosto una grieta en uno de los muros. Introdujo un alambre y vio que se hundía sin dificultad. No tardó en hallar una abertura y lo mismo sucedió en el lado opuesto. Los dos orificios habían sido colocados con alguna finalidad. Los arquitectos egipcios no hacían las cosas sin un objetivo.

El ayudante de Dixon se dirigió al exterior de la pirámide y trepó por la cara sur. Cada vez que veía un orificio sospechoso dejaba caer por él un largo cordel con una piedra atada en el otro extremo. Después de varios intentos infructuosos, la piedra se deslizó sin hallar obstáculos y fue a aparecer por la abertura que había abierto Dixon. No había duda de que la Cámara de la Reina había estado comunicada con el exterior, desde que fue construido el edificio, por unos canales que formaban un ángulo recto con cada cara. Es decir, que los dos canales seguían el camino más directo para llegar al exterior. ¿Con qué finalidad? ¿Sirvieron para que entrase el aire a la cámara o para otra cosa?

Dixon no estaba preparado para contestar a esta pregunta. No era egiptólogo. Lo único que perseguía era descubrir algo o encontrar *souvenirs* que llevar de regreso a su casa. Tuvo que llegar un científico de verdad, el hombre que mayor entusiasmo y seriedad demostró poseer en la exploración de la Gran Pirámide, para aproximarse de manera certera a lo que pudiera ser la verdad. Era nuestro viejo conocido Flinders Petrie.

La menor de las tres grandes pirámides de Gizeh es la de Micerinos. Según una leyenda inventada por los griegos sería la tumba de una cortesana de nombre Rodopis, griega, por supuesto, de quien se prendó el faraón Micerinos.



Afirmaba el inglés que los canales jamás sirvieron para ventilar la Cámara de la Reina, puesto que las dos entradas de abajo estaban cerradas, y tal vez las de arriba, cuando la Gran Pirámide poseía aún su recubrimiento calizo. Además, de haber penetrado el aire hasta el interior, habría arrastrado arena y todo género de bacterias, perjudiciales para la conservación de los objetos y de cualquier materia orgánica. La finalidad de los canales debió ser otra y él creía conocerla: debía tener algo que ver con la transferencia del alma.



EL ENIGMA DEL *KA* DIVINO

Al final de la Gran Galería, ensanchamiento largo de 46,05 metros, a cuyos costados hay nichos, 28 en total, que pudieron haber correspondido a otras tantas estatuas, se encuentra otra importante cámara, la del Rey. Antes se abre una diminuta antecámara que carece de nombre. Se ha pensado que dispuso antaño de unas poleas para subir y bajar unos bloques de piedra que impedirían el paso a la siguiente cámara, que es la del Rey. Nada se ha establecido al respecto, e incluso se ha pensado que pudo ser una estratagema ideada por los sensacionales arquitectos para disuadir a los ladrones de entrar en la cámara. La Cámara del Rey, que aparece de inmediato, tiene la forma de un paralelepípedo perfecto, sin tejado como la de la Reina. En dos caras opuestas, las orientadas al norte y al sur, se abren dos canales semejantes a los de la cámara de abajo, completamente abiertos.

Las dimensiones de la Cámara del Rey son tan precisas como asombrosas: su anchura es la mitad de su longitud, así como la altura es igual a la mitad de la anchura multiplicada por la raíz cuadrada de 5, y estas medidas no son fruto de la casualidad. Se verá en un momento más algunas peculiaridades de estas me-

didas, después de observar con diligente atención la bóveda de la cámara.

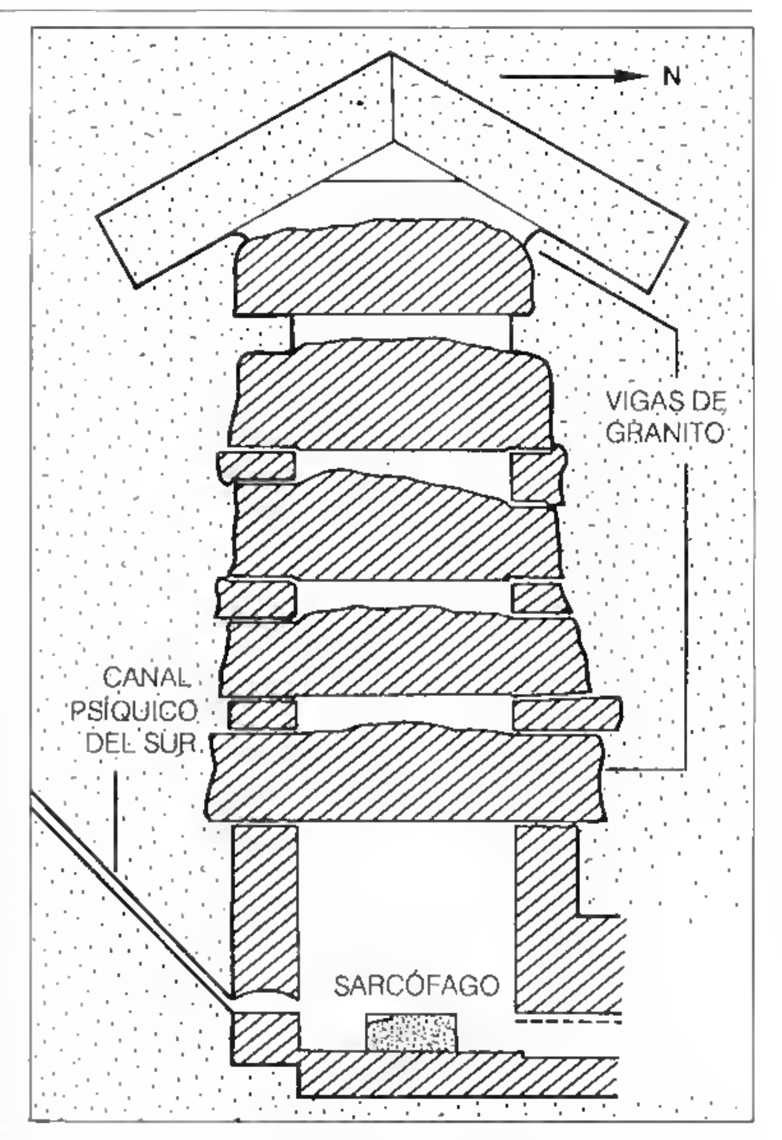
Consta de cinco pequeños espacios, con otras tantas vigas de piedra intermedias, que vienen a rematar en la parte superior en una especie de tejadito. Los espacios intermedios y las vigas debieron servir, aparentemente, para aligerar la enorme presión que gravita sobre la cámara. Es obvio que debieron ser colocadas por los arquitectos antes de ser terminada la Cámara del Rey y que dispusieron de un equipo adecuado para realizar el trabajo. Aquella gente poseía nociones muy precisas de ingeniería y matemáticas. Solamente así pudieron realizar el portentoso trabajo.

Debe destacarse el hecho de que sean cinco las vigas y los espacios intermedios. Este número aparece en muchas ocasiones en la Gran Pirámide. En una de las vigas halló Howard Vyse un jeroglífico que parecía identificar el nombre del faraón. Se ignora si fue Keops quien lo mandó esculpir y con qué intención, pero no pudo escoger un lugar más difícil para hacerlo, de eso no hay duda.

Flinders Petrie anduvo más tarde haciendo mediciones en la Gran Pirámide. Estaba seguro de que los arquitectos del faraón nada habían hecho al azar, nada habían dejado a medias, sino que todo en la construcción se relacionaba con los números sagrados. Descubrió que la Cámara de la Reina se encontraba a la mitad de la altura que tenía la otra cámara, la cual estaba a su vez a una distancia de la punta de la pirámide igual a 2 multiplicado por la raíz cuadrada de 2. Por otra parte, la Cámara del Rey fue construida de tal manera que la superficie de su sección horizontal era la mitad de la superficie de la base de la pirámide. En consecuencia, la diagonal de ese cuadrado era igual al lado de la base de la pirámide.

El valor del codo piramidal

Charles Piazzi Smith, director del Real Observatorio de Escocia, quien fue el primero en considerar a la Gran Pirámide como una montaña mágica —y así era, en efecto —, no se mostró demasiado inteligente al hablar de otras características de la construcción. Entre ellas cabe destacar el valor del codo piramidal, medida por excelencia conocida por los antiguos egipcios desde tiempo inmemorial.



Corte de la Cámara del Rey de la pirámide de Keops, mostrando en la parte superior a la llamada cámara de descarga, formada por cinco gruesas vigas de granito. Se ha dicho que debieron servir para aligerar el peso que gravita sobre este espacio, pero se piensa también que el hueco pudiera dar paso a un lugar secreto, aún no descubierto.

Dijo que el codo piramidal equivalía a la diezmillonésima parte del radio polar, es decir, que medía 63,57 centímetros. Demostró también que la distancia de la Tierra al Sol había sido conocida por los sabios egipcios: es igual a mil millones de veces la altura de la Gran Pirámide. Después del escocés aparecieron otros insignes piramidólogos a descubrir —o a inventar— diversos valores para el codo, que no se sabe si fueron verdaderos o si obedecían a la casualidad.

Poco más de mil años antes de Piazzi Smith, el califa Al Mamún, que tanto se interesó en la Gran Pirámide, había fijado ya el valor del codo piramidal: midió el lado de la construcción y lo

dividió por 400. Obtuvo el equivalente de 57,59 centímetros. Todos los valores calculados diferían del deducido luego por Flinders Petrie, al comprobar que Piazzi Smith había cometido algunos errores con toda intención.

El egiptólogo británico midió cientos de veces las caras y el interior de la Gran Pirámide y llegó a esta conclusión: cada lado de la base tuvo en sus orígenes una longitud de 440 codos, así como la altura fue de 280. Dedujo entonces la relación 22/7, igual al perímetro de la base dividido por el doble de la altura. Es decir, el valor más cercano a la realidad conocido en la antigüedad para *pi*. Este valor era también igual, en la Gran Pirámide, a la suma de la cotangente del ángulo de inclinación de las cuatro caras. El codo piramidal era, según determinó Flinders Petrie, igual a 52,37 centímetros.

Más tarde, al medir la Cámara del Rey, el británico descubrió que su longitud era de 20 codos exactos y que ese lado era el cateto menor de un triángulo rectángulo cuyo cateto mayor fuera la diagonal de la cara menor. La hipotenusa era la línea que unía una punta de la cámara con la opuesta más alejada. Resultaba así un triángulo cuyas dimensiones eran 15, 20 y 25 codos, al que se daba el nombre de *isíaco*, en homenaje a la diosa Isis, patrona de las ciencias ocultas y de las matemáticas. Así, la Cámara del Rey debía poseer un contenido altamente esotérico.

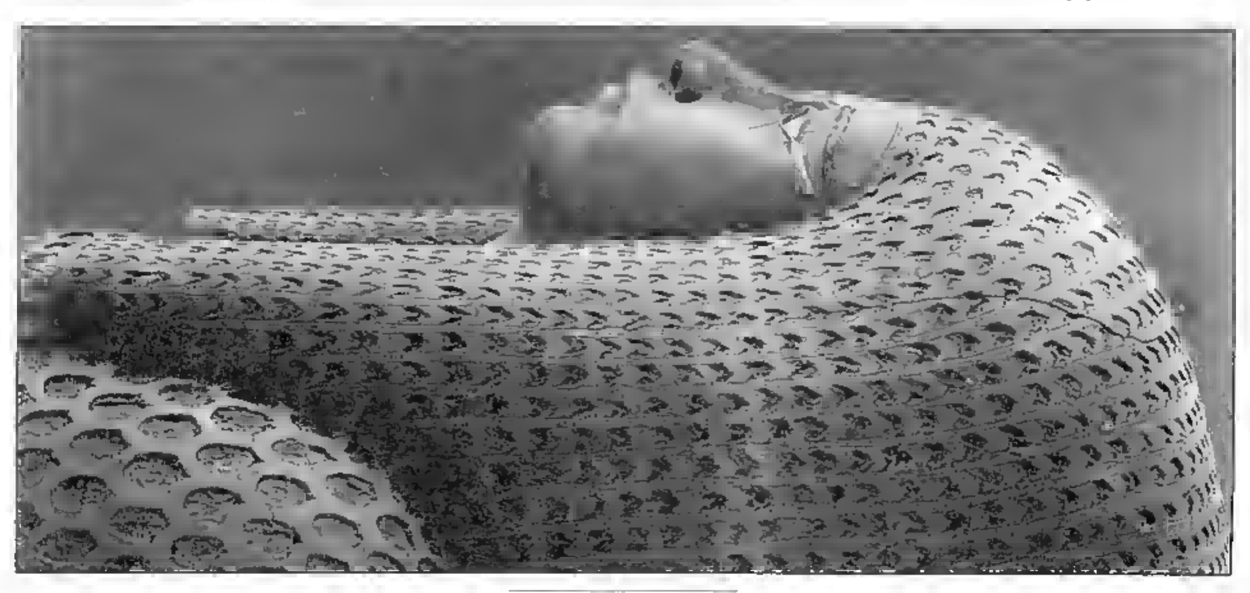
Según los cálculos hechos por Flinders Petrie, para las medidas de la Cámara del Rey, en la Gran Pirámide de Keops, en Gizeh, se habían tomado como base el *isíaca* medida de la época así denominada en homenaje a Isis, patrona de las ciencias ocultas y las matemáticas, lo que apuntaría al alto contenido esotérico que encierra la Cámara. La foto de esta escultura de la XVIII dinastía fue tomada por una expedición a Egipto.

Un sarcófago que no sirvió para nada

Adosado al muro norte de la Cámara del Rey se encuentra el más famoso y desconcertante de los sarcófagos conocidos, sólo comparable con el de Tutankamon y con el descubierto en Palenque, donde se encontraron los restos de quien algunos consideraron astronauta extraterrestre, otros rey Pacab y otros más extranjero de superior estatura venido de un país transoceánico.

Este sarcófago egipcio ha provocado numerosas conjeturas acerca del objetivo que perseguían quienes lo construyeron. Se ha querido afirmar que sirvió de última morada al faraón que mandó levantar la Gran Pirámide, pero existen muy serias dudas al respecto. También las hay en cuanto a que haya servido como medida de capacidad para granos, como dijo algún piramidólogo. Construir un edificio tan costoso para algo tan sencillo es algo que no termina de convencer.

El sarcófago, llamado cofre por los egiptólogos que no piensan que haya servido para albergar el cuerpo real, es un bloque de granito cuyas dimensiones exteriores son: 2,29 metros de longitud, 0,98 de anchura y 1,05 de altura, con un grosor de 30 centímetros. Es decir, suficiente espacio para contener a un cuerpo humano de regular estatura envuelto en vendas, pero no para albergar tres ataúdes superpuestos, según era costumbre en Egipto.





Los recintos funerarios de las pirámides egipcias constituyeron, durante un buen tiempo, una fuente inagotable de riqueza para los inescrupulosos saqueadores de tumbas por el valor y la variedad de los objetos que allí había, como estos delicados y suntuosos brazaletes de oro.

La primera vez, en la época moderna, que un egiptólogo penetró en la Cámara del Rey, el cofre estaba vacío. No había ninguna tapa en el lugar, como había sucedido en otras tumbas: pese a haber sido saqueadas, a nadie se le ocurrió llevarse una tapa pesada y carente de valor. En la parte superior hay una hendidura semejante a la que permite deslizarse a la tapa de una caja de dominó, pero esto nada prueba. Y, no había momia alguna en el interior del cofre. ¿Fue saqueada la supuesta tumba, o el cuerpo del faraón conducido a otro sitio secreto y el cofre sirvió para otros propósitos?

Los hipotéticos tesoros de la Cámara

Herodoto había informado acerca de una cámara subterránea, rodeada por unos canales que servirían para protegerla de los intrusos, y esta noticia no fue inventada por él. Alguien debió decírselo. El griego se limitaba a repetir lo que escuchaba en sus viajes, hasta los embustes. Ahí debía encontrarse la verdadera tumba del faraón. Supo de esto el califa Al Mamún, quien gustaba de leer a los autores griegos, y se empeñó en penetrar en busca de los tesoros que las leyendas se habían encargado de acrecentar. Gastó enormes fortunas en abrir la brecha que Ramsés II había mandado cerrar, pero nada obtuvo que valiera la pena, como no fueran algunas naderías que sus cronistas se ocuparían de describir, exagerando su importancia.

Uno de los cronistas fue Abdul Mohamed Abdallah el Hokim. Dijo que su patrón llegó hasta una cámara de alta bóveda, en cuyo centro había un pozo de 10 codos de profundidad. En cada uno de los cuatro muros de la cámara se abría un corredor que conducía a una sala ocupada por docenas de cadáveres envueltos en vendas, negruzcos pero todavía enteros. Mencionaba el cronista una cámara más, situada al final de un pasaje sin peldaños, donde había una estatua humana de piedra verde. La estatua era, en realidad, un sarcófago, y al abrir la tapa se descubrió una momia protegida por una coraza de oro incrustada en pedre-

ria, una espada en la mano y un rubí tan grande como un huevo de gallina en la frente.

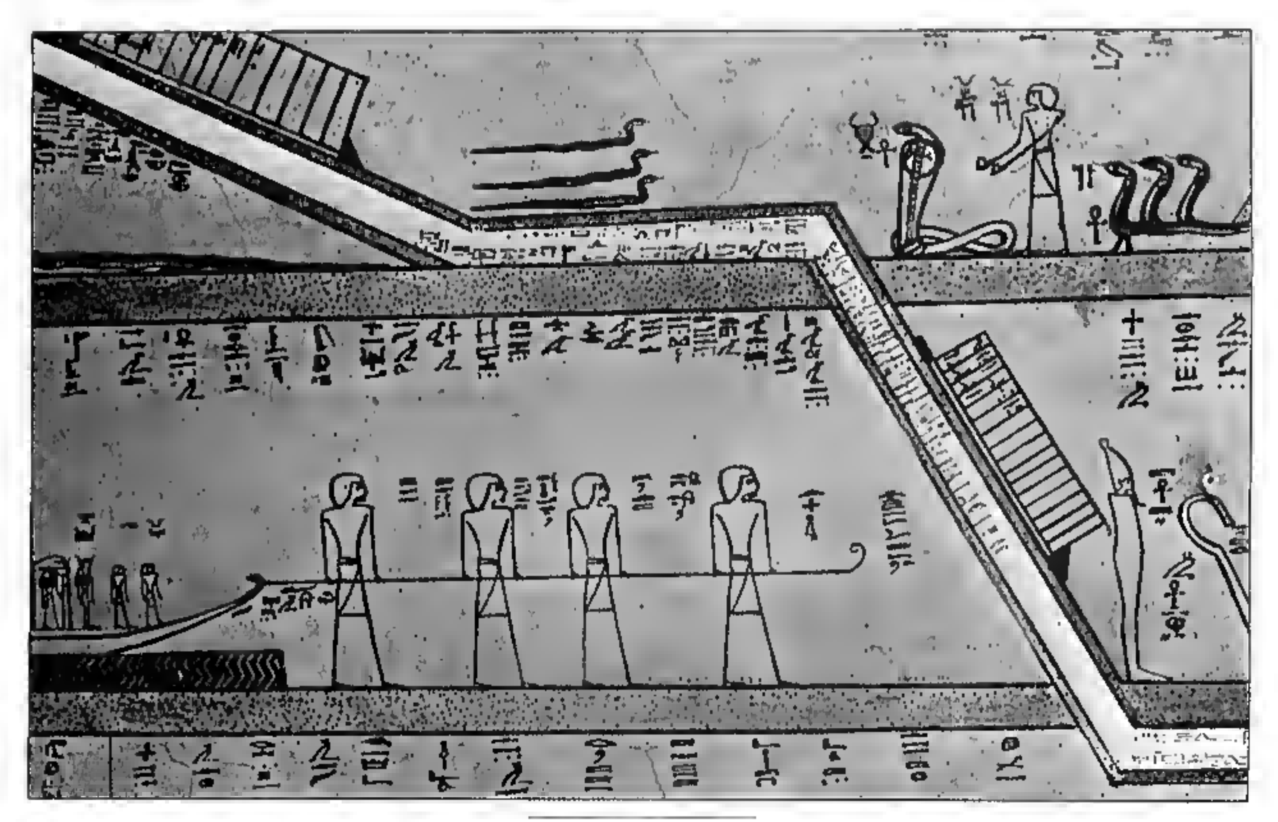
Resulta difícil de creer que Al Mamún hubiera hallado tales tesoros en una tumba previamente visitada por otros saqueadores dueños de una mejor técnica para apoderarse de los tesoros ajenos. Es más sensato pensar que los autores árabes poseían una fértil imaginación o que se inspiraron en los cuentos orientales. Después de todo, Al Mamún era hijo de Harún Al Raschid, el califa de Bagdad, el de las *Mil y una noches*.

A este sarcófago sin huésped y a otros citados en páginas anteriores habría que añadir el descubierto en 1953 por Zakaria Ghoneim. Este destacado egiptólogo quiso estudiar la causa de tantas muertes atribuidas a las maldiciones faraónicas. Dijo que las vendas utilizadas para envolver los cuerpos se impregnaban con sales radiactivas traídas de Arabia. Los sacerdotes embalsamadores echaron mano de este material no sólo para conservar los cuerpos, sino también para aniquilar a los intrusos. Es curioso que Ghoneim, tan interesado en explicar científicamente la maldición faraónica, pereciera de manera misteriosa, en un accidente de automovilismo. Cuando se dirigía a la ciudad de Suez, y como si un poder misterioso se lo hubiera ordenado, dio un brusco viraje y fue a estrellarse contra un vehículo que se dirigía a El Cairo. Murió al instante.

El profesor Ghoneim había hallado en la pirámide de Skhemkhet, en Saqqarah, un sarcófago de alabastro herméticamente cerrado, que conservaba los sellos originales. Era evidente que no había sido abierto hasta el arribo del egiptólogo. Sin embargo, al levantar la tapa apareció vacío el interior. No había duda en cuanto a que jamás había contenido nada. ¿Por qué? Ghoneim comprobó entonces que en aquella pirámide, como había sucedido en otras, había dos cámaras, una sobre la otra — como sucedía en la Gran Pirámide—, que tuvieron una finalidad religiosa y que, después de celebrarse la ceremonia sagrada, eran cerradas herméticamente. El cuerpo del difunto era conducido entonces a un lugar secreto, ajeno a la pirámide.

¿En qué consistía aquella ceremonia sagrada? Un siglo antes, el británico Flinders Petrie había lanzado una

Era habitual que cuando los exploradores lograban penetrar, en una tumba egipcia se encontrasen con los sarcófagos vacíos dado que, aunque se solía sellar las cámaras después de los servicios mortuorios, los cuerpos eran trasladados a otras cámaras secretas. De todas maneras, quedan los tesoros pictóricos de la época, como este dibujo del dios Ra en el mundo infernal de la tumba de Amenofis II.



interesante teoría que podría aclarar el misterio de los ataúdes vacíos.

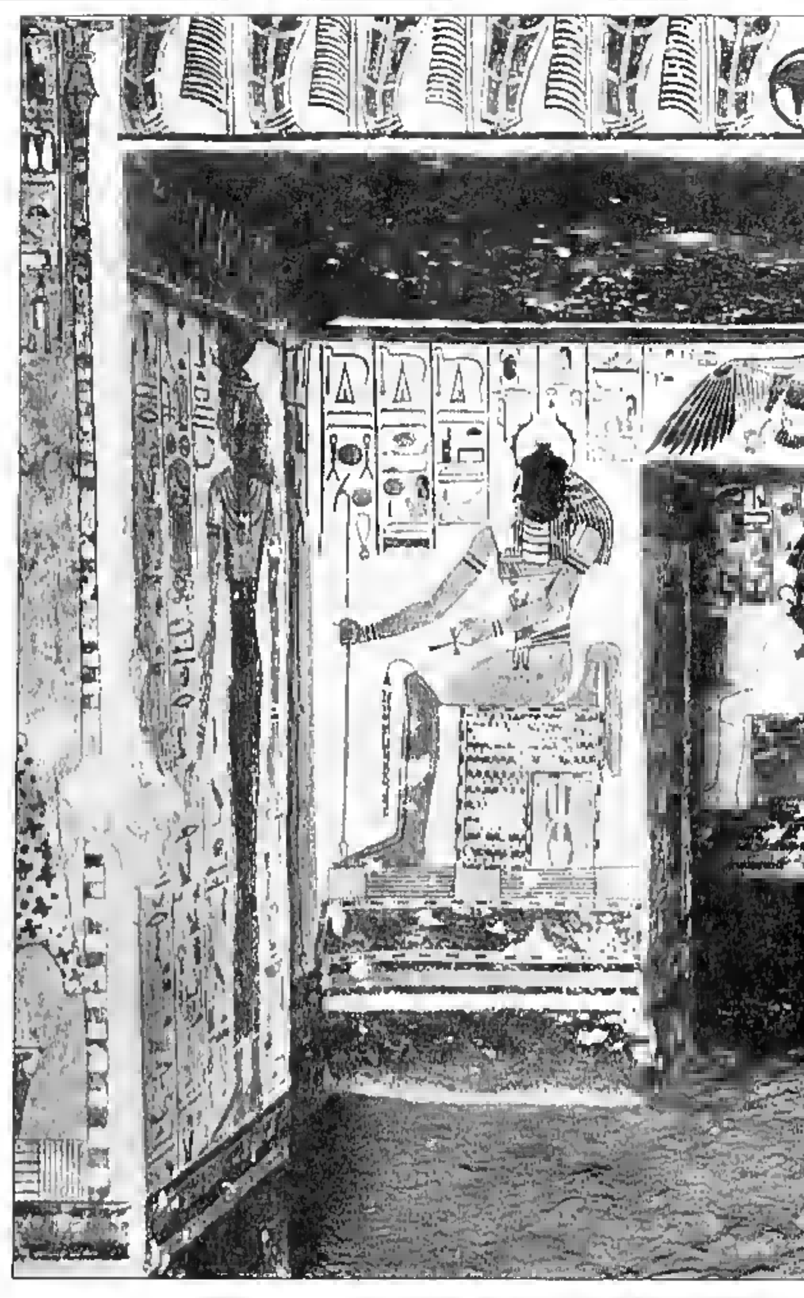
El enigma del ka *divino*

En el antiguo Egipto, los faraones estaban formados, como cualquier ser humano, por dos elementos: el cuerpo perecedero y el alma inmortal. Podía conservarse el cuerpo por medio de ciertas prácticas conocidas por los sacerdotes. El alma inmortal constaba, a su vez, de tres principios bien definidos: el *ka*, o parte de la omnisciencia divina que caracterizaba al faraón, el *ba*, o alma inmortal, y el *akh*, poderoso emisor y receptor de las ondas espirituales que van unidas a la vida de todo ser humano. Se ha sugerido que, de la combinación de estos tres principios, o *ka-ba-akh*, derivaría el nombre de cábala, o ciencia de la comunicación con el más allá, supuestamente inventada por los judíos.

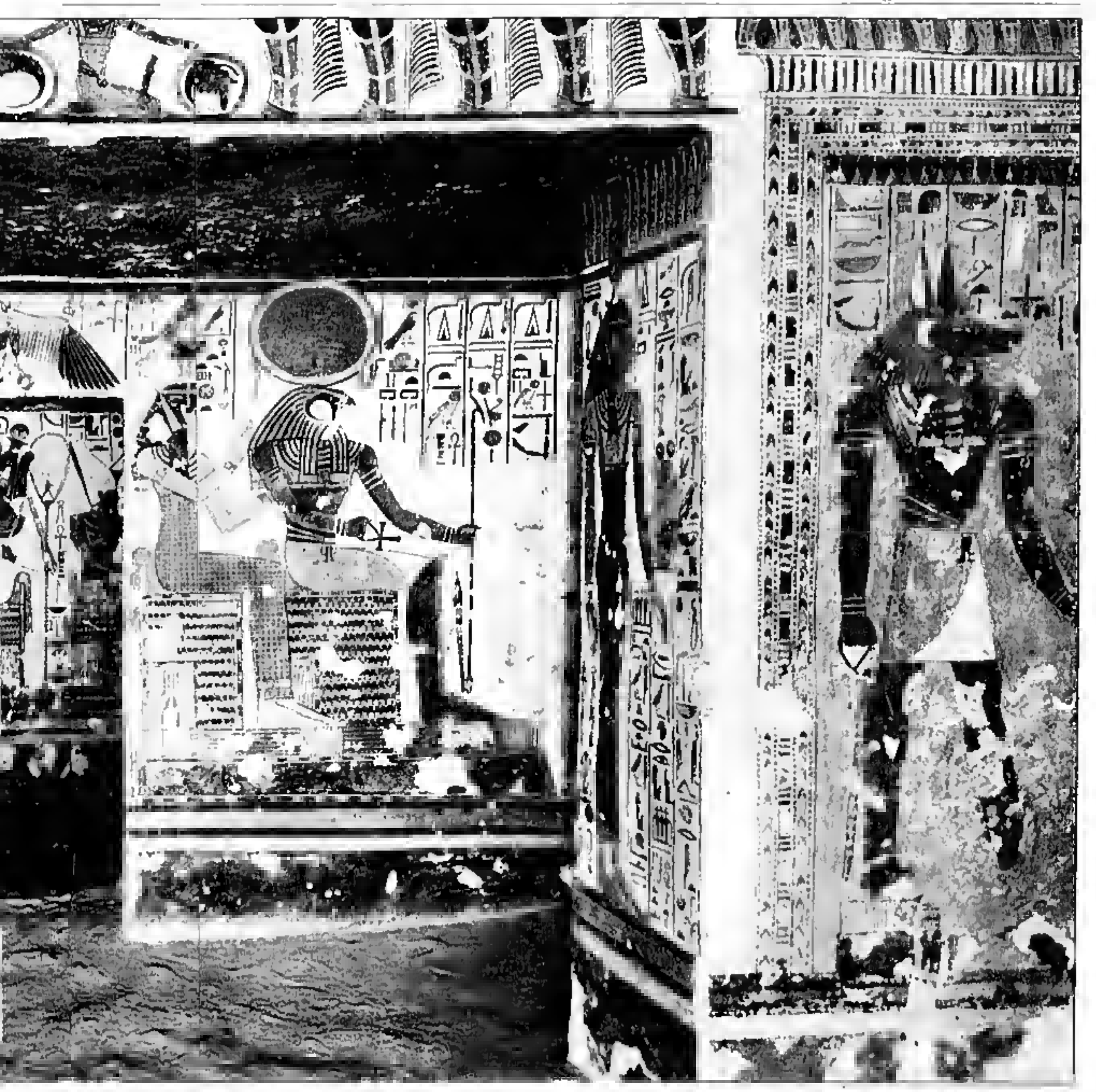
Cuando moría un faraón, los sacerdotes debían mantener su cuerpo en condiciones especiales, para permitir a su *akh* seguir en contacto con el alma hasta el momento de abordar ésta la barca solar que la conduciría al paraíso Amenti. Y para que resultara la operación, era preciso mantener el *ka* divino unido a la tierra. Esto se lograba haciéndolo pasar al cuerpo del nuevo faraón, que no tardaría en suceder en el trono al difunto. Al llegar a su fin la operación, los sacerdotes podían proceder a embalsamar el cuerpo del difunto y depositarlo en una cámara secreta.

De acuerdo con Flinders Petrie, la transferencia del *ka* divino se realizaba a través de los mal llamados canales de ventilación abiertos en las dos cámaras. Para ello, fue colocado el cuerpo del difunto Keops en la Cámara de la Reina, así como una estatua esculpida a su imagen fue adosada al muro. Flinders dio el nombre de *serdab* a esta cámara inferior, que venía a ser un recinto sagrado destinado a contener el doble del faraón. La función de la estatua era suplir al faraón si el cuerpo de éste sufría algún accidente en el curso del complejo ritual de la ceremonia mística.

Mientras tanto, el sucesor de Keops pasaba por una serie de pruebas iniciáticas, terminadas las cuales era drogado y conducido inconsciente a la



Cámara del Rey. Su cuerpo era colocado en el cofre de granito, tal vez cubierto con una tapa para protegerlo de las asechanzas de los espíritus malévolos, y quedaba listo para que pudiera realizarse la transferencia del *ka* divino, del faraón muerto a su hermano Kefrén, quien lo sucedería. Para que pudiera celebrarse el segundo nacimiento de éste, de esencia simbólica, el *ka* de Keops debía trasladarse de la Cámara de la Reina a la del Rey, que se encontraba unos metros más arriba. Pero este viaje astral no se realizaba a



través de las piedras, sino por los canales de ventilación. Con justa razón, Flinders Petrie declaró que eran canales psíquicos.

Tres días más tarde, despertaba Kefrén de su largo sueño, en posesión ya del *ka* de su antecesor. El espíritu de Keops se había alojado en el cuerpo del nuevo faraón. La operación mística había terminado. Sólo entonces, al despertar el que se suponía era la reencarnación del soberano difunto, daba comienzo la ceremonia de coronación del nuevo faraón.

En estos frescos del interior de la tumba de la reina Nefertari, esposa de Ramsés II, se la distingue por su cabeza de halcón sobre la cual se apoya el sol rodeado de una serpiente.

La Cámara del Rey, donde había permanecido inconsciente el que sería nuevo soberano, quedaba convertida en recinto sagrado y su acceso era prohibido a los seres mortales. Quedaba clausurada la puerta, así como eran cerrados los canales que sirvieron para realizar la transferencia del *ka* divino. En cuanto al faraón difunto, los sacerdotes iniciaban al instante las operaciones de conservación de su cuerpo, para conducirlo más tarde a la que sería su morada definitiva, en un lugar supersecreto.



EN BUSCA DE UNA CÁMARA PERDIDA

La ilustración muestra un primer plano de la pirámide de Kefrén, la segunda en importancia de Gizeh, en la que se aplicaron rayos X en un intento de encontrar una cámara secreta.

Cuando en 1901 se concedió el premio Nobel de Física al alemán Wilhelm Konrad Roentgen por el descubrimiento de los rayos X, nadie pensó siquiera que casi 70 años más tarde un colega norteamericano, físico también, se basaría en este trascendental hallazgo científico para tratar de descubrir una sospechada cámara secreta en la segunda pirámide en importancia de Gizeh: la de Kefrén.

Un domador en la pirámide de Kefrén

A partir del momento de llegar Napoleón Bonaparte a Egipto, en 1798, acompañado por su ejército y un equipo de científicos e investigadores, comenzó a ponerse de moda este país en Francia y el resto de Europa. Numerosos arqueólogos y aventureros en busca de fortuna o de gloria arribaron al país de los faraones, igual que sucedería un cuarto de siglo más tarde en las tierras mayas. Algunos visitantes eran arqueólogos de reconocido prestigio, pero

la mayoría de los hombres que realizaron excavaciones a orillas del Nilo lo hicieron movidos por el deseo de hacerse famosos. Y en muchas ocasiones causaron graves daños a los edificios.

Uno de estos aventureros se llamaba Giovanni Belzoni. Era italiano y en su patria se había ganado la vida como domador de fieras en un circo. Pero un día le picó la curiosidad y quiso conocer de cerca las construcciones de las que tanto se hablaba. En 1818 penetró en la pirámide de Kefrén y encontró, antes que nadie, una cámara aparentemente funeraria, que no contenía absolutamente nada.

Al abandonar la pirámide sintió un vago malestar, acompañado de fiebre, seguidos de fuerte delirio. No volvió a sentirse bien en los cinco años que le quedaron de vida. Murió el 3 de diciembre de 1823, sin que la ciencia médica hubiera podido aclarar su mal. ¿Fue acaso una víctima más de la maldición faraónica, que cobraría mayor importancia y dramatismo a partir de 1923, cuando se descubrió la tumba de Tutankamon?

Después de realizar Belzoni su descubrimiento, algunos egiptólogos se preguntaron por qué solamente apareció una cámara en la pirámide de Kefrén, si lo normal era que fueran dos, como sucedía en la de Keops. Se dedicaron a buscar la segunda cámara, pero jamás dieron con ella. ¿Era porque se encontraba en un lugar secreto, inalcanzable? ¿Acaso no existía esa segunda cámara y la ceremonia sagrada de la transferencia del *ka* divino no tuvo lugar con el sucesor del faraón Kefrén, porque no creía en estas cosas?

Transcurrió más de un siglo sin que nadie obtuviera éxito en la empresa, hasta que en 1967 llegó a la pirámide de Kefrén un científico de gran prestigio, que muy poco sabía de egiptología pero había leído o escuchado algo acerca de la hipotética segunda cámara. Se propuso dar con ella.

Una búsqueda que no condujo a nada

El año antes, la Academia de Ciencias de Estocolmo había concedido el premio Nobel de Física al Dr. Luis Walter Alvarez, director del laboratorio de radiaciones Lawrence, de la universidad

En Estocolmo se encuentra la sede de la prestigiosa Fundación Nobel que concede los famosos premios del mismo nombre. En 1968, el correspondiente al terreno de la física le fue otorgado al Dr. Luis W. Alvarez quien, además de sus trabajos en partículas elementales que le valieron el premio, se dedicaba ya a investigar el enigma de la pirámide de Kefrén.



de California en Berkeley. No era galardonado por las experiencias realizadas en Egipto, sino por sus trabajos sobre la física de las partículas elementales. Era un hombre sumamente inquieto, este Dr. Alvarez, que años más tarde intentaría explicar la repentina extinción de los dinosaurios.

Para localizar el lugar exacto donde se encontraba la segunda cámara de la pirámide de Kefrén, el físico metido a egiptólogo contaba con aparatos muy especiales y una técnica desconocida por sus predecesores en el intento de desentrañar el enigma de la pirámide.

Había descubierto el Dr. Alvarez que, sin lugar a duda, del total de radiaciones electromagnéticas que llegan a la Tierra y se filtran a través de las capas superiores de la atmósfera, solamente unas partículas de masa media, sumamente penetrantes, alcanzan hasta su superficie. Para ellas, conocidas como *muones*, los bloques de piedra no representan obstáculo. Frenan su velocidad, pero no impiden su paso. El científico se dispuso entonces a preparar una radiografía cósmica de la pirámide. Se dispuso a instalar unos detectores en la cámara ya conocida, para medir la velocidad de penetración de los tales muones. Los instrumentos podrían determinar entonces en qué lugar de la estructura se desplazaban los muones a velocidad normal. Ahí debía encontrarse la cámara secreta.

Se iniciaron las pruebas en julio de 1967. Por mala suerte, estalló la guerra de Seis Días entre judíos y egipcios. Lo mismo el Dr. Alvarez que sus colaboradores egipcios Ahmed Fakhry, especialista en pirámides, y Fathi el Bedewi, de la universidad Ain Shams, de El Cairo, tuvieron que suspenderlo todo hasta la siguiente primavera.

Cada vez que un muón atravesaba la piedra para chocar contra unas placas de aluminio instaladas en la cámara, se producía una chispa. Los cientos de miles de impulsos eléctricos eran registrados en cintas magnéticas. El Dr. Alvarez había calculado que los muones poseen una energía inicial de 55 mil millones de electrones-voltio y que, al atravesar las piedras, se reduciría esa energía a la quinta parte.

Los primeros resultados no fueron como se esperaba. La energía de los muones, una vez llegados a la cámara, era superior a las cifras previstas.

Para desentrañar el misterio de la pirámide de Kefrén, que supuestamente contenía los restos del rey homónimo cuya imagen se ilustra, el Dr. Álvarez utilizó técnicas desconocidas por sus antecesores en el intento de dilucidar el misterio de la segunda cámara oculta.

¿Cómo explicarlo? La única información clara, analizada por la IBM-1130 de la universidad Ain Shams, consistió en lo siguiente: la punta de la pirámide, que conserva todavía parte del revestimiento original de caliza, había obstaculizado la buena marcha de la operación.

En relación con esa punta de la pirámide de Kefrén, los esoteristas opinan que así debía ser: gracias a la punta, la pirámide sigue estando viva, lo que no sucede en la pirámide de Keops, que perdió hasta el último fragmento de revestimiento. Es una pirámide muerta.

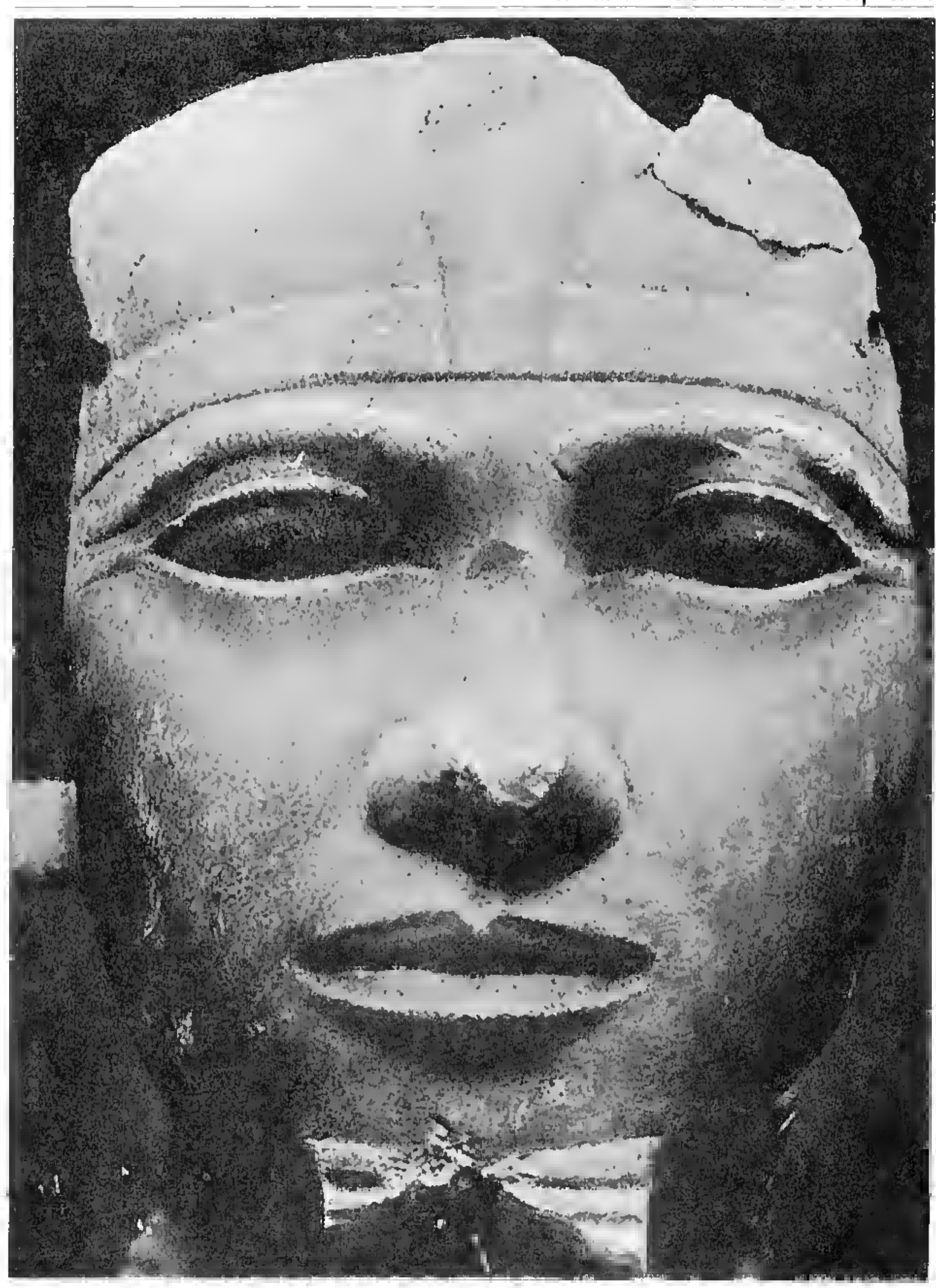
Resultaron inciertas las otras respuestas

La Dra. Laureen Yazalina, colaboradora de Alvarez, hizo una curiosa declaración a los periodistas que acudieron a la pirámide en busca de información. Se limitó a explicar que las radiaciones fueron suficientes para localizar no una, sino cien cámaras secretas. Eso fue todo. ¿Tenía motivos para mostrarse tan poco clara? ¿Recibió instrucciones de su jefe en este sentido?

En diciembre de 1968, el Dr. Alvarez viajó a la capital sueca para recoger su premio. Nada se dijo de aquellas experiencias. En julio del siguiente año circuló una extraña noticia sobre los trabajos realizados en la cámara. No la dieron los miembros norteamericanos del equipo, sino Amr Gohed, profesor de la Ain Shams que había estado al cuidado de los aparatos electrónicos en ausencia del jefe. Confió a un periodista del *Times* que las pruebas no sólo habían sido un fracaso, sino que al analizar los datos recibidos se obtuvieron resultados increíbles.

Añadió que todo lo que sucedía en el interior de la pirámide de Kefrén iba en contra de las leyes físicas conocidas: el registro de las radiaciones cósmicas llegadas a la cámara variaba de un día a otro, de manera incomprensible. Dijo que existen enigmas en la geometría de las pirámides para los cuales no se conoce explicación. Podría llamarse a este fenómeno magia o poderes parafísicos, pero no había la menor duda de que se contradecía con lo que ordena la sabia naturaleza.

Pese al fracaso, el Dr. Alvarez no se desalentó. Quiso realizar una nueva







prueba, provisto de mejor equipo. Obtuvo el apoyo económico y científico del Instituto Stanford, a cuyas autoridades expuso lo siguiente: si fracasaron las pruebas con las radiaciones cósmicas, que daban en cada ocasión resultados diferentes ¿no significaba esto que la cámara estaba repleta de oro, metal que dificulta su paso?

Declaró que recurriría a otras técnicas, como podía ser el radar, capaz de captar cualquier objeto oculto en el interior de la pirámide. El 23 de abril de 1974, el Dr. Luis Walter Alvarez, premio Nobel de Física 1968, anunció públicamente su intención de descubrir, en un plazo máximo de 30 días, el secreto de la pirámide de Kefrén. Utilizaría para ello emisiones de radio de onda corta, que penetrarían en la roca y alcanzarían hasta el último rincón del monumento.

Llegó la fecha prometida y nada informaron los medios de comunicación acerca de los resultados. ¿Había vuelto a fracasar la ciencia moderna ante los arcanos del saber egipcio?

Tras fracasar el intento de descubrir el secreto de la pirámide de Kefrén (a la izquierda) con radiaciones cósmicas, el doctor Luis Walter Álvarez declaró públicamente en abril de 1974 que él lo lograría en un máximo de 30 días, mediante el uso de emisiones de radio de onda corta. Mas, al cumplirse el plazo establecido por él mismo, no se encontró en la prensa noticia alguna sobre el experimento. También la Gran Pirámide sigue guardando sus secretos pese a las abundantes investigaciones realizadas.

Los franceses y sus pruebas en 1986

Los sondeos electrónicos no han sido capaces, hasta el momento, de revelar la existencia de una cámara secreta en la pirámide de Kefrén. En cuanto a la de Keops, jamás se había intentado una operación similar. Como los contadores Geiger parecen enloquecer frente a la Gran Pirámide —es frecuente que esto suceda ante una gran mole imponente de piedra, que contiene casi siempre residuos de radiactividad—, algunos investigadores de vanguardia concluyeron que se trata de una pila atómica gigantesca y que los egipcios conocían el secreto de la energía nuclear.

En capítulos anteriores se vio que hay en la Gran Pirámide tres cámaras: la del Rey, la de la Reina y la del Caos. Los primeros egiptólogos su-



pusieron, al verlas vacías, que habían sido saqueadas. Más tarde se cambió de idea: los sarcófagos reales jamás fueron depositados, para toda la eternidad, en ninguna de las tres cámaras, sino que eran sólo lugares de paso.

Otros egiptólogos han pensado que los egipcios fueron demasiado listos para colocar los sarcófagos en sitios tan fáciles de localizar, siempre al final de un pasaje secreto, de acceso fácil. Estiman que las tres cámaras sirvieron para engañar a los ladrones. Añaden que los enormes dinteles colocados, a manera de bóvedas, sobre las cámaras del Rey y la Reina, debieron soportar el peso de otra cámara aún no descubierta. Tal vez habían leído a cierto poeta árabe quien afirmó lo siguiente, hace unos ocho siglos o más: "en la plataforma superior se abre un pasaje que conduce al centro de la construcción".

La Cámara del Rey tiene, en su parte superior, un conjunto de bloques que pesan muchas toneladas y forman lo que se ha dado en llamar cámara de descarga. ¿Sirve acaso para proteger un espacio contiguo? Por otra parte, en la antecámara que precede a esta cámara hay unos pilotes de piedra que podrían servir para bloquear el acceso a la cámara. ¿Era todo este conjunto de piedras una utilería, sin más función que engañar a los intrusos?

Otras preguntas que se han hecho algunos investigadores serían: por qué la Cámara del Rey no se encuentra en el eje exacto de la Gran Pirámide y por qué la Cámara del Caos está en el subsuelo, a tan enorme profundidad. Dos arquitectos franceses, Gilles Dormion y Jean-Patrice Coidin, se hicieron en febrero de 1986 estas mismas consideraciones y lograron obtener una ayuda económica del Gobierno francés, así como la autorización del Dr. Ahmed Fakry, director de Antigüedades Egipcias, para realizar una exhaustiva exploración, en este sentido.

El 24 de agosto comenzaron a realizar microsondeos en los muros de los pasajes, utilizando gravímetros ultrasensibles. Hallaron donde habían previsto ciertas anomalías que señalaban una diferente densidad de las piedras. Esto demostraba la existencia de cavidades. Siguió a esto una serie de perforaciones, realizadas con extrema lentitud. Si lograban hallar una cavidad introducirían una sonda por el ori-

ficio, que permitiría fotografiar su interior. El 5 de septiembre, la primera perforación, realizada en el pasaje que conduce a la Cámara de la Reina, no proporcionó resultados positivos. Pasaron los días y nada sucedió. Los dos arquitectos franceses supieron qué les sucedería si seguían adelante con la exploración: ¿serían las próximas víctimas de la maldición faraónica?

LA LEYENDA DEL FARAÓN KEOPS

Herodoto fue un magnífico periodista, que describió con fidelidad todo lo que contempló en sus viajes por Egipto y Oriente. Pero cuando le tocó el turno de hablar del pasado, tuvo que recurrir a preguntar a quien creía que lo sabía todo. Fue lo que hizo en la tierra de los faraones, donde se dirigió a los depositarios del saber. Es decir, a los sacerdotes.

Eran los miembros del clero individuos llenos de perjuicios. Admiraban de manera desmedida a unos faraones y odiaban exageradamente a otros, sin tener jamás bases en qué apoyarse. Les desagradaba alguien, y eso bastaba. Así sucedió con Keops.

Declararon que había sido un malvado

Explicaron estos buenos señores a Herodoto que, antes de Keops, hubo buenas leyes y que todos los egipcios eran felices. Pero, al ocupar el trono aquel malvado faraón, se dedicó a cometer todo género de injusticias y arbitrariedades imperdonables: cerró los templos y prohibió a los buenos creyentes adorar a los dioses, que eran muchos y todos de primera.

Aquel faraón aborrecido, cuya memoria debió ser olvidada de raíz por la población entera a su muerte, había obligado a su pueblo a aportar fondos para construir su inútil pirámide que jamás sirvió para nada, como no fuera para empobrecer al país más de lo que estaba. Y llegó su maldad al extremo de prostituir a su propia hija. Ganó tanto dinero la joven ofreciendo su cuerpo que no sólo logró edificar el monumento

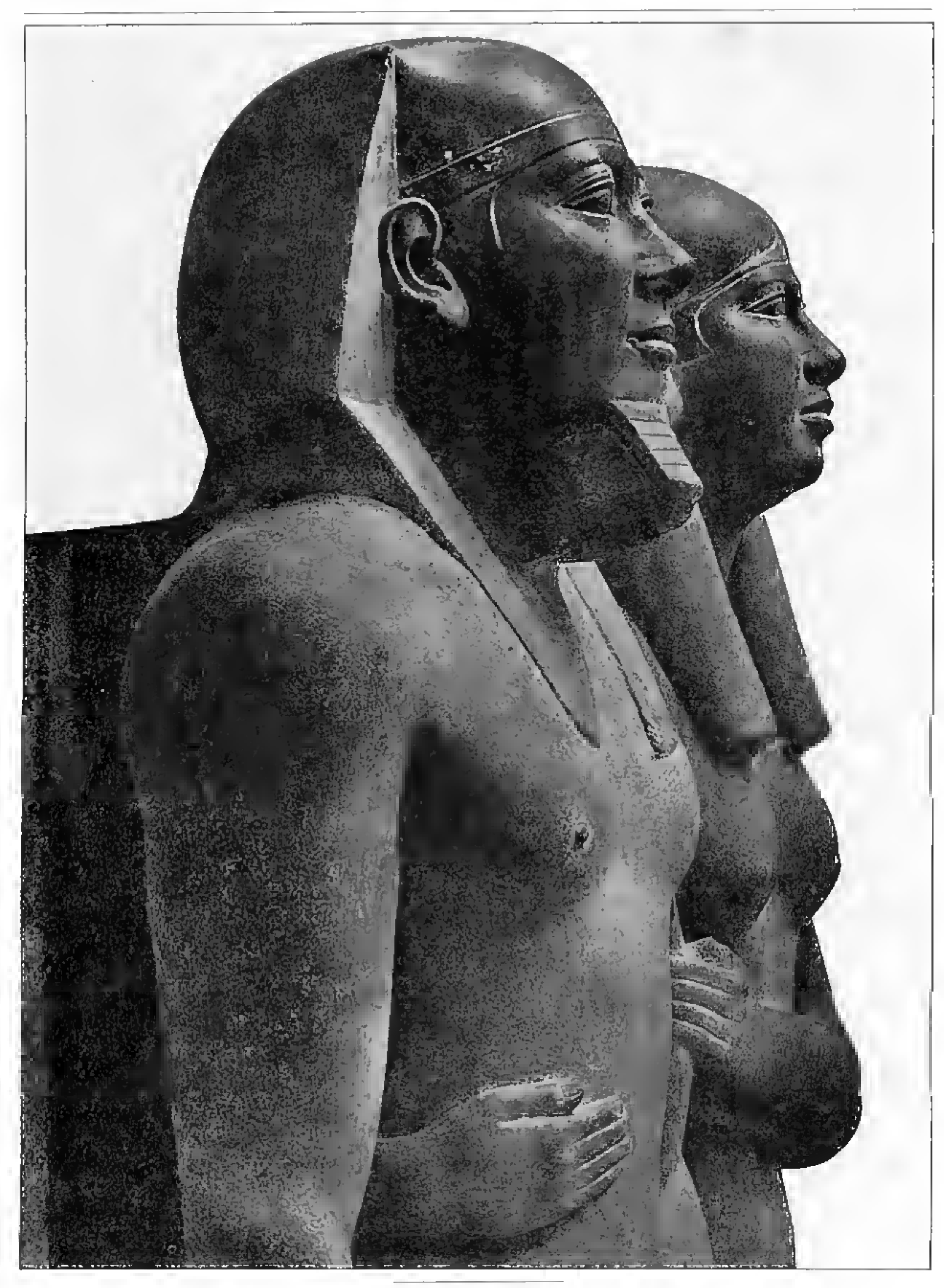


Sobre estas líneas, Micerinos entre la diosa Hathor y la personificación del Nomo XVII del Alto Egipto. En la página anterior, estatua de Akhenatón. Mucho de lo que dijeran acerca de Keops los sacerdotes egipcios a Herodoto pudo haber partido de un error: se había querido borrar de la memoria de todos la figura aborrecida del faraón Akhenatón y pudo confundirse con un personaje que vivió más de mil años antes. Las esculturas y bajorrelieves que lograron salvarse de la destrucción muestran a este Akhenatón con hombros estrechos, senos de mujer, caderas anchas y muslos opulentos.

para su papá, sino también otra, de menor tamaño pero igualmente linda, para su uso personal.

Una vez enterados los griegos de los comentarios de Herodoto, se ocuparían de enriquecer la historia de Keops con otra sumamente romántica, que recuerda a la de la Cenicienta. Es posible que este episodio se hubiera confundido con lo sucedido en otra pirámide de Gizeh, la tercera en tamaño, que es la de Micerinos. Uno de los que dejaron algo escrito a este respecto fue el geógrafo Estrabón. Declaró en el siglo I a.C. que esta pirámide más chica fue en realidad la tumba de una mujer: la cortesana Rodopis.

Cuenta la leyenda que, habiéndose despojado la hermosa Rodopis de sus ropajes para bañarse en el río —seguramente en un lugar donde no había cocodrilos—, un águila que sobrevolaba el lugar y sabía apreciar la belleza femenina, se abalanzó sobre la ropa de la joven, se apoderó de una sandalia y emprendió el vuelo hacia Menfis. El faraón Micerinos presidía en aquel momento el tribunal de justicia al aire libre. El águila dejó caer la sandalia, con tanto tino que quedó detenida en un pliegue del ropaje real.



El diminuto tamaño de la sandalia y lo maravilloso de la aventura emocionaron a tal grado al soberano que ordenó iniciar de inmediato la búsqueda de una joven dueña de tan delicado pie. La antigua versión de la Cenicienta apareció en la población de Naucratis, en el delta del Nilo, y fue conducida de inmediato a la presencia del faraón, enamorado de la niña desde antes de conocerla. Al verla, Micerinos se portó como un gentleman: en lugar de hacer de la joven su concubina, la tomó por esposa, con una sola condición: que se olvidase de su profesión y se dedicase sólo a él. Vivieron felices muchos años y, al morir ella, el desconsolado viudo mandó construir una pirámide que sirviera de tumba a la beldad. Meses después encontró a otra dama que le hizo olvidar a la primera.

Esta historia sería confirmada por Plinio el Viejo, un siglo después, pero introduciendo en ella varios cambios, como es la norma. Declaró que Rodopis había sido una cortesana griega que compartió el lecho del fabulista Esopo cuando ambos eran esclavos. Y terminaba admirándose Plinio de que una simple cortesana hubiera sido capaz de amasar tantas riquezas y de convertirse en faraona.

En cambio, el historiador egipcio Manetón había dicho que fue la reina Nitocris, la sexta soberana de la VI dinastía, mujer tan noble como hermosa, la que mandó construir la tercera pirámide de Gizeh. ¿A quien creer?

Una posible confusión de identidades

Dijeron también a Herodoto los sacerdotes que el faraón Keops se propuso instaurar el culto a un dios único, de nombre Khnum, con cabeza de carnero, originario del Alto Egipto, donde protegía a las cataratas. Esta reforma religiosa se realizó en perjuicio de los dioses que habían dominado hasta entonces y trajo consigo la intervención del estado en los asuntos del clero, en especial los económicos.

Fácil será adivinar el odio que cobraron los sacerdotes al reformador: veían esfumarse de improviso las riquezas que habían atesorado a lo largo de tantos años de mandar sobre el pueblo y de hacerle pagar diezmos. Además, este Keops quiso acabar con los privilegios de la nobleza y buscó la manera de eliminar a los sacerdotes venales. Suficiente para que también los nobles ansiaran acabar con un faraón tan malvado.



El rey Keops, a quien corresponde esta estatuilla de marfil, se ganó el odio tanto de los sacerdotes, por instaurar el monoteísmo, como de los nobles, por su política de abolición de los privilegios que éstos tenían. A la izquierda el rey Micerinos y su esposa.

Es de suponer que Herodoto, o tal vez los sacerdotes, sufrieran la más absurda de las confusiones al referirse a la identidad de Keops. No sólo salió de su pésimo sentido de la información el error de Rodopis, sino que atribuyeron al soberano una reforma religiosa y social que jamás existió en sus tiempos. La reforma existió, en efecto, pero tendría lugar 14 siglos más tarde, en tiempos de Moisés, y sería obra de

Amenofis IV, quien llegaría a cambiar su nombre por el de Akhenaton.

El historiador egipcio Maneton, quien redactó en el siglo III a.C. una relación de los faraones que reinaron en Egipto, silenció el nombre de Akhenaton, que se había perdido ya en el olvido, pero citó en cambio, sin decir que había sido un reformador, a cierto Sufis, segundo soberano de la IV dinastía. Fue hijo de Soris y tomó por esposa a su propia hermana Meritefes, según era costumbre entre los faraones, como Osiris les había enseñado. Pero cuando Herodoto llegó a Egipto, prefirió llamar Keops al faraón, así como otros lo llamaron Khufu.

La pirámide que mandó construir Keops se denominó Akhet-Khufu, es decir, «horizonte luminoso de Khufu», nombre que recuerda al Akhet-Aton dado por Akhenaton a la ciudad sagrada por él fundada en la margen derecha del Nilo, en el lugar llamado hoy Tell el-Amarna.

Cuando murió Keops, el clero enemigo quiso vengarse en la persona de su hermano Kefrén. Nada consiguió, a pesar de sus halagos y amenazas, porque Kefrén admiraba a su hermano y supo mantenerse firme. Tuvieron que esperar los sacerdotes la llegada de Micerinos, hijo de Kefrén, de carácter débil, para dar comienzo a las represalias y destruir las reformas iniciadas por el tío.

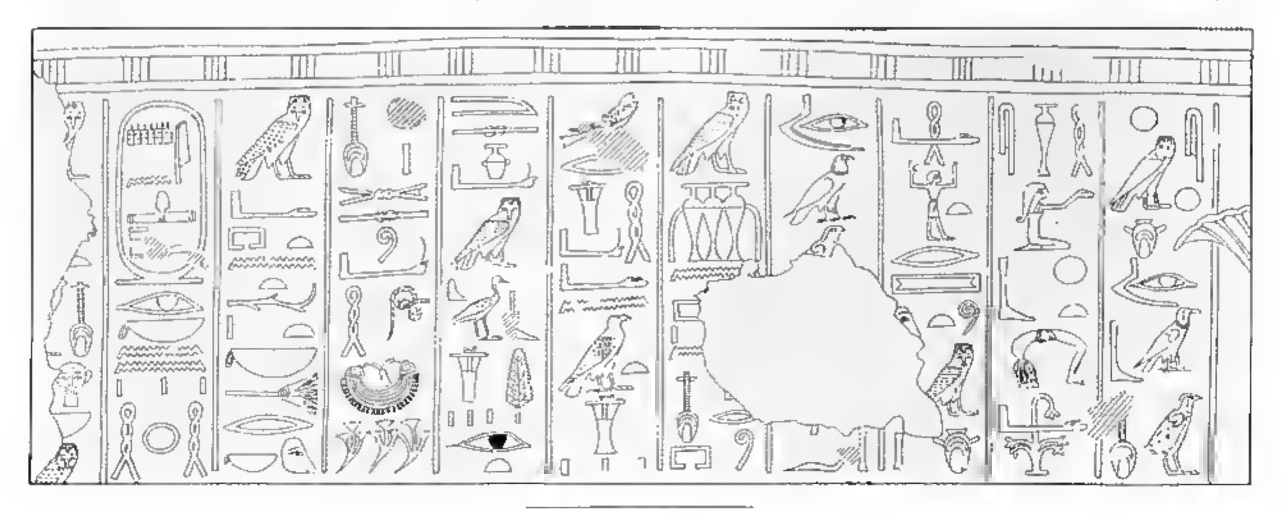
También en esta ocasión resulta sorprendente la semejanza con lo sucedido a la muerte de Akhenaton: los sacerdotes influyeron en el soberano que sucedió al faraón hereje, un niño de escasos nueve años, sobrino y hermanastro del otro. El nombre de este niño había sido Tut-Ankh-Aton, pero obligado por el clero triunfante, enemigo de Aton, tuvo que cambiarlo por Tutankamon. ¿Es posible que se hubiera producido alguna confusión sobre la identidad de ambos faraones?

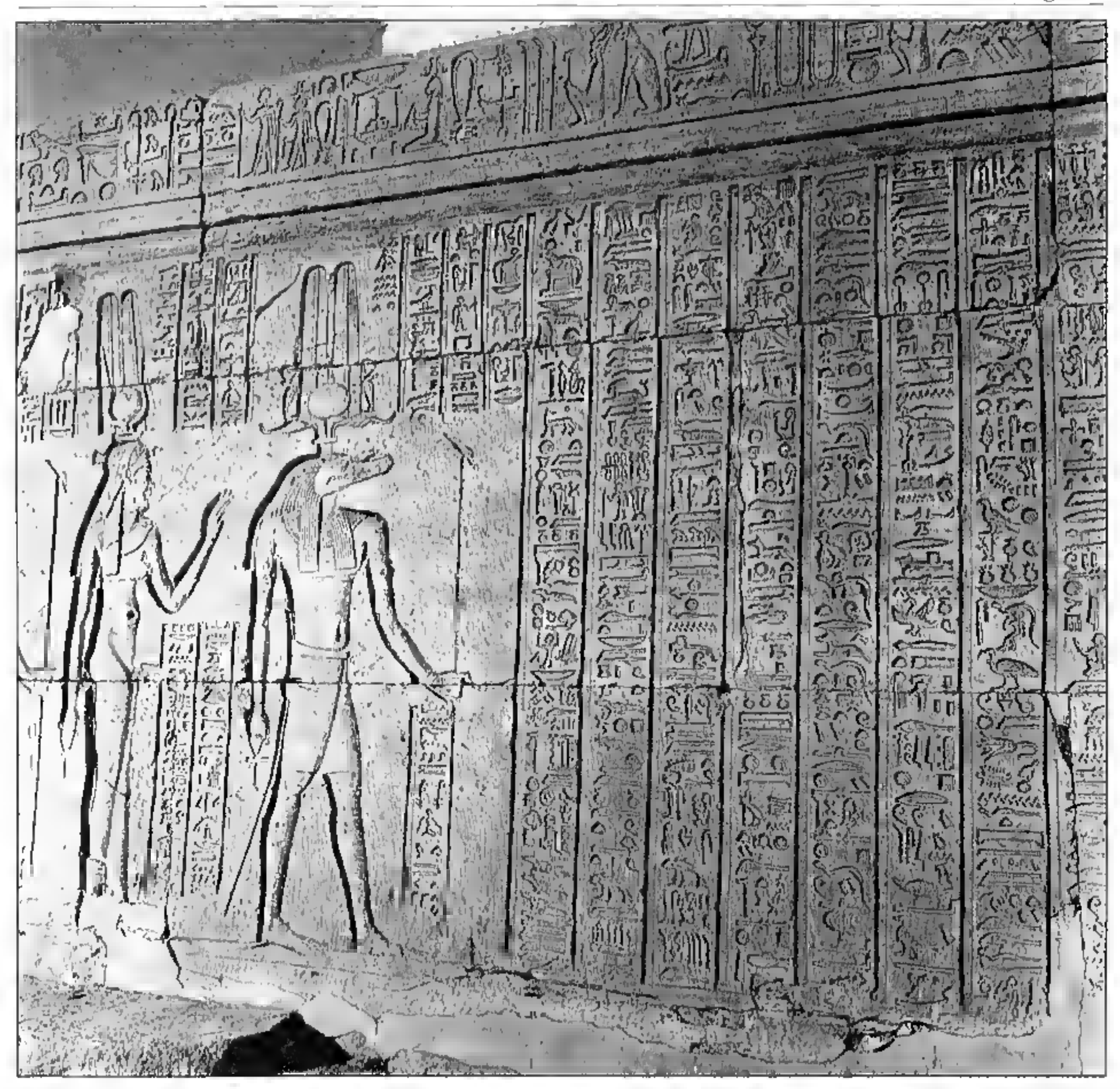
Un faraón sumamente inteligente

El historiador griego Diodoro de Sicilia, que revisaba cuidadosamente la información que llegaba a sus oídos antes de darla a conocer a sus lectores, declaró en el siglo I a.C. que Keops reinó 52 años y que a su muerte le sucedió su hermano Kefrén. Ninguno de los dos fue demasiado estimado por el clero, razón por la cual sus amigos los enterraron en otro sitio, no fueran los sacerdotes a sacar los cuerpos y a quemarlos, como harían más tarde con el difunto Akhenaton. Ya para entonces existía la certeza de que desaparecer un cuerpo consumido por las llamas o devorado por las alimañas era impedir a su alma regresar un día a ocupar su envoltura carnal.

Independientemente de las confusiones surgidas entre la figura de Keops y la de Akhenaton, se impone una certeza: veintitantos siglos después de su muerte, el matemático griego Eratóstenes, quien había sido el primero en medir el meridiano terrestre y el ángulo de la eclíptica, en el siglo III d.C., lo consideraba un genio y su maestro. Es posible que haya atribuido a Keops una reforma religiosa que jamás realizó, cuando el país se encontraba en las manos del clero, pero no existe la menor duda en cuanto a que

En Egipto no faltaban los textos de carácter científico, como en el caso de Toth, o las fórmulas trigonométricas para calcular la altura de una pirámide, como sucedía en el llamado papiro de Rhind.





fue un individuo dueño de portentosos conocimientos, recibidos en herencia a través del tiempo del propio Imhotep. Una pirámide de 143 metros de altura no se construye fácilmente si no se cuenta con buena preparación científica y técnica y un equipo de primera. No se trataba de amontonar pedruscos, así como así. Sin embargo, los piramidólogos han insistido en pensar lo contrario.

Así, John Taylor declaró a comienzos del siglo XIX que la Gran Pirámide no fue construida por ningún faraón, sino por el propio Noé, siguiendo las instrucciones de Jehová y que en sus piedras estaba contenida toda la sabiduría del universo. Su discípulo Charles Smith afirmó, por su lado, que el hebreo Melquisedec fue el constructor del gran monumento.

Los bajorrelieves egipcios reunían figuras humanas o divinas, maravillosamente estilizadas, con jeroglíficos que describían escenas de la vida. En el bajorrelieve quedaron reflejados con gran precisión los cánones de la plástica egipcia: la frontalidad y el hieratismo de las figuras, trasunto de una sociedad profundamente religiosa.

Este mismo astrónomo, quien gustaba también de relacionar a la Biblia con la Gran Pirámide, insistió en afirmar que el perímetro de su base era igual a 36.254 pulgadas piramidales por él inventadas, o 100 veces el número de días del año solar. Inventó además que, de llenarse con agua destilada el sarcófago de la Cámara del Rey, se podría obtener el equivalente de la libra inglesa de peso. ¿Significa esto que los ingleses tuvieron que ver antaño con los egipcios, como no vaciló en

afirmar, hace un siglo con cierta ligereza, el belga Charles Lagrange?

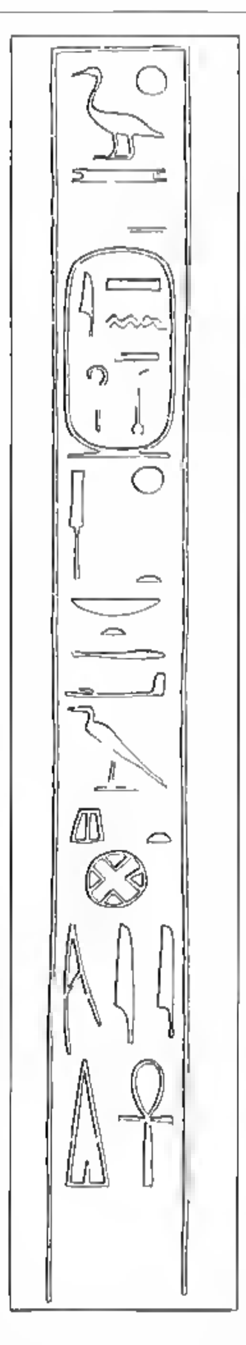
Fueron excelentes astrónomos y matemáticos

Curiosamente, si se prolonga una diagonal de la Gran Pirámide hacia el noroeste, la larga recta llegará, después de atravesar el mar Mediterráneo, hasta las ruinas de Stonehenge, en la llanura inglesa de Salisbury. ¿Se trata de una coincidencia? Por otra parte, si se prolonga la otra diagonal de la base se verá que la Gran Pirámide se encuentra en el centro de las tierras habitadas en la antigüedad. Así se expresaron el coronel Jomard y sus colegas de la expedición bonapartista a Egipto.

En torno a la Gran Pirámide se han tejido un sinfín de teorías, la mayoría de ellas absurdas y carentes de base, para aclarar los enigmas que encierra. Y de igual manera han surgido fechas y profecías en torno a sus medidas. El astrólogo francés Georges Barbarin decía que la intersección de la línea axial de los pasajes de entrada y descendente, daba la fecha exacta en que se inició el éxodo hebreo dirigido por Moisés: el 4 de abril de 1486 a.C.

Muchos son los sabios que opinan en la actualidad lo siguiente, al aludir a los antiguos egipcios: solamente sabían amontonar piedras para formar monumentos que ningún valor demostraron poseer y que lo ignoraban todo de las matemáticas, la ingeniería y la astronomía. Afirman que la relación entre la distancia de la Tierra al Sol y la altura de la Gran Pirámide se debe al azar, y tal vez están en lo cierto. Pero deberían reconocer que el monumento contiene tantas maravillas que, por fuerza obligan a preguntarse si en todos los casos se trata de simples coincidencias o de algo que va mucho más allá de la casualidad.

Algunos matemáticos actuales se asombran al ver los conocimientos de trigonometría que parece que hayan poseído los antiguos egipcios. Ven, por ejemplo, que sumando la cotangente de la inclinación de las cuatro caras resulta el valor de *pi*. En efecto, este ángulo es de 51º 51', cuya cotangente es 0,785. Se ha querido negar este conocimiento a aquella gente, diciendo que se trata de una coincidencia. Pero quienes esto dicen ignoran sin duda el hallazgo, hecho en 1858, en el templo de Luxor: un papiro que sería conocido como el Rhind, y demostraba cierto dominio de las propiedades de los triángulos rectángulos, base de la ciencia trigonométrica.



Estos jeroglíficos proceden de una estatua de la reina Sekhmet hallada en el conjunto monumental de Karnak.

Se encuentra este papiro en el Museo Británico, en Londres, y muestra un método claro para determinar la inclinación de las caras de una pirámide cualquiera conociendo su base y su altura, o al revés. Es decir, que los antiguos sabían calcular el seno y el coseno, la tangente y la cotangente, y todas las demás relaciones trigonométricas que son tan familiares a los estudiantes que supieron estudiar con provecho.

El astrónomo John Herschel, quien estudió la Gran Pirámide a mediados del siglo XIX, quedó convencido de que el pasaje descendente estaba dirigido a un lugar preciso del firmamento. O, mejor dicho, lo estuvo en la época de su construcción. En aquella época apuntaba a la estrella polar, que se encuentra en la constelación del Dragón. En realidad, declaró Herschel, el ángulo de inclinación del pasaje descendente, de 26º 31', debió corresponder a un lugar situado algo más al norte, pero al encontrarse éste en la desembocadura del Nilo, se tuvo que trasladar la construcción al sur y levantarla sobre la meseta rocosa de Gizeh. En este lugar venían a coincidir el centro de la Gran Pirámide, el centro de la Tierra, el polo terrestre y el polo celeste, terminó diciendo Herschel.

El escocés Piazzi Smith calculó entonces que, de acuerdo con estos datos, la Gran Pirámide debió ser construida hacia el año 2710 a.C. No coincidió con él Paul Brutun, autor de un libro titulado *El Egipto secreto*, quien quiso remontar la construcción de la Gran Pirámide hasta el año 28581 a.C. El autor árabe Ibrahim Ibn Wasif había declarado que sucedió antes del diluvio, así como su compatriota Abu Zeid el Balkhi hizo referencia, hace 10 siglos, a una inscripción hallada en el monumento que decía lo siguiente: se iniciaron los trabajos cuando la Lira se encontraba en el signo de Cáncer. Como era un diestro astrólogo hizo un sencillo cálculo y encontró la fecha buscada: el año 36000 antes del advenimiento del profeta Mahoma.

El Número de Oro y la arquitectura

El Número de Oro, tan utilizado por los arquitectos italianos del Renacimiento y por los griegos del siglo de Pericles para dar elegancia y hermosura a las columnas, tuvo aparentemente su antecedente entre los egipcios. Lo aplicaron con éxito en la construcción de la Gran Pirámide.

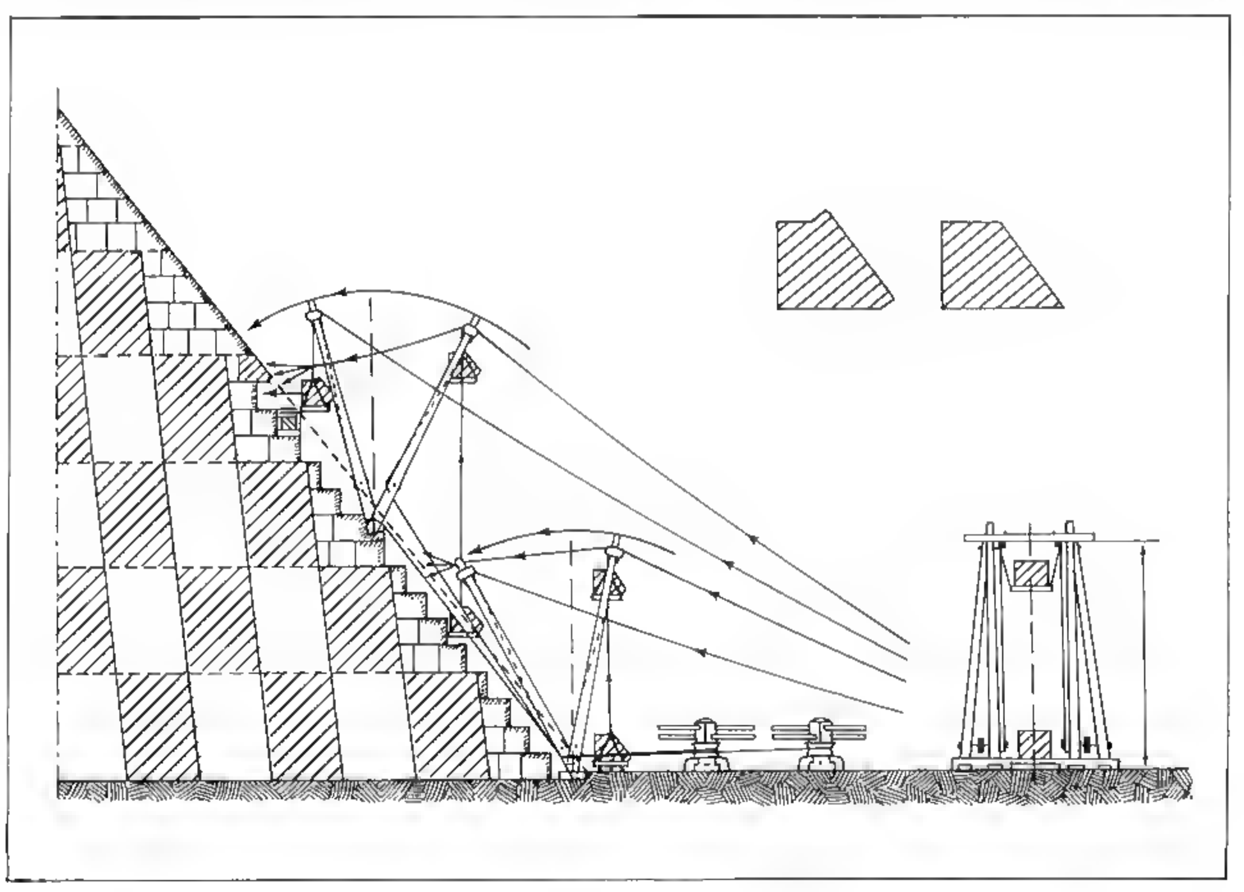
Es este número el que, aumentado o disminuido en una unidad, resulta igual a su inversa. Viene a tener, en consecuencia, dos valores, que son 1,628 y 0,618, respectivamente. Los dos valores forman los lados de un decágono estrellado y convexo inscritos en un círculo cuyo radio sea la unidad. Son iguales a la secante y al coseno del ángulo de inclinación de cada cara de la Gran Pirámide. ¿Se debe esto a la casualidad?

Veamos ahora unos curiosos datos sobre los bloques de piedra y la superficie de las caras. Cuando el poeta árabe Abd el Latif visitó la Gran Pirámide, en la época gloriosa del califato, comprobó el perfecto ensamblaje de los bloques, que no permitían introducir entre ellos ni siquiera una aguja delgada. Esto mismo diría Ibn Khordabah, quien se asombró además de la enorme cantidad de inscripciones misteriosas que cubrían las cuatro caras. Eran tantas que, de transcribirlas sobre papel, harían falta 10.000 hojas.

Esto de las inscripciones sería confirmado por otro árabe con inquietudes, Abdul el Andalusi, quien se mostró incapaz de descifrar los extraños caracteres. Hubo que esperar al francés Champollion, en los comienzos del siglo XIX, para que los jeroglíficos pudieran ser finalmente descifrados.

A comienzos del siglo XV, Maqrizi mencionaría las inscripciones como cosa del pasado, que no existían ya. Tenía entendido que los dibujos habían mostrado seres humanos realizando diversas tareas y que venían acompañados por textos incomprensibles sobre esas tareas y las ciencias conocidas, como eran la astronomía, la historia, la medicina, la agricultura y las matemáticas. Este autor árabe ignoraba que

Esquema que ilustra una de las teorías que podrían explicar cómo iban siendo elevados los bloques para construir una pirámide. D. Straub-Raessler fue quien hizo esta sugerencia, basándose en una vaga descripción hecha por el antiguo viajero griego Herodoto.





en el siglo anterior, en 1395, un viajero francés, el barón de Anglure, había visto algunos de estos dibujos y fue testigo de la demolición del revestimiento de la segunda pirámide.

Un terremoto que azotó a la ciudad de El Cairo obligó a quienes se habían quedado sin vivienda a echar mano del material que tenían al alcance de la mano. Los cairotas despojaron a la pirámide de Kefrén de todo lo que la cubría, como habían hecho antes con la de Keops. La suntuosa mezquita de Hassán fue uno de los edificios construidos con el material calizo. Las tres pirámides más impresionantes de Gizeh quedaron completamente desnudas.

Las famosas líneas o jeroglíficos de Nazca, sólo visibles desde el aire, parecen haber tenido, al igual que el templo de Kukulkán en Chichén Itzá y el templo druida de Stonehenge, la función de reloj astronómico, destinado a informar acerca de la evolución de los solsticios y los equinoccios. Arriba, vista aérea del famoso "candelabro" de Nazca.

Un curioso reloj astronómico

El solsticio señala el momento en que la jornada solar alcanza su máxima o su mínima duración, y coincide con el inicio del verano o del invierno. El equinoccio, que corresponde al momento en que el día y la noche tienen igual duración, señala el inicio de la primavera y del otoño. En especial el equinoccio de la primavera era importante en la antigüedad, porque significaba el fin del invierno, el renacimiento del buen tiempo, el momento de dar comienzo a las labores del campo. Era celebrado con fiestas en honor del toro, o del buey Apis. La Gran Pirámide fue construida con fines religiosos y astronómicos, pero también para informar sobre los equinoccios y los solsticios. Es decir, un reloj astronómico, como lo serían el templo de Kukulkán en Chichén Itzá, el templo druida de Stonehenge en Inglaterra, las líneas de Nazca y tantas obras del pasado más remoto.

Hace ya un buen puñado de años, el francés André Pochan descubrió que las caras norte y sur de la Gran Pirámide no son perfectamente planas, sino ligeramente cóncavas. Cada una de estas caras está formada por un par de triángulos rectángulos que tienen entre sí una desviación de 27', lo que se traduce en una concavidad de 92 centímetros. Gracias a esta curiosa anomalía, perfectamente bien calculada por los artífices del monumento, el Sol que asoma por oriente ilumina primero la mitad oeste de la cara sur. Una fracción de segundo después cubre de luz la mitad este. Al ocultarse el Sol sucede el mismo fenómeno en la cara norte, iluminándose primero la mitad del este. El destello tiene lugar en el equinoccio y en el solsticio y fue muy claramente apreciado en la antigüedad, cuando las cuatro caras de la Gran Pirámide poseían aún su recubrimiento.

Como complemento de esta característica, que hacía del monumento un perfecto reloj astronómico, estaba la sombra que proyectaba la punta sobre la explanada que se extendía a sus pies, frente a la cara norte. Herodoto contaba que tuvo ocasión de contemplarla e incluso citó sus medidas. La sombra era proyectada por una bola dispuesta en lo alto de un pequeño obelisco situado en la plataforma superior, y se deslizaba por un cuadrante, a manera de reloj de sol.

El obelisco con su esfera fueron mencionados por diversos cronistas de la antigüedad. Uno de ellos fue Marco Manilio, un romano que visitó Egipto y escuchó de labios de los sacerdotes la historia de la esfera. Muchos años después, en los tiempos del califato de Egipto, el poeta Abu Yakub Mohamed ben Ishaq el Madin explicaba que en lo alto de la Gran Pirámide hubo antaño una enorme esfera. Añadió que había además un hermoso mausoleo con dos estatuas: eran un hombre sosteniendo una tabla de piedra con extraños caracteres y una mujer con un espejo de oro en la diestra. Entre las dos estatuas se abría un pasaje que conducía al centro de la pirámide.

¿Inventaron estos y otros cronistas lo del templo provisto de una esfera y tantas otras cosas de la Gran Pirámide? ¿Podemos creer que si tantas veces se relataron tan curiosas características fue porque existieron en realidad, aunque los cronistas las deformaran?

¿EXISTE ALGUNA MANERA PARA REGRESAR A LA VIDA?

¿Qué fin perseguían los chinos, japoneses, purépechas, peruanos, egipcios y otros pueblos de la antigüedad al intentar conservar lo mejor posible el cuerpo de quienes morían? ¿Lo hacían por motivos estéticos o sentimentales, para que familiares, amigos y curiosos pudieran contemplar al difunto cuantas veces les viniera en gana, como se hace en la actualidad con algunos beatos incorruptos, conservados en vitrinas en las iglesias, o en la Plaza Roja de Moscú con el cuerpo de Lenin? ¿No sería que realizaban esta operación pensando que algún día sucedería un milagro y que si a los difuntos se les ocurría resucitar, sería mejor que estuvieran presentables?

La resurrección en las leyendas

Al ser humano le ha preocupado, desde que por primera vez adquirió conciencia de su presencia en el mundo, lo que pueda sucederle a partir del momento en que deje de respirar y muera. No puede admitir que, habiendo partido de la nada, regrese un día a ella. Se resiste a aceptar que dejará de existir en el plano físico y su espíritu se diluirá en el vacío.



Desde que el mundo es mundo, la incertidumbre acerca de su destino final ha inquietado al ser humano en grado tal que no sería muy arriesgado creer que, de poder optar, la mayoría elegiría la resurrección aun a sabiendas de que quizá tuvieran que parecerse a alguno de los famosos resucitados que vemos en el cine de terror.

Ha construido, en consecuencia, un mundo del más allá a donde supone —jamás cree en ello con plena certeza— que van a parar las ánimas. Es un mundo desconocido invisible e intangible, situado a veces bajo tierra o en las alturas, más arriba de las nubes. Es un mundo dominado por seres sumamente estrictos en su sentido de la justicia: saben premiar a los buenos y castigar cruelmente a quienes cometieron villanías cuando estaban vivos.



La leyenda del doctor Fausto vendiendo su alma a Mefistóteles a cambio de la eterna juventud es tan antigua como la misma humanidad. La búsqueda del elixir de la larga vida, de la eterna juventud o de la resurrección ha venido preocupando al ser humano. Ha tratado éste de obtener algo positivo, a cambio de lo que fuera, pero hasta el momento ningún remedio científico ha podido solucionar su problema.

De ese mundo de los muertos, ningún ser humano ha podido regresar jamás. Es decir, que nadie ha logrado resucitar, y si lo hizo fue porque no estaba realmente muerto. Sólo ha sucedido esta clase de milagros en la literatura, en los viejos textos sagrados o en las leyendas y la mitología de los antiguos pueblos.

El caso de Lázaro, que aparece en los versículos 1 al 44 del Evangelio de San Juan, resultó un milagro, o tal vez una alegoría. Era Lázaro, al parecer, hermano de Marta y de María, y su enfermedad lo condujo a la muerte, «tan serena que el difunto parecía estar durmiendo». Pero a los cuatro días de haber cerrado los ojos, lo devolvió Jesús a la vida y el muerto se levantó del sepulcro, atadas aún las manos, sujetos los pies con vendas y el rostro envuelto en un sudario.

¿Sucedió con Lázaro lo mismo que con el individuo descrito por Edgar Allan Poe en su cuento *El entierro prematuro*, a quien tomaron por muerto no estándolo? ¿Había ingerido, inadvertidamente, una droga que lo sumió en un estado semejante al de los *zombis*? ¿Se trata de una parábola, a la que tan aficionados han sido los pueblos orientales, o de una imagen poética, como si se quisiera simbolizar en Lázaro al pueblo judío, que resucitaría un día?

Por fuerza tiene que recordar la historia de Lázaro al mito del ave Fénix, renaciendo con nuevos bríos de sus cenizas. El ave Fénix simbolizaba en Oriente a la primavera, que surge triunfante después del invierno aletargador que la hizo pasar por muerta. Es una leyenda que dio la vuelta al mundo, pues tuvo su equivalente en los pueblos de Asia y de América.

La ceremonia sagrada dedicada al dios Xipe Totec, uno de los más antiguos del México precortesiano junto con Huehuetéotl, divinidad del fuego y de los volcanes, consistía en un rito que simbolizaba el regreso de la primavera y la resurrección de los hombres. El cambio de piel de la víctima —semejante al que se opera en las serpientes— coincidía con el arribo de la primavera, en el mes de marzo. Y gracias a los calendarios conocían esta fecha a la perfección. La ceremonia del desollamiento recibía el nombre de *Tlacaxipehualitzli*.



Las resurrecciones, no comprobadas aún por la ciencia, pertenecen al mundo de la literatura, ya sea ésta sacra o no, y a los mitos y leyendas de los pueblos. De ahí que una misma resurrección, la de Lázaro a modo de ejemplo, pueda tener varias lecturas e interpretaciones, así como también diferentes orígenes e intenciones, por lo que supuestamente podrá seguir provocando discusiones por mucho tiempo.

Algunos seres tuvieron oportunidad de desplazarse al otro mundo —que recibiría diversos nombres, de acuerdo con los pueblos— y de regresar ilesos al mundo de los vivos. Todos ellos fueron dioses o semidioses. Uno fue Orfeo y otro Hércules. Ambos viajes tuvieron que ver con una mujer. Y en la mitología precortesiana, el ser divino que realizó esta proeza se llamó Quetzalcóatl y viajó a Mietlán, el mundo de los muertos.

Orfeo acudió al infierno por una noble causa: fue en busca de su esposa Eurídice, a quien había mordido una serpiente. El dios cometió el error de mirar para atrás, desobedeciendo el consejo que le dio Hades, señor de las profundidades, y tuvo que regresar solo al mundo de los vivos. Hércules hizo más que Orfeo: fue en busca de Alceste, quien había querido ocupar el lugar de su esposo Admeto en su viaje al otro



Detrás de las posturas grotescas adoptadas por los muchos actores que han representado el papel del conde Drácula se oculta, como en el mito del doctor Fausto, el ferviente deseo de conservar la juventud el mayor tiempo posible, aunque sea despojando a los demás del líquido vital por excelencia, es decir, la sangre.

mundo. Alceste, sin embargo, fue mucho más afortunada que Eurídice.

La resurrección en la literatura

El francés Teófilo Gautier escribió, hace un poco más de 100 años, *La novela de una momia*, relato en el que una joven egipcia fallecida un par de miles de años atrás era devuelta a la vida. Explicaba entonces en qué había consistido su vida en la corte faraónica. Este relato iba a influir en otro, de un autor alemán poco conocido, y en una serie de películas filmadas en Hollywood poco antes de estallar la II Guerra Mundial y que dieron gran celebridad al actor Boris Karloff.

El escritor alemán se llamaba Hans Heinz Ewers y se basó no sólo en la novela de Gautier para escribir, en 1903, *El fin de John Hamilton Llewellyn*, sino también en un descubrimiento realizado poco antes en Siberia. Era un mamut en perfecto estado de conservación, congelado desde hacía no menos de 12.000 años. Cerca del mamut, decía Ewers, había sido encontrada una joven, bellísima, también dentro de un bloque de hielo. El bloque fue trasportado por mar hasta Londres y guardado en una cámara subterránea del Museo Británico. La temperatura se mantenía constante, muy por debajo de los 0°.

El protagonista del relato, enamorado de la que consideraba princesa de un reino desconocido, sobornaría a un guardián para entrar una noche a la cámara, a solas. Una vez ante el bloque de hielo, procedió a descongelarlo. Pudo tener en sus brazos, finalmente, a la bella desconocida. Pero Llewellyn enloqueció al ver como el cuerpo se deshacía en sus brazos, en cosa de minutos.

Otra novela en la que iba a inspirarse una serie de películas de horror, cuyo tema central era la resurrección de un cuerpo formado a partir de órganos y miembros de individuos ya muertos, fue escrita en 1818 por una mujer. Se llamaba Mary Woolstonecraft Godwin y acababa de huir de su casa en compañía del poeta Percy Shelley. La novela se titulaba *Frankenstein*. Si el cuento corto de Ewers tuvo mucho de romántico, la novela de esa mujer resultó sumamente simbólica.

Sin embargo, no pudo tener en cuenta la autora de dicha novela que la resurrección que pretendía hubiera conducido a un completo fracaso: después de transcurridos varios minutos de no recibir oxígeno el cerebro, las células nerviosas quedan destruidas. Resultaría de ello un ser que viviría una vida puramente vegetativa, como un zombi cualquiera.

Este problema que afecta a las células nerviosas, que no es posible regenerar, pareció resolverlo el escritor Robert Silverberg, en fecha reciente, en su novela *Resurrection*. El astuto Silverberg, más enterado en fisiología de lo que estuvo la autora de *Frankenstein*, logró que el protagonista ideara una técnica para prolongar la vida de las células nerviosas hasta 24 horas. Con ella pudo resucitar diversos cadáveres. Pero su novela presentaba, al llegar a este punto, una duda abrumadora, de carácter religioso y moral: ¿Puede permitirse a un difunto regresar a la vida?

La búsqueda de la inmortalidad

El ser humano ha venido soñando con resucitar algún día. Pero, visto que tal cosa no resultaba sencilla, buscó con ahínco la llave de la inmortalidad. Y de no ser posible, descubrir alguna forma de prolongar al máximo la existencia. O, mejor aún, conservar durante largo tiempo el cuerpo perfectamente joven. Porque, ¿de qué sirve si vive 200 años, convertido en un anciano decrépito que ningún sabor saca a la vida?

Pensó también el ser humano, alguna vez y cuando se encontraba desesperado, en vender su alma al diablo para permanecer, por medio de un contrato firmado con sangre, eternamente joven. Fue lo que hizo el doctor Fausto en la leyenda alemana. Como era muy sabio, ideó elixires de larga vida que jamás sirvieron para nada. Con tanto experimentar con diversos compuestos que ponía a calentar en retortas y alambiques, en busca de la piedra filosofal, vino a convertirse en un alquimista.

Decidió viajar por el mundo en busca de la fuente de la eterna juventud. Beber su agua o bañarse en ella bastaría para lograr su objetivo. Y como las tierras descubiertas por Colón parecían exóticas, era seguro que debían existir en ellas las fuentes maravillosas. Fue una de las razones —la otra fue el oro— que movieron a Hernando de Soto y a otros conquistadores españoles a viajar a la Florida. Los indígenas, que solían decirles lo que ellos deseaban escuchar, dijeron a los españoles que en aquel lugar se encontraban los manantiales que devolvían al cuerpo los años mozos. Era la mejor manera, para los indígenas, de quitarse de encima a los visitantes.

En cierta ocasión, el milagro de la vida eterna, ha venido acompañado de una maldición, como en el caso del Judío Errante de la leyenda, o de misterios sin solución, como sucedió con el conde de Saint-Germain. Además de sabio alquimista que sabía fabricar oro partiendo del plomo y diamantes echando mano del carbón, este sujeto contaba cosas inverosímiles que dejaban con la boca abierta a la corte de Francia.

Relataba el conde, a fines del siglo XVIII, que él había participado en las campañas de Alejandro Magno y narraba las conversaciones que había tenido con Jesucristo o sus entrevistas con Sócrates o Cleopatra.



Sócrates fue uno de los tantos históricos personajes destacados con quienes alegaba haber mantenido conversaciones el increíble conde de Saint-Germain, cuyos relatos dejaban atónitos a los integrantes de la corte de Francia del Antiguo Régimen, poco antes de que estallara la Gran Revolución.

Pero al sobrevenir la Revolución Francesa desapareció de la escena, no sin antes prometer que regresaría un día, tal vez al cabo de uno o dos siglos. Hay quien asegura haberlo visto en vísperas de estallar la II Guerra Mundial.

La literatura se ocupó de la inmortalidad

Siendo un tema tan apasionante el de la inmortalidad y la eterna juventud, no es de extrañar que haya tentado a tantos novelistas, de todos los tiempos. El siglo XIX fue muy pródigo en relatos fantásticos, todos de gran éxito, cada uno de los cuales buscaba soluciones que hacían las delicias del lector, cuando no lo aterraban.

Tal vez la más impresionante de estas novelas fue la escrita por Bram Stoker, cuyo título fue *Drácula*. Era un tema inspirado en la vida de un aristó-



crata rumano, Vlad Drácula, que luchó contra los turcos a comienzos del siglo XV. Este patriota mandaba matar a los prisioneros con lujo de crueldad, dejando correr la sangre enemiga. Pero no tardó en hacer lo mismo con la gente de casa. A estos espantosos detalles históricos mezclaría Stoker ciertas leyendas conocidas en la región de los Balcanes, sobre los muertos que se alimentan de noche con la sangre de los vivos, para producir su exitoso relato de terror.

La novela de Stoker daría origen a diversas novelas muy leídas, como la *Carmilla* de Joseph Sheridan Le Fanu, y a una larga serie de películas de horror que se iniciaría con el *Nosferatu* de Murnau y seguiría con las interpretadas, en sus primeras versiones, por Bela Lugosi

El Drácula de la novela y del cine podría vivir eternamente —si no le clavaban antes una estaca afilada en el corazón o le disparaban una bala de plata— mientras dispusiera de sangre humana en abundacia, el elemento vital considerado mágico por el pueblo, en tiempos pasados. La famosa condesa Erzebet Bathory, nacida en 1560, estaba segura de que podría conservarse

Mozart fue tan precoz que nadie supo explicar de qué manera logró adquirir el enorme talento musical que lo caracterizó. A pesar de vivir en una familia de músicos y que el padre hubiera compuesto algunas piezas musicales, se ha insistido en afirmar que el niño genial fue la reencarnación de algún que otro músico pasado deseoso de regresar a la vida desde el más allá.

indefinidamente joven si se bañaba a diario con sangre de doncellas auténticas. Algo por el estilo había sucedido un par de siglos antes en Normandía con Gilles de Rais.

Si la condesa Bathory hacía uso externo del medicamento milagroso, el señor de Rais imitó el ejemplo de Drácula. No vaciló en beber la sangre de sus víctimas después de abusar sexualmente de ellas, sin hacer distinción de edad o de sexo. Tanto don Gilles como la condesa húngara fueron descubiertos y terminaron mal, sin saber si el remedio aplicado para prolongar la juventud produjo resultados positivos.

Goethe y Simone de Beauvoir escribieron sendas novelas sobre la inmortalidad, ricas en carácter filosófico. Tuvieron más exito las novelas originales del británico H. Rider Haggard sobre cierta diosa del fuego. Se llamaba She, así como su reencarnación recibió el nombre de Ayesha. Esta mujer tenía una edad que superaba los 2.000 años y lograba conservar la belleza y la juventud gracias a los baños que se daba en una llama que no abrasaba su cuerpo, oculta en el interior de una montaña sagrada.

LA REENCARNACIÓN, ¿UNA FORMA DE RESUCITAR?

Son varios los pueblos de Asia, en especial los que profesan las religiones hindú y budista, que creen ciegamente en la reencarnación. Es muy posible que así sea porque sus dioses pasaron por sucesivas encarnaciones. Los griegos la llamaban *metempsicosis* y creían también en esta forma tan especial de regresar un difunto al mundo de los vivos, casi inmediatamente después de acaecer su muerte, para que su espíritu fuese a habitar el cuerpo de un recién nacido.

Los musulmanes no creen en esta curiosa manera de resucitar, porque así lo ordena el Corán. Sin embargo, han sucedido casos de reencarnación en países dominados por el Islam, como es Turquía. Tampoco la religión católica aprueba la posibilidad de que el alma de un difunto se reencarne en un ser que acaba de venir al mundo. Resulta mejor prometer a los fieles las interminables angustias del infierno, un purgatorio con cierta promesa velada de pasar más tarde al cielo, o la gloria eterna. Añade que no habrá una resurrección, en exacto sentido de la palabra, sino un Día del Juicio Final, cuando todos los difuntos serán juzgados por sus acciones.

En la India, igual que sucede entre los esquimales, es donde con mayor frecuencia se han producido casos de reencarnación. Nadie puede afirmar que sean una farsa, pero es interesante señalar una cosa: en los países católicos, donde por decreto se niega la reencarnación, no sucede ésta jamás.

¿Existe la posibilidad de reencarnar?

Para aclarar el enigma de la reencarnación se han lanzado diversas teorías, todas ricas en sentido común, científicas unas y exageradas otras. Se ha dicho, por ejemplo, que dentro de nuestras células está contenida la memoria de todos nuestros antepasados. Lo malo de esta memoria ancestral es que parece haberse perdido en el ser humano, igual que le ha sucedido con ciertos dones paranormales, como el de la telepatía, la clarividencia y la levitación, entre otros.

Los animales poseen esa memoria ancestral, que recibe el nombre de ins-





INVESTIGACIONES REALIZADAS EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HAN DADO A CONOCER EL NÚMERO DE SERES HUMANOS QUE HAN VIVIDO EN EL PLANETA DESDE QUE NACIÓ EL PRIMER *HOMBRE PENSANTE: 80 MIL MILLONES.* ESTO PARECE LIMITAR EL NÚMERO DE REENCARNACIONES POSIBLES, PUES EL NÚMERO DE ALMAS QUE VAN POR AHÍ FLOTANDO ES SIETE VECES SUPERIOR A LA POBLACIÓN ACTUAL DEL PLANETA, Y EL DE LOS CANDIDATOS A REALIZAR EL VIAJE DE REGRESO HA DE SER GRANDE.

tinta y los guía desde su nacimiento para repetir lo que jamás aprendieron directamente de sus padres. El ser humano carece de instinto. Posee a cambio de esto inteligencia que le obliga a aprender, a seguir el ejemplo.

Otra curiosa teoría pretende explicar la reencarnación diciendo que se basa en las ondas electromagnéticas que emite el cerebro y llegan al éter. Permanecen suspendidas un tiempo, hasta que el cerebro de un recién nacido, todavía sin formar, capaz de sintonizar esas ondas pertenecientes al ser desaparecido, se apropia de ellas. Queda así en condiciones de conocer, inconscientemente, los pensamientos de la inteligencia que ya no existe. Por desgracia, ese supuesto conocimiento se pierde al llegar el niño a la pubertad.

Los biólogos piensan, en cambio, que la reencarnación es imposible, por una razón muy sencilla: la mente, o suma de pensamientos emanados del cerebro, depende del propio organismo. Es la consecuencia de un proceso bioquímico específico. Estiman que la inteligencia debe ir de acuerdo con la estructura particular del cerebro. No es posible que un individuo posea los mismos pensamientos de otro si sus características biológicas difieren de manera sensible.

El caso de los genios precoces

Pese a ello, algunos investigadores del fenómeno piensan que la reencarnación podría explicar de manera satisfactoria los incontables casos de niños superdotados, que realizan a corta edad proezas intelectuales y artísticas que requieren, normalmente, un largo periodo de aprendizaje.

Blas Pascal reinventó la geometría a la edad de 12 años sin ayuda de nadie, y menos de su padre. Wolfgang Amadeus Mozart tuvo como maestro a su propio padre, Leopold Mozart. ¿Intervinieron en el pequeño genio las leyes de la herencia biológica o fue a encarnarse en su mente el saber musical de músicos eminentes ya fallecidos? Sólo así podría explicarse, dicen, que a los 4 años el niño Mozart compusiera una sonata, una sinfonía a los 8 y una ópera a los 12.

A la edad de 8 años, Miguel Ángel Buonaroti no tenía ya nada que aprender en pintura y escultura, y a los 13 Alberto Durero grabó en plata su autorretrato. El gran G. F. Händel había compuesto tres óperas antes de cumplir 11 años, y Yehudi Menuhin, un auténtico niño prodigio nacido en 1915, tocaba maravillosamente el violín a la edad en que las criaturas comienzan apenas a balbucear las primeras palabras sencillas.

En 1967, Jutta Hempel, niña alemana de 6 años, jugaba partidas simultáneas de ajedrez contra 12 profesionales adultos. Lograba 6 victorias y 3 tablas. También en Alemania, el Ministerio de Educación autorizó en 1969 a Elmer Eder, de 12 años, a seguir un curso de física y matemáticas avanzadas en la universidad de Munich. Cuando tenía 7 años, se divertía calculando las distancias astronómicas en años-luz y, a los 9, la teoría de la relatividad no tenía secretos para él.

¿De qué manera obtuvieron tan extraordinarias dotes estos talentos precoces? ¿Por alguna casual disposición de los genes, que sucede una vez entre mil millones de veces? ¿Por transmisión directa de algún genio fallecido, que resucitaba al reencarnarse en estos niños?



Abundan en la historia los casos de genios precoces, esos seres que parecen nacer con un bagaje de conocimientos que a los llamados normales les lleva años adquirir. Entre ellos se cuenta a Alberto Durero, de quien se reproduce uno de los numerosos autorretratos que grabó o pintó.



Sarcófago de Tiskertès, Museo del Louvre, París. Los egipcios creían en la regresión del tiempo, por eso cuidaban a sus muertos en tan cómodos y lujosos sarcófagos.

La hipnosis y la regresión en el tiempo

El cerebro humano es como un juguete, cuyo exacto mecanismo no termina de ser comprendido. Falta aún mucho por conocer de las piezas que lo integran y también de ciertos fenómenos para los cuales se ha insistido en presentar la reencarnación como única explicación posible. Entre estos fenómenos se cuenta la regresión en el tiempo, que se realiza en busca del individuo a cuya muerte se produjo la reencarnación en el sujeto contemporáneo conocido. Es un fenómeno que, curiosamente, recuerda a la ceremonia de transferencia del *ka* divino practicada en el antiguo Egipto.

Las primeras experiencias conocidas fueron realizadas a comienzos del presente siglo en París, por cierto coronel de Rochas, que escribió un libro sobre las pruebas que realizó. Hipnotizaba a una persona —le agradaba hacerlo con sirvientas, para evitar ulteriores reclamaciones— y la hacía regresar hasta un momento anterior a su nacimiento. Obtuvo así resultados sorprendentes, al descubrir personalidades diferentes en una misma joven. Medio siglo más tarde volvería a surgir de nuevo el interés por tan extrañas prácticas.

En 1956 se reunió un grupo de científicos, bajo la dirección del psicólogo H. N. Benerjee, en la universidad de Rajastar, Jaipur, en la India, dispuestos a investigar el fenómeno que desafiaba al sentido común: la reencarnación que sonaba a charlatanería. Lo primero que hicieron fue sustituir este nombre, por el de *memoria extracerebral*, que carecía de resonancias espiritistas y ocultistas.

Abordaron el estudio de diversos casos, sin lanzar teorías para explicarlos, seguros de que pronto aparecería un elemento que resolvería el misterio de las personalidades distintas que coinciden en una sola persona y el recuerdo de acontecimientos del pasado en los que no intervino ésta. Vino a apoyarlos el Dr. Ian Stevenson, profesor en el Departamento de Neurología y Psiquiatría de la universidad de Virginia, que había estudiado ya varios casos inexplicables. Siguió sin resolverse el misterio, porque jamás apareció el elemento buscado.

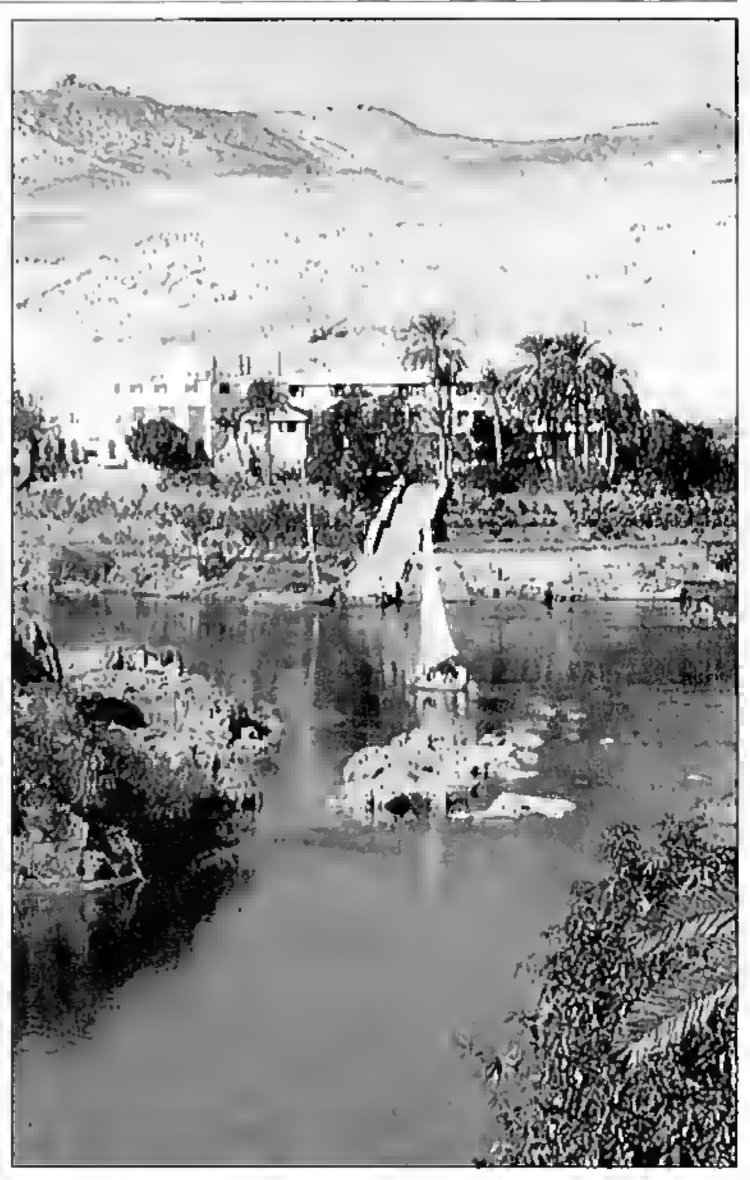
Algunos casos interesantes de regresión

Desde las veladas organizadas a partir de 1952 en casa de Morey Bernstein, en una población del estado de Colorado, no habían faltado las personas aficionadas a lo que consideraban el juego de la religión, igual que hacían otros con la tabla *ouija*. En una sesión celebrada 21 años más tarde en casa de los esposos Rainville, que vivían en Sudbury, en el Ontario canadiense, Dorothy Rainville fue sumida en trance hipnótico. Al despertar se encontró hablando una mezcla de inglés y francés, a pesar de desconocer este segundo idioma. Le contaron los presentes que dijo llamarse en sueños Alexandrine Poisson, hija natural de la famosa Madame de Pompadour, y habló en detalle del cardenal Fleury, primer ministro de Francia y cabeza de la Iglesia, de 89 años de edad.

Describió también un lugar secreto llamado Choisy, en medio del bosque, donde Luis XV recibía a sus amantes. La señora Rainville habló de sus encuentros con Voltaire, de la Galería de los Espejos, en Versalles, y de algunos personajes que tuvo ocasión de conocer. Mencionó asimismo la muerte de la propia Alexandrine, sucedida en 1749 a la edad de 19 años. Toda la información fue confirmada —no era difícil, puesto que figuraba en cualquier Historia de Francia—, menos la existencia de Alexandrine.

Al lado de este caso habrá que mencionar el estudiado por el Dr. Gerald Edelstein, psiquiatra en el Hospital Herrick Memorial de Berkeley, California. Una paciente de algo más de 30 años sufría continuas fantasías eróticas en las que se veía violada con ferocidad. Fue hipnotizada para que pudiese revelar algún accidente sucedido en su niñez, del que no guardaba memoria pero que pudo conducirla a tan violenta situación. Shirley, cuya profesión era secretaria, contó lo que vio siendo una recién nacida, cuando su madre sufrió una fuerte hemorragia y murió a los pocos minutos de haberle dado el ser.

El psiquiatra preguntó a Shirley en qué año nació. La respuesta fue 1793. La joven describió entonces la vida en su familia. El Dr. Edelstein volvió a hipnotizarla unos días más tarde. La joven explicó ahora que se encontraba en un baile, en la Francia del siglo XIX, y que tuvo una relación amorosa con un hombre, a espaldas de su esposo, enfermo en la cama. La siguiente ocasión declaró que era una niña en la España del siglo XV y que había sido violada por su propio padre. El psiquiatra, que no sentía gran fe en la reencarnación, supuso que se trataba de falsas memorias producidas por el subconsciente para preservar al consciente contra los sucesos que habían producido un trauma en la mente de Shirley. Pero, por más que hurgó en la vida de la joven, nada encontró que pudiera justificar las historias inverosímiles que contaba, a no ser su exagerada afición a las novelas ro-



Desde las capas freáticas sobre las cuales se asientan los edificios de Gizeh, lugar tan próximo al Nilo, es opinión de ciertos conocedores que asocian las líneas telúricas a corta distancia de las cargas de la Gran Pirámide para producir en su interior un curioso vacío biológico.



El que un alma requiere de varias vidas para alcanzar su *karma* y no hay suficientes seres vivos para que ello ocurra, sustenta una de las teorías de que la reencarnación no existe. ¿Sería, entonces, vana la actitud protectora hacia los muertos que la diosa Selket del sarcófago de Tutankhamon tiene en espera de su resurrección?

mánticas, a la literatura y a los programas de televisión de violencia.

¿Y si no existiera la reencarnación?

Lo malo de la mayoría de estas regresiones contadas bajo hipnosis es que resultan imposibles de comprobar, en su totalidad, en especial cuando el sujeto se remonta a tiempos muy lejanos. La hipnosis no parece demostrar, necesariamente, la existencia del fenómeno llamado reencarnación.

Los argumentos sugeridos por la ciencia en contra de la reencarnación han sido los siguientes: *a)* el número de personas vivas es menor al de personas que han muerto ya. Como cada alma requiere de varias vidas para lograr su *karma*, el número de cuerpos disponibles se aproxima a cero; *b)* cuando se ordena bajo hipnosis explorar las vidas pasadas, el subconsciente se ve forzado a crear lo que sea, para obedecer la orden recibida, y se confunde entonces a la imaginación con la memoria extracerebral; *c)* la reencarnación convierte a la muerte en un continuo morir y justifica los actos morales; *d)* muchos médiums de prestigio niegan la reencarnación; *e)* casi todos los casos han sido, hasta hoy, explicables.

Sin embargo, si creemos a los que se muestran enemigos de la reencarnación y a quienes han estudiado el fenómeno de manera honesta y científica, es de suponer que no será por este medio que los faraones regresarán un día a la vida. Pudiera suceder, en cambio, por otro medio que se verá sin mucho tardar.

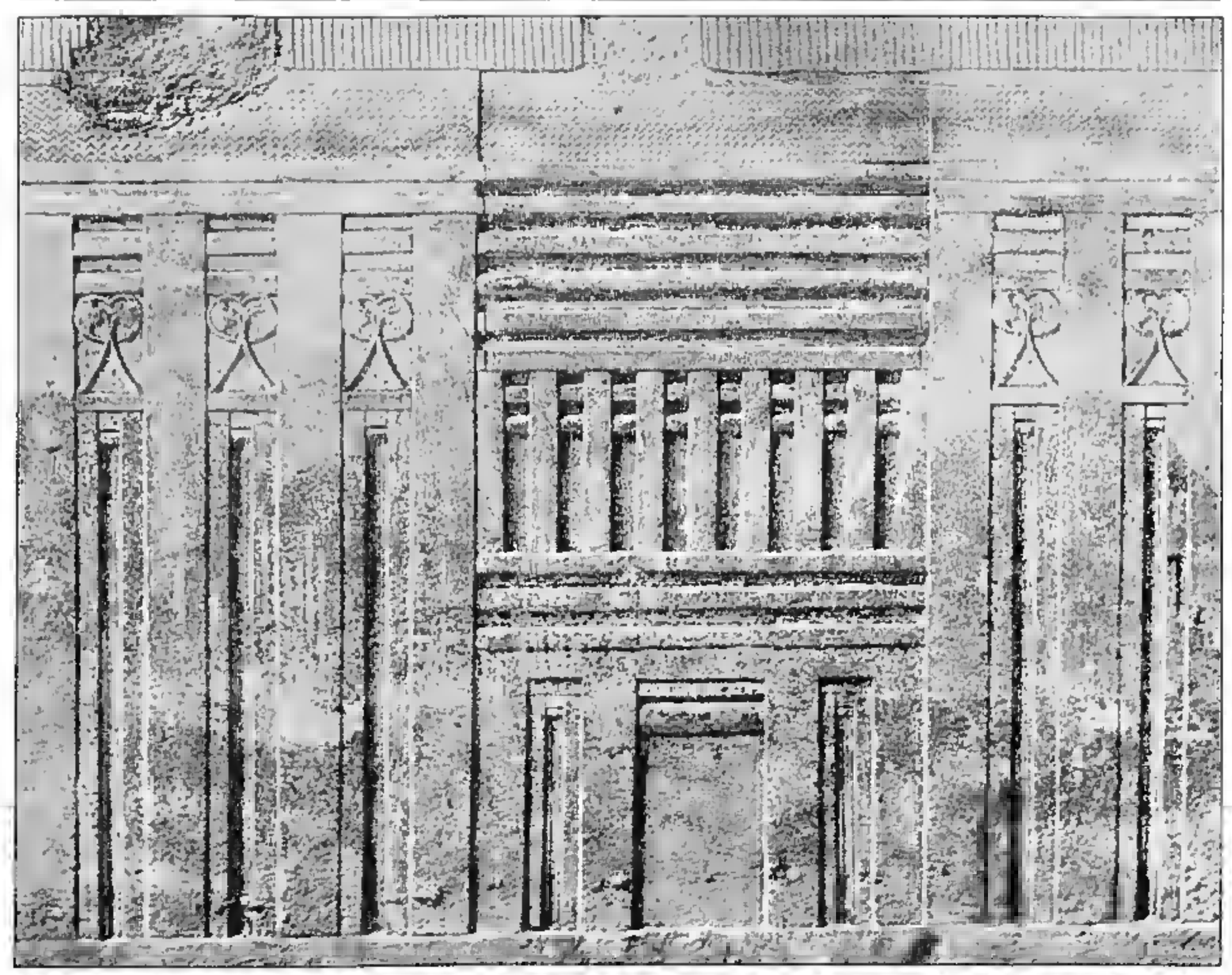
EL SECRETO DE LA BIOENERGÍA PIRAMIDAL

El cronista árabe Abd el Latif decía en el siglo XII que en cierta ocasión penetró en la Gran Pirámide, acompañando al califa Al Mamún y que, estando en su interior, acometieron a todos los presentes fuertes temblores y mareos. Sin embargo, no fueron estos hombres del siglo XII los únicos que han sufrido molestias semejantes, al hallarse dentro del colosal monumento.

Las sorpresas de la Cámara del Rey

El escritor esoterista Paul Brunton contaba en su libro *El Egipto secreto* que se atrevió a permanecer una noche entera en la Cámara del Rey, para ver qué sucedía. Escuchó extrañas voces que le impidieron conciliar el sueño. Le parecieron amenazas, o tal vez airadas protestas proferidas por el faraón difunto desde el más allá. No le agradaba ver un intruso en sus dominios.

¿Venían las voces desde el otro muro, o acaso los sentidos de Brunton fueron víctimas de una influencia de origen desconocido? ¿Existe en la Gran Pirámide, desde los tiempos de su construcción, un poder misterioso que el paso de los siglos no ha logrado atenuar? ¿Fue este mismo poder el que estaba presente en las ceremonias sagradas, como eran la transferencia del *ka* divino o el culto a Isis? ¿Aprendió el griego Pitágoras todo su saber después



Este sarcófago, que reproduce la arquitectura de un palacio, fue construido con piedra caliza. Procede de Gizeh, IV dinastía.

de pasar una noche en el recinto piramidal? ¿Conoció Napoleón Bonaparte un fabuloso secreto en el curso de su permanencia en la Cámara del Rey, como es opinión de los esoteristas, que le permitió conducirle, una vez abandonado Egipto, al golpe de estado del 18 Brumario que lo convirtió en el amo de Francia y de casi toda Europa?

George A. Reiser era un norteamericano que trabajaba en la radio. En 1940 quiso transmitir un programa radiofónico desde la Cámara del Rey. Más le hubiera valido quedarse en casa. Sufrió un ligero desmayo cuando hablaba ante el micrófono y tuvo que ser conducido de inmediato al aire libre. No quiso escarmentar con lo sucedido y regresó tres años más tarde a realizar otro programa. Volvió a perder el conocimiento y murió sin haberlo recobrado. ¿Poseía este hombre una sensibilidad especial que lo hacía presa fácil de los hipotéticos poderes contenidos en la Gran Pirámide?

En mayo de 1964, cuando había quedado atrás el problema suscitado por las bases soviéticas en Cuba, que hubieran podido conducir a una III Guerra Mundial, el líder soviético Nikita Kruschev visitó Egipto. Llegó al pie de la Gran Pirámide y expresó su deseo de conocerla por dentro. Pero llegó una orden tajante desde Moscú: el camarada Kruschev no podía penetrar, por ningún motivo, en la Cámara del Rey. ¿Sería porque se contaba con suficiente información sobre algunos accidentes ocurridos en el pasado, y los servicios secretos no deseaban que el primer funcionario del país corriera riesgos inútiles?

¿Cuáles eran los poderes inmateriales ocultos en la Cámara del rey? ¿Eran los mismos que supo identificar un turista francés que visitó la Gran Pirámide en 1908, al mismo tiempo que descubría una peculiaridad de la construcción que sería aplicada con éxito 41 años más tarde por un inge-

niero checoeslovaco a quienes muchos consideraron loco y extravagante?

Era un poder milagroso, único

Casi ninguno de los muchos libros escritos sobre la Gran Pirámide se ha molestado en informar a sus lectores acerca de la visita que cierto Antoine Bovis, vecino de Marsella, hizo a la majestuosa construcción egipcia a comienzos del presente siglo. Y menos aún son los que han descrito el pasmoso descubrimiento realizado por monsieur Bovis en la Cámara del Rey, del cual obtendría muy jugosos dividendos el ingeniero Karel Drbal. Fue gracias a este hombre afortunado que, a partir de la segunda mitad del siglo, nació la pasión por las piramiditas a escala, que poseían muy curiosas propiedades.

Recorrió Bovis la Gran Pirámide de un extremo al otro, como buen turista que era, y pagó por entrar a la Cámara del Rey. Una vez en el interior del famoso paralelepípedo isíaco halló en el suelo algo que lo dejó intrigado. No se trataba de granos de trigo, que tantas personas afirman haber hallado en las tumbas y en las pirámides y que se maravillan al ver que germinan fácilmente a pesar de ser viejos de 3 o 4 mil años. En realidad, los granos de trigo han sido dejados caer, con toda intención, por los bromistas, en fecha reciente. Esta acción vituperable obligó a desconfiar de cualquier semilla hallada en uno de estos lugares.

Sin embargo, el Dr. Williard Libby, a quien se debe la técnica del radiocarbono para hallar la edad de un objeto, encontró en uno de estos monumentos semillas de loto, viejas de mil años. Las sembró y se convirtieron en hermosas plantas.

En ese caso del turista francés no se trataba del hallazgo de semillas de ninguna clase, sino de ratas, insectos y de un gato que entró por error donde no debía y murió de hambre al no encontrar la salida, o acaso por el pánico que lo acometió. Pero algo muy curioso sucedía: los animales estaban completa y absolutamente deshidratados, convertidos en momias.

¿A qué se debía el fenómeno? ¿Al aire seco del desierto egipcio, que con grandes dificultades logra penetrar por el pasaje ascendente hasta alcanzar el interior de la Gran Pirámide, donde se encuentra la Cámara del Rey con su sarcófago de granito vacío? ¿Era culpable del desconcertante descubrimiento de los animales una propiedad desconocida del monumento, que nada tenía que ver con la atmósfera superseca de Egipto y que sería bueno estudiar para ver en qué consistía?



Los campesinos que cultivan en China los campos de arroz y todos aquellos que cubren su cabeza con un sombrero de forma cónica o piramidal tal vez estén beneficiándose, sin darse cuenta, de ciertas propiedades todavía poco conocidas de los objetos con esta forma.

El turista francés regresó a la ciudad de Marsella sin haber podido aclarar el enigma de las momias animales. Había preguntado a los guías árabes, pero miraron todos al cielo y dijeron que era cosa de Alá. Una vez en su casa, fabricó un modelo a escala de la Gran Pirámide, hueco y de madera, que colocó sobre una mesa. Orientó las cuatro caras de la piramidita de acuerdo con los puntos cardinales y dispuso en su interior una pequeña plataforma, exactamente a una altura que correspondía con la Cámara. A continuación miró en torno suyo, en busca de algo con qué hacer la primera prueba.

Dice la historia que, por mala suerte, acertó a pasar un gato cerca. Fue sacrificado en aras de la ciencia e introducido en la plataforma. Una vez realizada tan sencilla operación, el francés se dispuso a esperar. ¿Se descompondría el gato, llenando la casa de hedor insoportable, como era lógico es-

perar? ¿Sucedería lo mismo que en la Cámara del Rey con los animales?

No tuvo que esperar demasiados días. Sucedió algo que parecía desafiar a las leyes biológicas y a las del sentido común: a pesar de que el tiempo era bastante húmedo y no era posible conservar los alimentos si no era dentro de una hielera de las antigüitas, el gato no se pudrió. Por el contrario, se deshidrató rápidamente. Se convirtió en una pasa de animal, en una verdadera momia gatuna. La piramidita trabajaba de maravillas.

Satisfecho con su descubrimiento, el sabio aficionado informó a los periódicos y envió un documentado artículo a la Academia de Ciencias de París. Sucedió entonces lo mismo que cuando un hombre tiene una idea original o dice algo que se sale de lo cotidiano: periodistas y sabios tildaron a monsieur Bovis de ignorante y muchas cosas más y se burlaron de él. Le aconsejaron dejar esas cosas de pirámides a los egiptólogos, que sí saben de ellas. Y herido el marsellés en su dignidad, tiró la pirámide de juguete a la basura, con todo y la momia felina y se olvidó del asunto.

Y el asunto durmió el sueño del olvido durante cuarenta y un años.



Pueden ser a veces un buen negocio

Vernon L. Cameron y Ralph Bergstresser efectuaron en 1940 diversas pruebas con pirámides a escala y escribieron un libro del que nadie se acuerda ya. Nueve años más tarde apareció Karel Drbal en escena. Leyó, por casualidad, una nota sobre la experiencia de Bovis y de los dos norteamericanos y quiso repetirlas, sin importarle el qué dirán.

Después de realizar varias pruebas con animales muertos, en la pirámide por él fabricada, y visto que Bovis no había mentido, quiso probar suerte con otras cosas. Introdujo un dedo que se había lastimado y la herida cicatrizó en un santiamén. Hizo la prueba con hojas de diversas plantas, huevos frescos y fruta de todos los tamaños. En todos los casos se operó una sorprendente deshidratación que no habría tenido lugar en circunstancias normales. No existía la menor duda en cuanto a que la piramidita poseía poderes sumamente extraños.

Se le ocurrió entonces llevar a cabo la experiencia que iba a darle fama y dinero: utilizó hojas de afeitar usadas. Los resultados fueron increíbles. Que una herida cicatrizara rápidamente o que los tejidos orgánicos regenerasen de un día para otro, como por arte de magia, no le sorprendió, puesto que existía ya un precedente. Pero, ¿cómo explicar lo sucedido con las delgadas hojas de acero, que recuperaban el filo de manera tan sorprendente que parecía milagrosa?

Drbal construyó entonces su primera pirámide en serio. Le dio el nombre de *Pirámide Afiladora de Hojas de Afeitar* — el checo era poco original para inventar nombres— y acudió a la Oficina de Patentes para registrar el invento. Se rieron todos de él, desde el jefe hasta el más modesto de los empleados. Pero Drbal no se desalentó por tan poco. Siguió insistiendo, hasta que en 1959, harto ya de soportar a aquel hombre tan insufrible y deseando perderlo para siempre de vista, el jefe de la Oficina accedió a presenciar una prueba con la pirámide. Quedó tan convencido que dio al invento el número de patente: el 91304.

A continuación, Drbal se dedicó a fabricar pirámides en serie, utilizando materiales malos conductores de la electricidad, siempre a escala, con una altura que no superaba los 30 centímetros. Comenzó a ganar dinero con las pirámides curalotodo, que se pusieron de moda en Europa. Curaban los males orgánicos más complicados y componían los relojes que se dejaban dentro. Devolvían el vigor perdido a los impotentes y ayudaban a las mujeres estériles a tener hijos. ¿No eran acaso las piramiditas de Drbal una auténtica panacea universal, el remedio para todos los males?

Nada tardaron las pirámides en ir a enseñar a los norteamericanos lo que debe hacerse cuando alguien se machuca el dedo y en situaciones igualmente comprometedoras. Nacieron las empresas que comenzaron a fabricar pirámides y cada una ofrecía a la clientela mayores ventajas y mejores precios que la competencia.

La energía originada en las pirámides, que podría curarlo todo, recibió en Estados Unidos el nombre de *psi-orenergy* por quienes admiraban a Wilhelm Reich. En los últimos años había crecido el interés por la energía psíquica: cómo se genera en ciertos lugares que son considerados sagrados, menhires, antiguos templos y, por supuesto, la Gran Pirámide. Creció el interés por la forma de pasar un individuo su energía psíquica a otro — base del curanderismo — y cómo puede ser percibida. Muchas personas contribuyeron a que se tomase en serio esta propiedad de las pirámides. Y muchas más a que se provocase todo género de burlas.

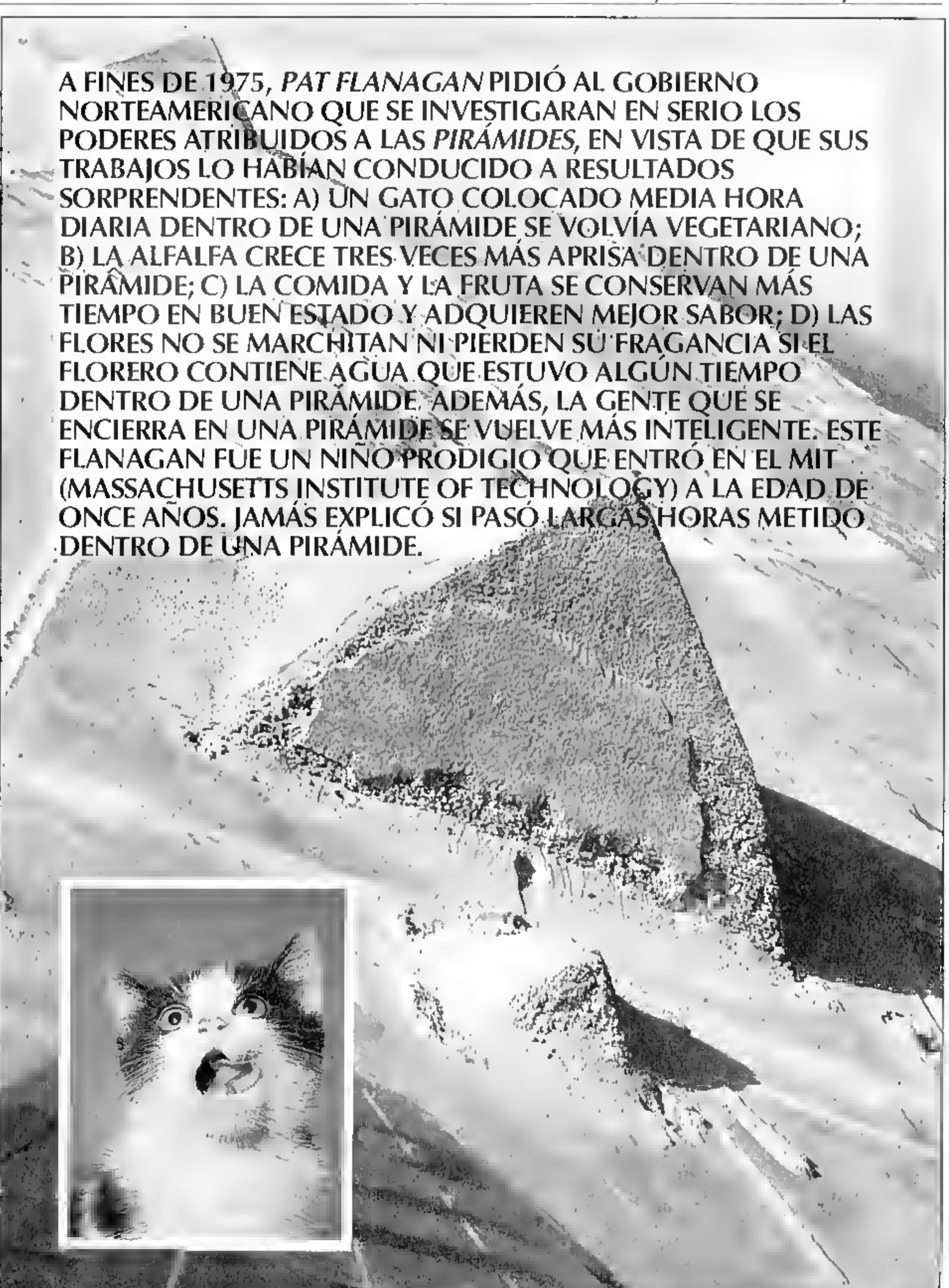


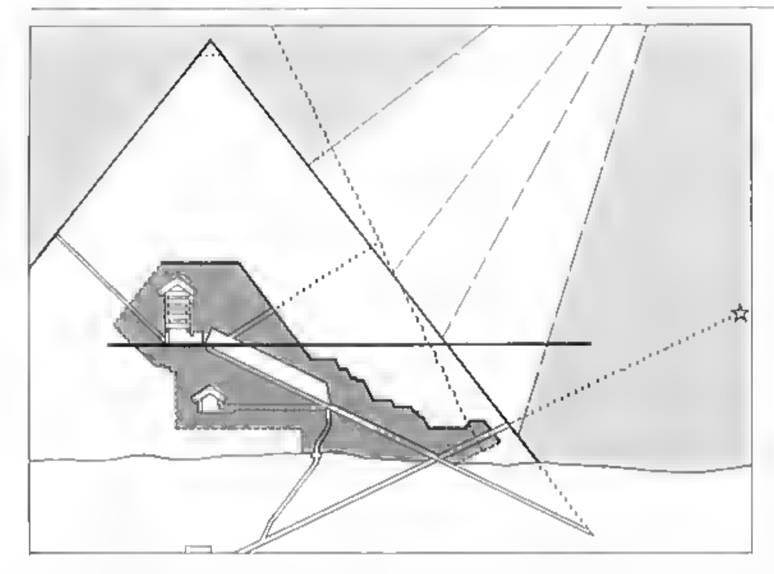
Los relojes de cuarzo son una clara muestra del fenómeno piezoeléctrico, o producción de una corriente eléctrica mediante la compresión de un cristal de cuarzo contenido en su interior. Además, los cristales funcionan como seres vivos, pues son susceptibles de regenerarse o de destruirse si reciben una luz que no les resulta apropiada.

A favor y en contra de las pirámides

Eric McLuhan, hijo del famoso sociólogo canadiense Marshall McLuhan, cuyas curiosas ideas sobre los medios de comunicación estremecieron a la humanidad hace poco más de un cuarto de siglo, realizó unas pruebas que fueron dadas a conocer en 1973. Colocó dos hamburguesas —la Sociedad Protectora de Animales le había prohibido matar gatos— dentro de una pirámide de plástico, una en la plataforma y otra en la base. Esperó cierto tiempo. Descubrió finalmente que la carne de la plataforma se conservaba fresca, mientras la otra se había descompuesto. Eric supu-

A FINES DE 1975, *PAT FLANAGAN* PIDIÓ AL GOBIERNO NORTEAMERICANO QUE SE INVESTIGARAN EN SERIO LOS PODERES ATRIBUIDOS A LAS *PIRÁMIDES*, EN VISTA DE QUE SUS TRABAJOS LO HABÍAN CONDUCIDO A RESULTADOS SORPRENDENTES: A) UN GATO COLOCADO MEDIA HORA DIARIA DENTRO DE UNA PIRÁMIDE SE VOLVÍA VEGETARIANO; B) LA ALFALFA CRECE TRES VECES MÁS APRISA DENTRO DE UNA PIRÁMIDE; C) LA COMIDA Y LA FRUTA SE CONSERVAN MÁS TIEMPO EN BUEN ESTADO Y ADQUIEREN MEJOR SABOR; D) LAS FLORES NO SE MARCHITAN NI PIERDEN SU FRAGANCIA SI EL FLORERO CONTIENE AGUA QUE ESTUVO ALGÚN TIEMPO DENTRO DE UNA PIRÁMIDE. ADEMÁS, LA GENTE QUE SE ENCIERRA EN UNA PIRÁMIDE SE VUELVE MÁS INTELIGENTE. ESTE FLANAGAN FUE UN NIÑO PRODIGIO QUE ENTRÓ EN EL MIT (MASSACHUSETTS INSTITUTE OF TECHNOLOGY) A LA EDAD DE ONCE AÑOS. JAMÁS EXPLICÓ SI PASÓ LARGAS HORAS METIDO DENTRO DE UNA PIRÁMIDE.





Con el tiempo ha ido creciendo el número de cualidades que se le atribuyen a las pirámides por la forma misma que tienen, desde su potenciación energética, que se ha empleado para curar ciertas enfermedades psíquicas y físicas, hasta su capacidad actual para facilitar todo tipo de transmisión. A la derecha, columnas del Templo de Saqqar.

so que la forma de la pirámide altera de alguna manera misteriosa los campos magnéticos de la Tierra.

Los laboratorios Pyramide Power, que lanzaron al mercado un supermodelo, anunciaron en su publicidad que las pirámides por ellos fabricadas curaban todo género de dolencias físicas y mentales, incrementaban el intelecto, fortalecían los poderes psíquicos y los sexuales. Algunos artistas de Hollywood, como Gloria Swanson, contribuyeron al auge del negocio de las pirámides cuando declararon a la prensa que solían pasar los fines de semana dentro de una pirámide gigante, para meditar.

Terry Halem, que vivía en un pueblecito de Oregón y era vista con orgullo por sus vecinos como la mejor hechicera del estado, informó a través de la prensa —y gracias a su declaración creció el número de sus clientes— que tomaba todos los días asiento dentro de su pirámide de madera, para acrecentar sus facultades mágicas. Mejoró notablemente el porcentaje de sus profecías correctas. Además, la mejor bruja de Oregón regaba sus plantitas con agua conservada dentro de la pirámide. Crecían que daba gusto.

Cierto Al Mannig, que dirigía el laboratorio de Investigaciones Psíquicas, en Los Angeles, fue aún más allá en sus afirmaciones. En 1973 —cuántas cosas relacionadas con la energía piramidal sucedieron en aquel año— recomendaba a sus amistades seguir este consejo: debían escribir un deseo en un papel y dejar éste en la pirámide varios días. Antes de una semana se produciría el milagro tan esperado. ¿No era aquello en verdad maravilloso?

Por otra parte, James Mullin, director de investigaciones de la llamada Fundación de Parapsicología, en San Diego, declaró en ese mismo año que resulta a veces perjudicial permanecer mucho tiempo dentro de una pirámide, como hacen tantos insensatos. El poder magnético que de ella emana mata las bacterias, incluso las que ayudan al organismo a realizar ciertas funciones — como la digestiva, por ejemplo—, razón por la cual puede ser peligroso abusar del aparato. A cambio de este aviso rico en sensatez aconsejaba usar sombreros de forma piramidal, que permiten pensar mejor y corrigen el estrabismo.

También en 1973, experiencias realizadas por la Asociación de Investigaciones Psíquicas de Toronto demostraron que no era cierto que la forma de la pirámide detuviese la descomposición orgánica e hiciera recobrar el filo perdido a las hojas de afeitar usadas. Y así se lo informó a la revista *Horizons*, en su número de verano. Por aquellos días había una enorme demanda de piramiditas para uso doméstico. Las llamadas de atención no lograron convencer a los clientes de que tiraban su dinero.

El profesor Herman Tiessen, de la universidad de Guelph, Ontario, realizó pruebas con tomates, lechugas, coliflores, espárragos y melones para ver de qué manera influyen las pirámides en su tamaño y crecimiento. Los resultados obtenidos fueron idénticos a los realizados sin ayuda de una pirámide. Pero nada informó sobre la conservación de los vegetales. En 1976, el Círculo Parapsicológico de Marsella realizó varias pruebas en el mismo sentido, que terminaron en fracasos. Esto hizo declarar a René Vincent, su presidente, que «la pirámide ha muerto».

Disintieron de esta apreciación quienes dijeron que las pirámides utilizadas no tenían la inclinación correcta, o no estaban bien orientadas, o sufrían interferencias de televisores, aparatos de radio, hornos de microondas, transformadores o luces fluorescentes. Y tal vez no se utilizaron los materiales aislantes adecuados o se hicieron las pruebas de manera incorrecta. Ninguno de los defensores y detractores de las

propiedades de las pirámides sabía que un personaje había descubierto, en el siglo anterior, algo muy curioso que sería imitado por sus amigos. El novelista Carlos Dickens opinaba que sólo era posible dormir a gusto orientando la cama de acuerdo con los puntos cardinales, con la cabeza al norte. De esta manera, decía, las corrientes magnéticas fluyen a través del cuerpo acostado, llevándose las influencias nocivas.

El secreto de la bioenergía piramidal

Los fabricantes de hojas de afeitar aconsejan a quienes las utilizan no pasar jamás un lienzo por el filo, por limpio y suave que sea, sino que deben lavar la hoja, sin quitarla del rastrillo, bajo un chorro de agua. Obliga a realizar esta operación la estructura cristalina del filo: un movimiento brusco podría eliminar los cristales y dejar la hoja inservible.

Los cristales se asemejan a los seres vivos en que crecen y se reproducen. Algunos cristales, como los de cuarzo, poseen una curiosa propiedad: son capaces de emitir débiles corrientes eléctricas al ser comprimidos, como si protestasen por el mal trato. Esta propiedad, o efecto piezoeléctrico, es utilizada en la fabricación de instrumentos de a bordo de los aviones y de relojes de cuarzo.

Sucede, al parecer, que al colocar las hojas de afeitar en el interior de una pirámide se acelera el proceso de regeneración de sus cristales. ¿Cómo explicar el fenómeno? Describen quienes saben de estas cosas que el Sol envía sus rayos luminosos y sus radiaciones en todas las direcciones y que al tropezar contra objetos sólidos, como la Luna, esa luz solar se polariza y comienza a vibrar en un solo sentido. La luz polarizada es entonces susceptible de destruir los cristales de las hojas de afeitar expuestas a la luz lunar, pero no explican el fenómeno contrario, como es el que sucede dentro de cualquier pirámide. ¿Acaso las pirámides actúan como lentes capaces de recoger la energía cósmica, a modo de catalizadores que aceleran el crecimiento de los cristales?

¿Acaso la forma tan especial de la pirámide engendra en su interior un campo magnético que se suma a las



fuerzas telúricas? Se ignora, en realidad, cómo opera este campo, esta fuerza que debió ser conocida por los antiguos egipcios, gracias sin duda a Imhotep. Este misterioso poder, considerado pura charlatanería por la ciencia hasta hace pocos años, comienza a ser considerado con interés por científicos de mente más abierta. Estudian ya las características físicas y geométricas de las pirámides en general, seguros de que ocultan interesantes secretos. Hacen caso omiso del dogma tradicional y de las leyes establecidas y buscan una función que explique las aplicaciones de la forma piramidal.

Están convencidos de que, por su forma terminada en punta, las pirámides acumulan la energía cósmica, las vibraciones magnéticas y las ondas energéticas desconocidas. Es decir, actúan como un condensador gigantesco, como un polarizador que fortalece ciertas manifestaciones de la energía. No ignoran que la geometría de sus caras acelera la velocidad y la intensidad de las corrientes telúricas venidas de las capas freáticas sobre las cuales levantaron los antiguos esta clase de edificios, de tal manera que al ascender hasta la cima se crea en su interior un vacío biológico susceptible de provocar cambios intensos en la materia orgánica que existía dentro.

Si chinos, indostanos, sumerios, babilonios, asirios, egipcios, olmecas, teotihuacanos, toltecas y mayas levantaron sus templos y sus edificios sagrados cerca del agua o sobre corrientes acuíferas subterráneas, ¿no sería porque conocían el secreto de la liberación de inmensas cantidades de energía, que utilizaron en su provecho, en especial para mantener bien conservados los cuerpos reales? Los antiguos egipcios conocían bien las alteraciones y la intensidad del campo geomagnético, razón por la cual construyeron las pirámides en los lugares donde más poderosa era la influencia cósmica. Estos lugares se localizaban en las inmediaciones del Trópico de Cáncer y no fue por casualidad que la Gran Pirámide fue construida tan cerca del mar y de un río y que estuviese rodeada por canales subterráneos que conducían agua hasta sus diversas cámaras secretas.

Nuestro planeta está sometido a una constante interacción electromagnética con los otros cuerpos del sistema solar, e incluso con el Sol. Este campo geomagnético intercepta las radiaciones cósmicas y las partículas describen trayectorias que se orientan según las líneas de fuerza de ese campo. Todo esto lo conocían los sabios egipcios y opinaban que el Sol tiene mucho que ver con el fenómeno. Con razón lo consideraban divino, principio de todas las cosas, que manifestaba su enojo por medio de temidas tormentas solares que influían en los seres humanos. Y los sabios egipcios sabían que estos accidentes se re-



Los antiguos egipcios tenían buen conocimiento de las alteraciones del campo geomagnético, lo cual explicaría que las pirámides hayan sido construidas cerca del mar, de ríos o de canales subterráneos para encauzar la liberación de grandes cantidades de energía.

gian por ciclos muy precisos, fáciles de prever pero imposibles de evitar.

Es una lástima que el conocimiento de estos fenómenos fuese olvidado al arribo de la tenebrosa Edad Media, cuando sólo algunos sabios solitarios, como los alquimistas, los ocultistas y ciertos filósofos considerados locos por sus semejantes siguieron estudiándolos con entusiasmo. Mucho les ayudaron en su noble empeño algunos documentos rescatados del pasado, que lograron salvar de la destrucción a manos de la Iglesia.

UN SABER QUE SE FUE PERDIENDO

Se tiene la casi absoluta certeza de que fue el legendario Imhotep el primero en construir una pirámide egipcia y que debió conocer las propiedades de esta clase de edificios. Entre ellas se contaba la de preservar, por tiempo indefinido, la materia orgánica expuesta a descomponerse por las bacterias.

Al faraón Djoser debió interesarle la explicación de Imhotep sobre la posibilidad de conservar el cuerpo en buen estado a su muerte, para estar listo el día que le tocase el turno de regresar al mundo. Prefería esto a ser enterrado en una vulgar mastaba, como le había sucedido a los soberanos de las anteriores dinastías. Sabía, además, que las tales mastabas no ofrecían seguridad: a los ladrones les resultaba sencillo penetrar en las tumbas. Bastaba con ponerse de acuerdo con los guardianes —o con los sacerdotes— para vaciar su contenido.

Era más que suficiente para que el faraón escuchase al sapientísimo Imhotep y le prestase todo su apoyo. El arquitecto debía apresurarse a construir la pirámide cuanto antes, aunque la operación resultase mucho más costosa de lo que pensaba.

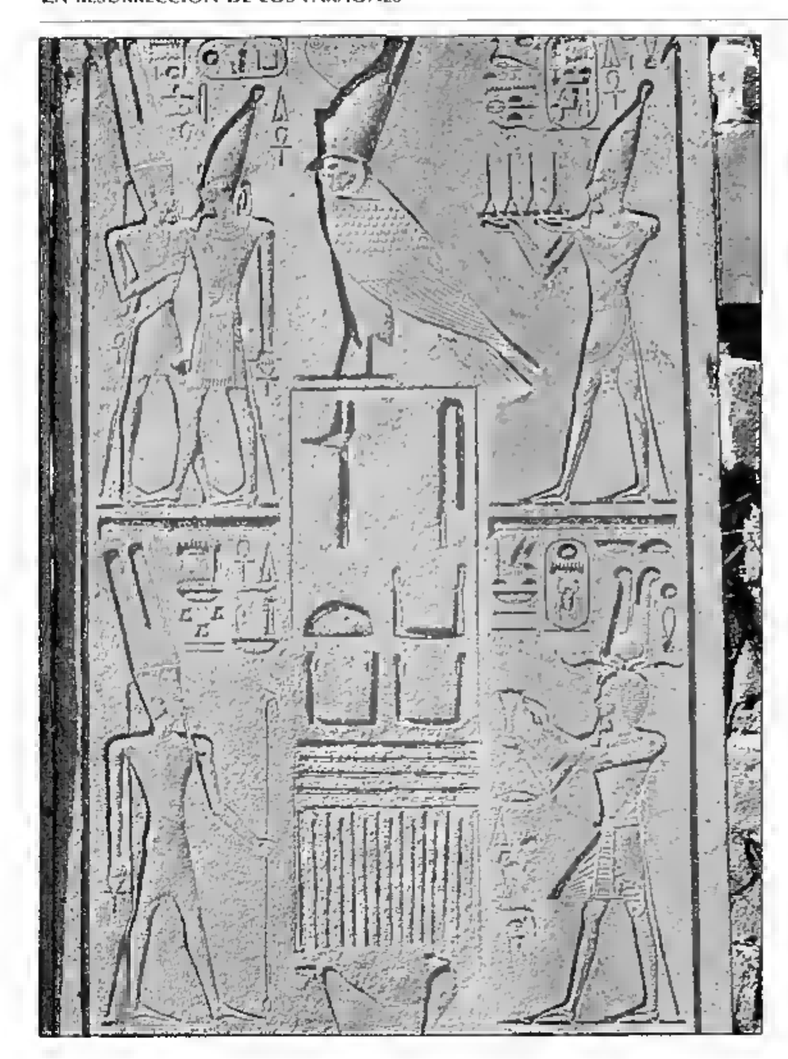
Por qué dejaron de construirse las superpirámides

Imhotep dirigió las obras del monumento, para que a la muerte de su patrón pudiese desecarse el cuerpo antes de conducirlo a su tumba definitiva, en un lugar secreto que muy pocos conocían. Sería una especie de archivo real, donde se conservaría el cuerpo en espera que llegase el momento de resucitar. La pirámide donde se había realizado la momificación iba a tener cuatro niveles y una altura de 60 metros, orientadas sus cuatro caras escalonadas casi perfectamente a los puntos cardinales.

Sabía bien Imhotep que el tamaño de la pirámide carecía de importancia, pero después de él llegaron otros faraones a realizar obras monumentales. Creían que así sus restos se conser-



En el siglo pasado, cuando estalló una ola de entusiasmo en torno a todo lo que oliera a arte egipcio, muchos obeliscos fueron embarcados y pasaron a adornar las plazas públicas de diversas ciudades europeas. Pero, por fortuna, quedan aún muchos en la tierra de los faraones, como éste llamado de Heliópolis, que data de la dinastía XII y se encuentra cerca de El Cairo.



El fin de la construcción de las pirámides fue marcado por el comienzo de los obeliscos. Este hermoso detalle en relieve pertenece a uno de Karnak, erigido bajo la XIX dinastía. La imagen superior del centro corresponde al faraón divinizado y la inferior, a Horus, con la doble corona. Amón se distingue en ambas imágenes por su tocado de grandes plumas.

varían mejor y sus arquitectos les siguieron la corriente. Lo único que lograron fue atraer aún más la atención de los saqueadores.

Sufrieron éstos la mayor de las decepciones al penetrar en las pirámides y no encontrar momias de ninguna clase ni tesoros que valieran la pena. Las construcciones habían servido únicamente para deshidratar a los difuntos, después de lo cual fueron conducidos a una última morada, más segura y definitiva. Y en muchos casos, entre ellos el de Keops, esta última morada sigue pendiente de descubrirse por los egiptólogos.

En algún momento de la historia, los egipcios dejaron de construir pirámides enormes. ¿Sería porque los arquitectos reales habían perdido el secreto de su técnica? ¿Acaso porque las finanzas reales no permitían erogar las fortísimas sumas necesarias? ¿Pensaban los faraones que había llegado el momento de terminar con tanto gasto inútil, para dedicar todo su esfuerzo a la construcción de estatuas, de tamaño monumental, y a las guerras de conquista contra otros pueblos, que les procuraban mayor gloria?

Fue en tiempos de Tutmoses I, de la XVIII dinastía, quien reinó de 1545 a 1515 a.C., que sus ministros y sus sacerdotes hicieron cuentas y pensaron que aquello no podía seguir. Harían falta millones de hombres para construir los grandiosos edificios, y era mucho más importante dedicar los recursos económicos y humanos a cultivar los campos o a participar en las acciones bélicas. Habría que importar mano de obra y no habría trigo suficiente para alimentar a tantas bocas, ni espacio para moverse con soltura los obreros. Y la tarea llegaría a su fin muchos años después de fallecer el soberano, por lo que no podría disfrutar de las ventajas atribuidas antaño a las pirámides tradicionales.

La aparición de los esbeltos obeliscos

Se abandonó la construcción de pirámides colosales y se abrió en la roca viva la primera tumba real. Se escogió un lugar solitario en la orilla izquierda del Nilo, que tenía en la margen de enfrente al templo de Luxor. Ese lugar se conoce hoy como el Valle de los Reyes, donde en 1923 fue descubierta la tumba de Tutankamon.

El ejemplo fue imitado por los faraones que sucedieron al primero de los faraones conocidos como Tutmoses.

¿Fue este mismo soberano el que ordenó dar forma de pirámide a la cima del monte rocoso que se yergue por encima del Valle, dominando el paisaje, porque sentía un respeto supersticioso hacia esa clase de construcciones?

¿Pensaba que la pirámide del monte extendería su acción bienhechora sobre su cuerpo y su espíritu y sobre los faraones que le sucederían?

Sólo sabemos que este faraón inició una curiosa revolución artística y funeraria con la ayuda de un técnico aparentemente capaz. Si Imhotep había sido el ingeniero que ideó las pirámides y supo llevar a la práctica sus aplicaciones bioenergéticas, tocó a

Ineni la responsabilidad de introducir los importantes cambios.

Los sacerdotes embalsamadores, que debían hacer algo para evitar que los cuerpos reales fueran a descomponerse y a llegar en mal estado a su resurrección, tuvieron que adoptar una decisión: mejorar la técnica de extraer las vísceras con instrumentos ganchudos más ingeniosos, así como la técnica de envolver los cuerpos en vendas previamente impregnadas de aceite y esencias aromáticas. El clima seco, pensaba, se ocuparía de lo demás. Nada se perdería del cuerpo de los faraones y, el día que fueran a resucitar, los sacerdotes del futuro no tendrían más que acomodar los sesos y las vísceras intestinales en su sitio, tratando de cometer las menores equivocaciones posibles.

Y en lo que respecta a las construcciones colosales, una vez abandonadas las pirámides dueñas de virtudes mágicas poderosas, que nadie sabía bien en qué consistían ni qué misterioso poder las provocaba, se les ocurrió a los arquitectos una idea formidable: aconsejaron a los faraones tener muy cerca de su tumba una pirámide de estilo diferente, más estilizada y menos ancha de la base, incluso más elegante. Fueron los obeliscos, que aparecieron a partir de entonces acompañando a las tumbas y más tarde también en los templos. Eran versiones alargadas y esbeltas —con cierto sabor fálico, opinan algunos egiptólogos— de las pirámides tradicionales.

Pero los obeliscos no sirvieron para nada, como no fuera de adorno. O para que los europeos, a partir de Napoleón Bonaparte y de su expedición a Egipto, se enamorasen de ellos y llevaran los más bellos a Londres, París y Roma, para adornar sus plazas. Donde no fue posible instalar obeliscos genuinos proliferaron las copias, falsas y sumamente antiestéticas.

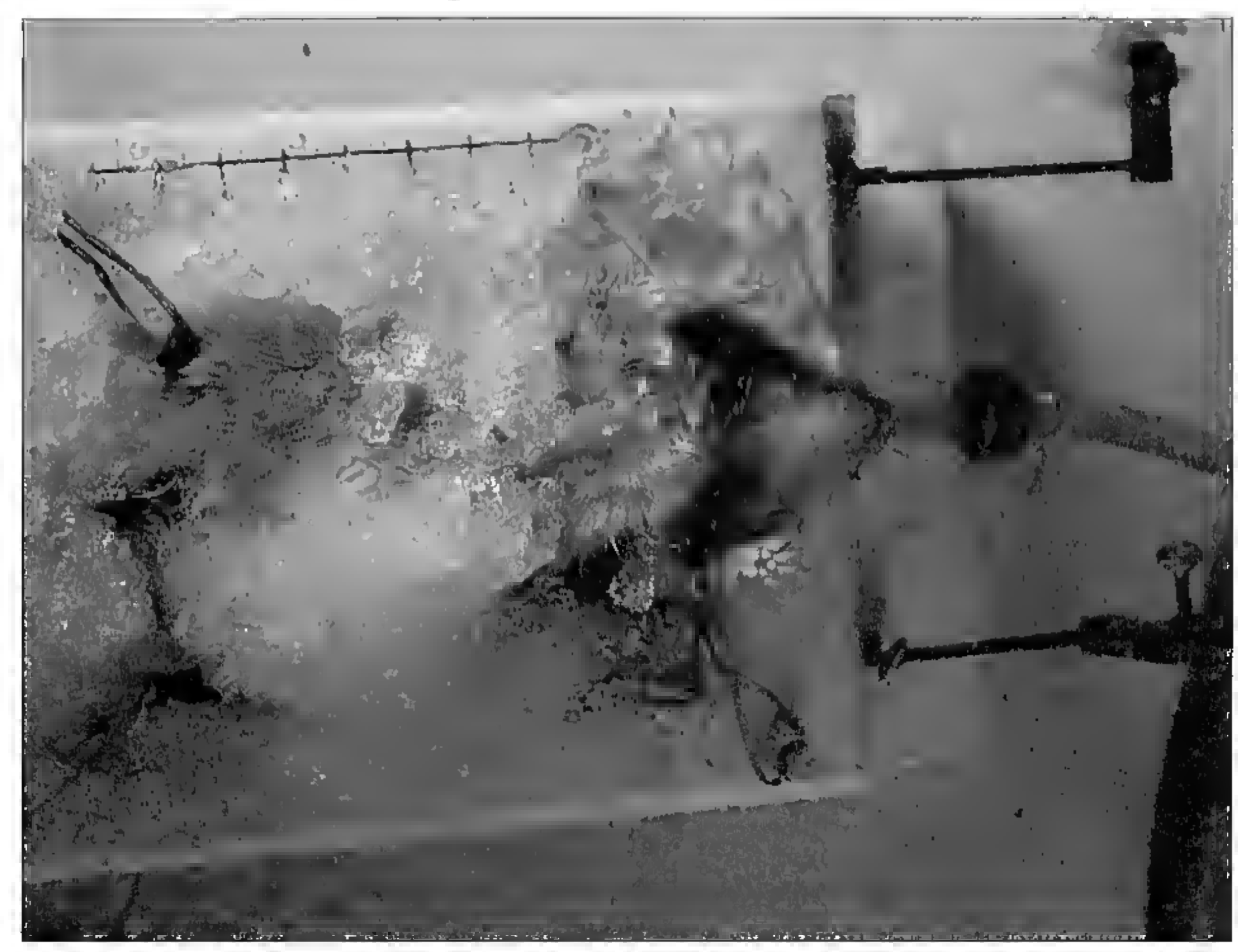
Un fenómeno llamado hibernación

Ayudaron bastante a los egipcios las condiciones de sequedad del lugar donde vivían; y lo mismo sucedió con las momias de Paracas. En la mexicana Chiapas, en cambio, donde llueve intensamente todo el año, los cuerpos se deterioran rápidamente. Los restos hallados en la famosa tumba de Palenque aparecieron en condiciones lamentables, cayéndose en pedazos. Tal vez si los egipcios hubieran estudiado el comportamiento de algunos animales habrían estado en condiciones de perfeccionar la técnica para conservar durante más tiempo los cuerpos, mientras seguían aún con vida. Este comportamiento recibe el nombre de *hibernación*.



Uno de los ejemplos más complejos de hibernación lo dan los murciélagos. Saben hundirse a voluntad en un letargo pasajero cuando las condiciones climatológicas son hostiles o no han cazado una presa conveniente. Pero, de todas maneras, al llegar el invierno pueden permanecer dormidos durante el tiempo que impere el frío.

Ciertos animales poseen la curiosa facultad de sumirse en un letargo más o menos prolongado cuando las condiciones del medio en que viven se muestran temporalmente desfavorables: baja la temperatura ambiente, escasea la comida o sufre el clima un repentino cambio. Se presenta esta facultad en algunos insectos, como los escarabajos: producen *glicerol*, que les sirve como anticongelante para no



Experimento de criogenización llevado a cabo en un laboratorio de Berkeley, California, para hibernar el cuerpo de una rata de laboratorio. La criogenización es un método de hibernación que se basa en la congelación de cuerpos completos o de órganos de seres humanos o de animales de compañía y su preservación en nitrógeno líquido para aguardar el deshielo futuro. Los expertos esperan que esta ciencia médica encuentre en los años venideros una forma de curar el cáncer o de devolver la juventud perdida.

perecer helados si la temperatura desciende notablemente. Pueden sumirse entonces en un sopor que les ayuda a pasar el invierno sin comer.

Poseen también esta propiedad varios reptiles y marsupiales, pero abunda más entre los mamíferos. Algunos pueden provocar el letargo a voluntad, como es el caso de los murciélagos: cuando se enfría el tiempo y no pueden salir a cazar, aunque no sea invierno, caen fácilmente en un sopor que puede durar varios días. En el curso de esa muerte aparente apenas consumen energías.

En realidad, el término hibernación se aplica más a los mamíferos superiores que cuentan con este dispositivo biológico para esperar confiados la llegada del invierno, en especial en los países nórdicos, y sobrevivir hasta la primavera, cuando despertarán al mismo tiempo que se inicie el deshielo. Entre los buenos hibernantes destacan numerosos roedores como ardillas, lirones, castores y marmotas, cuyo consumo de oxígeno desciende durante su sueño hasta 5% del normal. El ritmo respiratorio y las pulsaciones alcanzan entonces el mínimo y la temperatura del cuerpo cae a unos 4º. Los animales parecen muertos. La sangre circula tan lentamente por sus venas que podría correr el peligro de coagularse. Por fortuna, la naturaleza sabe evitarlo por medio de una secreción hormonal que mantendrá la fluidez del líquido vital: la *heparina*.

De vez en cuando, los durmientes tienen un momento de semilucidez, que aprovechan para ver si todo sigue bien y vaciar la vejiga. Es un inconveniente que la sabia naturaleza no ha podido resolver. ¿No sería más cómodo para los roedores hibernantes orinar mientras duermen, como hacen los bebés humanos? Se ahorrarían, entre otras molestias, herir su delicado olfato con el espantoso hedor que domina en la madriguera. Pero, fuera del líquido eliminado, los hibernantes apenas pierden peso durante su letargo. Las

grasas que acumularon en su organismo durante el verano no las consumirán en el curso de la pausa invernal, sino que les ayudarán a sobrevivir en las semanas que seguirán a su despertar y reinicien su vida activa.

No todos los mamíferos pueden hibernar. Los carniceros de los países fríos, como los lobos, pasan hambre en invierno si no encuentran rumiantes poco veloces, como son las crías o los animales viejos. Pero también los rumiantes sufren en la estación invernal, porque no saben hibernar. Suelen hurgar con las pezuñas en el hielo, en busca de la hierba oculta debajo, pero cuando el hielo está duro, sufren graves apuros. Los renos, ciervos, alces, caribúes y otros rumiantes que mueren en invierno deben su dramático fin al hambre, más que al frío.

Cuál es la causa de la hibernación

De acuerdo con ciertos biólogos, los hibernantes son mamíferos primitivos, así como opinan otros que la hibernación caracteriza a los mamíferos más evolucionados, cuya fisiología les permite mantener una temperatura cambiante para atender a sus necesidades. Gracias a esta propiedad han podido ser habitadas las regiones heladas por una fauna específica. Abundan en ellas los animales hibernantes más que en otros lugares y poseen, además, un cerebro y un sistema glandular avanzados, que los aproximan al ser humano.

Ni uno solo de los animales que hibernan en las regiones árticas podría sobrevivir a los fríos extremados de no contar con la ayuda de unas diminutas glándulas que trabajan en invierno a marchas forzadas. Producen entonces unas secreciones hormonales en beneficio del organismo. Son tres estas glándulas, además de la secretora de heparina. Tal vez exista alguna más cuyo papel se desconoce, porque a la endocrinología le falta aún mucho camino por recorrer. Las tres glándulas son las *suprarrenales*, la *tiroides* y el *hipotálamo*, localizado éste en la base del cerebro.

Es el hipotálamo una especie de taller generador de hormonas susceptibles de controlar los sistemas nerviosos simpático y parasimpático y de reducir, cuando lo juzga conveniente, el flujo de sangre a ciertos puntos del cuerpo, como son los músculos, entre otros. Ayuda así a provocar la somnolencia que conduce al sueño prolongado. El primer aviso lo recibe el hipotálamo al llegar el invierno. Lanza entonces una orden al sistema cardiovascular, por medio de la *corticotropina*, para frenar la corriente sanguínea. El futuro hibernante ve disminuir su metabolismo: se enfría el cuerpo, siguiendo las instrucciones que le envía este termostato biológico, hasta extremos que no podría soportar el organismo en su estado normal.

En fecha reciente se ha descubierto que una hormona presente en la sangre de los animales hibernantes podría inducir también al sueño en los no hibernantes. Podría aplicarse a los astronautas del futuro, que harían la travesía de cientos de años sin problemas de fatiga o de alimentación.

Los osos polares pasan una temporada invernal de letargo, al igual que otros de los animales que integran el grupo de los hibernantes, así llamados a pesar de que aún se desconoce con certeza la causa de la hibernación, característica que se viene investigando desde hace mucho tiempo.



La hibernación prolongará la vida de quien goza de esta bendición natural y el mismo termostato hará subir más tarde la temperatura si asciende la del medio ambiente. Dará instrucciones al durmiente para que despierte. Estas glándulas no existen como tales en todos los mamíferos, sino en los más evolucionados, entre los que se cuenta el ser humano. De ser así, si el hombre cuenta con medios para hibernar, ¿por qué no lo hace?

Si el hombre no hubiera inventado los techados donde guarecerse de la lluvia o las viviendas para abrigarse en tiempos de frío al calor de una fogata, ¿habría seguido hibernando como los mamíferos que no supieron dominar el fuego? ¿Perdió el ser humano esta facultad, así como le abandonaron algunas facultades psíquicas desde el momento que aprendió a comunicarse por medio del lenguaje?

Lo curioso de la hibernación es que el hombre conserva el mecanismo y las glándulas que posiblemente le concedieron este poder en otros tiempos y que podría volver a utilizar, si aprendiera a hacerlo.

Gente que sabe dormir a voluntad

Viejos relatos y leyendas de todos conocidos y que poseen, aparentemente, mucho de fantasía, ¿acaso no encierran una velada relación con un sueño prolongado semejante a la hibernación, provocado por medios artificiales? ¿Cuál fue el antecedente histórico de la Blancanieves del cuento de Perrault? ¿Se inspiró el autor en una droga exótica, capaz de sumir en prolongado letargo a un individuo, que despertaría mucho más tarde gracias a un antídoto simbolizado por el beso del Príncipe Azul, sin recordar nada de cuanto le sucedió?

Un caso de letargo anormalmente largo fue el protagonizado por Rip van Winkle en el relato de Washington Irving, tomado de una leyenda holandesa originaria a su vez de la Alemania medieval. Rip van Winkle tomó unos tragos y cayó dormido. Alguna droga debían contener, porque fue a despertar 20 años después. Regresó a su pueblo y nadie lo reconoció. Su esposa no existía ya y su hija estaba casada. Otro ejemplo, mucho más largo que el de Rip, lo había dado Epiménides, acerca del



En la India, es habitual encontrar gente meditando, en posición de loto. Los yoguis dominan su cuerpo y su alma a voluntad, de tal modo que el espíritu es capaz de abandonar la envoltura carnal para trasladarse por el espacio y regresar a ella cuando se lo ordena su dueño.

cual hay tres versiones que coinciden sólo en el nombre de este sujeto y en los años que permaneció dormido: cincuenta y siete.

De acuerdo con Platón, Epiménides vivió en la Atenas del siglo VI a.C., pero la mitología afirma — en contra del parecer de Diógenes Laercio, quien dijo que fue un profeta y religioso — que Epiménides era pastor en la isla de Creta. Un día que andaba buscando una cabra extraviada, se sintió fatigado de tanto ir de un lado para otro y se tendió a descansar dentro una gruta. Terminó durmiéndose, para despertar 57 años más tarde, sin darse cuenta del

tiempo transcurrido y siguió corriendo en pos de la maldita cabra. No explica la leyenda si Epiménides se conservaba joven ni qué contenía la gruta para que produjera en el pastor tan largo sueño. ¿Despedía efluvios adormecedores producidos por los gases volcánicos de la isla? ¿Encierra esta historia un extraño simbolismo que podría ligarse a los ritos sagrados de eternidad practicados por los antiguos egipcios y otros pueblos?

En aquellos tiempos se creía ya que el alma puede abandonar a voluntad el cuerpo y regresar a él cuando lo desea su dueño. Es lo que hacían, y siguen haciendo, los yoguis de la India: su espíritu vuela por el espacio mientras el cuerpo sigue tendido en el suelo, como si estuviera sin vida. Es decir, que las funciones vitales pueden detenerse casi por completo, de acuerdo con una técnica inverosímil que muy pocos dominan. Mediante un intenso esfuerzo de la mente, los yoguis, los faquires y los médiums pueden sumirse en un estado de inconsciencia controlada, durante el cual se frenan perceptiblemente las funciones biológicas.

Sea por medio de la mente, o utilizando ciertas drogas, existe la posibilidad de mantener a un organismo en estado de animación suspendida, durante largo tiempo. Es un recurso utilizado en las novelas de ciencia ficción para que los astronautas no malgasten sus energías, pero es muy probable que dentro de algunos años este recurso hasta ahora fantástico se convierta en realidad.

Pero estos recursos, naturales o científicos, se han aplicado —o se aplicarán— en seres todavía con vida. Los faraones, en cambio, estaban ya muertos cuando se pensó en su futura reencarnación o en su resurrección. Los sacerdotes desconocían, por supuesto, una técnica adecuada para conservar indefinidamente los cadáveres y para resucitar a los muertos. Pero al final de la II Guerra Mundial surgió una técnica novedosa para conservar los cuerpos, que por culpa de algunos fracasos a punto estuvo de desaparecer.

Sin embargo, renació más tarde, con nuevos bríos, en los países con técnica avanzada y grandes recursos económicos, donde vivían individuos con una sólida fortuna que deseaban regresar algún día al mundo de los vivos. Esta técnica, que recurre de la congelación al frío intenso, recibe el nombre de *criogenia*.



A partir de la II Guerra Mundial cobró enorme vigor la biología aplicada a la conservación de óvulos y espermatozoides, además de órganos humanos o de animales susceptibles de ser utilizados en trasplantes y en la fecundación artificial.

LA VICTORIA SOBRE EL FRÍO

En 1959, un biólogo soviético de apellido Dombrovski descubrió, en unos cristales viejos de 100 millones de años, lo que parecían bacterias fosilizadas. Quiso ver si podría revivirlas, a pesar de su extrema antigüedad, igual que si fueran esporas modernas. Introdujo los cristales en un caldo de cultivo, a la

temperatura y condiciones adecuadas, y cuidó de que ninguna bacteria extraña fuera a penetrar en él.

No tardó en poblarse el caldo de cultivo de microorganismos superviejos, que habían logrado reproducirse. Repitió varias veces la prueba y en cada ocasión obtuvo el mismo resultado. Y logró revivir otros microorganismos todavía más viejos. No cabía la menor duda de que habían sabido permanecer largo tiempo en estado latente.

El frío, excelente conservador

Por supuesto que los trabajos del científico soviético fueron realizados con una clase específica de organismos, más resistentes, que lograron sobrevivir de manera natural a través de tantos millones de años. Pero desde la II Guerra Mundial comenzaron a realizarse experiencias en organismos más complejos y de mayor tamaño que las bacterias para poder conservarlos indefinidamente gracias al frío.

Esta técnica, que recibió entonces el nombre de *hipotermia*, pudo convertirse en realidad gracias a los trabajos realizados, a partir de 1898, por el científico británico James Dewar. Fue el primero en lograr la licuefacción del hidrógeno, así como H. Cammerling Onnes haría lo mismo con el helio en 1908, al enfriar este gas a la temperatura de 4,2° Kelvin. El cero absoluto, o 0° K, se sitúa en los 273,15° centígrados bajo cero, temperatura a la cual los cuerpos adquieren muy curiosas propiedades.

Por cierto que el helio es el único elemento gaseoso que no se solidifica al llegar al cero absoluto, pero en su fase líquida se mueve sin fricción, así como pierde por completo su resistencia al paso de la electricidad. Esto lo convierte en un superconductor perfecto. Debe decirse que en 1986 no se lograba todavía alcanzar el cero absoluto por medios artificiales. A mediados de 1983, un equipo de científicos japoneses dirigidos por Kazuo Ono había logrado la temperatura más baja obtenida hasta entonces, 30 millonésimas de grado por encima del cero absoluto.

Al aproximarse los cuerpos al cero absoluto, disminuye su resistencia al paso de la electricidad y se produce al mismo tiempo otro curioso fenómeno, que tiene amplias aplicaciones en medicina. El frío detiene de manera apreciable los procesos metabólicos y el proceso de descomposición de los organismos. Una aplicación práctica de esta propiedad se utiliza en la conservación de reses sacrificadas que se destinan al consumo doméstico y en las operaciones quirúrgicas delicadas. Se aplica también en la conservación de la sangre, que no pierde a baja temperatura ni una sola de sus características. Antes de 1948, las transfusiones sanguíneas debían hacerse de brazo a brazo. Gracias al frío y otros procedimientos practicados a partir de entonces, logró salvarse numerosas vidas humanas.



Una novela de Edmond About describía lo sucedido a un soldado de Bonaparte en la campaña de Rusia. Murió congelado pero logró ser revivido para regresar a la vida activa. Esta historia inverosímil pudiera hacerse realidad algún día. Sólo falta por afinar ciertos detalles de carácter técnico.



Contribuyen también las bajas temperaturas en las técnicas médicas utilizadas para atender todo tipo de quemaduras de la piel y en la preservación de diversos elementos del organismo humano: piel, médula, huesos, riñones, corazón, córnea, arterias, esperma y embriones, entre otros. Pero el frío intenso no puede evitar que se produzca la destrucción de las células nerviosas del cerebro. La temperatura a la que se conservan sin descomponerse los elementos citados, así como el tiempo que pueda transcurrir sin perder una sola de sus características, es variable: oscila de 5 a 80 grados bajo cero y llega a 196 en ciertos casos específicos. Algunos órganos pueden conservarse largo tiempo, como son los testículos y su contenido, el esperma, pero otros, como los riñones, apenas 24 horas. Así, los trasplantes de órganos vitales deben ser practicados, en muchos casos, muy poco tiempo después de extraerlos del donante.

En qué consiste la criogenia

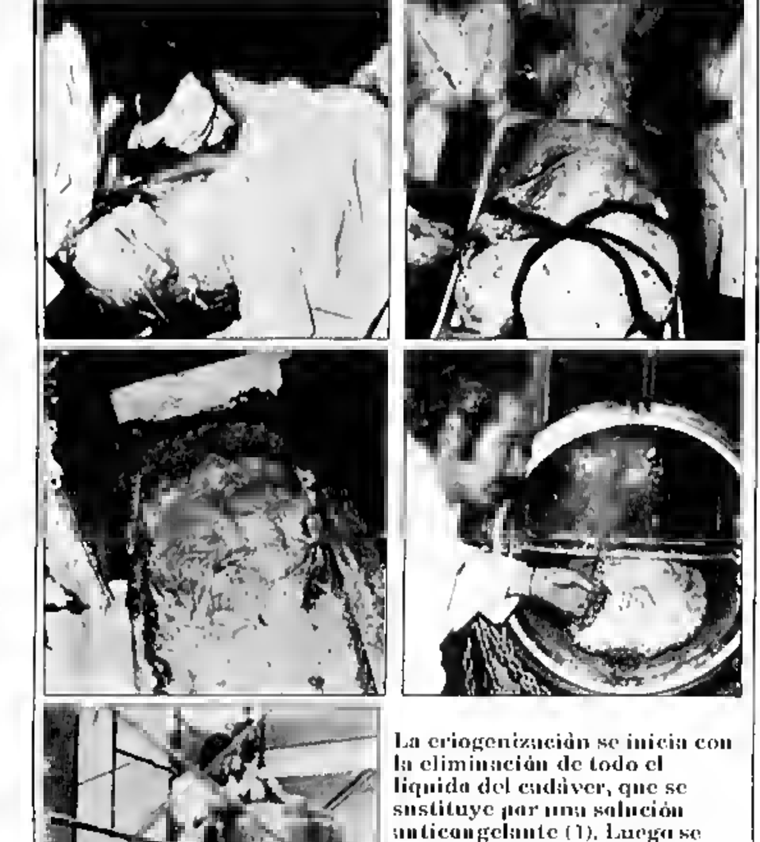
Una de las variantes de la hipotermia es la que recibe en la actualidad el nombre de criogenia, o ciencia de mantener congelados los cadáveres humanos en espera de una hipotética resurrección, una vez que la ciencia médica disponga de una técnica apropiada para curar el mal que los llevó a la muerte. La criogenia cobró un fuerte auge en algunos países, en especial en



Estados Unidos, al llegar a su fin la guerra. Mucha gente dispuso en su testamento un fondo cuyos intereses servirían, a su muerte, para mantener su cuerpo congelado, durante el tiempo que fuera preciso. Se inspiraron de inmediato algunas novelas fantásticas: Howard Fast escribió un relato sobre cierto magnate que murió de cáncer y pidió ser congelado para resucitar en el momento que se descubriera el remedio para curar su mal. Al llegar ese momento, los consejeros de la empresa decidieron aplazar indefinidamente esa resurrección porque en vida no fue querido por nadie.

Uno de los pioneros de esta curiosa manera de esperar el regreso a la vida fue el profesor Bedford, fallecido de cáncer pulmonar en enero de 1967, a la edad de 74 años. Poco antes de producirse el fatal desenlace había legado la suma de 200.000 dólares a una fundación que se ocuparía de conservar su cuerpo el tiempo que hiciera falta.

También apoyó la criogenia el multimillonario Howard Hughes, quien aportó en vida una importante suma a la Sociedad Criogénica de California. Figura de igual modo en la lista de candidatos a regresar a la vida el actor británico Peter Sellers, víctima de un infarto. Los dos hombres esperan, refrigerados a 196º bajo cero, el momento de regresar, uno a ganar más millones y a moverse ante las cámaras el otro. En la década de los 70, las sociedades criógenicas sufrieron muy serios

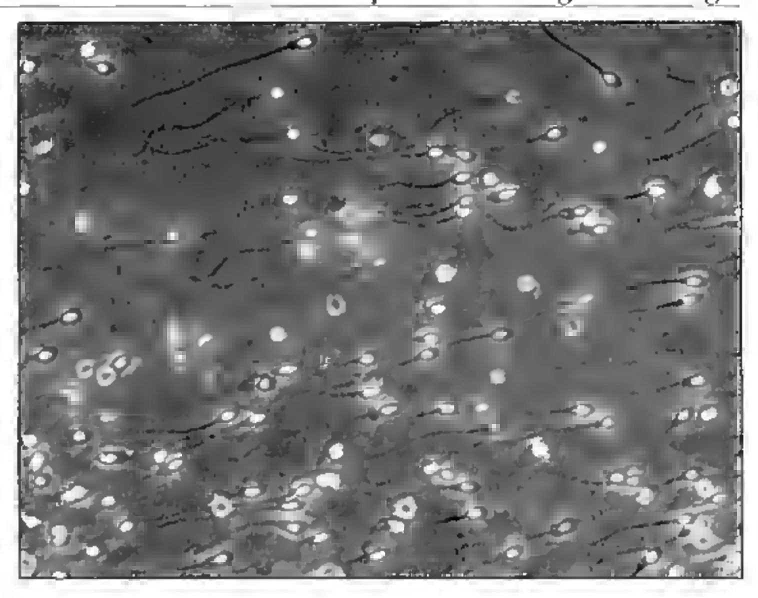


La criogenización se inicia con la eliminación de todo el líquido del cadáver, que se sustituye por una solución anticongelante (1). Luego se envuelve el cadáver (2) y se hace descender su temperatura muy por debajo de los 0 grados (3). Se introduce de inmediato en el criocar (4), cuyo aislamiento es absolutamente hermético, y éste se deposita en el almacén hasta el momento de la resurrección (5).

reveses y esta industria pasó por un momento crítico. Incluso estuvo a punto de desaparecer. Al principio, habían cobrado 80.000 dólares anuales por cada ser querido que escogió aún vivo la oportunidad de acogerse a tan maravillosas ventajas, pero los familiares suspendieron los pagos al cabo de unos años: las cuotas habían comenzado a crecer por culpa de la inflación y vieron que no se inventaba aún una fórmula milagrosa para devolver los difuntos a la vida. ¿Para qué seguir pagando, con tantos sacrificios, por algo que no se sabía si iba a resultar? Por otra parte, algunas empresas cerraron ante la amenaza de tener que pagar indemnizaciones cuantiosas a los familiares que se sentían defraudados porque no había sucedido la resurrección esperada.

Al dejar de recibir fondos, las empresas dedicadas a la criogenia mandaron cientos de cadáveres al panteón, para que allí les dieran sepultura. Derivó de estos actos una serie de problemas que condujo a la muerte a una industria antes floreciente. Nadie volvió a interesarse, durante algún tiempo , en preservar a los difuntos queridos de su temprana descomposición. Pero, como resultado de ciertos descubrimientos biológicos, que pudieran considerarse el tema principal de esta tercera parte del libro, la criogenia volvió a cobrar bríos, en la siguiente década, a pesar de que la industria criogénica nada podía garantizar; quedaba claramente expresado que el ser que falleció y había señalado en su testamento el deseo de ser congelado, debió saber antes que tal vez jamás despertaría de la forma que había previsto. Era un riesgo que debía correr.

Las empresas dedicadas antaño a este lucrativo negocio, temerosas de que se les fuera de las manos, tuvieron que aceptar ciertas condiciones. Se mostraron dispuestas a recibir únicamente la quinta parte de lo convenido y a cobrar el resto, con módicos intereses, el día que lograsen resucitar, a su entera satisfacción, al sujeto conservado en sus bóvedas a 196º bajo cero.



Espermatozoides aumentados 500 veces, en su rápida carrera hacia el óvulo. El hecho de poder congelar los espermatozoides, sean humanos o de sementales ovinos o bovinos, entre otros, ha hecho posible la fecundación artificial. Por desgracia, los óvulos perecen al ser congelados y quedan inhabilitados para la función. Pero es un inconveniente que muy pronto será resuelto.
En la página anterior arriba, Junkers y Stukas cruzaron cientos de veces el Canal de la Mancha, durante la II Guerra Mundial, pero no todos alcanzaron su objetivo. Los pilotos abatidos por el fuego antiaéreo británico sabían que caer a las frías aguas significaba la muerte. Los científicos de Hitler no lograron resolver este problema.

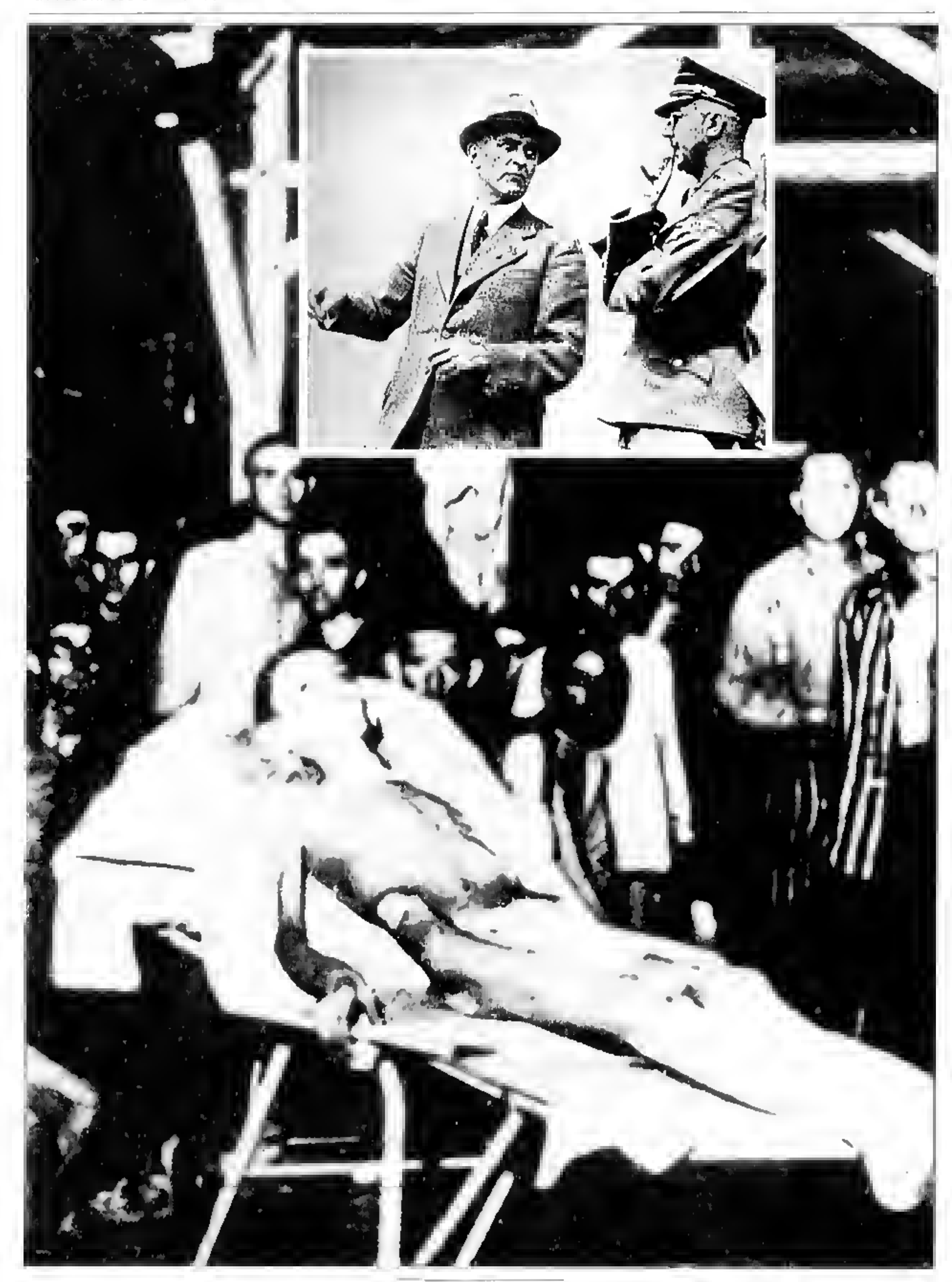
El frío puede ser amigo o enemigo

El tema del hombre que logró salvarse del frío había sido tratado, hace poco más de un siglo, por el escritor francés Edmond About en su novela corta *L'homme à l'oreille cassée*. Un coronel que había combatido en la campaña de Rusia sufrió un congelamiento en el sitio de Danzig. Despertó de su sueño años más tarde, gracias a un sabio alemán y regresó a París lleno de vigor a pesar de ser un viejo de acuerdo con su acta de nacimiento. Lo único que perdió durante el congelamiento fue una oreja.

No tuvo que esperar tanto tiempo para volver a la vida la joven Jean Hilliard. El 21 de diciembre de 1980 fue encontrada sin sentido, tendida sobre la nieve. Estaba helada. Su corazón latía a 12 pulsaciones por minuto. Podía decirse que le faltaba muy poco para morir. Por regla general, el frío intenso provoca la muerte si se carece de protección contra sus efectos o si se ve expuesto el organismo largo tiempo a su acción. La ciencia desconoce todavía cuáles son los alcances reales del frío, ni puede explicar lo sucedido en algunos casos.

Uno de estos casos fue protagonizado por esa Jean, que fue a abrir los ojos en el hospital sin haber recibido daños en el cerebro, lo que era inconcebible. La lógica exigía que estuviera muerta o con el cerebro irremediablemente dañado. Pero sólo había sufrido ligeros daños en la piel, que pudo ser arreglada con injertos. ¿Se trataba de una anomalía o abría la puerta a innovaciones en materia de hipotermia?

A cambio de esto, bueno será conocer ciertos trabajos sobre hipotermia



practicados en el campo de concentración de Dachau, en la Alemania nazi, por el Dr. Sigmund Rascher. En 1942 estaba realizando experimentos para ver si habría manera de salvar la vida a los pilotos alemanes que caían abatidos sobre el Canal de la Mancha cuando iban a bombardear la ciudad de Londres. Los aviadores no tenían más remedio que lanzarse en paracaídas, pero sólo conseguían retrasar el momento de su muerte.

La prolongada permanencia en las aguas siempre frías del Canal les resultaba fatal y, aunque lograsen ser rescatados por las lanchas de salvamento, no sobrevivían más de unas horas: habían permanecido en el mar mucho más tiempo del que cualquier organismo puede soportar. Morían de frío, a pesar de la ropa caliente, de las gruesas mantas de lana, del café caliente y del coñac que les obligaban a beber.

Fue entonces cuando Heinrich Himmler, el tenebroso jefe de la Gestapo, encomendó a Rascher buscar una solución al problema de mantener con vida a los pilotos. Al médico se le ocurrió realizar crueles experiencias con los detenidos de Dachau. Había tenido noticias de la solución utilizada por los pescadores bretones para reanimar a quienes se enfriaban en el mar por culpa de una tormenta. De regreso al puerto, medio muertos de frío, los acuestan de inmediato en compañía de una mujer, propia o ajena. ¿Era acaso el calor humano el que lograba la recuperación de los pescadores, además del acto sexual consecutivo?

Rascher obligaba a los prisioneros a introducirse en una tina de agua en la que flotaban enormes pedazos de hielo. En cuanto la temperatura del cuerpo descendía por debajo de los 30º, los mandaba salir y los conducía a un angosto catre donde les esperaba ya una prisionera. En casi todas las ocasiones, el pobre diablo moría sin que la mujer pudiera hacer nada por él, por mucho empeño que pusiera en revivirlo. Quedó finalmente comprobado que los baños con agua caliente era el mejor remedio para rescatar de la muerte a los aviadores alemanes.

La congelación de los organismos humanos parecía presentarse como un proceso irreversible. Se había visto ya lo que sucedía mientras permanecía sumergido, pero en el momento de salir y entrar en contacto con el aire helado, el sujeto moría al instante: se formaban infinidad de cristales en la sangre y en los tejidos.

Los detenidos en el macabro campo de concentración de Dachau sufrían, por orden del tenebroso Himmler, operaciones experimentales, como en el caso del joven judío ilustrado en la foto de la izquierda, o espantosas pruebas, como las realizadas para comprobar los límites de resistencia del ser humano cuando eran sumergidos por largo tiempo en aguas heladas. En todos los casos, las consecuencias eran fatales.

El médico de Dachau tal vez tenía noticias de los trabajos realizados en el siglo XIX por el biólogo ruso Lepzinsky: había logrado revivir animales prácticamente helados después de sumergirlos en agua a 10º. Una experiencia semejante, en la que no intervinieron seres humanos, iba a practicarse unos años después de llegar la guerra a su fin y de recibir ejemplar castigo sus criminales más destacados (del lado de los vencidos, naturalmente).

Durante la década de los 50, los yugoeslavos Giaja y Anjus lograron reanimar ratones que habían permanecido largo rato a 6º bajo cero. En 1959, el francés Louis Rey sumergió un corazón de pollo en nitrógeno líquido y logró darle nueva vida. Y en mayo de 1963, el biólogo soviético Losinalenski enfrió en helio líquido 20 orugas de mariposa, sin mostrar señales de haber sufrido daños en la prueba.

Sin embargo, y a pesar de los muchos tropiezos sufridos en las primeras pruebas, la técnica de conservación inspirada en el frío intenso ha terminado por imponerse, no sólo entre los animales sino también en los humanos. Ha triunfado, en especial, en una finalidad de enorme resonancia mundial: la reproducción de la especie.



SEMENTALES Y NIÑOS PROBETA

En este capítulo — que será de corta duración, para no correr el peligro de convertirlo en exageradamente científico y de aburrir al lector—, se dirán unas palabras sobre una técnica novedosa, aceptada en todo el mundo mientras fue practicada, exclusivamente, en los animales. Pero condujo más tarde a muy severas críticas, en especial de las autoridades eclesiásticas, desde el momento que comenzó a utilizarse, con éxito singular, en los seres humanos. Y fueron las mujeres estériles que lograron conocer la maternidad gracias a esta técnica quienes con mayor entusiasmo la recibieron.

No es ningún secreto para nadie la existencia de la técnica conocida como *inseminación artificial*, que consiste en conservar en recipientes especiales, a muy baja temperatura, el esperma de los sementales escogidos por sus cualidades. En el momento que los ganaderos juzgan más oportuno, ese esperma será introducido en las hembras, una vez descongelado, para producir crías de primera, por muy lejos que se encuentre la futura madre del lugar donde el semental produjo el esperma.

Ilustración histórica del primer niño probeta. El procedimiento de la inseminación artificial, tras practicarse en diversos animales, fue motivo de grandes controversias cuando se aplicó a seres humanos. De un lado se encuentran los detractores, las autoridades eclesiásticas, y de otra, las mujeres cuya incapacidad procreadora les impedía ser madres. Una cosa es cierta: los niños probeta no tienen diferencia alguna con los concebidos de forma más corriente.

Bastará con enviar por avión el recipiente conteniendo la preciosa sustancia hasta el lugar deseado. Esta técnica se ha venido utilizando con éxito en los últimos años, en especial con el ganado vacuno, pero se han hecho pruebas con otro tipo de ganado. Incluso se ha utilizado el esperma de gallo conservado a 190º bajo cero durante todo el año. Se pudo inseminar gallinas que produjeron polluelos normales.

Pero también con los seres humanos ha producido la inseminación artificial, con sus aplicaciones, resultados verdaderamente asombrosos.

No resulta difícil llevarla a la práctica

Cualquier médico, biólogo o veterinario con suficiente experiencia puede congelar esperma animal en nitrógeno líquido, para utilizarlo en el momento que desee llevar a cabo la fecundación de un óvulo perteneciente a una hembra de la misma especie. Se busca con ello una selección biológica que tienda a producir ejemplares mejor dotados para el fin que persigue el ganadero: carne y leche de óptima calidad en el ganado bovino, corceles más veloces y resistentes destinados a los hipódromos, ejemplares ovinos con lana más fina o cerdos más



resistentes a ciertas enfermedades. Pero esta técnica ha comenzado a ser aplicada también con singular éxito, durante los últimos 25 años, en los seres humanos.

La congelación de esperma, animal o humano, no resulta efectiva en todos los casos: es susceptible de provocar la muerte o la falta de movilidad en una tercera parte de los espermatozoos, pero el resto de ellos actuará con perfecta normalidad. Requisito indispensable será utilizarlos aún frescos, dentro de un plazo que no deberá superar en ciertos casos a varias docenas de años.

Es posible descongelar el esperma —también llamado semen o líquido espermático— en cuestión de minutos, y su aplicación en la inseminación, llamada artificial porque no interviene en ella directamente el macho, resulta sencilla. Se recoge por medio de un émbolo y se introduce en el útero seleccionado, dentro de los tres días que preceden a la ovulación. O se recurre a la fecundación en una probeta.

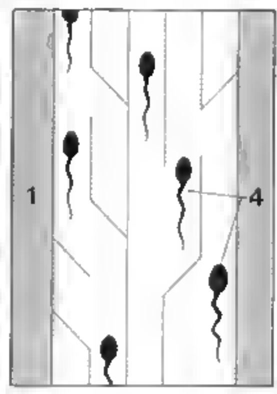
En los últimos años ha comenzado a utilizarse otra técnica, más avanzada y cercana al resultado que se busca: la de congelar los embriones, lo mismo de animales útiles al hombre que perteneciente al género humano. En este caso, la congelación de embriones comenzó a practicarse a partir del momento que tuvieron éxito las primeras fecundaciones *in vitro*, que no siempre obtuvieron el éxito deseado. Sin embargo, y a pesar de los fracasos iniciales, que fueron numerosos, se logró la primera fecundación *in vitro* en 1978, en Inglaterra.

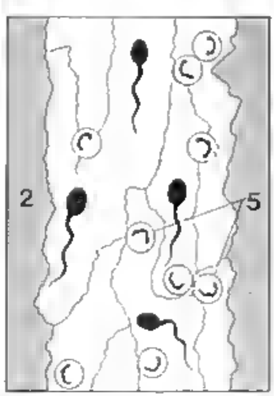
A partir de entonces, y a pesar de la fuerte oposición de carácter ético y religioso surgida en casi todo el mundo, suman más de 6.000 los bebés de probeta que nacieron sin problemas hasta fines de 1986. En algunos hospitales mejor preparados de Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña, Australia y la Unión Soviética, entre otros países donde no son tan fuertes los perjuicios de carácter moral, nace un bebé de probeta, como mínimo, cada semana.

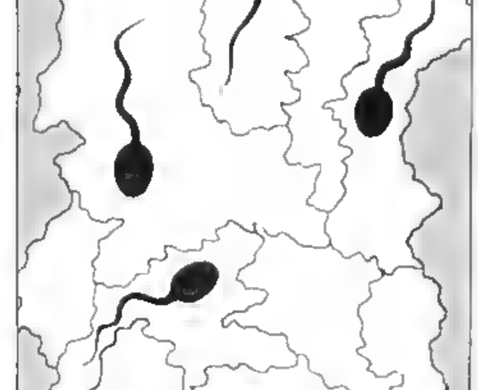
Congelar un embrión humano resulta una operación nada complicada, aunque parezca difícil de creer. El embrión puede conservarse durante cierto tiempo, sin dejar de desarrollarse, hasta que llega el momento de ser implantado en el útero materno escogido. Si el primer bebé *in vitro* nació en un hospital de Inglaterra, las primeras criaturas nacidas de embriones congelados vieron la primera luz en 1984: fueron una niña en Australia y un varón en Rotterdam, nacidos ambos en perfectas condiciones. En otros países se ha querido realizar esta operación con embriones congelados, pero las leyes locales han impedido a los hospitales llevar la operación hasta el fin. Puesto que habían establecido prohibiciones para trasplante de corazón, riñones y otros órganos, para finalmente autorizarlos, es de suponer que en unos años más dejen de mostrarse intransigentes con respecto a esta técnica de los embriones congelados.

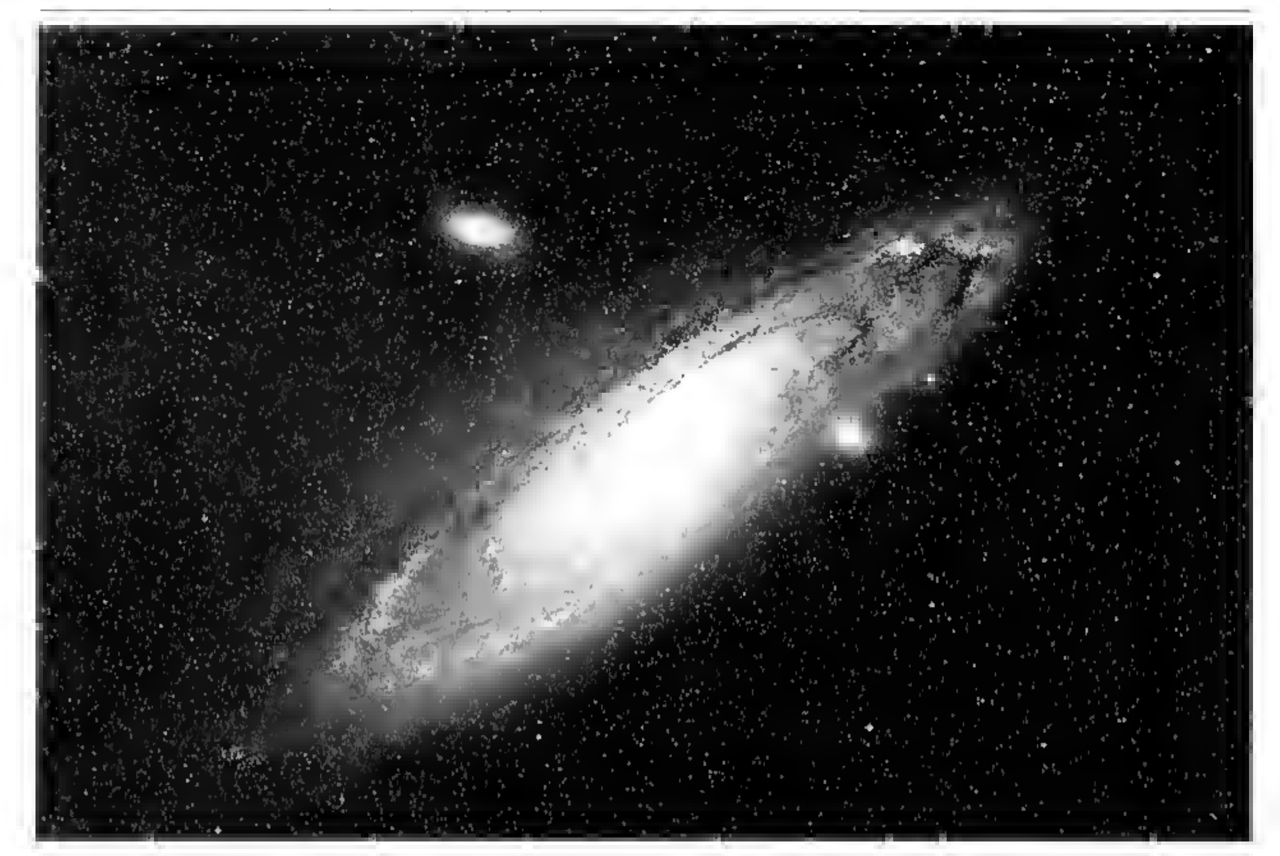
Se ha podido realizar la congelación de esperma y de embriones ya formados, pero la operación ha fracasado, hasta ahora, con los óvulos. La principal dificultad que aparece en el momento de congelar los óvulos reside en la formación de cristales al descender la temperatura hasta el límite exigido: el óvulo es una bola acuosa que puede sufrir daños irreparables. Pero es de suponer que la ciencia no tardará en superar este obstáculo.

Cuando la mujer es fértil, su flujo cervical es normal, como en la figura 1, y transporta con facilidad los espermatozoides (4); cuando es estéril, puede obedecer, entre varias causas, a una modificación de las vías de conducción producida por una infección, ilustrada en la figura 2, que combaten los glóbulos blancos (5), o un desequilibrio hormonal que, perturbando el flujo, destruye los espermatozoides, como muestra la figura 3.









Un ser venido de Andrómeda

La producción de embriones humanos que darían nacimiento a un nuevo ser había sido prevista ya en 1962, y no por un biólogo, sino por un prestigioso astrofísico británico, Fred Hoyle. En aquella década abundaron los científicos que, en sus ratos de ocio, escribieron novelas aparentemente fantásticas, en las que anticipaban lo que muy pronto sucedería.

Uno de ellos fue este Fred Hoyle, autor de una novela en la que aparece una nube negra que se aproxima peligrosamente al mundo. Otro fue Arthur C. Clarke. En una de sus novelas presentaba un satélite artificial, cuando nadie sabía aún nada de ellos, que giraba en torno a la Tierra a la misma velocidad de ésta en su movimiento de rotación. Es decir, que se mantenía siempre en el mismo sitio, sin avanzar ni retroceder. En esta idea original iban a inspirarse, años más tarde, el *Early Bird* —o pájaro madrugador— y la amplísima serie de satélites artificiales astronómicos, meteorológicos, bélicos, de comunicación y de televisión.

Astrónomos y científicos en general opinan que en la nebulosa de Andrómeda, distante varios años-luz de la Tierra, podría existir vida, aunque no sea semejante a la nuestra. El nuevo ser, que habría llegado a la Tierra por medios poco usuales, en la novela de Fred Hoyle, fue la respuesta a los muchos interrogantes surgidos a partir de la instalación de los primeros radiotelescopios. Sin embargo, el tema parece haber perdido interés, en vista de que los habitantes de Andrómeda se mostraron muy poco corteses y jamás contestaron a nuestros mensajes.

Otro científico aficionado a escribir este género de novelas fue el bioquímico Isaac Asimov, pero ninguno de ellos se compara con la tesis expuesta por Fred Hoyle en 1962 en su *A for Andromeda*, porque el tema desarrollado tenía mucho que ver con lo explicado en páginas anteriores. Un grupo de astrónomos que habían captado una extraña señal venida de Andrómeda, cayeron en la cuenta de que contenía un mensaje escrito en clave binaria.

Andrómeda es una constelación del hemisferio boreal, situada al sur de Casiopea. Es el cuerpo celeste lejano mejor perceptible a simple vista. El mensaje venido de Andrómeda fue descifrado por los científicos. Descubrieron en él algo increíble: proporcionaba instrucciones muy claras para producir un ser idéntico a los humanos, en cuya mente estaría contenido todo el saber del pueblo que habitaba el planeta de donde procedía el mensaje.

Se trataba de una invasión inverosímil, destinada a poblar nuestro planeta con individuos fabricados aquí, pero dueños de una inteligencia ajena a la Tierra. La prueba resultó todo un éxito, pero sucedió con la joven formada a



Como éste debió ser el mamut que hallaron congelado, a comienzos del presente siglo, en los hielos siberianos cercanos al río Beresovka. Con sus restos quisieron realizar, en fecha reciente, curiosas experiencias algunos biólogos soviéticos. Pensaron reconstruirlo partiendo de una célula para darle nueva vida. Pero no resultó.

partir de la nada algo inverosímil: en el planeta de donde llegó el mensaje nadie sabía nadar. Todo terminó para la joven, y para la proyectada invasión extraterrestre, el día que cayó al agua por accidente y murió ahogada.

EL ADN Y EL REGRESO A LA VIDA

En 1951, la bióloga soviética Olga Lepichinskaya afirmaba — en contra del parecer de muchos colegas que la consideraban una farsante — que las células de cualquier organismo están en posibilidad, teóricamente, de reconstruirse en caso de sufrir un accidente que medio las destruya. Poco más tarde, el Dr. Elof Carlsson, de la universidad de California en Los Angeles, añadiría que, también en teoría, sería posible devolver la vida a una momia o a un ser cualquiera, por muchos que fueran los años o siglos que llevasen muertos. Fueron mirados ambos científicos con profundo desprecio. Pero, antes de que transcurriera un cuarto de siglo hubo que reconocer que, después de todo, aquellos pioneros no anduvieron tan desacertados.

Las pruebas realizadas con mamuts

Los primeros ensayos para resucitar un animal muerto desde hacía varios miles de años tuvieron lugar en 1979. Los profesores B. N. Veprintsev y N. N. Roth, del Instituto de Fisiobiología de Puschkino, en la Unión Soviética, sorprendieron al mundo científico al anunciar lo que proyectaban hacer. Tenían intenciones de reconstruir algunos mamuts congelados, hallados en Siberia. Y lo harían partiendo de la molécula de ADN —iniciales del ácido desoxirribonucleico— tomada de uno de los mamuts. La intención era buena, pero no resultó.

En marzo del siguiente año tocó el turno de realizar un nuevo intento a miembros de la Academia de Ciencias de Moscú: crear ejemplares vivos de mamut a partir de ejemplares congelados. Tampoco resultó el experimento. Se dijo que fue por una razón muy sencilla: el mamut está más emparentado

con el elefante asiático que con el africano con cuya ayuda se había llevado a cabo la prueba.

En la ciudad de Leningrado, el equipo del Dr. Viktor Mikhelson intentaba, en 1985, resucitar el método utilizado cinco años antes con algunos mamuts hallados en Siberia, completamente congelados. Emplearían la misma técnica sugerida para los mamuts anteriores y para las momias (que se verá sin mucho tardar): consistía en extraer una célula cualquiera del mamut, eliminar su núcleo, e injertarla en un óvulo desprovisto de núcleo de una elefanta, esta vez asiática. La operación debería ser seguida por la reimplantación del óvulo, ya fecundado, en el útero de esa elefanta actual. Al cabo del tiempo requerido, pariría ésta un pequeño mamut exactamente igual al antepasado congelado.

Otra técnica que se pensaba utilizar era seleccionar, entre los mamuts congelados, uno macho y otro hembra, recoger sus elementos sexuales y fecundar el femenino, por el mismo sistema de los bebés probeta. Se ignora si resultó la prueba, pero es de suponer que terminó también en fracaso, porque los periódicos nada dijeron nunca a este respecto.

También terminó en fracaso la primera experiencia realizada en este sentido, en 1980, en la universidad de California en Berkeley, cuando se quiso recrear un género de cebra desaparecido en África en 1883. Era la llamada «cuaga», o *Equus quagga*. Los biólogos partieron de un fragmento de músculo de una cuaga expuesta en el Museo de Historia Natural de Maguncia, en Alemania. Se descubrió que su ADN seguía funcionando. Era un paso importante. Pero los siguientes pasos no condujeron a nada positivo. Faltaba algún detalle, se ignoraba cuál, que impedía tener éxito en esta clase de experiencias maravillosas.

En teoría, cuando los cromosomas de dos seres son compatibles — como debía ser el caso del mamut y de la elefanta africana—, resulta imposible crear un nuevo ser partiendo del macho de una especie y de la hembra de la otra especie, aunque sean afines. Por ejemplo, la mula, ser híbrido obtenido del cruce de un asno y de una yegua, no puede tener descendencia. Es un animal infecundo. Sin embargo, la ciencia ha intervenido en ciertas ocasiones, en los últimos años, para obtener éxitos notables en este sentido.

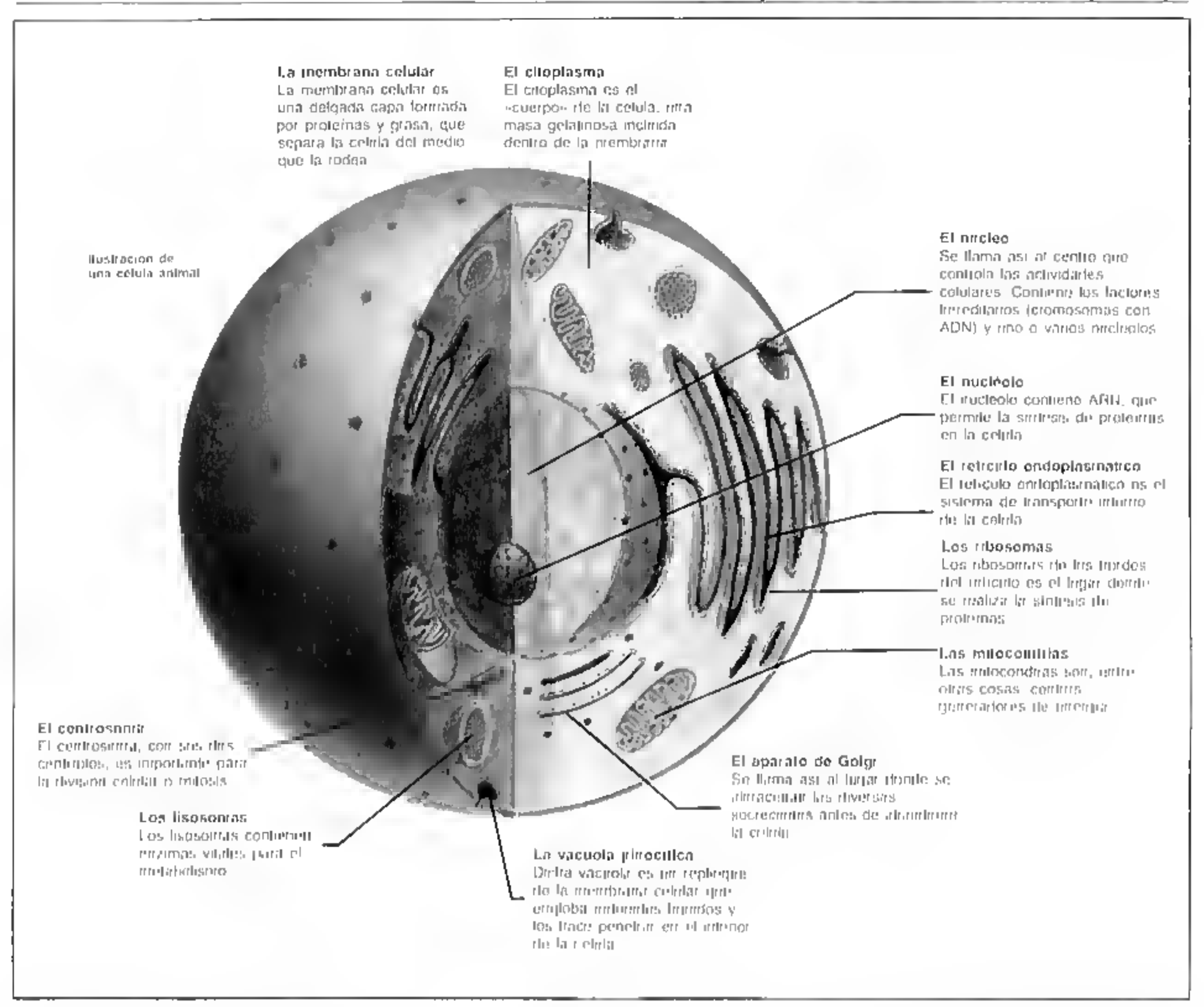
Así, mediante un riguroso control cromosómico, biólogos de la universidad de California en San Diego lograron que pariera una mula. Había sido cubierta por el asno Chester, que era su propio padre, y después de un embarazo normal vino a resultar una auténtica mula a la que se dio el nombre de Blue Moon. Esto significa que, por medios artificiales, es posible corregir las deficiencias que la naturaleza impone a ciertos animales (y también a los seres humanos): la mula tiene 63 cromosomas, mientras los caballos tienen 64 y los asnos 62. Sólo si un ser cualquiera posee un número par de cromosomas puede reproducirse.

Poco más tarde, en 1981, se logró que una vaca Holstein pariera un toro asiático, gracias a una técnica que consistía en implantar un embrión asiático en el útero de la vaca. Gracias a esta técnica será posible, en el futuro, salvar a las especies amenazadas de extinción. En tales casos, la madre adoptiva influirá, además del medio ambiente, en el comportamiento del nuevo ser. Pero en estos casos se trata de seres que viven en la actualidad. Falta por resolver el problema con los que dejaron de existir hace siglos o milenios.

También la longevidad podría ser alcanzada pronto, gracias al ADN. En abril de 1982, el Dr. Roy Walford, inmunólogo de la Facultad de Medicina de la universidad de California en Los Angeles, declaró que antes de terminar el siglo se habrá descubierto la verdadera fuente de la juventud. Dijo que había identificado parte de un gen que controla la habilidad de las células para repararse a sí mismas cuando sufren un accidente y prolongar su existencia. Añadió que podrá obtenerse en el futuro una vacuna que sirva para estimular el ADN de cualquier célula en este sentido.

Una prueba con la momia del príncipe

El Museo de Antigüedades de Berlín posee una valiosa colección de momias egipcias que logró sobrevivir a los estragos de la guerra. Una de ellas parece haber pertenecido a un príncipe con-



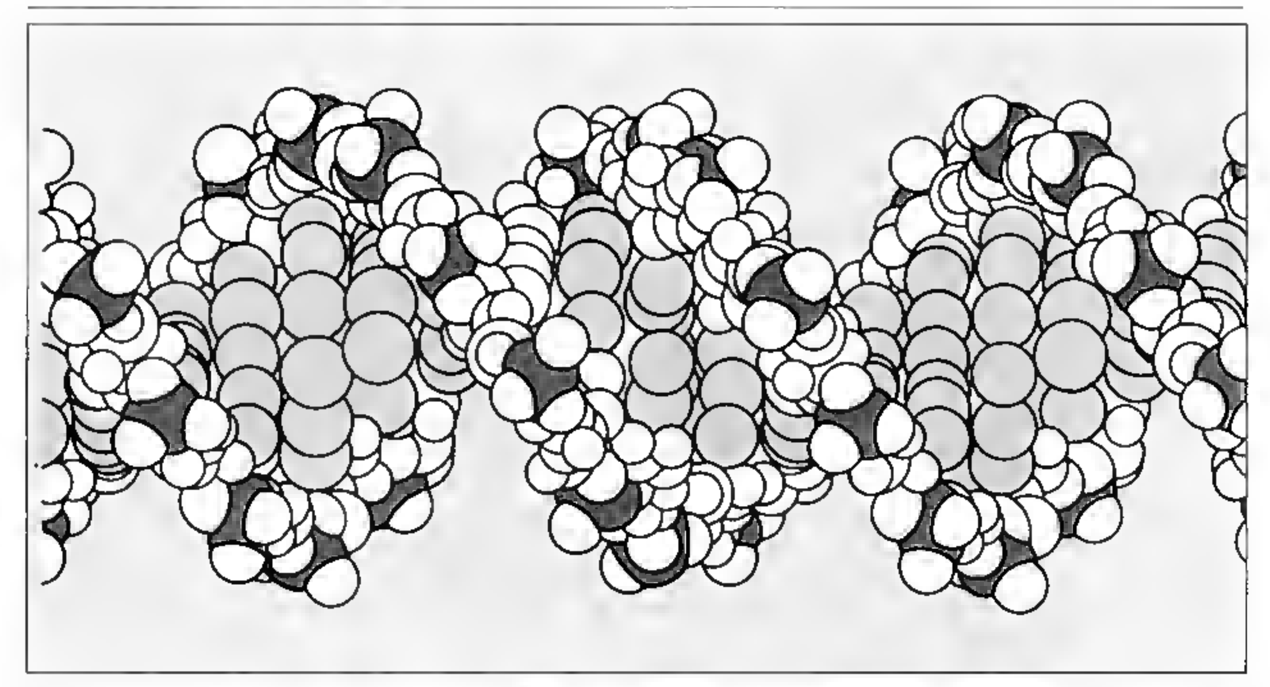
temporáneo del faraón Ptolomeo I (360-283 a.C.), pero más seguro de Amasis (568-525 a.C.), penúltimo faraón de la XXVI dinastía. Es decir, que el príncipe tenía no menos de 24 siglos de haber fallecido, lo que sucedió cuando no cumplía aún su primer cumpleaños.

En 1985, el Museo envió diversas momias al laboratorio de biología celular de la universidad de Upsala, en Suecia, para ser restauradas. Entre las momias escogidas se encontraba la del príncipe muerto a tan temprana edad. La pequeña momia contenía algo extraordinario: su piel parecía mantener todavía un soplo de vida. El ADN retirado de las células de su epidermis fue injertado en una bacteria y volvió a funcionar. Si la vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte, puede decirse que la momia del principito presentaba aún algunas señales de vida.

La célula, la unidad básica de toda materia viva, encierra en su diminuto núcleo la molécula de ácido dexorribonucleico (ADN), que contiene toda la información genética. La técnica increíble del trasplante de genes de una célula a otra mediante la manipulación del ADN abre las puertas para la realización de operaciones que nadie, ni siquiera los científicos de vanguardia, hubiera podido imaginar hace apenas un cuarto de siglo.

Los biólogos de Upsala realizaron la operación con el ADN extraído de las células cutáneas de la pantorrilla izquierda del príncipe. Las células estaban incompletas, por desgracia. La más larga representaba apenas el 0,5% de un ADN completo. Y las otras se habían ido degradando al paso de los años. Los científicos cortaron en fragmentos la molécula, con la ayuda de una enzima de restricción, e injertaron cada uno en una bacteria muy utilizada en las experiencias de genética, la *Escherichia coli*. La bacteria siguió dividiéndose normalmente, produciendo copias exactas de la molécula ensayada. A pesar de encontrarse el ADN en malas condiciones, la operación había resultado un éxito.

No era la primera vez que se realizaba una operación similar con un ser humano. El Dr. Landrum Shettles había intentado, en 1978, hacer la prueba,



Esta foto muestra un detalle de un modelo, elaborado con bolas, de la estructura del ácido desoxirribonucleico, o ADN, que contiene, en lenguaje codificado, el patrimonio genético de cada uno de nosotros. Curiosamente, su forma alargada y helicoidal se asemeja al caduceo ideado por Imhotep.

pero no con una momia, sino con el núcleo de una célula perteneciente a un contemporáneo suyo. Injertó la célula de este individuo en el óvulo especialmente preparado, desprovisto de su núcleo, propiedad de una dama amable cuyo nombre no se dio a conocer. El embrión obtenido fue colocado en una probeta y se dividió y subdividió varias veces, hasta que se detuvo su desarrollo, sin razón aparente. Todo había salido como se esperaba, menos el resultado. Debió fallar el motor que alentaría la segmentación.

En realidad, la operación deberá alcanzar éxito un dia, para que resulte un nuevo ser idéntico al difunto. Como su hermano gemelo. Es lo que sucedía en la novela de Ira Levin *Los niños del Brasil*, donde un médico nazi refugiado en la selva amazónica lograba producir niños idénticos a Adolfo Hitler, de quien había tenido tiempo de retirar algunas moléculas de ADN antes de abandonar la Alemania derrotada.

En qué consiste el maravilloso ADN

El ADN es una molécula de forma alargada y helicoidal —semejante al caduceo ideado por Imhotep—, presente en el núcleo de las células. Resulta difícil de identificar en condiciones normales, porque se mantiene replegada, pero se extiende y se escinde en cromosomas portadores de los factores genéticos en el momento de operarse la división celular.

Viene a ser una especie de cinta magnética que porta, en un lenguaje cifrado, el patrimonio genético entero de cada individuo. Sus características personales vienen determinadas por un *gen*, o porción minúscula de la molécula de ADN. Cada una de tales moléculas de ADN cuenta con medio millón de genes, aproximadamente, dispuestos a lo largo de la misma. A su vez, cada gene está formado por cientos o miles de unidades llamadas *nucleótidos*, dispuestos en cierto orden, y cada uno de ellos contiene una de las 4 bases siguientes:

a) la adenina
b) la citosina
c) la guanina
d) la timina

Estas bases constituyen las 4 letras fundamentales del alfabeto genético y el orden en que van dispuestas en el interior de cada gen determina el mensaje codificado por ese gen. El mensaje es descifrado por la máquina celular y convertido en una proteina especifica. A cada gen le corresponde, en consecuencia, un tipo especial de proteina cuya composición va de acuerdo con la disposición adoptada por las 4 bases. Es a partir de este proceso que se forman los diferentes tejidos del organismo: desde el corazón, los músculos y los ojos hasta los nervios,

los cabellos y las uñas. El conocimiento y dominio creciente del ADN están conduciendo a resultados increíbles en la terapéutica genética. Una de sus aplicaciones es sustituir los genes defectuosos de una célula por otros idénticos, pero corregidos, con el fin de establecer la normalidad de esa célula, que antes dejaba mucho que desear.

Objeciones de tipo moral a esta ciencia

El Dr. Leroy Walters, director del Centro de Ética Biológica del Instituto Kennedy, decía en abril de 1986 que, hasta seis años antes, lo único que había podido hacerse con los pacientes que sufrían males genéticos había sido hacerles menos penoso su fin inevitable. En ninguna ocasión había salvación para los males debidos a malformaciones hereditarias de los genes causados por un accidente producido en el momento de la concepción.

En 1980 había surgido una nueva terapia, basada en la posibilidad de sustituir los genes dañados por otros sanos. Era la única manera de salvar vidas condenadas a la muerte, en especial de niños de corta edad.

Coincidiendo casi con la declaración del Dr. Walters, se presentó en Wisconsin el caso de una niña de seis años nacida sin protección contra las infecciones. Le había sucedido lo mismo a David, muerto el año anterior en la ciudad de Houston a la edad de doce años, cuando fue sacado de su recinto esterilizado para someterlo a un trasplante de médula ósea. La médula es el tejido esponjoso que ocupa los espacios en los huesos grandes del cuerpo. Es la fábrica que se encarga de generar las células sanguíneas que luchan contra los virus y las bacterias que amenazan la salud.

A la niña de Wisconsin se le pudo practicar el trasplante, utilizando células de una persona sana, en abril de 1985. En agosto del mismo año se le hizo un segundo trasplante que no arraigó, a pesar de que estas operaciones deben resultar exitosas cuando las células pertenezcan a un donante idéntico al paciente. Es bien sabido que los trasplantes de corazón, riñones y otros órganos son rechazados por el organismo cuando no existe compatibilidad entre el paciente receptor y el donante.

A partir de 1980, y gracias a los trasplantes de órganos, pueden salvarse vidas que, anteriormente, estaban condenadas a morir.

La niña de Wisconsin había nacido, como David, faltando en su organismo la enzima ADA —*adenosina deaminasa*—, encargada de fortalecer las defensas contra cualquier sustancia tóxica susceptible de anular la acción defensiva de los leucocitos, o células blancas. Los científicos habían descubierto que la ausencia de la



ADA era causada por una anomalía observada en un gen específico. Las células tratadas y modificadas, llamadas *clones* en el lenguaje médico, portadoras del gen sano, eran injertadas en el paciente o inyectadas en una vena para que fueran a recolonizar la médula ósea. Pero lo malo de aquellas pruebas fue que, en lugar de recibir la aprobación de todo el mundo, tropezaron con una fuerte oposición por parte de un sector reducido de la población, pequeño pero muy poderoso y capaz de lanzar gritos atronadores de protesta e indignación.

En julio de 1983 se presentó en Estados Unidos una declaración de 7 puntos exigiendo la prohibición de realizar experiencias genéticas susceptibles de modificar las características humanas, que pudieran ser adquiridas por el organismo y pasar a la siguiente generación. Estuvieron de acuerdo en firmar la declaración diversos miembros de las Iglesias luterana, episcopal, metodista e incluso la católica, además de varios rabinos.

J. Robert Nelson, profesor de teología en la universidad de Boston y uno de los firmantes, dijo en apoyo de su posición que «la ciencia está amenazando con tratar a los seres humanos como si fueran animales, haciendo caso omiso de su dignidad». Fue tan grande la oposición que el presidente James Carter se vio obligado a intervenir, en 1980. Nombró una comisión que abordaría el estudio de la ética biomédica en todo lo relativo a lo que se dio en llamar, desde entonces, *ingeniería genética*. Pero no se prohibió la práctica de esta nueva ciencia, a pesar de que mucha gente la contempló con enormes reservas.

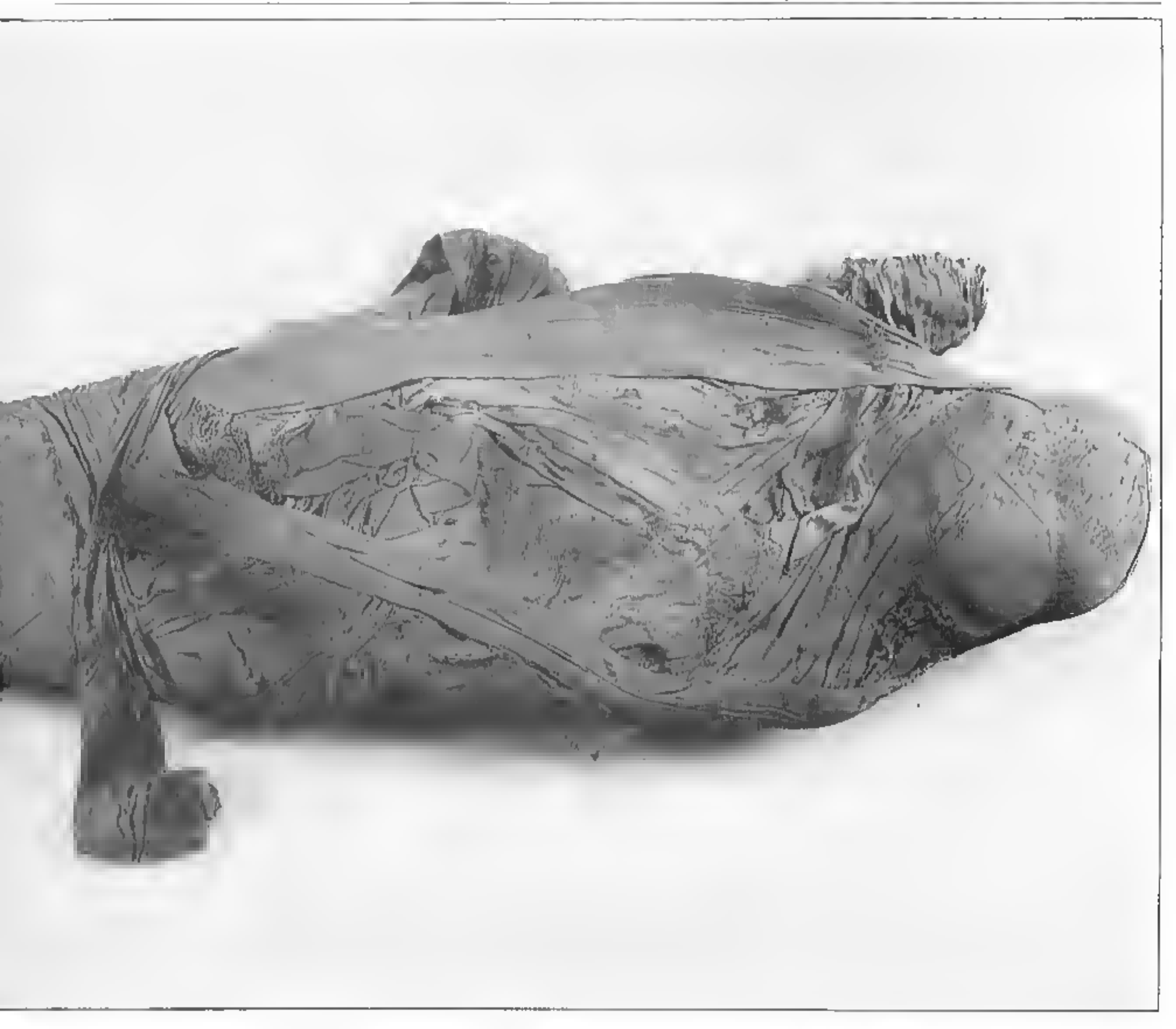


¿Es posible resucitar a los muertos?

Cada millón de años se modifican las moléculas ADN en tan sólo 0,4%, por pérdida de ciertos elementos o por serles añadidos elementos extraños, o por el cambio de orden de sus cuatro bases. Gracias al estudio de los cromosomas humanos y de los grandes simios —gorilas, chimpancés y orangutanes—, los biólogos han podido determinar que la separación de ambos géneros sucedió hace unos 5 millones de años.

Resucitar una momia de 2.500 años, como la del principito egipcio, no sería de gran utilidad para nadie, desde el punto de vista de la evolución, porque resultaría un niño prácticamente igual a cualquier niño contemporáneo (pero sin saber nada de programas de televisión, automóviles, vuelos espaciales y fútbol, suficiente para volverse loco). Sería más interesante hacerlo con un sujeto de la edad de las cavernas. Sin embargo, la experiencia con la momia del príncipe sería sumamente instructiva desde el punto de vista social e histórico, y más aún sentimental.

¿Puede suponerse que en un futuro no muy lejano, cuando se haya ideado y practicado una técnica perfecta, será posible resucitar, gracias a la interven-



Tal vez sea posible, en un futuro nada lejano, extraer una célula del cuerpo de este niño egipcio, de nombre Nesitiset, muerto hace miles de años, e injertarla en una célula viva actual para formar un nuevo ser idéntico al que dejó de existir.

ción del ADN, a quien falleció en el pasado y cuyo cuerpo se conserve en regulares condiciones? Bastará, para lograr éxito en la prueba, atenerse a una técnica que, por el momento, se encuentra aún en pañales. Pero también la técnica de los niños de probeta y la de los embriones congelados pasó por una previa etapa de estudio, con los consiguientes tropiezos y la incredulidad de la gente, incluso de los científicos. Sin embargo, se practica ya con éxito en muchos países.

Cuando logre perfeccionarse esta técnica y pueda aplicarse sin temor a sufrir fracaso, ¿nacerán los nuevos seres con una mente idéntica a la de aquel de quien derivarán, tal como había sido en vida? ¿Aportará la madre diversos cambios en su estructura genética? Los biólogos que realizan investigaciones y experimentos en este sentido no saben contestar aún, a estas preguntas.

Lo malo de las momias egipcias, dicen, es que al ser embalsamadas por los sacerdotes, vaciaban éstos el cuerpo del difunto de todas las vísceras, más propensas a descomponerse. Solamente dejaban en el cuerpo el corazón y los riñones, por alguna razón que nada más ellos sabían. Extraían el cerebro, por medio de un gancho, a través de los dos orificios de la nariz, para no perjudicar el rostro. Practicaban una incisión en el vientre para extraer los intestinos, el hígado y el páncreas. Despojaban también al muerto de sus órganos sexuales. Y es bien sabido que sin ellos resulta imposible reproducirse la vida.

No parece haber sucedido esto con los dos personajes chinos mencionados en el primer capítulo. Gracias a la excelente conservación de la princesa y del funcionario de la corte y de sus vísceras, se pudo obtener muestras de su sangre y determinar a qué grupo sanguíneo pertenecían. Los científicos chinos que estudiaron ambos cuerpos pensaron en la posibilidad de obtener, *in vitro*, un hijo de la pareja, puesto que conservan sus órganos sexuales en buenas condiciones, con su correspondiente ADN.

Por supuesto que el embrión que naciera del cruce entre la princesa y el funcionario debería injertarse en una mujer contemporánea que se prestara a ser madre del nuevo ser. Sin embargo, existen dudas en cuanto a que pueda resultar un embrión de la pareja: los espermatozoos del funcionario deben andar mal de movilidad, en opinión de los científicos. No serían capaces de fecundar por sí solos el óvulo de la princesa. Pero se les podría dar una pequeña ayudita.

Sólo recurriendo al ADN de las células sexuales será posible realizar con éxito la experiencia: el Dr. Svante Raabo, de la universidad de Upsala, demostró con la momia del príncipe que el ADN puede ser reactivado mucho tiempo después de morir un ser humano. Pero no supo afirmar si el ADN reactivado podría dar el ser a un nuevo individuo idéntico al padre.

Aparte del aspecto científico, insólito y sentimental —¿no sería fabuloso tener una aventura romántica con una hija de la princesa china?—, estas momias, que conservarían la memoria de lo que vieron e hicieron sus padres, aportarían útiles conocimientos a la ciencia moderna: dirían mucho acerca de las antiguas costumbres, de los soberanos que gobernaron, de los personajes más destacados, de las migraciones de hace miles de años, de la religión y de tantas otras cosas.

En este esquema se describe la constitución química del ADN: A = adenina; C = citosina; D = desoxirribosa; F = ácido fosfórico; G = guanina; P = base púrica; P' = base pirimidínica; T = timina.

SORPRESAS QUE DEPARA EL MUNDO

RUIDOS DEL CIELO Y DE LA TIERRA

Los sin duda millones de espectadores que se divirtieron viendo en las pantallas de cine la película *Encuentros cercanos del tercer tipo* —y que volvieron a ver mucho más tarde en los televisores—, ignoraban tal vez que el episodio sucedido en la India se basaba en hechos reales. Tiene aún lugar cerca de Barisal, población situada unos 120 kilómetros al noreste de Calcuta, en la desembocadura del venerable río Ganges. Y el fenómeno se ha venido produciendo desde hace tiempos inmemoriales.

Basta esperar unos minutos, o unos cuantos días como máximo, para que se estremezca de repente el cielo con una serie de cañonazos. Son detonaciones que recuerdan a una salva de artillería. Son ensordecedoras e imposibles de localizar y si alguien intentó hacerlo, recorriendo la región, sólo fracasos obtuvo. Cuando la India era aún posesión británica, los oficiales que estaban de guarnición en esta Barisal hacían apuestas para ver en qué momento sonarían los truenos. Observaron que el intervalo entre las salvas era siempre igual, pero que cambiaba de un día para otro.

Nadie supo dar una explicación lógica para el fenómeno. Dijeron algunos científicos que era cosa del mar, o tal vez del viento. Ninguno de ellos se enteró de que los mismos truenos han sido observados en otros puntos del planeta y en fechas diferentes.

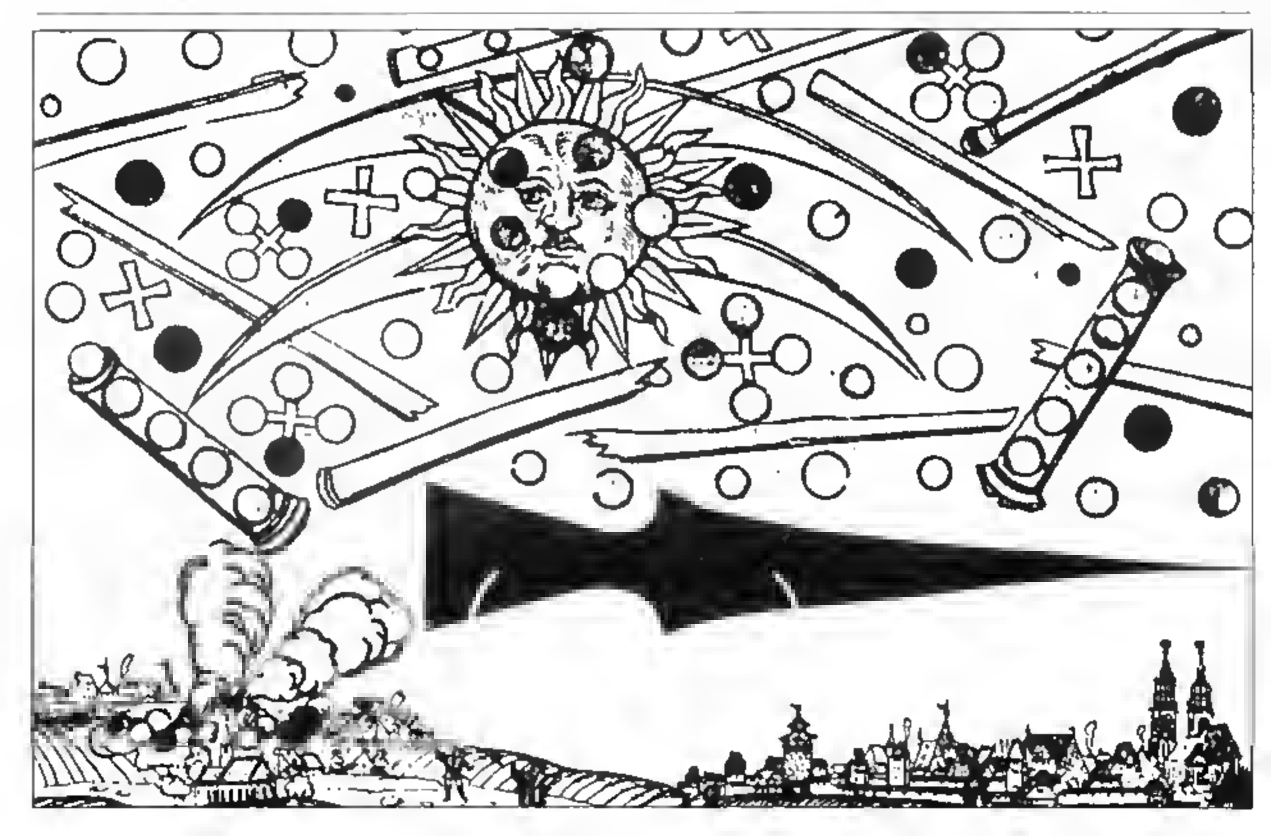
Los habían observado ya en Inglaterra

En enero de 1869 se dejaron oír unas espantosas detonaciones en la localidad de Harlton, cerca de Cambridge, en Inglaterra, y los mismos truenos se repitieron, a pesar de ser un día sin nubes, en la región de Colchester. Tampoco hubo maniobras militares ni explotaron barrenos en una mina que pudieran explicar los extraños truenos. Quince años más tarde, un ligero temblor sacudió a esa región inglesa. ¿Podía pensarse en una relación entre este seísmo y las detonaciones?

El capitán W. Deuchars, que navegaba el 30 de julio de 1883 entre Inglaterra y las costas de Noruega, observó algo muy peculiar, que se apresuró a anotar en su cuaderno de bitácora: «Seis espantosos truenos, o acaso cañonazos, al oeste, con buen tiempo y ningún barco en los parajes.» En el curso de los años 1892 y 1893, se dejaron oír ruidos semejantes en la región costera de Inglaterra y en el norte de Francia. Y en Bélgica, el Dr. Raemakers, vecino de Amberes, informaría a los periódicos que escuchó varias detonaciones, espaciadas 12 segundos unas de otras, hasta un total de 20.

El 5 de agosto de 1893, el profesor Gérard, de Bruselas, anotó otras cuatro detonaciones cerca de Dunkerque, en la costa. Es decir, enfrente de Inglaterra. No logró averiguar de qué manera se producían los cañonazos, pero sí pudo afirmar que parecían proceder del mar. El siguiente año observó otra serie de explosiones desde el puerto belga de Ostende donde se encontraba. Escribió entonces que «el cielo despejado no permite creer que pueda tratarse de fenómenos meteorológicos».

El señor Van den Broek, vecino de Lovaina, escuchó el 25 de junio del siguiente año otra serie de explosiones misteriosas en pleno cielo, que se sucedieron a intervalos regulares. ¿Qué sucedía en las altas capas de la atmósfera? ¿Quién producía los extraños ruidos, que parecían limitarse a un área tan reducida? No volvió a oírse



ruido en los siguientes 10 años, hasta el mes de noviembre de 1905, cuando el *Times* londinense informó sobre los cañonazos inexplicables que se escucharon en la zona portuaria de Portsmouth. Al ser consultadas las autoridades, se mostraron categóricas: en aquellos días no hubo maniobras de artillería en el mar ni en tierra firme.

Sobre aquellos ruidos ningún dato se obtuvo en aquellos días. Solamente se llegó a una conclusión: que sucedían con tiempo claro y el cielo despejado, sin que hubiera cerca cañones . Y era también interesante anotar que tenían lugar muy cerca del mar.

Algo debió suceder en el cielo, en los viejos tiempos, para que se hiciera de los diversos fenómenos observados todo género de dibujos. Sirvieron para ilustrar los libros más estrambóticos y para confirmar nuestra idea de que el mundo ha sido desde siempre escenario de las cosas más inimaginables.

Otros ruidos venidos del cielo

Olvidemos un instante los truenos y cañonazos aparentemente celestiales para ofrecer al lector otro tipo de ruidos, escuchados unos en el pueblecito de Ansacq, 50 kilómetros al norte de París, hace más de dos siglos y medio, y los otros en un lugar del estado de Nuevo México, hace poco más de un siglo.

Lo sucedido la noche del 27 de enero de 1730 en Ansacq obligó al padre Treuillot, cura del pueblo sumamente escéptico en todo lo que no fuera la adoración de Dios, a enviar un informe sumamente detallado al *Mercure de France*, que lo publicó en diciembre del mismo año. Decía el santo varón que varios personajes honorables de la comunidad habían oído aquella noche algo así como un gentío prodigioso formado por voces de diversos tonos, edades y sexos, que hablaban y gritaban al mismo tiempo allá en lo alto, sin que nadie pudiera distinguir si eran palabras lo que articulaban.

Entre los personajes honorables de la comunidad se encontraban Charles Descouleurs y su hermano François, que habían salido aquella noche rumbo a París. Decían que a esa hora viajaban más a gusto. Hablaban de los negocios que harían en la capital cuando fueron interrumpidos por un rumor terrible, a veinte pasos, y desde el fondo del barranco pareció contestar a lo que parecían voces. Poco después sonaron otras voces, que parecían articular una jerga incomprensible para los dos hermanos. Pero estaban seguros de que las proferían ancianos, hombres jóvenes y niños, y dominándolas se oía una música extraña.

Algunos ruidos venían del suelo y otros de muy arriba. No podían confun-



La hermosa ciudad de San Francisco, construida sobre la amenazadora falla de San Andrés, ha sido teatro de ruidos atronadores, en muchas ocasiones, que nadie sabe con certeza qué misterioso poder los produce. Sin embargo, se tiene la creencia de que los movimientos sucedidos en las capas subterráneas pudieran ser los culpables.

dirse con los graznidos de los gansos y los gritos de otros animales, y eran tan fuertes que los hermanos apenas podían hablarse uno al otro. Todo terminó con estallidos de risas, como si medio millar de personas se hubiesen echado a reír al mismo tiempo. Naturalmente, los hermanos regresaron corriendo al pueblo, una vez que lograron superar el terror que les había invadido, para dar a conocer lo sucedido. Lo primero que hicieron las autoridades fue olerles el aliento.

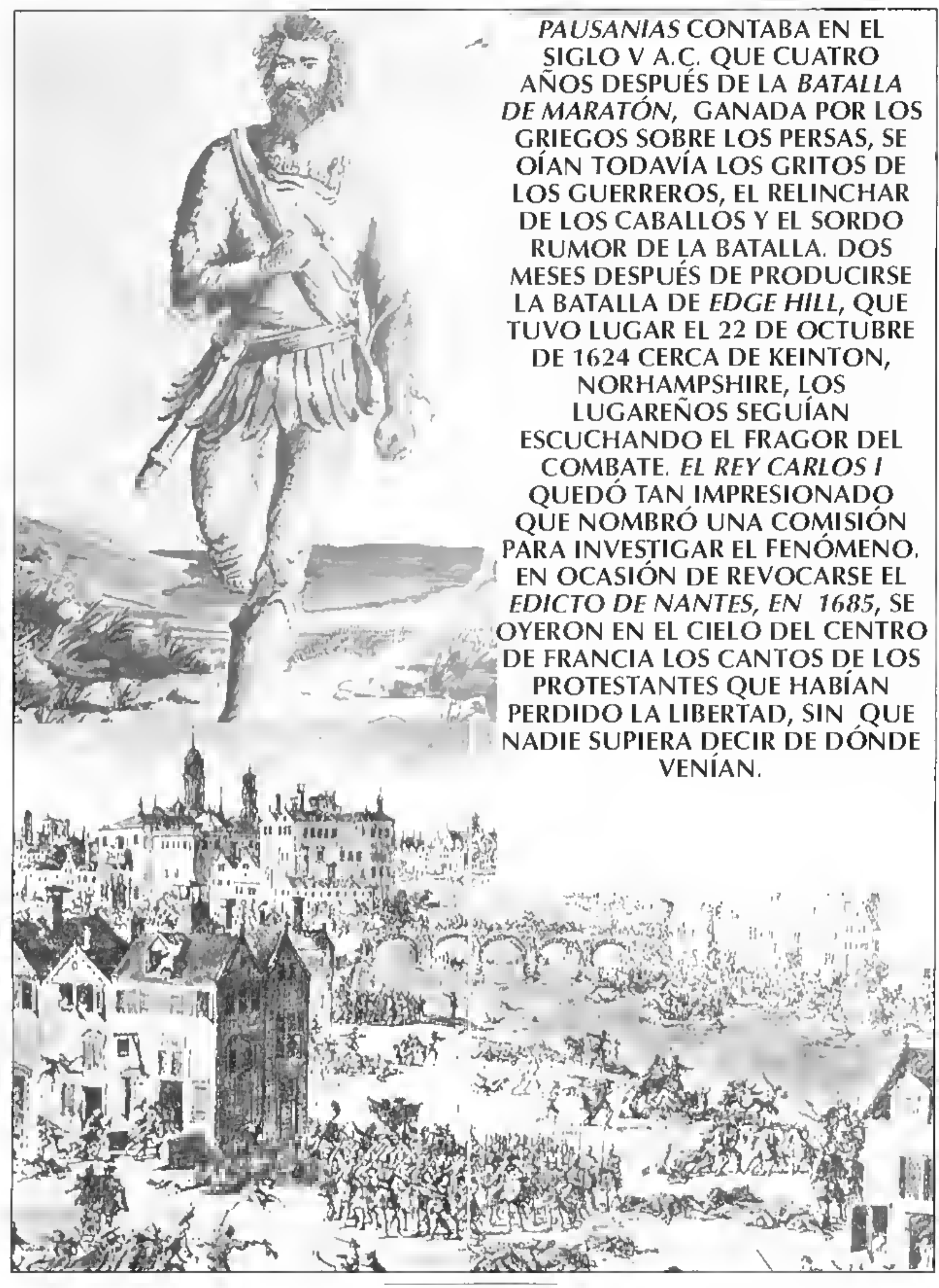
También Louis Duchemin, comerciante en guantes, y Patricio Touilly, albañil de profesión, tuvieron algo que contar. Oyeron los mismos ruidos y, aterrorizados, pensaron regresar al pueblo cuando se disponían a abandonarlo, pero como los sonidos parecían venir del centro de Ansacq, prefirieron seguir su camino. Media legua más allá llegaba todavía hasta ellos el griterío, que se fue debilitando hasta desaparecer.

Claudio Descouleurs, antiguo servidor del difunto duque de Orleáns, oyó también los ruidos, pero como hacía frío, no quiso levantarse de la cama. Informó el siguiente día que era tan grande el ruido que sintió un escalofrío recorrer su cuerpo y se erizaron sus cabellos ya escasos. Declaró que el ruido era semejante al que produce un gentío en un mercado, o como el que se oye en un tribunal poco antes de dar comienzo un juicio. Escuchó también rumor de violines, trompetas, flautas y tambores.

Alexis, sacristán de la parroquia creyó que había un incendio. Se levantó dispuesto a salir a la calle, pero habiendo oído pasar ante su casa «una multitud, lanzando gritos amistosos, rodeada por un coro de instrumentos musicales», sufrió terrible pánico y regresó a la cama. Algo por el estilo iban a declarar Nicolás de la Place, Nicolás Portier y Antonio Le Roi, todos vecinos del pueblo. Añadieron que los perros se asustaron tanto que se escondieron bajo las camas. El señor cura de Ansacq terminaba diciendo en su informe que todos quedaron perplejos ante lo que no pudieron comprender.

El tren que pasó por Galisteo

Minutos después de pasar el tren nocturno por la pequeña población de Galisteo, Nuevo México, el 26 de marzo de 1880, los habitantes que no iban



PAUSANIAS CONTABA EN EL SIGLO V A.C. QUE CUATRO AÑOS DESPUÉS DE LA *BATALLA DE MARATÓN*, GANADA POR LOS GRIEGOS SOBRE LOS PERSAS, SE OÍAN TODAVÍA LOS GRITOS DE LOS GUERREROS, EL RELINCHAR DE LOS CABALLOS Y EL SORDO RUMOR DE LA BATALLA. DOS MESES DESPUÉS DE PRODUCIRSE LA BATALLA DE *EDGE HILL*, QUE TUVO LUGAR EL 22 DE OCTUBRE DE 1624 CERCA DE KEINTON, NORHAMPSHIRE, LOS LUGAREÑOS SEGUÍAN ESCUCHANDO EL FRAGOR DEL COMBATE. *EL REY CARLOS I* QUEDÓ TAN IMPRESIONADO QUE NOMBRÓ UNA COMISIÓN PARA INVESTIGAR EL FENÓMENO. EN OCASIÓN DE REVOCARSE EL *EDICTO DE NANTES, EN 1685*, SE OYERON EN EL CIELO DEL CENTRO DE FRANCIA LOS CANTOS DE LOS PROTESTANTES QUE HABÍAN PERDIDO LA LIBERTAD, SIN QUE NADIE SUPIERA DECIR DE DÓNDE VENÍAN.

todavía a dormir oyeron con claridad unos extraños sonidos. Parecían venir de muy lejos, tal vez de los montes Ortiz, que se recortan en el horizonte.

Fueron aumentando de intensidad, como si quien los producía se aproximara al pueblo. No tardó en aparecer una mancha oscura sobre Galisteo, de enorme tamaño. Y de esta mancha salían unos ruidos confusos. Los asombrados vecinos vieron entonces aparecer unas ventanillas a ambos lados de la mancha y asomar por ellas lo que consideraron rostros sonrientes.

Al pasar la mancha oscura sobre el gentío cayó algo desde arriba. Uno de los ciudadanos se inclinó para ver qué era. ¡Se trataba de una flor! Y mientras los asombrados habitantes de Galisteo se preguntaban qué era la mancha, prosiguió ésta su camino por el aire y no tardó en desaparecer detrás de las montañas, hacia el oeste.

Algún tiempo después, el mismo fenómeno sería observado en diferentes puntos del estado de California. Muchas personas creyeron entonces que los sonidos podrían tener una explicación, tal como haber sido producidos por seres humanos. Pero, ¿quiénes eran éstos y cómo habían logrado volar como los pájaros? Es muy posible que ni uno solo de los testigos hubiera jamás oído hablar de los truenos de Baristal o de los extraños sonidos oídos en Inglaterra. Ni sabían tampoco que, antes de que transcurriese un siglo, la costa del Atlántico sería escenario de otros ruidos inexplicables.

Sonidos en el este, pero también en el oeste

En el mes de diciembre de 1977, una serie de explosiones estremeció el cielo, cerca de la orilla del mar, en el estado de Carolina. Un equipo de sonido se ocupó de registrarlas, pero no se logró determinar si los ruidos eran naturales o producidos por el hombre. No los provocaban meteoritos cayendo sobre la tierra, ni eran explosiones de ninguna clase, ni los ruidos producidos por aviones volando a velocidad supersónica.

Se pensó si serían explosiones de gas metano saliendo con violencia del fondo del mar, pero hubo que desechar la hipótesis. La primera explosión había tenido lugar a las 10 de la mañana del 2 de diciembre y hubo una segunda a las 4 de la tarde. Ambas se dejaron oír en varios cientos de kilómetros a la redonda. Hubo otros sonidos espectaculares el día 12, pero crecieron en número a partir del 20, para desaparecer repentinamente antes de llegar a su fin el año. Ningún científico pudo dar una explicación de lo sucedido.

Son muchos los fenómenos cuyas causas se desconocen, por lo que no es raro que se interpreten libremente, atribuyéndoseles diversos orígenes. Entre ellos se encuentran los estallidos registrados en el cielo, sin que hubiese tormentas, en lugares de ambos hemisferios. Y no ha podido detectarse su procedencia, a pesar de que las explosiones fueron registradas por equipos de detección astrofísica muy sofisticados.

El 24 de junio de 1938 se había dejado oír en el cielo de Pittsburgh, estado de Pensilvania, una espantosa explosión equivalente al ruido producido por el estallido de 10.000 toneladas de TNT. Como nadie había hecho estallar una bomba atómica en la localidad, porque todavía no se inventaban —el lugar preferido es el desierto de Nevada—, se atribuyó el ruido a la caída de un meteorito. Pero no aparecieron por ningún lado señales del objeto.

Un fuerte huracán azotó en 1954 Nueva Inglaterra y llegó precedido por



una explosión estremecedora, cuyas causas no pudieron ser aclaradas. Sucedió esto en Melrose, Massachusetts. Y en el verano de 1959 hubo fuertes truenos en Amarillo, en el norte de Texas, y en la población de Pampa, 100 kilómetros al noreste de Amarillo. Se abrieron los muros de un edificio, a pesar de que los sismógrafos nada informaron acerca de terremotos en el área. Días más tarde sucedió algo semejante en Henderson, Carolina del Norte, y en este caso hubo un intervalo de 29 horas entre la primera explosión y la segunda.

Pero es la región de San Francisco, California, la que se lleva la palma en lo relativo a ruidos misteriosos venidos del cielo y de la tierra. En mayo de 1951, el área de Solano y Contra Costa, condados situados al este de la ciudad, se estremeció por culpa de unos truenos que estuvieron retumbando durante dos semanas, a pesar de ser el día claro. Cayeron los cuadros de las paredes y los platos de las alacenas, por culpa de la vibración. Ningún sismógrafo informó de temblores de tierra, ni fuertes ni débiles.

El 15 de junio, otro trueno conmocionó a las instalaciones navales de Mare Island, en la bahía de San Pablo situada al noreste de San Francisco, y la noche del 18 de agosto de 1962, un sordo rumor, semejante al vuelo de una docena de bombarderos, llegó del cielo, a pesar de que en la base naval de Alameda, ya en la bahía de San Francisco, a un costado de Oakland, declararon que no hubo vuelos masivos aquella noche.

El 22 de diciembre de 1971 se escucharon fuertes detonaciones en Daly City, suburbio al sur de San Francisco, en un radio de 50 kilómetros. Despertaron asustados los vecinos y sufrieron daños algunas casas, pero no fue culpa de un terremoto sino por las ondas sonoras. Las fuerzas aéreas se apresuraron a decir que no tenían la culpa de todo aquello.

El asunto de Moodus, viejo de varios siglos

Los ruidos atronadores escuchados en ambas orillas del territorio norteamericano, en la región del mar del Norte y en el noreste de la India, ¿no eran otra cosa que el eco de algún sonido desconocido, producido acaso en lugares sumamente alejados o en las profundidades del planeta? Los lugares mencionados son zonas inestables, sujetas acaso a violentos cambios tectónicos, han dicho los geólogos, y presentan en apoyo de su teoría lo sucedido en tantas ocasiones en Moodus.



A pesar de su aspecto apacible, la ciudad de Boston no puede sentirse segura, por una sencilla razón: se encuentra cerca de una región sísmica, en un lugar que ha producido extraños truenos y terremotos en el pasado. Las estaciones sismográficas pronostican dificultades para la población.

Hay noticias de los ruidos incomprensibles desde el año 1729 y antes de eso habían sido ya comentados —y temidos— por los indios de la localidad, a la que dieron el nombre de Makimoodus —lugar de los truenos, que se redujo por comodidad a Moodus— y donde establecieron un centro ceremonial para pedir a los dioses que no exageraran sus manifestaciones. Los ruidos desaparecieron en 1840 a raíz de un terremoto en la región, que provocó fuertes daños en Boston. Pero regresaron más tarde y han seguido produciéndose de manera bastante regular, cada dos o tres años.

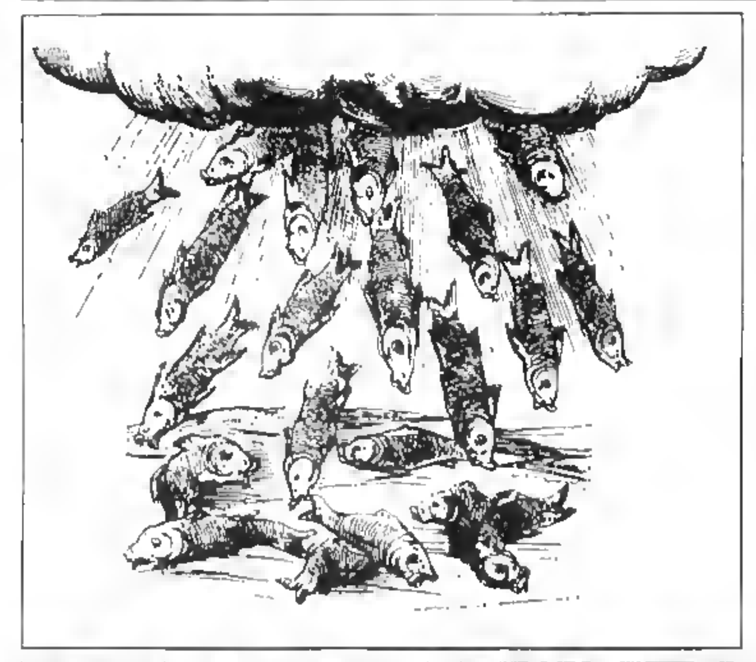
La población de Moodus se encuentra en el estado de Connecticut, en la zona formada por dos fallas: la del lago

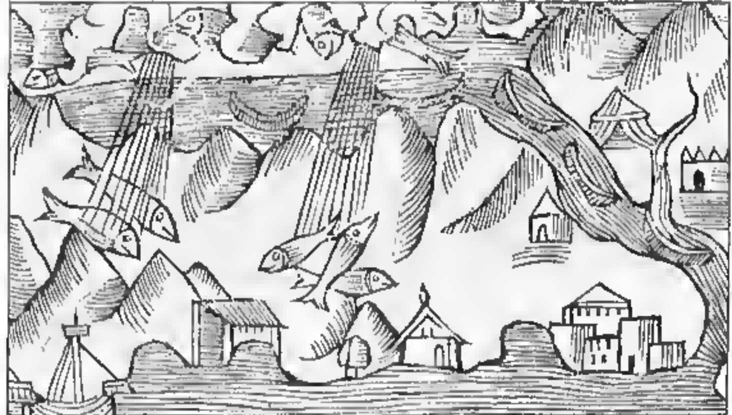


Char y la de Honey Hill. Cave Hill, o montaña de la cueva, es el lugar donde más intensos son los ruidos, y a esta cueva nadie se atreve a entrar, debido a su pestilencia: abundan los vapores sulfurosos.

En 1840, la revista *American Journal of Science* decía por boca del reverendo Henry Chapman que en 1790 llegó un inglés, de apellido Steele, que se dedicó a escarbar en las cercanías de esta Cave Hill. Encontró una piedra esférica que llevó a casa de la familia Knowlton, donde se albergaba. Aquella misma noche, la piedra esférica comenzó a brillar, con tanta intensidad que también la casa se tornó reluciente, como el anuncio televisivo de cualquier jabón detergente. La mañana siguiente, el inglés fue a devolver la piedra al sitio donde la había encontrado con anterioridad, por órdenes de los señores Knowlton, y regresó a Inglaterra. Nadie volvió a hablar más del extraño pedrusco. Curiosamente, la región poseía un largo historial de actividad sísmica. Del 17 de septiembre al 22 de octubre de 1987, se registraron en ella 175 microseísmos con intensidad de 2 grados en la escala de Richter. Y en estos casos, los terremotos llegaron acompañados de espantosos truenos subterráneos. Los movimientos de tierra no son en sí peligrosos, pero se han construido en esta zona dos centrales nucleares, a pesar de que la tierra que se extiende de Boston a Nueva York, pasando por Connecticut, podrá ocasionar muy serias dificultades a sus habitantes en un futuro nada lejano.

Si estos lugares ricos en truenos son también zonas inestables, ¿es posible afirmar que los ruidos se producen en las profundidades de la Tierra y que el eco se ocupa de mandar el sonido a las capas altas de la atmósfera? Tal vez sea ésta la única explicación para los truenos de Barisal y Moodus, pero ni uno solo de los científicos que han estudiado el fenómeno se ha atrevido a afirmar nada acerca de ellos.





EXTRAÑOS OBJETOS QUE CAEN DEL CIELO

Resulta interminable la serie de antiguos grabados con peces, ranas, sapos y otros seres cayendo del cielo. No puede existir la menor duda en cuanto a este tipo de lluvias: si en diferentes países y épocas se ha hecho alusión a este fenómeno, es de suponer que algo de cierto pudo haber y que las crónicas se escribieron con base en algo real.

Si unos años antes de la Revolución Francesa, el químico francés Antonio de Lavoisier exclamó indignado, al referirse a los meteoritos, que «las piedras no caen jamás del cielo», ¿cuál habría sido su reacción de haber escuchado decir que también otra clase de objetos se desploma sobre la Tierra con relativa frecuencia, inanimados o vivos? Sin embargo, aceptado ya que los meteoritos de todos los tamaños, incluso convertidos en polvo, representan un aumento anual de varios miles de toneladas al peso de nuestro planeta, es bueno saber que los testimonios sobre las lluvias de objetos han sido mucho más abundantes de lo que pudiera suponerse. En ciertos casos han surgido explicaciones para el fenómeno. En otros ha resultado imposible encontrarlas, porque iba mucho más allá de una simple teoría.

Charles Fort, vecino de Brooklyn y dueño de un hermoso bigote de morsa, fue el primero que comenzó a recopilar información sobre estas lluvias insólitas, a comienzos del presente siglo, hurgando en revistas, periódicos y anales de algunas sociedades científicas que les concedían escaso interés. De los recortes por él obtenidos integraría un libro convertido en clásico de lo insólito, al que titularía *El libro de los condenados*. De su libro se han extraído algunos pasajes interesantes, muy pocos. El resto, siguiendo su ejemplo: recortando noticias aparecidas en la prensa de los últimos años.

Y se comenzará mencionando a la lluvia de objetos inanimados.

Fueron objetos de muy diversa índole

La noche del martes 5 de junio de 1979, una familia veía un programa de televisión en su casa de Calgary, Canadá. Oyeron de repente un crujido en el techo y se abrió éste para dar paso a una enorme masa de hielo verduzco que fue a estrellarse en la sala. Randy Hutton, periodista del *Calgary Herald*, investigó en el aeropuerto. Ningún avión había dejado caer el agua del depósito, y aunque lo hubiera hecho —cosa que sucede a veces, por comodidad—, se habría evaporado antes de alcanzar el suelo. Después de todo, estaban en pleno verano.

Poco más tarde iba a suceder algo semejante en Lake Worth, Florida, en casa de la señora Helen Goddard. Hubo también el consabido crujido en el techo, como si algo hubiera caído encima, y lo mismo sucedió en los dos siguientes días. A la señora se le ocurrió igualmente asomarse por la ventana y vio su jardín lleno de cubitos de hielo de una pulgada de lado. Habló por teléfono al periódico *Palm Beach Post* para informar de lo sucedido. Llegó un reportero y tuvo ocasión de ver cómo se repetía, el día 11 de septiembre, la lluvia de hielitos. Después de aquella fecha, se acabaron. La señora lo tomó con admirable filosofía. El domingo 11 de septiembre de 1949 amaneció despejado y

caluroso en el condado de Stephe, Texas. Tres buenos amigos, médicos de profesión, Robert Botts, John Tupton y T. J. Treadwell, decidieron ir a cazar al cercano bosque. Se encontraban a orillas de un arroyo, acechando a la presa, cuando oyeron un silbido agudo, seguido de un choque. A cinco metros de donde se encontraban vieron un bloque de hielo, de unos 20 kilogramos, profundamente hundido en el suelo. Se aproximaron a él y comprobaron que tenía un color blanco lechoso. Los tres, segundos antes, habían oído un trueno, a pesar de ser un día despejado, pero no le concedieron ninguna importancia.

Comprobaron más tarde que ningún avión pasó por el lugar, que hubiera podido tirar el hielo al espacio. El Dr. Tupton, un hombre profundamente religioso, que llevaba su Biblia a todas partes, la abrió en el Apocalipsis de San Juan, versículo 21 del capítulo XVI, y leyó el siguiente texto: «Y cayó del cielo sobre los hombres un enorme granizo, y los hombres blasfemaron, porque la plaga fue grande.»

Edward Latham, de profesión pastor de ovejas en un lugar del Somerset inglés, fue despertado la noche del 10 de noviembre de 1950 por los ladridos furiosos de sus perros. Salió de la cabaña, pero no vio nada sospechoso. Regresó a dormir. Por la mañana fue a ver a las ovejas. Encontró una muerta, con un profundo tajo en el cuello, y al lado un bloque de hielo de 7 kilogramos. Bajó al pueblo cargándolo y presentó una denuncia. Por el camino encontró otros pedazos de hielo, grandes como un melón. La denuncia pasó a manos del Ministerio del Aire, que prometió realizar una investigación. La cosa no pasó de ahí.

Dos semanas más tarde sucedió algo peor cerca de Londres, en una hermosa noche estrellada. Esta vez el hielo pesaba 200 kilogramos y atravesó el techo de un garage, en Wadsworth, y dejó destrozado el automóvil que no habían podido terminar de arreglar. Nadie supo explicar el misterio de lo que en un principio se pensó que fue una bomba.

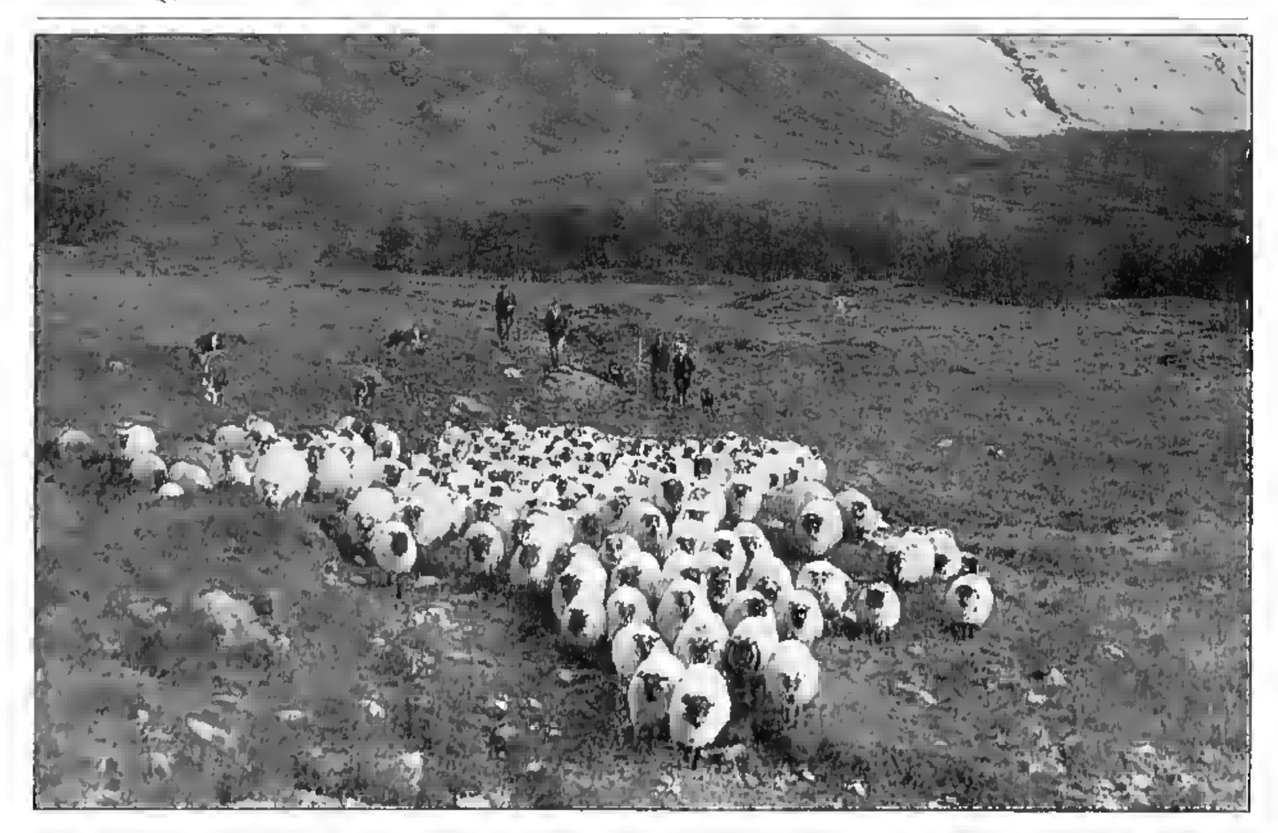
En la última semana de agosto de 1983 cayeron tres enormes bloques de hielo, también en Inglaterra, que de milagro no mataron a nadie. Uno abrió un enorme boquete en el techo de un



Del cielo suelen caer los objetos más diversos, y así parece demostrarlo este antiguo grabado de la más insólita de las lluvias: nada menos que cruces, que un respetable ciudadano se apresura a recoger, quién sabe si para venderlas o movido por su acendrado espíritu religioso.

taller, en Hitchin. El segundo cayó a muy corta distancia de una niña de tres años que jugaba en el jardín de su casa, en Ampthill. El tercero, el más pequeño de todos, cuyo tamaño era el de una bolsa de viaje, fue a dar a otro jardín, en Bushey, cuando jugaban en él dos niños. Las autoridades de Aviación Civil dieron la misma explicación de otras veces: debía tratarse del agua del lavabo de un avión, que se heló a los pocos segundos de tirarla fuera.

Se dará un último ejemplo de bomba de hielo —las hay de otro estilo, como no tardará en comprobar el lector— con la que cayó el 9 de abril de 1971, que a punto estuvo de conducir a la locura a Severa Medrano, quien vivía en el puerto de Tampico, en el Golfo de México. Dormía apaciblemente cuando fue despertada por un espantoso es-



Los pastores de ovejas del norte de Inglaterra han sido testigos, en numerosas ocasiones, de extraños e inexplicables sucesos, como han sido desapariciones misteriosas de los ovinos o muertes producidas al caerles encima desde el cielo los objetos más increíbles.

truendo en su alcoba. Vio entonces el techo abierto por un orificio a través del cual entraba la luz de la Luna. Junto a su cama había un bloque de hielo de más de 50 kilogramos.

Era un caso tan poco normal en Tampico, ciudad cálida por excelencia, que la población entera se interesó en la pobre viuda de Díaz. Las autoridades realizaron una investigación exhaustiva, que no condujo a nada.

No sólo de hielo han sido las bombas

La *Monthly Weather Review* de marzo de 1885 informó sobre unas misteriosas detonaciones venidas del cielo, que fueron seguidas por la caída de un objeto de varias toneladas de peso. Y a mediados de 1922 cayó una lluvia de rocas — en ninguno de los dos casos se dijo dónde sucedió—, que duró nada menos que 9 meses. La policía creyó que alguien amigo de hacer bromas utilizó una catapulta, pero un maestro declaró que las piedras eran demasiado pesadas para lanzarlas desde lejos.

La tarde del 27 de abril de 1872 cayeron piedras y otros proyectiles sobre una casa de la Reverdy Road, en Bermondsey, Inglaterra. Rompieron las ventanas e hirieron a varias personas. Y lo mismo sucedió, en junio de 1860, en Wolverhampton, después de una violenta tormenta. Desde luego, no eran bloques de hielo, sino auténticos pedruscos, como los que cayeron el 6 de julio de 1888 sobre Palestine, Texas. Pero en este caso, las piedras estaban asombrosamente pulidas.

Ejemplos de este género de lluvia los hay por centenares y no se darán más, de casos similares, porque sería hacer la lista larga y tediosa. Pero se dará a conocer solamente uno más, porque sus consecuencias iban a resultar sumamente divertidas. Sucedió en noviembre de 1921 en el pueblo californiano de Chico. Nadie prestó entonces la menor atención al hecho de que hubieran caído piedras del cielo. Y cuando a alguien se le ocurrió informar al sheriff J. A. Peck, exclamó irritado que no fueran a importunarlo con tonterías. Sin embargo, tuvo que rectificar al llegar la primavera siguiente.

La lluvia de piedras creció en intensidad a partir del 22 de marzo. Se organizaron batidas para descubrir a la persona autora del lanzamiento de piedras, que caían con especial tino sobre

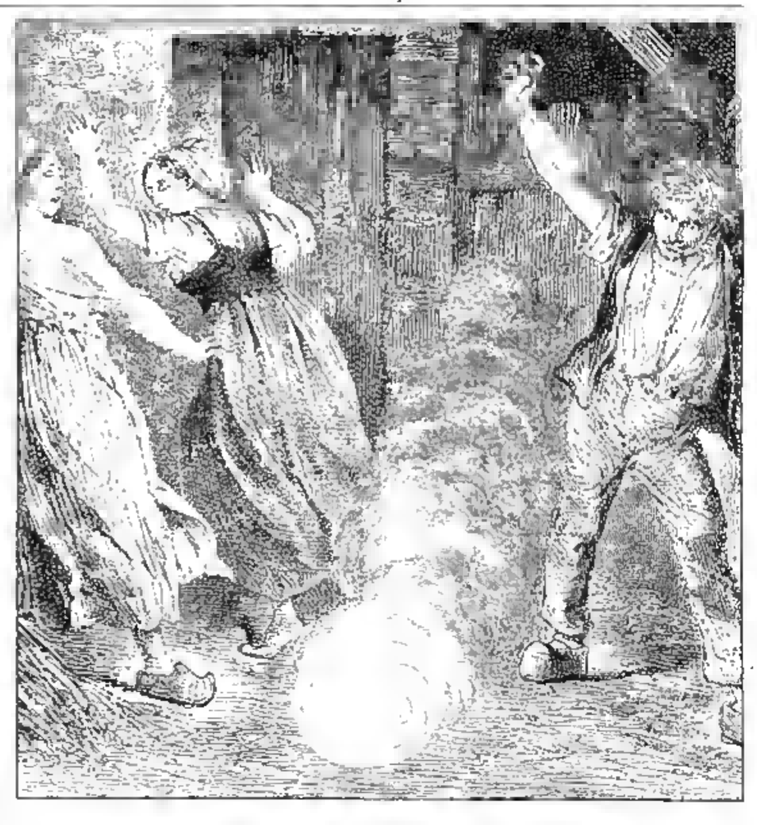
el almacén de J. W. Charge. Varios policías se apostaron en puntos estratégicos. Las piedras siguieron cayendo, golpeando las ventanas y quebrando los vidrios. Curiosamente, jamás lastimaron a nadie. La Asociación Espiritista de Chico celebró una reunión para consultar con el más allá sobre la identidad de quien tiraba las piedras. Se informó entonces que ninguna mano humana lo había hecho y que los espíritus anunciaron el cese de actividades para dos días después.

La prensa dio a conocer lo sucedido. En efecto, se acabó la lluvia de proyectiles, pero comenzó en el otro extremo del continente, en un pueblo de Nueva Escocia llamado Antagonish, donde una niña declaró que veía espíritus cuando lanzaban las piedras. Dio comienzo una curiosa rivalidad entre los dos pueblos y se ofreció una recompensa para quien atrapara al espíritu culpable. Era lógico que llegaran al lugar cientos de curiosos a observar el fenómeno, porque las piedras volvían a caer en Chico. Algunos vecinos estaban seguros de que llegaban desde el planeta Marte. Aunque parezca difícil de creer, no era la primera vez que sucedía esto en Chico.

Hubo una lluvia de peces en este lugar en 1878 y cayó un enorme meteorito en 1885, y así consta en los periódicos de la época. Resultó tan curiosa la lluvia de 1921 que se presentaron expertos parapsicologos a estudiar el fenómeno. Pero se interrumpió la lluvia en su presencia. Un pastor evangelista de Oakland, Roy Studd, declaró entonces que todo era obra de Satanás, y que lo único que podían hacer los vecinos de Chico era arrepentirse de sus pecados y rezar. La iglesia evangélica se vio entonces muy concurrida. Todos querían rezar por la pronta partida de Satanás pero el muy maldito hizo caso omiso y siguió tirando piedras sobre la población.

A fines de marzo, el sheriff Peck recibió una carta firmada por alguien que se hacía llamar el Fantasma. Decía que agradecía las muchas atenciones que con él tuvieron todos, pero se veía obligado a abandonar Chico. Fuera o no una broma, cesó la lluvia de piedras.

Se quiso dar explicaciones de todo género al fenómeno, entre ellas que algunos muchachos idearon un dispositivo para tirar las piedras con fuerza, pero es interesante observar que las piedras no procedían de la localidad, sino de un lugar lejano, además de que no describían una parábola, sino que llegaban del campo, siguiendo una trayectoria perfectamente horizontal.



A veces, las bolas de fuego que se desprenden del cielo penetran en las casas o en los establos, como da a entender este viejo dibujo inglés, y ocasionan incendios o asustan mortalmente a quienes jamás pensaron que puedan suceder estos fenómenos inexplicables.

Lluvia de objetos de verdad increíbles

El 3 de septiembre de 1969 cayeron del cielo numerosas pelotas de golf sobre Punta Gorda, Florida, y estuvieron rebotando por las calles. El teniente Clarence Walter, de la policía local, investigó en el Club de Golf. Nada obtuvo en claro, fuera de enterarse de que también llovieron pelotas de golf en diversos puntos de la región. Esta curiosa lluvia no se compara con otra que cayó, en julio de 1984, en el jardín de una casa de Lakewood, California. Sólo cayó un objeto, de 10 kilogramos de peso, lanzando un agudo silbido, y fue a abrir un cráter de 1,20 metros de profundidad en el jardín de la casa de Fred Simmons. Se creyó que lo habían dejado caer desde un avión, pero no fue así. El objeto era un cohete que fue lanzado al espacio después de la II Guerra Mundial. Cómo tardó tantos años en alcan-



Antiguo grabado inglés en el que la lluvia es de perros y gatos que caen acompañados de horcas afiladas apuntando a asustados londinenses. A nadie se le ocurriría pensar que se trata de una alegoría: los animales y los objetos están ahí, y esto es lo que contaba, más que conocer su origen.

zar el suelo, fue este fenómeno un misterio que nadie supo explicar.

Siendo las 6 de la mañana del 11 de julio de 1979, un ruido ensordecedor despertó a los vecinos de Sioux Falls, Dakota del Sur. Creyeron que se trataba de los restos de un satélite artificial caído a tierra. Estaban en un error. Era una bola de color naranja, de 8 kilogramos, semejante a las que sirven para jugar a los bolos. El objeto no procedía de ningún satélite artificial ni de ningún avión.

Unos niños que jugaban en el rancho Hislop, en Grove City, Ohio, acababan de abandonar la casa, el 4 de marzo de 1983, cuando cayó del cielo un objeto. Era un pedazo de bronce con incrustaciones de carbono, de kilo y medio de peso y 15 centímetros. Los muchachos fueron a tocarlo. Estaba quemando. También en este caso se confirmó que ningún avión lo había dejado caer.

El 21 de octubre de 1638, una fuerte tormenta estalló sobre la aldea inglesa de Widecombe-in-the-Moor, en el Devon, y una bola de fuego penetró en la iglesia. Destrozó el campanario y gran parte del edificio y causó heridas a 62 personas y la muerte de 4. Dicen las crónicas de la época que se extendió por el templo una espantosa fetidez que hizo pensar en la intervención del mismo Satanás. Muchos años antes de que esto sucediera, el 15 de octubre de 1090, el campanario de una iglesia de Winchcomb, Gloucestershire, fue golpeado por una bola de fuego que abrió en el muro un orificio grande como un hombre. Destrozó la cabeza y la pierna derecha de un Cristo crucificado. Siguió a esto una espantosa pestilencia, y así lo dejó escrito el historiador William de Malmesbury en sus *Crónicas de los reyes de Inglaterra*.

No siempre han provocado las bolas de fuego destrucción y pestilencia. En 1907, una de ellas logró imponer la paz en Nicaragua. El general Pablo Castellanos luchaba por apoderarse del país. Todo le sonreía. Ganaba victoria tras victoria al frente de sus valientes soldados. Era cosa de días entrar en Managua, la capital. La noche antes de la batalla definitiva pasó revista a sus tropas y se retiró a descansar. Pero, de repente, se iluminó la noche, como si fuera pleno día. Una bola de fuego cayó desde el cielo sobre la tienda del militar. Pereció el general Castellanos y sus soldados decidieron que, no estando Dios de su lado, mejor sería deponer las armas. Vino a averiguarse que la bola de fuego fue en realidad un meteorito, del que aparecieron fragmentos en torno al cráter que formó en la precisa tienda de don Pablo.

Lo más increíble: lluvia de ranas y sapos

Hacia la mitad de la década de los 80 estuvo cayendo, a lo largo de 4 años, granos de maíz sobre la población de Evans, Colorado. Sin embargo, nadie cultiva esta gramínea en los alrededores y el depósito de granos más cercano se encuentra a 10 kilómetros. El 15 de septiembre de 1986 fue vista la misma lluvia por periodistas del *Greely Tribune*, en una población cercana. Una lluvia semejante había tenido lugar el 26 de agosto del mismo año cerca de Winchester, Inglaterra.

Una lluvia de granos de maíz puede considerarse insólita, pero ¿qué decir cuando son sapos, ranas y hasta peces

lo que cae del cielo? La tarde del 31 de marzo de 1977, la señora Benbow se encontraba comiendo en compañía de su familia, en un pequeño pueblo del estado de Ohio, cuando se desató un fuerte chubasco. Al terminar, salieron todos a dar un paseo hasta el río. De regreso a su casa encontraron el patio trasero lleno de sapitos grandes como una uña, que nadie supo decir de dónde habían llegado. La única explicación posible era que cayeron del cielo, puesto que el patio estaba rodeado por una tapia que hacía imposible el paso a los batracios. Lo curioso era que la misma señora Benbow había hecho un hallazgo idéntico, 50 años antes, en Long Lake, Indiana, después de un fuerte aguacero.

En los primeros días de julio de 1979, la agencia soviética Tass de noticias informó que una tormenta dejó caer miles de ranas sobre el poblado de Dargan-Ata a orillas del río Amu Daria, que vierte sus aguas en el mar de Aral. La ciencia explicó el fenómeno: un remolino había succionado toda clase de objetos y animales de pequeño tamaño y los llevó hasta una nube. Cuando se calmó el remolino, todo cayó, junto con el agua, en un lugar distante.

¿Fue un fenómeno semejante a éste el descrito en el Exodo bíblico, presentado como una más de las muchas plagas que se abatieron sobre los egipcios? Explica el texto que el río crió ranas, que entraron a todas las casas y subieron a las camas y a las mesas, y cubrieron toda la tierra de Egipto, hasta el palacio del faraón. Pero sucedió que los sacerdotes del faraón no se quedaron atrás: hicieron aparecer más ranas, se ignora de dónde, porque debían haberse acabado, y se produjo un empate entre egipcios y hebreos. Los lectores de antaño aceptaron sin chistar este milagro. Los de ahora, algo escépticos al ser dueños de mayor información, se preguntan si no hubo de por medio algo más que la simple magia. Y buscan la manera de conocer más casos de lluvia de ranas.

El ya citado Charles Fort publicó en su libro una noticia aparecida en 1838 en la revista inglesa *Notes and Queeries*, donde se reproducía la carta que cierto profesor Pontus escribió al científico francés François Arago. Decía que el 30 de julio cayeron del cielo ranas sobre la ciudad de Londres, des-



La lluvia de maná pudo suceder como aparece en este viejo grabado, pero pudiera tener un origen natural: en la región del Sinaí crece aún un género de tamarindo comestible, del que ninguna noticia tenían los hebreos. Por esta razón, hallar aquel alimento inesperado fue como si les cayera del cielo.

pués de una violenta tormenta. Es decir, en pleno verano. El 4 de julio de 1883 —y también en la estación veraniega—, el *London Times* anunciaba a sus lectores que, después de un chubasco sucedido en la región de los Apeninos, llovieron sapos de todos los tamaños. ¿De dónde procedían las ranas inglesas y los sapos italianos? Jamás supo contestar nadie a esta pregunta inquietante.

Tampoco hubo explicación para la lluvia conjunta de ranas y sapos que cayó el 30 de junio de 1892 cerca de Birmingham, Inglaterra. Los campesinos atribuyeron el milagro a una malvada tromba que succionó a los batracios en algún lugar lejano y los condujo por el espacio para depositarlos finalmente en el lugar que pudo ser contemplado por tantos espectadores. Nadie supo explicar por qué la tromba actuó con un espíritu tan selectivo, puesto que se llevó únicamente ranas y sapos y se olvidó de otros animales más livianos. De acuerdo con el *Times* de Londres del 23 de septiembre de 1973,

la noche anterior cayó una lluvia de sapos sobre el pueblo de Brignoles, en el sur de Francia. Y el *Daily News* del 5 de septiembre de 1922 había informado que, por espacio de dos días, cayeron también sapos sobre Chalon-sur-Saône. El 24 de octubre de 1683 habían caído también sapos en Bicking Hall, Norfolk, tantos que entraron en las casas. Los antiguos cronistas mencionaron estas lluvias, que los dejaron maravillados, desde Plinio hasta Ateneus, y lo mismo sucedió durante la Edad Media. Pero las observaciones de fenómenos crecerían en número a partir del siglo XIX.

Hay informes sobre lluvias de otros seres

Todos los años, al llegar el verano, se produce en Tampico y en otros puntos del Golfo de México una curiosa invasión, tan extraordinaria como desagradable. Se inundan las calles de enormes cucarachas voladoras —las llaman *mayates*— que ocasionan desde problemas de tráfico hasta molestias a los transeúntes. Incluso se introducen en oficinas y casas cuyas ventanas quedaron abiertas, como había sucedido con las ranas de la plaga bíblica. Los insectos caen al suelo después de tropezar contra las paredes y una vez repuestos del golpe reinician un vuelo tan molesto como peligroso para quienes no usan gafas.

Más de 6.000 kilómetros al sureste de Tampico se produjo, en octubre de 1977, otra plaga singular. Sus causas permanecieron largo tiempo en el misterio, hasta que se aclaró finalmente el porqué de la invasión. Millones de grillos habían aparecido de repente en el pueblo de Altinho, unos 100 kilómetros al oeste de Recife. Había grillos por todas partes, en las calles, en las oficinas, en las casas, debajo de las camas, en las cocinas y hasta en la iglesia se metieron, para impedir a los fieles escuchar el sermón del señor cura. Echaron toneladas de DDT —¡ah, si el faraón hubiera contado con tan estupendo recurso!— y se acabaron los grillos.

La explicación de lo sucedido fue como sigue: los grillos constituían el casi único alimento de unos enormes sapos que eran cazados para fabricar con su piel bolsos, cinturones y correas, artículos que eran exportados a Estados Unidos. Cada uno de los sapos devoraba cada noche no menos de 300 ninfas de grillo. Al disminuir el número de sapos, se rompió el equilibrio ecológico y se extendieron los grillos por la región, hasta estabilizarse finalmente su crecimiento.

En la India había sucedido algo semejante, pero no fue con sapos como en Brasil, sino con ranas. Este país exportaba anualmente 70 millones de ranas comestibles, pero la exagerada explotación de la *Rana esculenta* condujo a un grave problema: proliferaron los insectos que constituían su alimento y se convirtieron en amenaza para los cultivos. Pero también peces y otros increíbles seres han llegado volando por el espacio para sumir en la perplejidad a los sabios.

Uno de éstos, el naturalista francés conde de Castelnau describió la violenta tormenta que se abatió en febrero de 1861 sobre la ciudad de Singapure, que arrastró una enorme cantidad de bagres de buen tamaño. Pero cuando le preguntaron las causas de una lluvia tan insólita, desvió la conversación. En cambio, el alemán Alexander von Humboldt optó antes por la solución

Alguna extraña propiedad deben tener los sapos para que se cuente de ellos tantas maravillas. Es posible que en muchos relatos sobre su hallazgo dentro de una roca haya mucho de fantasía, pero es indudable que estos batracios poseen una indiscutible facilidad para conservarse con vida en los lugares más difíciles y en las condiciones menos favorables.



más sencilla: negó las lluvias vivas. Y en su *Historia de gentibus*, aparecida en 1555, Olaus Magnus reseñó la lluvia de peces, ranas y otros seres, casi todos vivos. Sólo en contadas ocasiones, los animales estaban muertos desde hacía varios días.

Y hablando de peces, se dirá que Ron Langston, vecino de East Ham, suburbio londinense, se sentó una noche de mayo de 1984 para ver la televisión. Oyó un ruido extraño en el tejado de su casa, pero no sintió deseos de averiguar qué lo producía. Era más interesante el partido de fútbol. La mañana siguiente descubrió en el tejado y el jardín una docena de lenguados. Y en la cercana Canning Town cayeron del cielo 40 peces. El siguiente aparecieron numerosos peces marinos en Thirsk, pueblo del Yorkshire situado a 45 kilómetros del mar. Pero lo más raro sucedió en Dilhome, 80 kilómetros al sureste del estuario del río Dee, en Inglaterra, donde llovieron conchas originarias nada menos que de Filipinas.

Puesto que siente el autor de esta obra gran interés en ofrecer al lector un panorama extenso de esta clase de lluvias, citará algunos casos más, de verdad increíbles, en los que relatará las



fuentes en que halló los datos. Dirá así lo que informó el *Buffalo Sunday Courier* del 13 de enero de 1878: unos días antes cayó sobre Lockport, en el estado de Nueva York, una lluvia de lombrices, después de una nevada copiosa. Eran miles las lombrices y desaparecieron a los pocos minutos. Seguramente, se metieron bajo tierra, porque seguían con vida.

El *New York Times* del 2 de septiembre de 1878 informó sobre la lluvia de peces que cayó en Chica, California, en un día claro. Arthur Porter, que vivía en Lismore Showgronds, suburbio de Sydney, en Australia, descubrió el jueves 31 de enero de 1973 que la víspera llovieron unos 200 peces sobre su casa, largos de 15 centímetros. Estaban aún con vida unos y golpeados otros, como si hubieran caído desde muy alto.

Más extraordinario sería lo sucedido el 10 de enero de 1877 en Memphis, Tennessee, que mereció una nota de la revista *Scientific American* del siguiente mes. Cayeron del cielo miles de serpientes cuya longitud oscilaba entre los 30 y los 45 centímetros. Charles Fort declaró que solamente supo de cuatro casos semejantes, frente a los 294 conocidos de ranas y peces. Por fortuna, las serpientes de Memphis no eran venenosas.

En 1578 cayeron pequeños ratones de color amarillo sobre Bergen, Noruega, y lo mismo sucedió el siguiente año. La *Monthly Weather Review* del 4 de julio de 1953 dio a conocer el caso de la tortuga envuelta en hielo que cayó del cielo sobre Bovington, en el estado de Massachusetts. En 1896, el *Philadelphia Times* informó sobre la caída de miles de pájaros en las calles de Baton Rouge, capital del estado de Luisiana. Si hubieran pertenecido a una misma especie podría pensarse que eran aves emigrando, pero el grupo estaba formado por patos, canarios, pájaros carpinteros y aves exóticas de extraño plumaje.

Diversos extraños casos, para cerrar el capítulo

Una antigua leyenda dice que el Pilar de Zaragoza fue llevado al lugar que hoy ocupa por unos ángeles que acompañaban a la Virgen María. Otra piedra con forma de pilar cayó también del

cielo en el año 416, pero fue sobre Constantinopla. Se creía antaño que estas piedras se producían de resultas de los relámpagos. En 1910, año en que se inició la Revolución Mexicana, cayó una piedra en el valle de Yaqui. La estudió Charles F. Holder y decidió que lo que parecían inscripciones que la cubrían eran en realidad jeroglíficos mayas. Nadie ha visto más que él la curiosa piedra con dibujitos.

La noche del 12 de octubre cayeron clavos en gran cantidad sobre el faro de Point Isabel, Texas, lo cual obliga a pensar que se produjo en este caso un error de traducción, puesto que otra información dice que la lluvia fue de caracoles. En inglés, *nail* es clavo, así como *snail* es caracol. ¿Habrán sucedido errores semejantes en otros casos dados como auténticos? Es curioso observar también que el 90% de las lluvias reseñadas haya sucedido en Estados Unidos. ¿No es para desconfiar? Pero sigamos dando los últimos ejemplos. A veces resultarán harto estúpidos y más parecen bromas hechas a costa de algún ingenuo.

Así, el *St Louis Post Dispatch* del 10 de noviembre de 1965 informó sobre lo sucedido en una casa de Louisville, Kentucky. El dueño oyó la consabida explosión en el jardín trasero. Corrió a ver y lo encontró cubierto de cajas de galletas. Lo curioso del caso era que ningún avión comercial volaba sobre la población en aquel momento, ni ninguna compañía de aviación informó a la policía sobre un robo de cajas de galletas. Lo extraordinario de estas raras lluvias es que se hablara de ellas en siglos pasados, cuando no había aviones y la gente era más respetuosa y no se atrevía a tomarle el pelo al prójimo.

¿Qué decir de lo sucedido en la población de Madras, en la India, el 4 de marzo de 1888? El *Madras Mail* del día siguiente declaró que habían caído del cielo numerosos ladrillos sobre una escuela, en presencia de 30 testigos. Nadie recibió ladrillazos en la cabeza. Otros casos de lluvias insólitas sirvieron, en cambio, para decidir una batalla, como le había sucedido al pobre general Pablo Castellanos: una lluvia de piedras cayó el 7 de noviembre de 1491 en Ensisheim, frente al ejército de Maximiliano I, fundador de la Casa de Austria, y decidió la batalla. Una lluvia más de meteoritos, que cayó sobre La Meca, salvó a esta ciudad santa del ataque de los yemenitas.

EL ENIGMA DE LOS SERES HALLADOS EN LA ROCA

Difícil es aceptar que, de vez en cuando, se produzcan las lluvias más inverosímiles, de lombrices, lenguados, ranas y tantos seres vivos y objetos —que no se incluyen todos en este capítulo para no convertirlo en un texto susceptible de fatigar al lector—, pero ¿qué decir entonces al conocer diversas noticias sobre el hallazgo, de verdad increíble, de animales que habían permanecido dentro de una roca durante miles y hasta millones de años? ¿Cuánto hay de confiable, en los ejemplos que se relatarán, y cuánto de exageración?

A continuación se dará inicio al relato de varios casos inexplicables, empezando por uno que hasta el lector más fácil de convencer considerará sin duda exagerado. Fue dado a conocer a través de la prensa, como los otros.

Era un pterodáctilo que salió volando

La noticia apareció publicada en el *Illustrated London News* del 9 de febrero de 1856 y sería comentada por Charles Fort. En aquel mismo año, cuando un grupo de obreros abrían un túnel en la línea de ferrocarril que iría de Saint-Didier a la ciudad de Nancy, capital de la Lorena, en el noreste de Francia, una forma monstruosa surgió de una cavidad, extendió las alas débilmente y murió lanzando un ronco graznido.

El extraño animal tenía forma de ganso de color oscuro, un largo cuello, cabeza espantosa y afilados dientes. Tenía cuatro patas, unidas por membranas, y su piel era aceitosa. El fósil que acababa de morir fue conducido de inmediato a la población de Gray, situada a orillas del río Saona, donde un hombre que decía saber de paleontología declaró que se trataba de un pterodáctilo. La cavidad hallada en la roca correspondía exactamente al cuerpo del extraño ser, así como el terreno pertenecía al periodo Jurásico. Es decir, que el animal en cuestión parecía



tener 120 millones de años. Al comentar Fort la noticia, declaró que los fósiles son datados de acuerdo con el terreno donde fueron hallados, así como los terrenos lo son de acuerdo con los fósiles que en ellos aparecieron. Lástima que no se conservase nada del tal pterodáctilo y que no existiesen en aquellos días técnicas científicas para determinar la edad de cualquier objeto de naturaleza orgánica.

El hallazgo realizado en Francia iba a provocar, casi de inmediato, un enorme interés por descubrir más casos similares. El periódico *Stanford Mercury*, de Lincolnshire, declaró en su edición del 31 de octubre de 1862 que un sapo apareció, de manera sorprendente, en un lecho de roca, a dos metros de profundidad. Sucedió esto en una casa de Spittlegate, Stanford, donde estaban abriendo un pozo para instalar el sótano. Otro periódico que estuvo investigando casos semejantes, anunció a sus lectores que el 25 de mayo de 1776 se había descubierto otro sapo, aprisionado en la roca.

Se dio también a conocer que el primer caso del que se tenía noticia, que hubiera sucedido en Europa, había sido publicado en el *Annual Register* de 1761 y se refería a lo sucedido al famoso Ambrosio Paré, médico de Enrique II de Francia de 1574 a 1589. Se encontraba en el pueblo de Meudon, en compañía de un obrero que partía piedras en una cantera. Una de ellas quedó partida en dos y de su interior salió un enorme sapo, lleno de vida, a pesar de que no había rendijas en la piedra por donde hubiera podido penetrar el aire para respirar.

El obrero explicó al asombrado Paré que no era la primera vez que veía aparecer un sapo dentro de una piedra, y tenía noticias de que se habían encontrado también, en idénticas circunstancias, serpientes, cangrejos y langostas. Y así lo habían dado a conocer, en los viejos tiempos, Francis Bacon y Agrícola. Explicó por su parte el Dr. Robert Plott, en 1686, que se han hallado también dentro del tronco de algunos árboles, así como se daría a conocer que en ocasión de construir el puerto de Tolón, en el Mediterráneo francés, era frecuente descubrir almejas enterradas dentro de las piedras.

Encontrar serpientes enrascadas en un lugar inaccesible, durmiendo apaciblemente desde hace un tiempo increíblemente largo, figura no sólo en las viejas crónicas, sino también en periódicos y revistas de ayer y hoy.



EXPERIENCIAS REALIZADAS A FINES DE 1986 CON 111 ESTUDIANTES EN LA UNIVERSIDAD DE MINNESOTA, DEMOSTRARON QUE EL STRESS MODIFICA LA POBLACIÓN DE LINFOCITOS QUE PROTEGEN EL ORGANISMO DE LAS ENFERMEDADES Y PROPICIA LA APARICIÓN DE DESÓRDENES MENTALES Y ESTADOS DE ANGUSTIA, QUE CONDUCEN NO SOLO A LA DEPRESIÓN, SINO TAMBIÉN AL SUICIDIO. ESTADÍSTICAS DE 1989 MOSTRARON UN AUMENTO EN LA TASA *DE SUICIDIOS:* EN 1950 HABÍA SIDO EN ESTADOS UNIDOS DE 4,5 POR 100.000 HABITANTES Y 39 AÑOS MÁS TARDE HABÍA SUBIDO TRES VECES. QUEDÓ ENTONCES DEMOSTRADO QUE LOS SUICIDIOS SON MÁS NUMEROSOS EN LOS PAÍSES RICOS QUE EN LOS POBRES, QUE SON LOS QUE SE ENCUENTRAN AL SUR DEL PARALELO 30.

No faltó, sin embargo, quien las comió y las declaró muy sabrosas.

Después de lanzarse tantas noticias sobre los sapos y otros animales descubiertos dentro de las piedras, que seguían con vida en algunos casos, y de hacerse tantos comentarios al respecto, era de esperar que a alguien se le ocurriera organizar una muestra, como si tratara de exhibir productos comerciales. La primera exposición internacional en este sentido se celebró en Londres, en aquel año 1862. Se exhibió un fragmento de carbón que contenía la huella de una rana, así como el cuerpo de un anfibio. El hallazgo había sido hecho en una mina de Newport, en el Monmouthsire.

Un airado visitante a la exposición, el capitán Adam Buckland mandó una carta indignada al periódico londinense *Times* pidiendo que acabasen con aquella farsa. Era imposible que una rana pudiese soportar el calor y la presión necesarios para que se formase el carbón a gran profundidad, ni podría resistir los millones de años que tardó la madera en pasar a ese estado. Sin embargo, su tocayo el Dr. Frank Buckland había escrito en 1825, en su libro *Curiosities of Nature*, acerca de las pruebas que él realizó con doce ranas y sapos: los enterró entre varias capas de piedra y arena, en el jardín de su casa. Al cabo de un año, los sapos habían muerto todos, pero otros que enterró bajo el fango seguían con vida. Trató de repetir el experimento, pero esta vez no tuvo éxito.

Otro lector del *Times* comentó el 23 de septiembre de 1862 la experiencia hecha en Francia por cierto monsieur Seguin: enterró 20 sapos dentro de un bloque de yeso. Doce años más tarde descubrió que cuatro seguían con vida. Se observó entonces que estos batracios sobrevivían si eran encerrados en materiales que se adaptaban a su cuerpo, como eran el yeso y el barro. El siguiente año, William Howitt contaría que fue testigo en la ciudad de Farsfield, Nottinghamshire, del hallazgo hecho por un hombre que abría un pozo en tierra muy blanda. Aparecieron de improviso numerosas ranas, como si despertaran de un largo sueño, y comenzaron a dar brincos. Puesto que el barro se transforma en roca al paso de los miles de años, pensó Mr. Howitt, ¿era posible aceptar que las ranas hubieran podido sobrevivir en el otro medio, una vez que se hubo acoplado él a su cuerpo cuando se encontraba aún blando?

Otros hallazgos, igualmente desconcertantes

Resulta curioso observar que tantos casos hayan sucedido a largo del siglo XIX. Da la impresión que, si no se descubren en los últimos años tantos sapos dentro de las piedras, es porque los encontraron ya todos en el pasado. La revista inglesa *Mirror of Literature, Amusement and Instruction* dio a conocer, en su número del 19 de marzo de 1823, el hallazgo realizado en Francia en junio de 1772: dentro de un bloque de piedra de casi nueve metros apareció una serpiente enrollada, todavía viva, que murió a los pocos minutos de encontrarse al aire libre. Había una grieta en la roca que acaso pudo permitir al reptil penetrar al interior, pero con qué se alimentó y cómo pudo sobrevivir tanto tiempo fue algo que no obtuvo respuesta. La única explicación fue que se sumió en un letargo prolongado, en una especie de hibernación.

En el otoño de 1841, unos obreros que trabajaban en una cantera cercana a Rochester, en el estado de Nueva York, intentaban partir a martillazos un bloque de piedra. En su interior

A los murciélagos se les asocia, de inmediato, con el conde Drácula y los vampiros sedientos de sangre humana, pero nadie parece recordar que son además los únicos mamíferos capaces de volar y que pueden permanecer en estado de hibernación durante un tiempo asombrosamente prolongado.



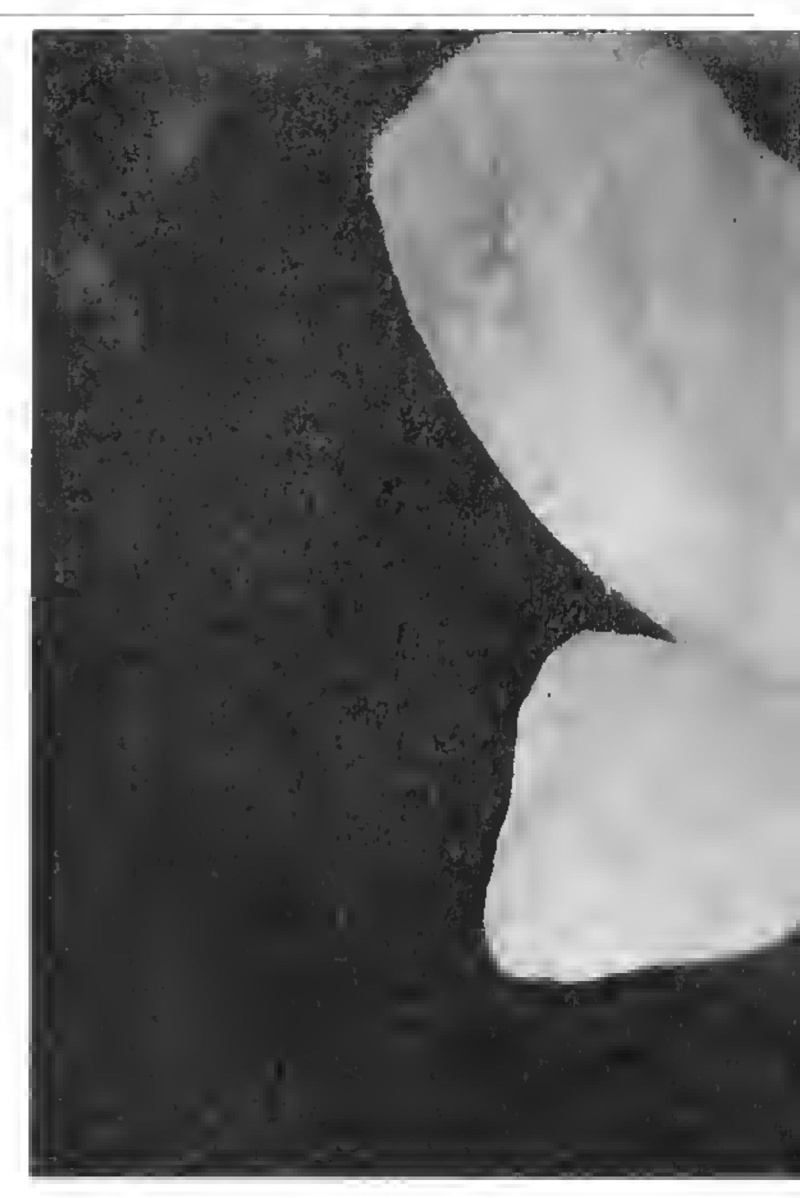
hallaron una cavidad que contenía abejas. Parecían muertas, pero se agitaron de repente y echaron a volar. Fue lo que informó el periódico *Rochester Democrat* el día siguiente.

El *Boston Evening Transcript* del 24 de octubre de 1857 reprodujo la noticia publicada días antes por la *North Bridgewater Gazette* sobre una rana viva que había sido hallada a seis metros bajo la superficie de un terreno. El descubrimiento fue hecho por un hombre que abría un pozo en el poblado de Bridgewater, que se encuentra unos kilómetros al sur de Boston. La rana llamó la atención por su intenso color rojizo.

A fines de 1867 volvería a realizarse un hallazgo igualmente sorprendente. El *Albany Evening Journal* del 31 de diciembre publicó una noticia que sería reproducida poco después por la revista *Farmington Chronicle*. Había sido proporcionada por un militar de apellido Dill, vecino de Phillips, Maine. Decía que un granjero que cavaba un pozo encontró una capa de roca laminada después de alcanzar una profundidad de 50 centímetros. Al perforar la roca encontró tres ranas, aprisionadas entre dos capas, cada una de diez centímetros de largo, pero aplastadas de tal manera que su espesor era apenas de dos. Al cabo de unos minutos mostraron señales de vida, movieron los ojos y comenzaron a hincharse. Media hora más tarde dieron todas un salto y desaparecieron. No quedó ni una sola como testigo de lo sucedido.

Son muchas las noticias de sapos incrustados en la roca que volvieron a la vida después de permanecer en ella cientos de miles de años, e incluso millones. Los paleontólogos y los biólogos de todos los tiempos han negado que esto sea cierto, a pesar de que algunos testimonios podrían ser considerados como dignos de crédito. Entre ellos podría citarse al presenciado en 1875 por Heinrich Schliemann, descubridor de las ruinas de Troya. En unas excavaciones halló dos sapos a una profundidad de 12 metros, así como una serpiente venenosa. Los sapos se encontraban en el lugar desde hacía no menos de 30 siglos. Schliemann no supo explicar cómo llegaron aquellos animales al lugar.

En 1915, cuando se realizaban obras en la iglesia de St James, en



Guelph, en la provincia canadiense de Ontario, construida 23 años antes, se descubrió un murciélago dentro de un muro cubierto con mortero. La noticia fue a dada conocer gracias al periódico *Kingston Whig* del 25 de marzo, que añadió lo siguiente: el albañil creyó al principio que el murciélago estaba muerto, pero al tocarlo lo sintió caliente y respirando. Un tal Art Hicks lo recogió y lo guardó en una caja con tapa de vidrio, con un pequeño espacio para que entrara el aire, y lo llevó a su casa. Por la noche revivió el murciélago del todo y logró escapar. No le agradaba permanecer más tiempo encerrado. Comenzó a volar dentro de la casa, pero el cuñado



de Hicks lo atrapó y lo mató. Art se molestó mucho con él.

Sin abandonar Canadá, podría darse a conocer lo sucedido en 1924 en Otawa, su capital. Cierto Norman Rusk, que trabajaba en la demolición de unos muros de la iglesia de St. Brigid, descubrió algo que le llamó la atención y no dudó en darlo a conocer al periódico local, el *Ottawa Journal*. En su edición del 5 de agosto informó que el hallazgo consistía en una almeja larga de 5 centímetros que mostraba señales de vida. La almeja había permanecido incrustada en los muros desde que la iglesia fue construida, en 1899, y podría haber seguido más tiempo de no haberse realizado las obras.

Las noticias sobre animales, especialmente anfibios e insectos, que vuelven a la vida tras haber permanecido aprisionadas en minerales incluso durante siglos, son muy abundantes. Pero los especialistas niegan que la aplicada abeja a la que admiramos libando el néctar de una delicada flor pueda haber sobrevivido a ese tipo de emparedamiento accidental.

Finalmente, la *Niagara Falls Evening Review* del 4 de septiembre de 1925 declararía que J. E. Wilson, vecino de la ciudad de Toronto, recibió una roca azulada que le mandaron desde Owen Sound, población situada a orillas de la Georgian Bay. Era medio traslúcida, y en su interior podía verse una abeja rodeada de pétalos secos. Al partir el bloque, la abeja emprendió el vuelo, de manera inexplicable. Muy pocos insectos pueden sobrevivir en condiciones semejantes, diría en fecha reciente A. D. Robertson, zoólogo de la universidad Western de London, Ontario, así que todo esto de la abeja volando no sólo es imposible, sino ridículo.

POR QUÉ SE SUICIDAN LOS ANIMALES

Sí, es muy cierto que algunos animales se suicidan, en ciertas ocasiones, pero no siempre por las razones que uno pudiera suponer. No se lanzan sobre las playas huyendo de un enemigo invisible, agazapado en las profundidades del mar, como se ha dicho que hacen las ballenas. Ni se dejan caer en el mar y mueren ahogados por millares porque andan en busca de una tierra perdida, como se dice que hacen unos roedores llamados *lemmings*.

¿Van en pos de la legendaria Atlántida?

Los lemmings son unos roedores que viven en los montes escandinavos. Su ciclo reproductivo es sumamente intenso. En abril es su época de celo y las hembras paren cinco a seis crías a mediados del siguiente mes de mayo, y siguen produciendo nuevos seres cada 25 días hasta fines de septiembre. La mortalidad es alta, pero a pesar de ello la población de estos roedores aumenta de manera muy rápida.

Antes de llegar el año a su fin, descienden en tropel hasta las costas noruegas, donde se abren los fiordos, penetran en las aguas heladas del Atlántico Norte y nadan con furia hasta desfallecer, agotados por el frío y por el tremendo esfuerzo. Terminan ahogándose todos, hasta el último.

¿Realizan los lemmings esta arriesgada operación porque un misterioso instinto les dice que, a muy corta distancia, hallarán una tierra maravillosa que fue la de sus antepasados, donde abunda la comida? ¿Es esa tierra la misma legandaria Atlántida que un buen número de estudiosos del tema ha intentado localizar por todo el océano sin éxito? ¿Se suicidan los roedores escandinavos, cuya conducta ha sido estudiada por tantos zoólogos, de manera tan enigmática e incomprensible por otras razones? ¿Y se conocen otros casos de animales a los que les sucede algo similar?

Si fuera este el único caso de muerte colectiva de animales, quizá podría afirmarse que el instinto les ordena dirigirse a un lugar preciso, tal vez privilegiado. Pero se sabe de otros roedores que realizan idéntico suicidio en masa, sea en el agua como los escandinavos o por tierra. No tan conocido como el caso de los lemmings es el que ocurre en el barranco de Golan, en el norte de Israel, donde cada año se lanzan al vacío cientos de ratas de campo. ¿Acaso huyen de un enemigo que las aterroriza o como único camino para reaccionar ante la falta de espacio y de comida?

Hay otros roedores en Siberia que perecen por su propia voluntad. En la región de Irtich hay numerosas cuevas subterráneas habitadas por cientos de miles de seres semejantes a los lemmings. Cada primavera, cuando se inicia el deshielo, abandonan sus madrigueras y emprenden una larga peregrinación que dura gran parte del verano. Caminan por la margen izquierda del río Yenisei, sin detenerse un solo instante, día y noche. Atraviesan la región conocida como Tunguska —famosa por la explosión misteriosa que a comienzos del siglo XX devastó sus bosques—, pasan al otro lado del río, a nado, y prosiguen infatigables su marcha hasta llegar a la península de Taimyr.

Una vez en esta faja de tierra que se interna en el Océano Glacial Ártico, se lanzan a las aguas siempre heladas y mueren en su totalidad. Se ignora por qué realizan este suicidio masivo de gigantes proporciones. ¿Lo hacen porque andan en busca de un lugar que existió antaño, cuando la región gozaba de un clima excepcionalmente grato, que se cubrió de hielo de resultas del desplazamiento de los polos? ¿Lo hacen por otras razones?

Algo más al sur, sin abandonar el continente asiático, sucede otro tipo de suicidios masivos, con cierta regularidad. Uno de los más importantes tuvo lugar el 4 de octubre de 1981. La agencia de noticias Nueva China dio a conocer lo ocurrido en la provincia meridional de Hunán, por donde se desliza el río Yushi. Los campesinos contemplaron aquel día un espectáculo sorprendente, unos días después de producirse lluvias torrenciales, en toda la región.

Miles de carpas de más de 10 kilogramos estuvieron saltando durante hora y media, cayendo en su mayoría en la margen del río. Los campesinos no tenían más que inclinarse y recoger los

peces que se retorcían. Obtuvieron así varias toneladas sin realizar ningún esfuerzo. Los científicos que supieron de lo sucedido no lograron explicar el fenómeno. Por regla general, sólo saben explicar lo que ya conocen o se adapta a ciertas leyes sabidas. Algunos chinos dijeron, sin embargo, que con motivo de las recientes lluvias, se había producido una enorme concentración de peces en un mismo sitio y no hubo más remedio para las carpas, que no se sentían a sus anchas, que dar saltos y tratar de abandonarlo.

Algo semejante había sucedido 20 años antes en Australia. En diciembre de 1961, los pescadores del sur de Sydney vieron con gran asombro que miles de peces se lanzaban hacia la costa, en una extensión de 300 kilómetros, entre Shell Harbour y Twofold. Nadie supo explicar las razones de aquel gigantesco suicidio. Quedaron tantos peces sobre la playa que hubo que quemarlos, para evitar que su descomposición apestase el lugar.

No son estos casos de supuesto suicidio en masa los únicos en los que han sido protagonistas seres que viven en el elemento líquido.

Son numerosos los suicidios de ballenas

A cada instante, lo mismo en los periódicos que por la televisión, se informa sobre las ballenas que quedaron varadas un día cerca de la playa, en aguas poco profundas, y que terminaron por perecer a pesar de los esfuerzos realizados por los biólogos marinos para devolverlas a su medio natural. En total, se cuentan por centenares las ballenas que se aproximan peligrosamente a las costas, de las cuales terminan muchas por quedar varadas, sin posibilidad de moverse. ¿Lo hacen accidentalmente o buscan suicidarse?

El filósofo griego Aristóteles había mencionado ya este fenómeno, en el siglo IV a.C., pero fue incapaz de hallarle una explicación. En fecha reciente, a comienzos del año 1987, la Dra. Margaret Klinowska, de la universidad de Cambridge, dio a conocer el resultado de las investigaciones realizadas en este sentido. Declaró que todos los cetáceos tienden a suicidarse de esta forma, y más las especies de alta mar. Afirmaba que los cetáceos no se aproximan jamás a la tierra huyendo de los terremotos submarinos, de los parásitos o del ataque de los tiburones. Añadió que suelen orientarse de acuerdo con el campo magnético. Si por mala suerte encuentran en su camino una tierra emergida, siguen adelante porque el campo magnético así lo ordena. Son atrapados entonces por culpa de ese campo que las guía.

El 14 de agosto de 1969, cientos de turistas que se encontraban en las inmediaciones del Cayo Grassy, en la Florida, contemplaron el suicidio de unas 60 ballenas (o acaso su desorien-



El fenómeno de las ballenas sigue siendo estudiado por numerosos científicos. Muchos alegan que estos cetáceos son proclives al suicidio. La foto ilustra el intento humano por salvar a una ballena gris que se encontraba encallada en los hielos de Barrow, Alaska.

tación por culpa del magnetismo). Los enormes cetáceos llegaban a estrellarse con furia contra las rocas. Unos barcos guardacostas que intentaron ahuyentarlas hacia alta mar fracasaron en su intento. Las ballenas regresaban al instante, impulsadas por un incomprensible deseo de morir, más fuerte que el de su sobrevivencia. Debe suponerse que la doctora de Cambridge se equivocó y que sus muchos años de investigar el fenómeno no sirvieron para nada.

Antes de que transcurriesen cuatro meses sucedería lo mismo con un centenar de ballenas, en las playas de la isla de Guyo, en las Filipinas. Y no era la primera vez que algo semejante ocurría en este lugar: 40 años antes había ocurrido aquí el mismo fenómeno inexplicable. Y en las inmediaciones de Porto Alegre, Brasil, unos 200 kilómetros mar adentro, treinta ballenas fueron halladas por los pescadores, ninguna de las cuales estaba lastimada. Los enormes cetáceos habían perecido por su propia voluntad, pero jamás logró averiguarse qué les impulsó a suicidarse.

El jueves 22 de julio de 1976 tocó el turno de suicidarse a 25 orcas, que se lanzaron sobre la playa de Fort Myers, Florida. Solamente sobrevivieron cuatro, que fueron conducidas al *Sea World* de Orlando con la esperanza de que siguieran viviendo. Y el domingo 25 sucedió prácticamente lo mismo con 30 ballenas, en el Cayo Loggerhead. Los vigilantes del faro mantuvieron a los cetáceos varados sobre la arena cubiertos con agua extraída de unas bombas para salvarlos, pero igualmente murieron todos.

De acuerdo con la teoría expuesta por Paul Cardeilhac, veterinario de la universidad de Florida, el misterioso suicidio de la ballenas pudiera relacionarse con ciertas complicaciones posnatales. Las ballenas se aproximarían a la costa, en opinión suya, por culpa de una infección postuterina, frecuente en las ballenas, seguidas por sus crías, para evitar el ataque de los depredadores. Sufrirían una lamentable desorientación y serían seguidas por sus compañeras.

Esta teoría se contradecía con la sugerida por el biólogo norteamericano Dan Odell en 1984: los desplazamientos del Gulf Stream pudieran tener la culpa de que tantas ballenas encallen en las playas. Lo dedujo al ver que el curso de la poderosa corriente cambia de improviso y los cetáceos se encuentran en aguas poco profundas. Pero la explicación, aparentemente lógica, parecía no ser valedera en otros lugares del planeta donde no existe el Golf Stream.



El hombre, al igual que los animales, no es ajeno a las tendencias autodestructivas encaminadas a restablecer el equilibrio hombre-naturaleza. A veces, cuando existe el peligro de un exceso de población y la consiguiente escasez de alimentos previsible, es el estado el que se ve obligado a intervenir, como en el caso de China, donde se penaliza a las parejas que tienen más de un hijo.

Al lado de estos casos sucedidos en el mar valdrá la pena mencionar otros que tuvieron lugar en la tierra firme. Entre ellos está el ocurrido en el verano de 1966, cuando todos los asnos de Sharbish, pequeño pueblo situado en el delta del río, fueron a golpear la cabeza contra un muro, repetidas veces. Murieron todos, con la cabeza destrozada. ¿Cometieron tan insensato acto para protestar contra el trato injusto y cruel recibido de sus amos?

También el ser humano quiere suicidarse

En casi todos los ejemplos mencionados resulta prácticamente imposible, hasta el momento, ofrecer una explicación que convenza a todos. Sólo en el caso de los roedores, seres prolíficos por naturaleza, parece obedecer el suicidio a una razón tan lógica como natural. Es frecuente en sus hembras que aplasten a las crías o incluso que las devoren, cuando nacieran en número exageradamente crecido y escasea la comida.

Es decir, algunos animales que se suicidan obedecen a una sabia ley de la naturaleza que ninguno de ellos puede desobedecer. Ni siquiera los seres hu-

manos se sustraen a ella. Es la ley del equilibrio ecológico. Los animales necesitan alimentarse tanto como un lugar donde vivir y reproducirse. Si escasea la comida y crece la población, han de recurrir a remedios extremos: emigran los que no son útiles a la comunidad y se dejan morir, para que los que se quedaron en casa puedan perpetuar la especie. O caen en la homosexualidad, única forma de frenar el ritmo de nacimientos sin que nadie perezca.

Tal parece que el mismo fenómeno se opera en el hombre, que no puede vivir sin provocar guerras, en especial cuando las epidemias y los cataclismos no bastan para mantener el equilibrio hombre-naturaleza. Y su curiosa belicosidad se manifiesta, en especial, en las grandes ciudades cuyos habitantes han de vivir hacinados, en constante estado de alerta, malhumorados como si esperasen a cada instante una agresión. Es algo que caracteriza a la sociedad contemporánea.

Los sociólogos que han estudiado este singular fenómeno declaran que la violencia y el malhumor caracterizan a las grandes urbes, cuya población se ve atacada a cada instante por elementos nocivos que no existían antaño. Figuran entre ellos la falta de espacio en viviendas cada vez más pequeñas, que obligan a los inquilinos a tener altercados entre sí, las comunicaciones difíciles, que ponen furiosos a quienes temen llegar tarde a su trabajo. Añádase a estos inconvenientes el ruido, que en todas partes está superando por amplio margen los límites tolerados por el oído humano: es la mejor manera de alterar los nervios y conducir a actos violentos.

ENIGMAS DE LA CHINA MILENARIA

Dos pueblos han despertado, desde siempre, el interés por sus muy curiosas características. Uno de ellos ha sido el egipcio, rico en misterios muchos de los cuales se ha intentado descifrar, sin éxito. El otro es el chino, cuya cultura ofrece tantos puntos oscuros y un tremendo reto a la imaginación. Sus orígenes se pierden en la noche del pasado. ¿Aprendieron los chinos gran parte de su saber de la India, que abarcaba costumbres, ciencia y la filosofía budista? ¿Y quiénes se supone que fueron los primeros chinos?

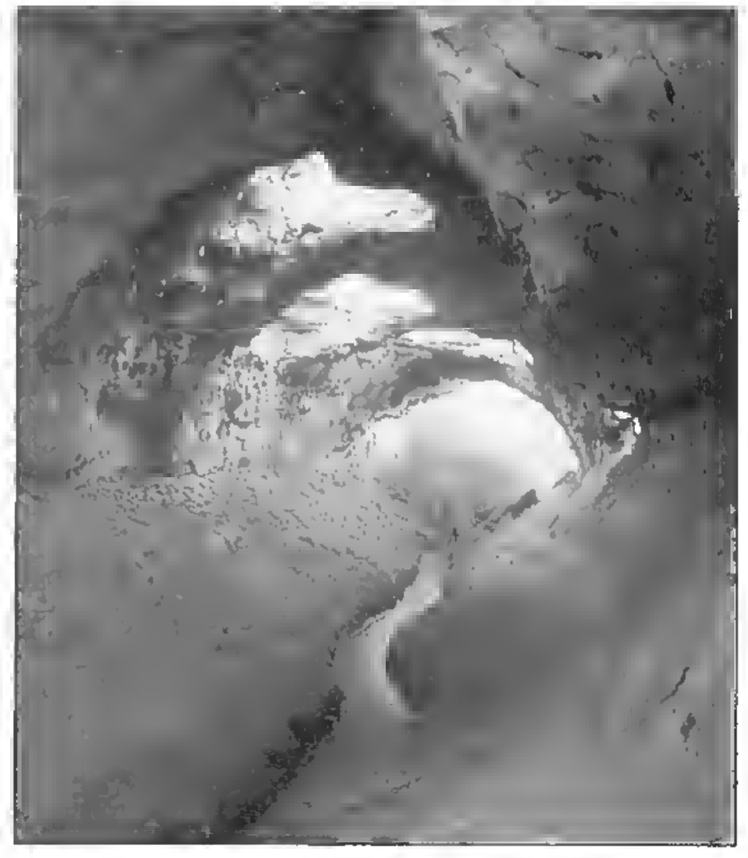
Los incendios forestales, casi siempre provocados de forma criminal o como resultado de un descuido, son cada día más numerosos y contribuyen a acentuar el desequilibrio ecológico. De seguir así, el planeta dejará de contar pronto con tierras de cultivo, porque se habrá convertido todo él en un vasto desierto.

¿Fueron antepasados de la llamada raza amarilla?

En la región occidental de China es donde se han realizado, posiblemente, los descubrimientos históricos más importantes. En las estribaciones de los montes Karakorum se encuentra la provincia de Sinkiang, llamada antaño Turkestán chino. El explorador alemán Nicolas Roerich, tan admirado por los nazis por sus viajes en tierras del Tíbet, encontró en este lugar unos extraños pasajes subterráneos, sobre cuya







autenticidad existen algunas dudas. Los nativos le contaron que gente muy extraña sale en ocasiones de las grutas. Por el mismo lugar está la cordillera de Baian Kara Ula, donde el profesor Chi Pu Tei hizo durante el año 1938 un asombroso hallazgo, en el interior de unas cuevas.

Eran unas pinturas que representaban a unos seres cubiertos con lo que parecían cascos, rodeados de círculos unidos con líneas: eran el Sol, los planetas y las estrellas. Pero algo más había en el interior de las grutas. Eran unos esqueletos humanos de corta estatura y cráneo voluminoso. Junto a ellos, más de 700 discos de granito, de cuyo centro agujereado partía un doble surco que describía una espiral para regresar al centro.

Los etnólogos de la expedición pensaron que los restos pertenecían a individuos de las tribus *Dropa* y *Kham*, que vivieron en la región en tiempos lejanos y fueron extinguiéndose. Pero tuvieron que cambiar de opinión al comprobar que los enormes cráneos parecían pertenecer a seres más evolucionados que los primitivos pobladores del lugar. El misterio no logró ser aclarado, por falta de elementos suficientes, razón por la cual quedó relegado el asunto al olvido durante los siguientes 25 años.

En todos los países de la Tierra existen leyendas antiquísimas sobre el arribo de seres venidos a bordo de extrañas naves voladoras. También en el este de China han sobrevivido historias de OVNI que no han podido ser confirmadas, pese a los extraños hallazgos en las cuevas de la región. Pero en este caso sucede algo muy curioso: el hecho de que sea una región montañosa y aislada impide que lleguen a ella leyendas de otros lugares ricos en historias sin fundamento.

En 1962 quiso resucitar el caso cierto profesor Sum Um Nui, de la Academia de Prehistoria de Beijing. Descubrió que los discos estuvieron expuestos, en alguna ocasión, a elevadas tensiones eléctricas y que conservaban aún un inexplicable ritmo vibratorio. ¿Cómo explicar tan curioso fenómeno? El científico declaró que conocía la respuesta: los discos contenían un mensaje y él había logrado traducirlo.

Supo del hallazgo, el siguiente año, un científico soviético en ocasión de viajar a la capital china. De lo que escuchó de Sum Um Nui resultó un increíble reportaje que publicó *Sputnik*, la prestigiosa revista moscovita. Era un historia bastante difícil de aceptar, aquella que contó Vyachislav Zaitzev.

Decía el mensaje contenido en los discos —no se aclaró de qué manera logró traducirse, ni en qué lengua se



grabó en la piedra por medios desconocidos— que hace unos 10.000 años llegó a la Tierra una nave voladora procedente del espacio. Era de tamaño gigantesco y transportaba a varios cientos de seres. Fue a aterrizar en los montes de Baian Kara Ula sin caer en la cuenta los tripulantes de que la gravedad terrestre era demasiado intensa para una nave tan pesada y que les resultaría imposible despegar más tarde con unos motores tan poco poderosos. Quedaron condenados los extranjeros a permanecer el resto de su existencia en nuestro planeta.

Los habitantes de las montañas eran sumamente primitivos. Reaccionaron ante la presencia de los desconocidos de cabeza voluminosa como hacen los salvajes temerosos ante lo que no logran comprender: persiguieron a los náufragos del cosmos, dispuestos a matarlos. Las leyendas de la región parecen confirmar esta historia inverosímil, pues mencionan a unos seres de tez amarillenta y corta estatura que descendieron un día del cielo a bordo de un ave resplandeciente que lanzaba fuego y atronaba el espacio.

Como en otros tantos lugares del mundo, también en China ha llegado hasta nuestros días la leyenda según la cual fueron unos seres venidos del cielo los que colonizaron, con mayor o menor dificultad, aquellas tierras. Incluso hay quien defiende que la sabiduría tradicional y el afán de conocimientos que siempre ha caracterizado al pueblo chino proviene de esos misteriosos seres.

Añaden que algunos sobrevivieron. ¿Fueron los antepasados de la raza amarilla, que legaron a sus descendientes parte de sus vastos conocimientos?

El lector decidirá si debe creer o no esta historia, que no sólo no ha podido ser confirmada, sino que se ha dudado incluso de la existencia del profesor de nombre estrambótico y hasta de los discos.

Dos dudosas pirámides y una enorme muralla

Algo más al norte de las grutas se yergue un monumento de piedra de dimensiones colosales, cuya existencia jamás ha sido confirmada oficialmente por los arqueólogos chinos. Se trata de la llamada pirámide de Chan Pan Chan, que los habitantes de la región consideran sagrada y han convertido en meta de numerosas romerías. Abundan en el lugar las leyendas, que poseen asombrosas semejanzas con los textos babilónicos y bíblicos.

Dicen que después de un diluvio que aniquiló a casi toda la humanidad subieron los escasos sobrevivientes a la

cima de los montes, para esperar en lo alto el descenso de las aguas. Cuando todo regresó a la normalidad levantaron en las llanuras altos edificios que les salvarían de perecer ahogados en caso de producirse nuevos cataclismos. Hubo también, en esta ocasión, un castigo divino para quienes construyeron los altos edificios, que consistió en confundir las lenguas.

Este mito sería igualmente conocido en el otro extremo de China, en la región bañada por el Hoang-ho, río sagrado para los chinos como lo siguen siendo el Nilo para los egipcios y el Ganges para los hindúes. Una vieja leyenda informa que el Hoang-ho creció una vez tanto que inundó las tierras y murieron todos los campesinos. Sólo se salvaron un noble anciano y sus familiares, a bordo de una embarcación. Aquel Noé chino se llamaba Nu-Wah. ¿No recuerda este nombre al del patriarca bíblico?

Por esta región oriental de China se encuentra otra pirámide misteriosa. Es misteriosa porque sólo rumores circulan acerca de que esté en la provincia de Chansi, casi un centenar de kilómetros al suroeste de Sian, que es su capital, en el sur de China. Las autoridades no se han molestado en confirmar o en negar la existencia de la pirámide. ¿En qué se basan quienes la defienden? Solamente en las declaraciones hechas por unos pilotos norteamericanos que afirmaron haberla fotografiado cuando volaban sobre una zona prohibida en razón de su importancia estratégica. Afirmaron que la estructura alcanzaba los 300 metros de altura y que sus cuatro caras estaban pintadas, cada una de diferente color.

¿Cuándo fue construida esta pirámide, cuyos colores parecían coincidir con los adoptados en los ziggurats babilónicos y los teocalis precortesianos? En opinión de quienes creen en el hallazgo, fue erigida la pirámide durante la dinastía Hsian, que reinó en la China del siglo XX a.C. Es decir, unos catorce siglos antes de que Nabucodonosor ordenase remendar la legendaria torre de Babel y mil años después de edificar los sumerios su primer ziggurat de ladrillos. ¿Sufrieron los aviadores una confusión y creyeron ver una enorme pirámide en lo que era tan sólo una sencilla colina de forma cónica casi perfecta, como hay tantas en China con las laderas convertidas en terrazas por los campesinos para cultivar arroz? Esta técnica se practica en China desde tiempos muy lejanos, y los apresurados pilotos pudieron haber tomado una cosa por otra.



Están tan perfectamente bien trazadas las terrazas para cultivar arroz, en China, que muy bien pueden haber hecho creer a los aviadores siempre apresurados que se trataba de auténticas pirámides. Si alguno fotografió las colinas y descubrió su error, es muy posible que se haya abstenido de confesarlo. Es muy natural.

No existe la menor duda, en cambio, en cuanto a la existencia de otro monumento fotografiado por miles de turistas venidos de Occidente. Es la llamada Gran Muralla. Los griegos no tuvieron ocasión de conocerla y por esta razón no la incluyeron en su catálogo de maravillas del mundo. Mala suerte para ellos, porque no hubieran dudado en considerarla una construcción admirable, única en su género.

Fue comenzada a construirse la Gran Muralla en el siglo III de la era cristiana, en tiempos del arrogante emperador Shi Tsin-ti, para defender el país del ataque de las hordas hunas. Se tardó 20 años en construirla y su longitud alcanzó los 3.200 kilómetros. Hicieron falta 30 veces más bloques de piedra que para levantar la Gran Pirámide de Egipto. Algunos autores han dicho que la muralla es el cementerio más gigantesco del mundo,



pues a ambos costados fueron enterrados no menos de 400.000 hombres que trabajaron hasta reventar.

La Gran Muralla posee además una curiosa peculiaridad: llega hasta el mar y se interna bajo las aguas un largo tramo. ¿Significa esto que el mar de China estuvo en otros tiempos muy por debajo de su nivel actual, o que las costas de China se están hundiendo? No es nada difícil que esto haya sucedido, pues existen pruebas irrefutables de que el archipiélago nipón, que se encuentra enfrente, se está inclinando también hacia el este. Y algún día se hundirá en una buena parte en el océano Pacífico.

Cada día es mayor el número de turistas llegados a China desde el extranjero que van corriendo de inmediato a conocer de cerca la Gran Muralla y a dejarse fotografiar en ella, como si fuera un vulgar trofeo de guerra. Pero ninguno sabe que esta muralla se interna por un extremo en el mar, de manera por demás extraña.

El primer chino que vivió en Beijing

En las cercanías de la Gran Muralla, en un lugar conocido como Chu Ku-tien, no muy lejos de Pekín —la capital china se llama ahora Beijing, y así habrá que seguir llamándola, para no llevar la contraria a nadie—, fueron descubiertos en 1928 unos restos, al parecer humanos, cuya antigüedad calcularon los antropólogos en varios cientos de miles de años. En aquellos tiempos no se conocían las técnicas para determinar con mayor exactitud la edad de un cuerpo. Había que basarse en la edad de la capa geológica donde fue descubierto. Y si alguien se divertía dejando caer en el lugar la quijada de un burro o un parietal que no sirvió en sus estudios a un futuro médico, podía suceder lo mismo que en Piltdown con los famosos restos mencionados en la primera parte de esta obra.

El caso es que aquel ser primitivo, supuesto antepasado antropoide del actual hombre, tenía mucho de simio, pero se supuso que podía caminar erguido. Por esta razón, los sabios de la época —que ninguno era chino— le dieron el pomposo nombre de *Homo erectus pekinensis*. Lástima que no pudieran realizar entonces estudios más precisos del ilustre antepasado, porque cuando pudo finalmente contarse con técnicas e instrumentos adecuados para determinar su antigüedad, los restos no existían ya. Se perdieron to-



Es posible que el emperador Qin haya sido un hombre despistado y que mandó crear un ejército de soldados de arcilla que lo acompañasen en su última morada para evitar que lo devorasen los perros. Pero es indudable que realizó una obra sumamente importante, comparable sólo con las figuras de Jaina, en México.

dos, durante la guerra de invasión de China emprendida por los japoneses.

En 1933, un etnólogo de nombre Franz Weidenreich, nacido en Alemania, descubrió casi en el mismo sitio un cráneo que parecía pertenecer a un anciano de la raza caucásica. A su lado había otro de mujer polinésica y otro más de mujer esquimal. Y en los tres casos, los restos se encontraban en el lugar desde hacía más de 30.000 años. Jamás se pudo explicar por qué tres seres tan diferentes se hubieran reunido cerca de la que sería, al paso de los siglos, la capital china.

Curioso hallazgo en el desierto de Gobi

Es una vasta extensión situada a una altitud promedio de 900 metros sobre el nivel del mar, casi tan grande como Argentina o México, que ocupa el norte de China y parte de la árida Mongolia. Forma un gigantesco valle rodeado de montañas y al contemplarlo se cree estar ante el antiguo lecho de un mar o de un inmenso lago que se secó hace miles de años.

¿Cuándo sucedió este desecamiento del mar o del lago, cuando las arenas lo invadieron todo convirtiendo el lugar en un desolado páramo? En opinión de los geólogos, esta región gozaba de un clima sumamente agradable —igual que había sucedido en el desierto del Sahara— hasta que en el curso del periodo Jurásico — coincidiendo con la misteriosa extinción de los dinosaurios— sufrió un violento cambio. Así parecen demostrarlo los fósiles hallados en la región, pertenecientes a seres que solamente podían vivir a orillas de un lago o de los pantanos.

En un lugar del desierto de Gobi, a corta distancia del lago Lop Nur, hoy seco, acudieron en años pasados los físicos chinos a realizar las primeras pruebas con bombas atómicas. Descubrieron en el lugar arena vitrificada, que databa de muchos miles de años. Jamás lograron descubrir la fuente

calorífica que hizo fundir la arena. ¿Acaso fue un meteorito? No hallaron vestigios de su caída.

En este desierto se realizó en años pasados un importante descubrimiento. El hallazgo tuvo lugar en las ruinas de Khara Khora, ciudad ya desaparecida, y lo realizó un ruso de apellido Koslov.

Era un sarcófago doble, dentro del cual reposaban dos cuerpos humanos, uno al lado de otro: uno era de hombre y el otro su compañera, perfectamente bien conservados ambos dentro de su calidad de momias. Se explicó entonces que se trataba de una pareja real y que el lugar del hallazgo podría corresponder con la legendaria Uighur que figura en las leyendas locales.

Se encontraron en esta tumba joyas acompañando a los dos cuerpos, así como ciertos dibujos en los muros. Llamó la atención la repetición de una motivo decorativo: algo que podría tomarse como la letra griega *mu*, que simboliza al mar, tan semejante a la representación del signo Acuario del Zodiaco, que tanto tiene que ver con el líquido elemento.

Los análisis practicados en los tejidos orgánicos de la pareja revelaron una antigüedad de 12.000 años, época en que algo sucedió en el planeta, posiblemente un gigantesco cataclismo que sigue presente en las leyendas de numerosos pueblos.

Otros curiosos hallazgos, de fecha reciente

Arqueólogos que exploraban, en 1983, una tumba de la dinastía que se remontaba a los primeros años de la era cristiana, localizada en Chengdu, hallaron diversos objetos carbonizados que tenían aspecto de haber sido frutas y nueces. Cubrieron los restos con agua destilada y un lienzo esterilizado. Un mes más tarde, los objetos carbonizados habían germinado. Los arqueólogos vieron que eran 40 retoños verdes, que crecieron y dieron finalmente frutas con forma de dátiles, que se tornaron rojas y adoptaron la forma de huevos. Finalmente, se descubrió que eran tomates. Este descubrimiento desconcertó a los científicos, puesto que se había establecido sin lugar a dudas que los tomates son una solanácea originaria de México, que fue conocida en Europa gracias a los españoles que la trajeron del Nuevo Mundo.

¿Existió en la antigüedad una estrecha comunicación entre China y el continente americano, que permitió dar a conocer ciertos productos de unos países en otros? Antes de llegar a su fin el presente capítulo se dará a conocer alguna información que podría contestar afirmativamente a esta pregunta y explicaría también el hecho de que Confucio, antes de lanzarse a viajar para adquirir sabiduría en el siglo V a.C., fue inspector en los mercados de maíz, a pesar de que esta gramínea es considerada también originaria de México.

Antes de llegar a la navegación china y a la posibilidad de que sus navíos llegasen a América, se verán dos detalles curiosos más, acerca de la sorprendente técnica de este pueblo, en la más remota antigüedad, hace más de 20 siglos. A mediados de 1986 se descubrieron unas tumbas, viejas de 5.000 años, en las montañas de la provincia de Liaoping, en el noreste de China. Así lo dio a conocer a sus lectores el periódico *Guangming* del 1º de septiembre de aquel mismo año. A la vez, dio a conocer, el hallazgo de 50 momias, muy bien conservadas pese a tener 8.000 años, en la región de

Dicen los historiadores mexicanos que el maíz es una planta sagrada donada por los antiguos dioses. Sin embargo, ha existido desde siempre en su forma silvestre en todo el continente americano, igual que el algodón. Los peruanos afirman ser los primeros en haber conocido el maíz, y los chinos dicen que lo llevaron a América desde su tierra. ¿A quién creer?



Xinjiang Uighur. En las tumbas de Liaoping aparecieron exquisitos objetos de jade: pendientes, brazaletes y otros objetos, además de piezas de cerámica pintadas. Los cuerpos se encontraban dentro de unos sarcófagos de piedra.

Y sin abandonar por el momento las tumbas, se dirá que en una pequeña isla cercana a la costa de Campeche, en el Golfo de México, una prohibición pesa sobre quienes quisieran acercarse a ella. Nadie del lugar desobedece la orden, y no por evitar dificultades con la policía, sino porque tienen miedo los nativos a adentrarse en el mar y pisar el suelo de la isla: la islita de Jaina es un antiquísimo cementerio que posee una peculiaridad que la ha hecho famosa. Se han encontrado pequeñas figuras humanas de barro, que parecen ser la imagen de quienes en ella duermen el sueño eterno.

Dos aspectos de Jaina llaman la atención: uno es el hecho de que algunas de las figuras posean rasgos e indumentaria orientales. Otro, que sean centenares las estatuillas, de perfecta hechura. Algún tiempo se creyó que eran únicas en el mundo, hasta que un descubrimiento realizado en China, en 1975, vino a demostrar que existía un lugar aún más rico en objetos de forma, hechura y tamaño semejantes. Y si en Jaina sirvieron para que los vivos recordasen a los difuntos, la finalidad de las estatuillas chinas fue que el emperador dispusiera a su muerte de un ejército capaz de protegerlo en el otro mundo.

En el curso del siglo II a.C., el emperador Qin unificó el territorio chino y gobernó el país desde su lujoso palacio de Sian. No fue él quien ordenó iniciar la construcción de la Gran Muralla, pero sí hizo levantarla algo más, para impedir el paso a las hordas enemigas. Era un hombre muy cruel, este Qin, pero dejó de serlo a partir de la noche, dice la tradición, que sufrió una espantosa pesadilla en el curso de la cual era desmembrado y echado a los perros famélicos.

Consciente de que la muerte es sólo un sueño de más larga duración, se propuso realizar ciertos cambios en su conducta antes de ordenar algo que sería de verdad sorprendente. Acabó con el feudalismo que había caracterizado a su reinado, implantó un código jurídico, un sistema monetario y de pesas y medidas, además de dar forma al nuevo lenguaje escrito. Pero obsesionado con el fin espantoso que había soñado y con los perros que lo habían devorado, encargó a sus artistas la elaboración de un ejército formado por 7.500 soldados de arcilla, todos diferentes, que lo defenderían de sus enemigos, humanos o caninos, cuando no fuera ya de este mundo.

Los chinos que llegaron al antiguo México

En 1976, Hasso von Wining, asesor de arqueología mesoamericana para varios museos de Estados Unidos, declaró que no tenía la menor duda de que hubo antaño un estrecho contacto entre Asia y México, pero ignoraba su cuantía y de qué forma se operó. Añadió que hay numerosas semejanzas entre el arte chino y el olmeca, y que no son obra de la casualidad la aparición de idénticos animales en los calendarios chinos y mesoamericanos, así como los colores asociados a los cuatro puntos cardinales.

En agosto del mismo año, en ocasión de celebrarse un Congreso Orientalista en Ann Arbor, Michigan, el profesor Denis Lou afirmó que hubo en el pasado tres momentos cruciales en la emigración asiática hacia el continente americano. El primero, en el III milenio a.C., se caracterizó porque dominaron los rasgos culturales de la dinastía Chang, en especial en Chiapas. El segundo momento sería descrito a través de la literatura china de la dinastía Chun Chiu (siglos VII al V a.C.) y mencionaría los grandes navíos de doble cubierta, construidos con madera de los cedros de Yuangtung.

El tercer momento corresponde a los siglos I y X de la era cristiana y dio comienzo con la dinastía Han, la misma que introdujo en China el budismo. Las actividades marítimas desaparecieron cierto tiempo, pero a partir del siglo VI, reinando la dinastía Tang, volvieron los chinos a construir enormes barcos que podían transportar cientos de pasajeros. Navegaron por los océanos Índico y Pacífico en busca de nuevos mercados para sus productos.

El relato del primer viaje transpacífico realizado por los chinos cono-

cido fue redactado en 2200 a.C. por el ministro Yu por instrucciones del emperador Shan. Se tituló *Shan Haiking* y describía el país montañoso que se extendía en la otra orilla del mar. Esta obra, considerada el documento geográfico más antiguo de la humanidad, logró sobrevivir a otros textos chinos y a la falta de interés de los historiadores. Aquel viaje no fue el único. El emperador Ching Jao había ordenado, en el año 2357 a.C., organizar dos expediciones por mar. Una hacia el sur, al mando de Hi-Chion. La otra se dirigió al este, al mando de Hi-Chung, para establecer la posición de diversas estrellas. Fueron ambas expediciones científicas.

Pero no serían estos viajes los más importantes realizados por los chinos al continente americano, sino el que figuraba en un texto escrito en el 600 de la era cristiana por Mah Tuan-lin. Narraba el viaje realizado por cinco monjes budistas a un país situado en la otra orilla del océano, al que dieron el nombre de Fu-Sang. A partir de la dinastía Han, cuando el budismo comenzó a imponerse, era lógico que los monjes de la nueva religión desearan darla a conocer fuera de China. Así sucedería más tarde con los misioneros cristianos y musulmanes.

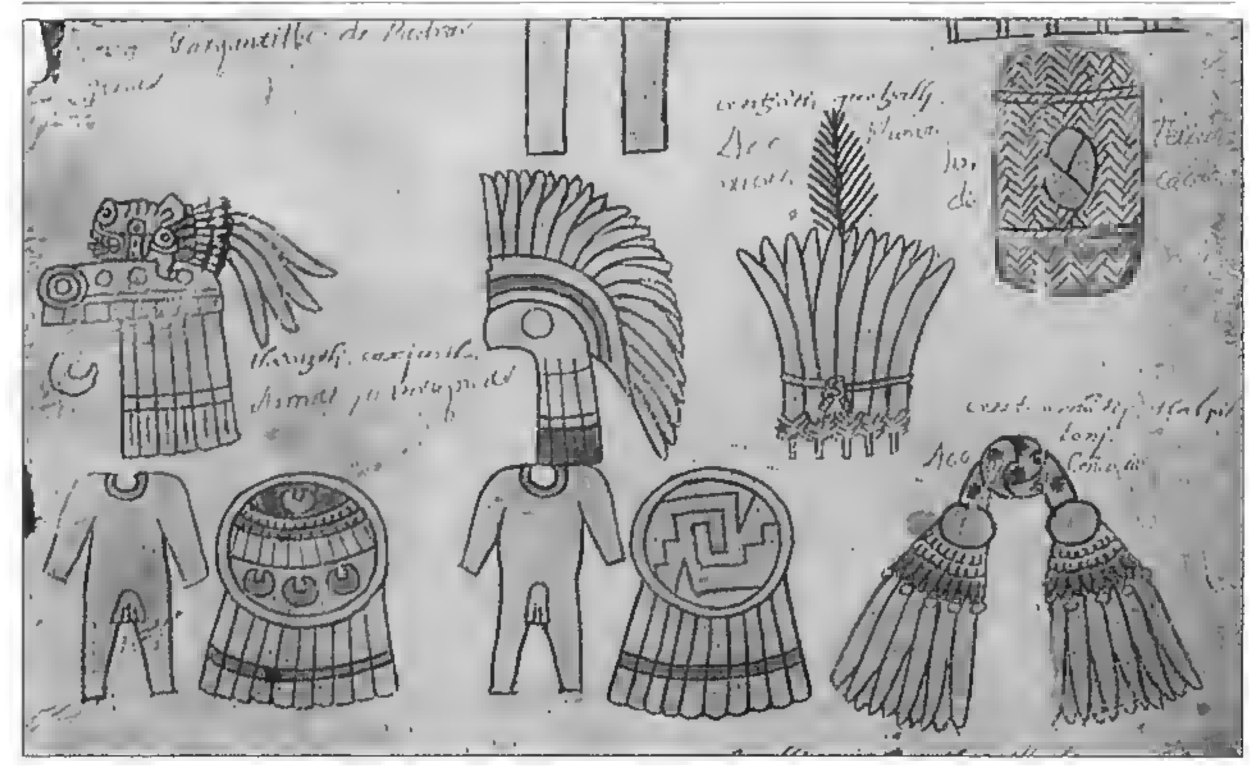
El monje budista Hui Shin hizo planes para emprender, en el año 452, la larga travesía. Regresó a su patria en el 499. De su viaje resultaría la crónica escrita por Mah Tuan-lin, donde se explicaba que Hui Shin y sus compañeros navegaron hasta Alaska, de donde siguieron a lo largo de la costa, rumbo al sur, y que conocieron un pueblo bastante civilizado que sabía pintar en la corteza de un árbol semejante a la higuera. Aquella gente conocía el oro y la plata, y también el cobre, pero no así el hierro. Pero también a Sudamérica viajaron los chinos, mucho antes de hacerlo los monjes budistas a la región mexicana conocida hoy como Michoacán.

Al parecer, los chinos dieron a conocer en el antiguo Perú un elemento que resultaría sumamente importante para los habitantes de este país: los *quipos*. Se trata de unas cuerdas con nudos que servían para hacer cálculos y transmitir mensajes. No constituían una escritura, sino que servían para recordar frases y momentos importantes. El equivalente chino de los quipos había sido inventado, en el año 2953 a. C., por Sui Gin Chi, padre del legendario emperador Fo-Hi. Y al viajar más tarde los chinos al continente sudamericano, darían a conocerlos entre la población.



Es lógico pensar que durante la dinastía Han, época en que se asentó el budismo, sus monjes quisieron extender su práctica más allá de China y, así, la llevaran al continente americano. En esta pintura china del siglo XVI se observa a dos eruditos que, sentados bajo plataneros, acompañan con música sus poesías.

De estas curiosas cuerdas anudadas derivarían los nudos mágicos, como el gordiano cortado por Alejandro Magno, de neto origen asiático, las corbatas con nudos que poseen un valor esotérico y el cinturón con nudos de los hábitos monacales, inspirados en una misteriosa costumbre oriental, sin duda china, cuyo verdadero significado se fue perdiendo .



Los códices precortesianos eran pintados sobre tiras de corteza de amate o sobre hojas de maguey, y la misma técnica fue utilizada en China. En ambos casos, el texto se extendía a lo largo de varias hojas que podían abrirse formando una especie de acordeón, y se utilizaba una escritura pictográfica.

El misterioso origen de las anclas

Al hablar de los poderosos navíos chinos de antaño, algunos de los cuales alcanzaban el centenar de metros de eslora, por fuerza hay que mencionar a las anclas, sus compañeras indispensables. Hace un siglo, un misionero occidental encontró en los archivos de Sian, capital de la provincia china de Shensi, un texto sobre cierto Hee-li, quien habría desembarcado, en el año 217 a.C., en lo que es hoy la bahía de San Francisco. Este hombre estaba al mando de un navío de 50 toneladas, cuando reinaba la dinastía Chiu (siglo III a.C.). Los barcos eran entonces de enorme calado. Una tempestad lanzó al barco fuera de su ruta y llegó a unas tierras desconocidas, al este. Esta aventura fue objeto de una crónica que se conservó en Sian. Pero lo más asombroso era que mencionaba las anclas de la embarcación

Se han encontrado anclas de piedra en diversos lugares del Mediterráneo. Datan de la Edad de Bronce (1500 a 100 a.C.) y tenían a un costado un orificio, que permitía atarles una cuerda. Se dejaba caer la enorme piedra hasta el fondo marino y el barco permanecía inmóvil. Estas anclas de piedra fueron utilizadas por las embarca-ciones que surcaban el Mare Nostrum hasta que los griegos inventaron unos ganchos metálicos que se hundían mejor en el suelo marino.

En la *Historia de la dinastía Liang*, escrita en 502 d.C., se cita también el viaje del monje budista Hui Shin. Hace un siglo se despertó en Europa un enorme interés por conocer más de este tema y de las anclas, a pesar de que numerosos sabios afirmaron que se trataba de una fantasía carente de base. Gustav Schlegel, de la universidad holandesa de Leyden, había dicho en 1892, a pesar de las opiniones adversas, que Fu-Sang fue conocida por los cartógrafos chinos. Otros expertos declararon que Fu-Sang no fue otra cosa que Corea, o tal vez la isla de Sajalín, situada al norte de Japón, habitada por los sorprendentes *ainos* de tez clara. Pero se aceptó, finalmente, que la corriente transpacífica del Kuro-Siwo pudo haber arrastrado cualquier género de navíos hacia el este, partiendo de China.

Fang Zhong-ou, experto chino en historia de la náutica antigua de su país, resucitó en agosto de 1980 este asunto de Hui Shin. Describió la construcción de barcos y la habilidad de los navegantes chinos para surcar el océano. En opinión suya, los chinos utiliza-

ron anclas de piedra con un orificio. Se refirió a una crónica del año 417 d.C., donde se decía que «el mar es tan profundo que resulta imposible utilizar las anclas de piedra».

Añadía el historiador chino que sus antepasados enseñaron a los antiguos mexicanos a escribir —se supone que la escritura pictográfica, a base de dibujos como en las tiras cómicas, utilizados por los aztecas—, a adornar sus edificios y a adorar a Dios. Otros expertos han declarado que unas presuntas anclas descubiertas en 1973 en las cercanías de Los Angeles debieron pertenecer a un barco hundido hace un siglo, cuando llegaron a California sucesivas oleadas de emigrante chinos, y las piedras serían de una cantera local. Pero, a pesar de estas objeciones, debe convenirse en que los chinos utilizaron anclas de piedra.

LOS DOS ENIGMAS DE NAPOLEÓN

Nadie en el mundo ignora quién fue Napoleón Bonaparte. Podría hablarse horas y horas de su carrera militar fulgurante, de sus triunfos en el campo de batalla, de su expedición a Egipto gracias a la cual surgiría en el mundo occidental una pasión exagerada por el arte egipcio y el país de los faraones. Se podría decir mucho de sus amores turmentosos con Josefina, de cómo se convirtió en emperador de los franceses, de la isla de Elba, de su derrota en Waterloo y su destierro a la isla de Santa Helena. Pero hay otros aspectos de su existencia acerca de los cuales muy poco se ha dicho, que parecen pertenecer al terreno de la fantasía o, simplemente, de lo insólito.

A Napoleón Bonaparte, hombre vanidoso en exceso, le agradaba promover el arte y, de ser posible, que los pintores plasmasen en el lienzo el aspecto glorioso de las batallas por él ganadas; aunque algunos artistas prefirieron dejar constancia de momentos más dramáticos y menos gloriosos,



El astrólogo que derrotó al emperador

Unos meses antes de convertirse en emperador, tras la frustrada expedición a Egipto, sucedió algo muy extraño en el jardín de las Tullerías, antiguo palacio real situado a orillas del río Sena y que no existe ya. El lugar, convertido en jardín adornado de estatuas, ha conservado ese nombre de Tullerías y se encuentra a muy corta distancia del Museo del Louvre, en la ciudad de París.

La noche del 20 de marzo de 1804, dos granaderos de la guardia vieron el resplandor de una linterna moviéndose al otro lado del jardín, mientras emitía una luz rojiza. Los dos granaderos corrieron hacia el lugar donde suponían que debía localizarse el intruso. Dispararon sus armas. Encontraron, a los pocos pasos, una linterna quebrada y un gabán de color rojo. ¿Pertenecía al mismo sujeto que en noches pasadas había asustado a unos compañeros de guardia?

Descubrieron además algo revelador: unas manchas de sangre. Esto confirmaba que el intruso no era un espíritu venido del más allá, sino un ser humano, de carne y hueso. Siguieron el rastro de sangre y llegaron a una casa cercana. Abandonaron los granaderos el lugar y fueron a informar al propio Bonaparte de lo sucedido. Esperaban obtener una recompensa por haber herido al misterioso hombre rojo de las Tullerías, del que tanto se hablaba. Pero se llevaron una sorpresa al informar de lo sucedido.

El corso los escuchó en silencio y cuando los soldados terminaron de hablar los despidió con un gesto. Una vez a solas pensó si el hombre herido sería un viejo conocido que años atrás le hizo una profecía, que halagó su vanidad. Pero se había enfurecido terriblemente poco después, al conocer el final de la misma.

El 2 de diciembre del mismo año, olvidado ya el incidente de las Tullerías, Napoleón Bonaparte tomaría de manos del papa Pío VII la corona imperial y se la colocaría él mismo en la cabeza para proclamarse al mismo tiempo emperador de los franceses ante la mirada perpleja de los miembros de la nobleza europea invitados a presenciar la coronación. Los generales bonapartistas, en cambio, se sintieron sumamente satisfechos. Había llegado para el patrón el momento de gloria.

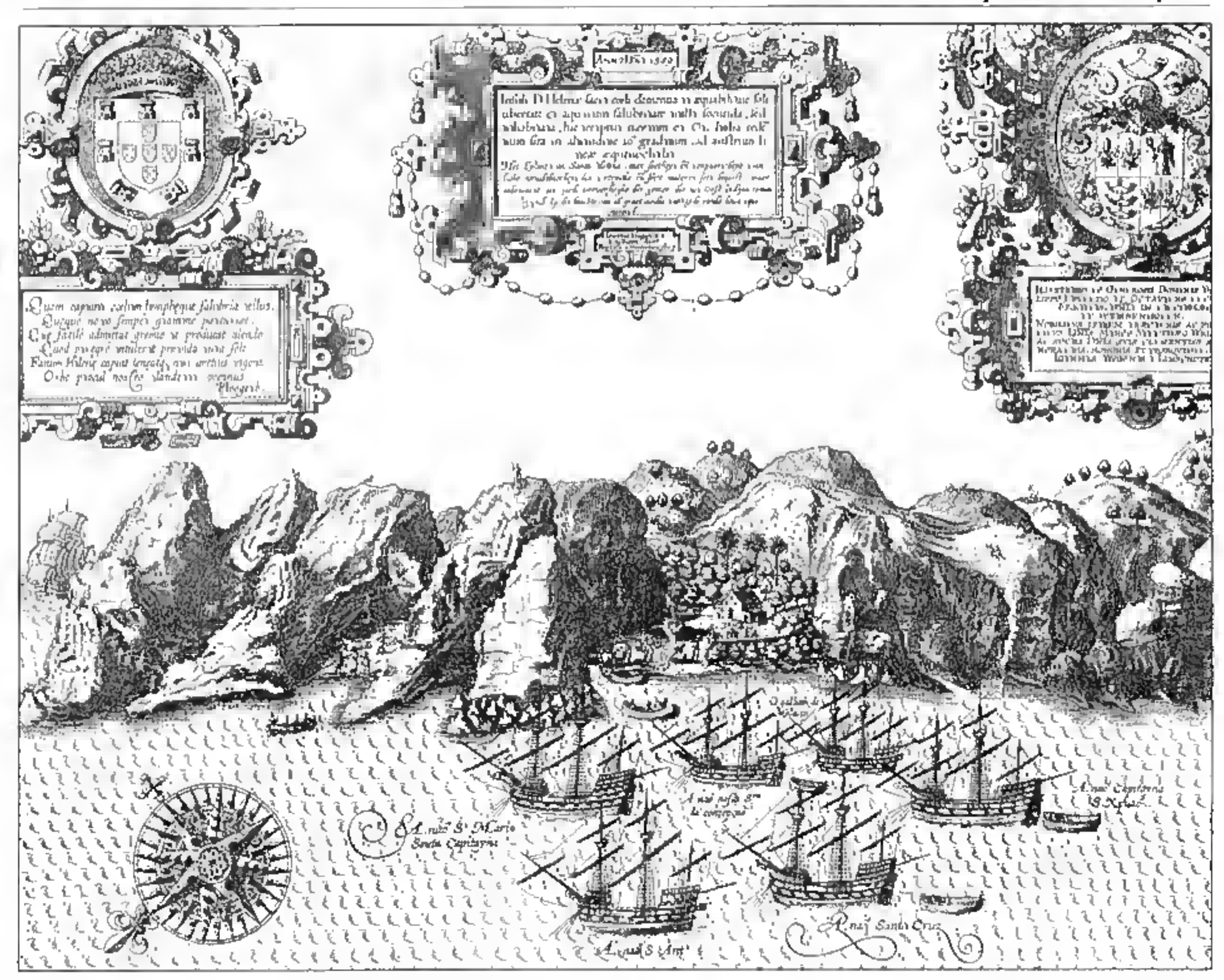


Seguro que a Napoleón Bonaparte no le hubiera agradado verse representado así, convertido en ruina humana, en los últimos años de su existencia transcurridos en el cautiverio. Así lo vio Vila en esta escultura existente en el Museo de Versalles.

Se cumplía así, en aquel momento, la primera parte de una profecía hecha muchos años atrás por un curioso personaje, así como se hacían realidad los vaticinios que en torno a su futuro se habían hecho en el momento de nacer. Sucedió esto un día de agosto de 1769 en el pueblo de Ajaccio, en la isla de Córcega.

Nació en circunstancias extraordinarias

Después de pertenecer largo tiempo a Génova, la isla de Córcega acababa de pasar a manos de Francia. Y la semana que precedió al nacimiento del pequeño había tenido lugar lo que muchas personas consideraron importante acontecimiento: la noche del 8 de agosto había pasado sobre París un fulgurante co-



La isla de Santa Helena, último rincón del mundo que vio morir al genial Bonaparte, aparece en este viejo grabado de 1599, realizado casi siglo y medio antes de ser desterrado a tan apartado lugar el hombre que acababa de sufrir una derrota en Waterloo.

meta, que siguió su camino hacia Córcega y fue a perderse finalmente en el océano Atlántico.

Los cometas no sólo anuncian grandes calamidades, sino también sucesos de enorme trascendencia, pensaron entonces miles de personas supersticiosas. Lo interesante es conocer si serán buenos o malos. Se recordó en aquella ocasión que al nacer Alejandro Magno y Julio César fueron vistos sendos cometas en el cielo. ¿Nacería ahora otro gran militar que llenaría a Francia de orgullo, pensaron los papás del recién nacido?

En una época en que las artes militares eran la mejor opción para aquel que deseara triunfar en la vida, los padres de Napoleón pensaron que valía la pena hacer una prueba: enviaron al pequeño a París, a estudiar en la Academia Militar. Era el año 1784. El joven tenía apenas quince años de edad. En 1793, en ocasión de suceder el sitio de Tolón por los ingleses, el oficial Bonaparte pasó de repente a un primer plano y adquirió un inesperado prestigio. Sus estudios sobre balística le ayudaron a ahuyentar del puerto al enemigo, de manera tan contundente que, a la edad de 24 años, recibió un increíble ascenso: se le concedió el grado de general.

La suerte no le acompañó en la capital

Napoleón tomó a continuación el camino de París, sin dejar de confiar en su buena estrella. Pero las cosas no le resultaron como había deseado. Y un día, el 12 de agosto de 1795 —acababa de celebrar su cumpleaños—, caminaba por la rue de l'Estrapade, presa de funestos pensamientos, cuando en la puerta de la casa señalada con el número 13 descubrió una curiosa placa. Anunciaba el domicilio de Buenaventu-

ra Guyon, profesor de matemáticas celestes, una forma muy original de decir que el buen señor era astrólogo. Un misterioso impulso le hizo llamar a la puerta. Se abrió al instante y apareció ante el joven general un anciano que lo saludó como si le conociera desde hacía muchos años. Le invitó a entrar. El joven deseaba conocer su futuro, ¿verdad? Pues él estaba dispuesto a decírselo, porque el destino de todos los seres humanos está escrito en las estrellas.

Hizo el anciano, a manera de preámbulo, un relato de las circunstancias muy especiales que lo condujeron a abrazar la carrera religiosa y de cómo descubrió unos viejos textos que ciertos judíos habían logrado salvar del cautiverio de Babilonia. Añadió que, gracias a ellos, se inició en el estudio de la cábala. Narró igualmente el anciano de qué manera el cardenal de Rohan fue por él informado sobre la muerte inminente del rey Luis XVI en la guillotina y que al enterarse el soberano de la profecía se enfureció terriblemente. Guyon fue a parar a la Bastilla, de la que fue liberado al triunfo de la Revolución Francesa.

Y ahora estaba frente a él un joven impetuoso, lleno de ambición, a quien tenía el deber de anunciar una parte de su futuro. Y en ese futuro de Napoleón figuraba una fecha mágica: 1804, punto culminante de su carrera política, cuando se haría realidad el más preciado de sus sueños. Pero, advirtió el abate al joven, todo se vendría abajo si se atrevía a sacrificarlo todo a sus ambiciones personales.

Va ahora en ascenso su buena estrella

Dos meses después de su entrevista con el abate Guyon recibía el joven Bonaparte su primera misión importante. Al frente de la guarnición de París aniquiló, el 5 de octubre, a los 40.000 realistas que pretendían derribar la República. El siguiente año comandaría el ejército que invadió Italia, y a pesar de contar con tan sólo un puñado de soldados muy mal pertrechados, conquistó la península y realizó el milagro de crear la famosa *Grande Armée*. Seguiría la campaña de Egipto, que si bien resultó un fracaso militar daría inmortal gloria a Napoleón: gracias a ella logró descifrarse la escritura jeroglífica y nació la egiptología. Además, aquel viaje a Egipto sería el trampolín para que Bonaparte alcanzase el siguiente peldaño, el que le conduciría a ese «punto culminante de su carrera» anunciado por Buenaventura Guyon una tarde de agosto de 1795.

Después de pasar una velada con los sacerdotes del viejo culto a Osiris y tal vez de permanecer una noche en el interior de la Gran Pirámide —el punto más importante en la vida del corso, en opinión de los esoteristas—, Bonaparte adquirió el aplomo suficiente para regresar a París el 24 de agosto de 1799 —¿no resulta curioso que los hechos más significativos de su vida sucedieran, precisamente, en ese mes de agosto?— y fue a consultar, al llegar a la capital francesa, a su viejo amigo.

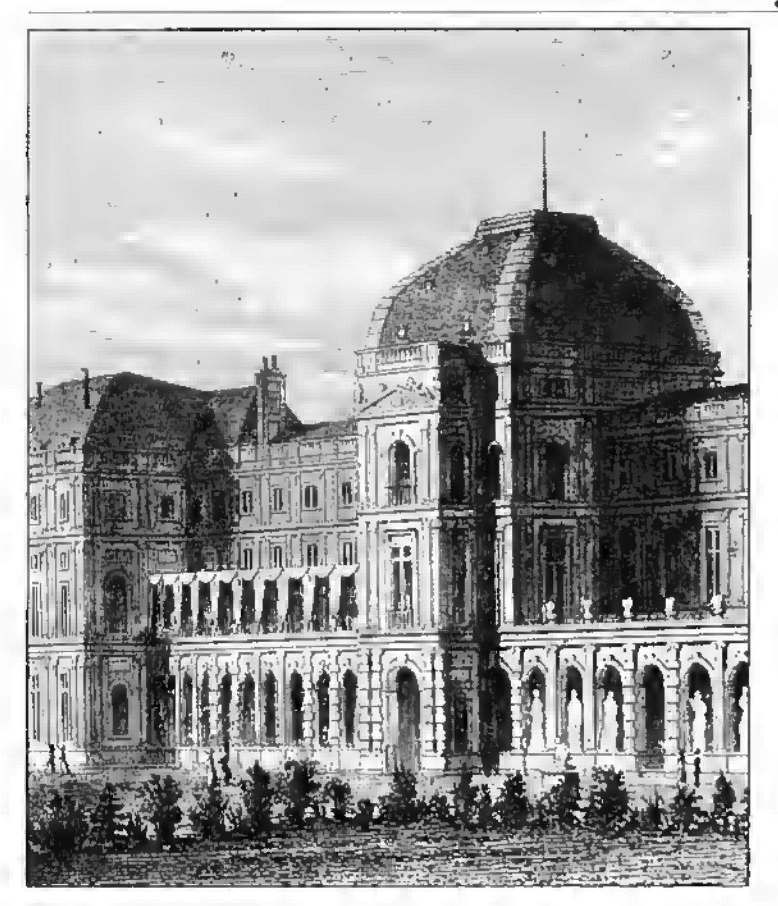
Le dio el abate un consejo que se cumplió sólo en parte. Se formó en primer lugar un triunvirato, al estilo romano, integrado por los ciudadanos Emmanuel-Joseph Sieyès y Roger Ducos y por el general Bonaparte. Este supo recompensar a Guyon: le nombró miembro del recién creado Instituto de Egipto y bibliotecario del palacio de las Tullerías. Luego fue a visitarlo, en busca de nuevas profecías.

El anciano solicitó un plazo para elaborar la profecía. Mientras tanto, Bonaparte reanudaba sus campañas victoriosas. Derrotó a los austriacos el 14 de junio de 1800 en Marengo y en otros lugares y regresó a París. Le estaba esperando su horóscopo.

No todo fueron buenas noticias

Explicaba en él el abate que 1804 significaría un momento glorioso en la vida del cónsul, pero que a partir de 1808 se iniciaría el principio del fin; sufriría numerosos disgustos conyugales y con sus hijos, perdería su posición de privilegio y lucharía en vano contra la mala suerte que él se había atraído a causa de su desmedida ambición.

Bonaparte se enfureció y prohibió al anciano, a partir de entonces, la entrada en palacio. Declaró que había dejado de serle grato. Poco tiempo después comenzó a circular la leyenda de un extraño sujeto vestido con un gabán de color rojo que, portando una linterna que despedía destellos del mismo color, deambulaba por las no-



ches por las inmediaciones del jardín de las Tullerías, asustando a la gente.

La noche del 20 de marzo de 1804, unos soldados de la guardia dispararon contra el misterioso merodeador, que a duras penas logró llegar a su casa. Murió poco después, desangrado. Y cuando en vísperas de convertirse en emperador informaron a Napoleón Bonaparte de lo sucedido, reconoció al instante a su viejo amigo y protector.

Las profecías de Guyon se impusieron, finalmente. La campaña de Rusia fue el inicio de la catástrofe. Francia se encontraba arruinada, por culpa de tantas guerras. El 31 de marzo de 1814, Bonaparte fue desterrado a la isla de Elba, a corta distancia de Francia. Tuvo aún suficientes arrestos para regresar al poder, ante el terror de los realistas. Pero la aventura duró sólo 100 días. La derrota de Waterloo significaría para el corso su fin definitivo. Esta vez sería conducido por los ingleses hasta su posesión en el sur del Atlántico, la isla de Santa Helena. Sus enemigos preferían tenerlo muy lejos de Europa.

Grabado francés mostrando el palacio de las Tullerías, frente al cual fue herido de muerte Buenaventura Guyon. El palacio no existe ya, pero le ha sobrevivido el jardín de las Tullerías, visitado por miles de turistas venidos a París de los cinco continentes.

Se ha comentado que Napoleón Bonaparte atribuyó su mala fortuna a la pérdida del talismán que le entregaron los sacerdotes de Osiris. Es lo que han afirmado los esoteristas. Quién sabe si están en lo cierto o si se trata de vanas conjeturas. ¿Acaso se lo robó Buenaventura Guyon cuando perdió la gracia del amo de Francia? De ser así, tampoco a él le fue muy útil.

La isla de Santa Helena, última etapa en la azarosa vida de Bonaparte fue también, curiosamente, el punto donde había sido visto por última vez, en 1769, el cometa que vieron en Francia una semana antes de nacer el genial corso.

¿Murió Napoleón en Santa Helena?

Explican los libros de historia que Napoleón Bonaparte nació en agosto de 1769 en la isla de Córcega, que estuvo confinado corto tiempo en la isla de Elba después de haber obtenido increíbles triunfos militares y que, después de su derrota de Waterloo, fue desterrado a otra isla, la de Santa Helena. También se ha dicho que murió en este lugar de resultas de una afección intestinal, que pudo haber sido cáncer. Y, al igual que ha sucedido con otros personajes de personalidad discutida, nacieron diversas leyendas en torno a su muerte que ponían en entredicho lo que pudo suceder en realidad en la isla situada en medio del océano Atlántico, a mitad de camino entre Brasil y Angola.

Uno de los aspectos más curiosos y menos conocidos de Bonaparte es el que se refiere a sus cuatro dobles. Habían sido localizados por los agentes secretos del emperador desde mucho antes de que las cosas se le pusieran feas de verdad. Uno de los dobles que con tantos esfuerzos fueron contratados a la fuerza murió envenenado después de la derrota de Waterloo. Otro sufrió un grave accidente que lo relegó al olvido más completo. El tercero desapareció también de la escena, pero hubo un cuarto que representó un papel sumamente importante en ocasión del destierro de Bonaparte.

Era un campesino llamado Francisco Eugenio Robeaud, nacido en 1771 en el pueblo de Baleycourt, a orillas del Mosa. Se asemejaba tanto su físico al de



El castillo de Schönbrunn, situado en Viena, en la margen derecha del Danubio, construido a mediados del siglo XVIII y rodeado de hermosos jardines. En este lugar acabó sus días, en 1832, el duque de Reichstadt, hijo del corso. En cuanto a que el emperador pereciera en este lugar de un balazo, nadie sabe si se trata de una certeza o de una falacia.

Napoleón, sólo dos años mayor que él, que sus amigos lo llamaban en broma el Emperador. Tan extraordinario parecido debía llegar, por fuerza, a oídos de Bonaparte, que disponía de unos servicios policíacos excelentes. No tardó en mandarlo llamar.

Vino el episodio de los Cien Días, que siguió a la desastrosa campaña de Rusia. Desde la isla de Elba, Bonaparte se disponía a lanzarse a la siguiente campaña, ignorando que culminaría en el desastre de Waterloo. Los ingleses, los monárquicos franceses, así como los rusos y los austríacos, estaban firmemente decididos a no permitir que el gran corso volviera a levantar cabeza. Era preciso desterrarlo a un lugar lo más lejano posible, desde el cual no tuviera la menor posibilidad de saltar al continente y ocasionar nuevos dolores de cabeza al mundo. Fue escogida, por ello, la isla de Santa Helena, situada a 2.000 kilómetros de la costa africana, en pleno Atlántico. Y en ella permaneció el cautivo los últimos seis años de su existencia, de 1815 a 1821. Y durante todo ese tiempo, sus guardianes no lo perdieron de vista un solo segundo. Aquel señor bajito era muy de temer.

Mientras el verdadero Bonaparte permanecía en la isla de Santa Helena, su doble Robeaud regresaba a su pueblo natal y a su granja. Y así como los ingleses mantenían una constante vigilancia sobre el desterrado del Atlántico, los agentes especiales del nuevo régimen francés hacían lo mismo con su doble. ¿Y si, por mala suerte, ese Robeaud era el verdadero Bonaparte y se le ocurría, en cualquier momento, hacer una de las suyas?

El cautivo de Santa Helena había perdido la libertad, pero conservaba numerosos amigos, leales y poderosos, que deseaban ayudarle a escapar. Bonaparte sabía que sólo una llave de oro podría abrir la puerta de su prisión y que debía tenerla muy bien engrasada a todas horas, así como la cerradura. El menor chirrido echaría por tierra cualquier plan de evasión, por bien estructurado que estuviera.

Se pone a caminar el plan para escapar

El general Gourgard, que había permanecido al frente de la guarnición francesa en la isla, fue sustituido en 1818 por el general Bertrand. Llegó a París y se reunió con viejos amigos, para comer y conversar sobre los buenos tiempos. Todos los amigos eran militares bonapartistas y disponían de mucho dinero.

Dos meses más tarde, Gourgard abandonaba la capital francesa. El mismo día llegaba un misterioso carruaje al pueblo de Baleycourt. Nadie sabía quién lo ocupaba ni se atrevió a indagar al respecto. Hacer preguntas indiscretas era en aquellos tiempos sumamente peligroso. Lo único que observaron los habitantes del lugar fue que el carruaje tomó el camino de la granja donde vivían Robeaud y su hermana.

A la mujer sí se atrevieron los vecinos a preguntarle si sabía quiénes eran los forasteros. Era sólo un viejo amigo de la familia, médico de profesión, que llegó al pueblo a comprar conejos, contestó la hermana de Robeaud. En realidad, nada del otro mundo. Pero a todos pareció muy extraño que alguien deseoso de comprar conejos lo hiciera a altas horas de la noche. Sin embargo, nadie se atrevió a hacer comentarios en voz alta.

Una mañana de agosto, en aquel mismo año, un vecino que pasaba cerca de la granja —sin intenciones de curiosear, naturalmente— vio abierta la puerta a pesar de la intensa lluvia que caía. Era demasiado temprano para que Robeaud se hubiera levantado, pensó el vecino, y se aproximó a ver si no había algún enfermo en la casa, por si podía serle de utilidad. Golpeó la puerta abierta, pero nadie acudió a verla. No había nadie dentro. Tampoco había fuego ardiendo en el hogar. El amable vecino llamó a gritos al dueño de la casa, sin resultado.

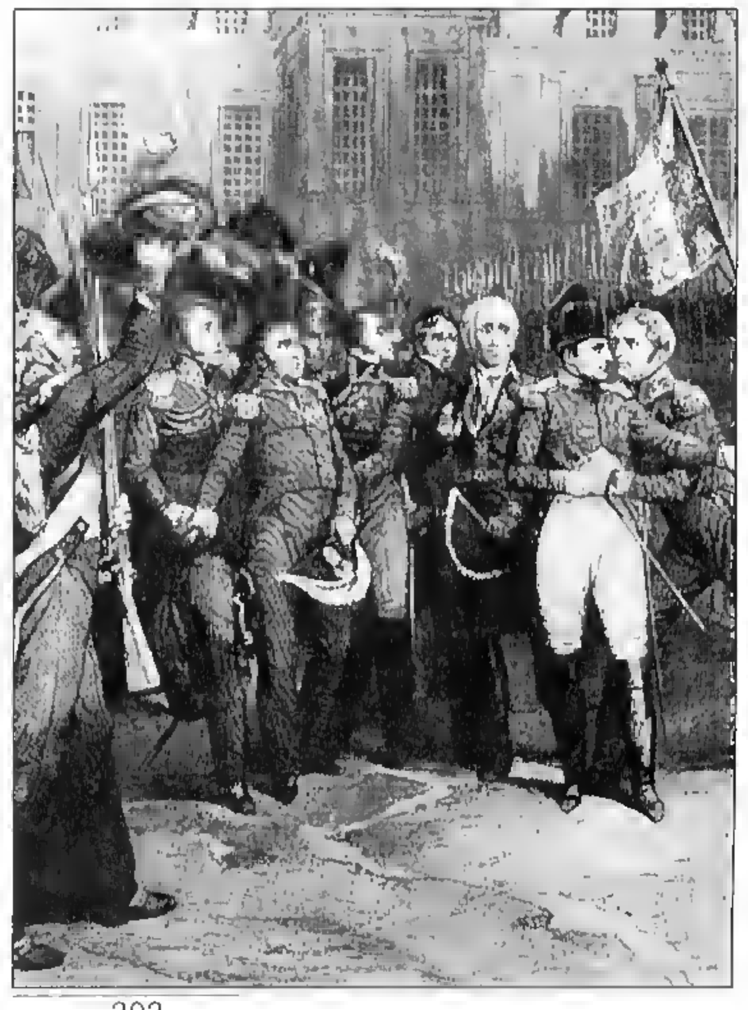
¿Fue raptado Robeaud por un desconocido?

No había señales de violencia. Daba la impresión de que los dos hermanos hubieran recogido su ropa y abandonado la casa. Ninguno de los dos volvió a ser visto en el vecindario. Sin embargo, la hermana fue a aparecer dos años más tarde, en París. Se encontraron con ella dos comerciantes de Baleycourt, a quienes se negó a reconocer. Como buenos ciudadanos que eran, corrieron los dos a poner sobre aviso a la policía, que siguió a mademoiselle Robeaud y localizó su residencia, en la ciudad de Tours. Antes de dirigirse a la hermana de Robeaud, el inspector intentó localizar al desaparecido, pero tuvo que viajar, finalmente, a Tours, población situada al sur de París. Y en cuanto la vio, le hizo la siguiente pregunta:

—¿Dónde está su hermano Francisco Eugenio?

Con su mejor sonrisa le contestó mademoiselle Robeaud: su hermano había decidido enrolarse en la marina, harto ya de tantas decepciones sufridas, y en aquel momento debía estar navegando por los mares del Sur. ¿En qué barco, mademoiselle Robeaud? Imposible recordar su nombre, *monsieur l'inspecteur*, ni tampoco

Napoleón despidiéndose de su guardia, en Fontainebleau, según un cuadro de Vernet.



cuándo regresará a Francia. Ya sabe usted cómo son de informales los marineros.

El inspector Ledru tuvo que abandonar las pesquisas. El Ministerio de Policía pidió entonces a las autoridades de Santa Helena que informaran sobre el estado de salud del prisionero. Los ingleses contestaron que seguía bien, vigilado las 24 horas, como siempre. El general Bertrand, en cambio, escribió una carta a un amigo suyo en la que decía que «había triunfado». ¿A qué clase de triunfo se refería el guardián personal de Bonaparte, que se había convertido de improviso en gran amigo suyo?

Sólo se sabe, a ciencia cierta, que en los últimos días de diciembre de aquel año de 1818, llegó a la ciudad italiana de Verona un francés que se hacía llamar Revard —anagrama de Robeaud, casi—, el cual adquirió una tienda de artículos de óptica y puso al frente a un italiano de apellido Petrucci. Este Revard poseía un parecido sorprendente con Bonaparte, razón por la cual, igual que había sucedido años atrás con el campesino Robeaud, fue conocido en la ciudad como el Emperador.

La tarde del 23 de agosto de 1823, un carruaje se detuvo ante la tienda de Revard y descendió de él un hombre. Preguntó por el dueño y le hizo entrega de un sobre lacrado. Leyó la carta el hombre y anunció de inmediato su partida. Tenía que resolver, explicó, «cierto asunto de índole muy personal».

Doce días más tarde, en la noche del 4 de septiembre, un desconocido se presentó a las puertas del castillo de Schönbrunn, en Austria, donde el hijo de Napoleón se encontraba víctima de una grave enfermedad. No queriendo ser visto por los guardianes, el hombre intentó franquear un muro. Pero fue descubierto por los vigilantes, que hicieron fuego sobre él. Corrieron a ver quién era el intruso. La primera ojeada les mostró que estaba muerto. Cargaron entonces el cuerpo y lo trasladaron a un aposento cuya puerta fue cerrada con doble llave. Un guardián se mantuvo frente a ella toda la noche.

Sombría imagen del entierro de Napoleón en la isla de Santa Helena, en el océano Atlántico. Un silencioso cortejo acompaña al coche fúnebre, mientras las tropas británicas forman a lo largo del camino.



¿Quien era el desconocido de Verona?

Varios oficiales austriacos se presentaron la mañana siguiente a reconocer el cuerpo. Llegaron también algunos miembros de la embajada francesa. Pidieron éstos que les fuera entregado el cuerpo para conducirlo hasta la capital de su país. Finalmente, el desconocido fue enterrado en el panteón del castillo, con una lápida sin nombre. En la ciudad de Verona, patria de Romeo y Julieta, no volvieron a ver a Revard, el óptico que no sabía nada de óptica. Petrucci recibió poco después la visita de unos oficiales franceses que iban a hacerle entrega de 100.000 escudos de oro.

Poco antes de producirse los acontecimientos del castillo de Schönbrunn le había llegado la última hora al prisionero de Santa Helena, quien había sufrido en los últimos tiempos un notable cambio en su forma de ser. No parecía recordar ciertos incidentes de los que fue antaño protagonista. Se mostraba a veces algo distraído o sufría ataques de terrible enojo. Los médicos que lo atendían no le hacían ningún caso. Los amigos del corso afirmaban que hasta la escritura del Emperador había cambiado.

¿Quién fue el hombre que murió en Santa Helena? ¿Fue Napoleón Bonaparte, o acaso Francisco Eugenio Robeaud, quien aceptó un destierro que se prolongó mucho más tiempo del que le habían prometido y al ver que transcurrían los años y seguía cautivo tuvo intenciones de descubrir a las autoridades el engaño?

En 1956, en ocasión de ser examinados los restos del supuesto Emperador, se descubrió un orificio en sus intestinos. Parecía causado por una bayoneta, o tal vez por una bala.

¿A quién pertenecen los restos que yacen en los Inválidos, en la margen izquierda del Sena, que son venerados por los franceses y por los miles de turistas que visitan anualmente la Ciudad Luz? ¿Al hombre que murió, supuestamente, de cáncer en la isla de Santa Helena o al desconocido que fue alcanzado por las balas de los guardianes, en el castillo de Schönbrunn, donde el hijo de Napoleón Bonaparte sufría un mal que lo conduciría al sepulcro nueve años más tarde?



Según la historia, el Gran Corso murió durante su confinamiento en la isla de Santa Elena, pero hay quienes sostienen que bien pudo haber sido uno de sus dobles, identificados mucho antes por miembros de su agencia secreta para el caso de que fuese necesario utilizarlos. El cuadro muestra el momento de su fallecimiento, mas no es de gran ayuda para disipar las dudas.

EL PRIMER HOMBRE FUE MUJER

Cada vez que una joven montada en un caballo brinca limpiamente los obstáculos en una competencia hípica para llevarse el triunfo, los entusiasmados cronistas deportivos le dan de inmediato el socorrido calificativo de estupenda amazona, sin tener la menor idea de qué es, en realidad, una amazona.

El primero en hablar de ellas fue Herodoto

Se afirma que fue Herodoto el primero en mencionar a las amazonas. Este hombre, a quien algunos consideraban un redomado embustero y otros el cronista número uno de la Historia, fue una especie de periodista del siglo V antes de la era cristiana, que a falta de cámara fotográfica o de máquina de escribir dispuso de una memoria prodigiosa. Gracias a ella supo conservar en

la mente todo lo que escuchó y vio en sus correrías por Egipto y el Cercano Oriente.

En su famosa obra *Los nueve libros de la Historia* describió a un pueblo oriundo del Cáucaso, formado por mujeres guerreras, sumamente valerosas, que ocuparon parte de lo que hoy se conoce como Turquía. Los griegos, tan amigos de bautizar las cosas a su capricho, llamaron como les vino en gana a aquellas mujeres de pelo en pecho, que nada tenían que envidiar a los hombres en fiereza a la hora de repartir golpes. Les dieron ese nombre de *amazonas*, sin detenerse a pensar si estaban en lo justo. Y por culpa de Herodoto y de sus seguidores fueron conocidas con este nombre, aunque sin duda no era el correcto, las mujeres que sabían bastarse a sí mismas.

Resulta que el significado de la palabra *amazona* debe buscarse en una peculiaridad de las damas que Herodoto afirmó haber visto con sus propios ojos. El término podría traducirse como «sin seno», es decir, que tales guerreras se cortaban esa parte derecha del tórax que las mujeres han gustado siempre de llevar cubierta — o la reducían de tamaño, propinándole severos golpes— para que no estorbara a la hora de empuñar el arco y disparar flechas a los malos. Se ignora si es cierto y si en tan poco aprecio tenían las amazonas su belleza física. Lo más seguro es que Herodoto oyó hablar de las mujeres guerreras y, como se ufanaba de pertenecer al pueblo más culto de la antigüedad, era lógico que contemplase con extrañeza y estupor a aquellas hembras de empuje que nada querían con los varones.

Sólo de vez en cuando se avenían a aceptarlos

En realidad, sí aceptaban a los hombres, pero no cuando a ellos —que eran unos pobres diablos— se les antojaba, sino en muy contadas ocasiones. No demostraban ser tontas cuando realizaban expediciones para atrapar algunos jóvenes que no estuviesen mal. Se los llevaban a su poblado y los invitaban a contribuir con un granito de arena para perpetuar la especie. Una vez embarazadas, las mujeres mandaban a volar el esposo ocasional o le daban muerte, para que fuera aprendiendo a respetar el régimen de matriarcado por ellas implantado. Esperaban las futuras mamás, muy molestas, a que naciera la criatura. Y cuando se veían liberadas del antipático fardo que les recordaba su sumisión al macho en todo lo que se refería a la producción de niños, regresaban alborozadas al juego de tirar flechas.

Esto de las amazonas no es ningún mito, como mucha gente cree, sino que existieron realmente. El tema ha despertado desde siempre el interés de pintores y escultores. Se han inspirado en sus proezas para realizar admirables obras de arte mostrando la ferocidad de las damas. También sociólogos, biólogos y endrocrinólogos se han interesado en las amazonas, pero por razones menos románticas.



Nadie podrá afirmar si amamantaban las mamás a sus bebés — que sólo a medias podían quedar satisfechos, porque el sentimiento maternal no estaba en ellas demasiado arraigado — o si encargaban a alguien que les diera el biberón. Lo que sí se sabe, positivamente, es que si el recién nacido resultaba



varón, era frecuente que lo abandonasen en el desierto, para que no resultase un estorbo. La cosa era distinta si resultaba hembra. La mamá y las amigas se ocupaban entonces de adiestrarla —y de hacerle polvo de pasada la mitad superior del torso — hasta convertirla en una mujer apta para las artes de la guerra.

Por supuesto que ignoraban lo que veintitantos siglos más tarde declararía el Dr. Robert Greenblatt, especialista en endocrinología de la universidad de Minnesota. Dijo que los hombres podrían amamantar a sus hijos, biológicamente hablando. Para que puedan producir leche natural sería sólo necesario que recibieran un estímulo para acelerar el proceso. Se trata de un producto ya utilizado en ciertas ocasiones con las mujeres embarazadas, cuyo papel es combatir a la hormona llamada *inhibidora*, que impide la producción de leche.

Belicosas como eran las amazonas, lo mismo invadían la Licia, para ser rechazadas por el héroe Belerofonte, que intervenían en la guerra de Troya, con su reina Pentesilea al mando, con intención de ayudar al anciano rey Príamo. Parece ser que las amazonas no eran malas para guerrear, pero a la hora de escoger partido se iban siempre con el bando perdedor. Todo terminó para aquellas amazonas —por fortuna había más en otros sitios— cuando Pentesilea quiso ponerse al tú por tú con Aquiles. El valeroso aqueo anduvo medio enamorado de la reina, que no era nada fea, pero como iba de por medio su prestigio, no podía permitir que le ganara una vulgar amazona a la que le faltaba un pecho. Adivine el lector quién abandonó el campo de batalla por su propio pie.

Tampoco tuvieron suerte contra Hércules

A partir de Herodoto proliferaron las historias en las que intervenían mujeres guerreras de todos los tamaños y colores. Eran llamadas ya amazonas, tuviesen el pecho completito o les faltase la mitad. Debía existir, para entonces, cierto sentimiento hostil contra ellas, porque quién sabe quién las metió en otra aventura desastrosa, queriendo demostrar así que no debían ser demasiado inteligentes. En cierta ocasión se opusieron a Hércules: siendo tan buen guerrero como Aquiles, tenía sobre éste la ventaja de ser más musculoso y divino a medias. A Hércules se le había ocurrido apoderarse del cinturón de Marte que usaba a todas horas la reina Hipólita, sabiendo que nada malo le iba a pasar.

Pero no sólo en las leyendas griegas intervinieron las amazonas. A pesar de haber recibido tantos palos, conservaban aún energías para dar guerra. La lista de amazonas insignes sería larga. Se sabe que una tal Esfiona fue un día a felicitar a Alejandro Magno por sus grandes victorias. ¿Maniobra política de la reina amazona para evitar que el



Alejandro Magno tuvo especial habilidad para imponerse a las amazonas que no fueran feas y acabar haciéndose amigo de ellas sin recurrir a la excesiva violencia. Mucho se ha escrito del conquistador, que tenía costumbres medio desviadas, pero esto no pasa de infundios lanzados antaño por los envidiosos de su fama.

conquistador se metiese con ella y sus muchachas? ¿Deseaba doña Esfiona insinuarse a Alejandro para que surgiese el chispazo y la consiguiente criatura, que gobernaría algún día a las amazonas, si nacía hembra como se esperaba? Es posible que nada sucediera. Los cronistas malintencionados dicen que el gran conquistador sólo lo era de países y que sentía mayor aprecio por los donceles que por las hembras de buen ver.

En la Edad Media siguieron causando problemas

Se pierde de repente de vista a las amazonas, tal vez porque al triunfo del cristianismo comenzó a mirarse con malos ojos a las mujeres que no sabían ocuparse del hogar y de dar hijos al mundo como Dios manda. Pero en el siglo VIII surgieron de nuevo las mujeres guerreras, en la Europa central. Estaban estupendamente bien organizadas, en lo civil y en lo militar. Eran poco amigas de discutir asuntos triviales y de perder el tiempo hablando de la moda o de folletines. Preferían actuar. Pero lo que estaban haciendo, organizándose en grupos para luchar contra los hombres, no gustó a éstos. Hicieron entonces lo posible por terminar con aquel intento de emancipación femenina. Todavía no era tiempo.

Una de aquellas mujeres singulares pasó a la historia. Se llamaba Vlasta. Mantuvo en jaque, durante ocho años, al duque Przmislas —así se llamaba, aunque suene absurdo—, en la región de Bohemia. Al principio, el poderoso duque tomó a broma los ataques de la mujer. Finalmente se enojó al ver que pasaban los años y las damas no se calmaban, y decidió lanzar a su ejército contra el castillo donde vivían las amazonas.

Viendo Vlasta y sus compañeras que la cosa iba en serio y que no tardarían en terminar desastrosamente en la aventura, degollaron a veintiún prisioneros jovencitos que guardaban como oro en paño y tiraron los cuerpos decapitados desde lo alto de la muralla. A continuación, abrieron la puerta y se lanzaron a pelear contra los soldados del duque. Se acabaron para siempre las amazonas en la región central de Europa.

Tal vez en ellas pensaba el conquistador español Francisco de Orellana cuando, en el año del Señor de 1542, se encontró frente a unas mujeres belicosas a orillas de un río tan ancho que apenas se alcanzaba a ver la orilla del otro lado. Por culpa de ellas, el río recibió el nombre de Amazonas.

El fenómeno de las amazonas no pudo haber nacido sin un motivo. Los ocultistas dicen que fue primero la mujer que el hombre. O, mejor dicho, el primer ser humano tuvo un sexo ambiguo, en el que predominaba el femenino, y que la raza se perpetuaba fecundándose a sí mismas las mujeres que poblaban el planeta. Pero esto no pasa de ser una opinión. Los sociólogos dicen, en cambio, que en los tiempos en que las mujeres escaseaban y se las cuidaba como si fueran verdaderos te-

suros, porque ellas eran quienes daban a luz a nuevos seres, se puso de moda el matriarcado.

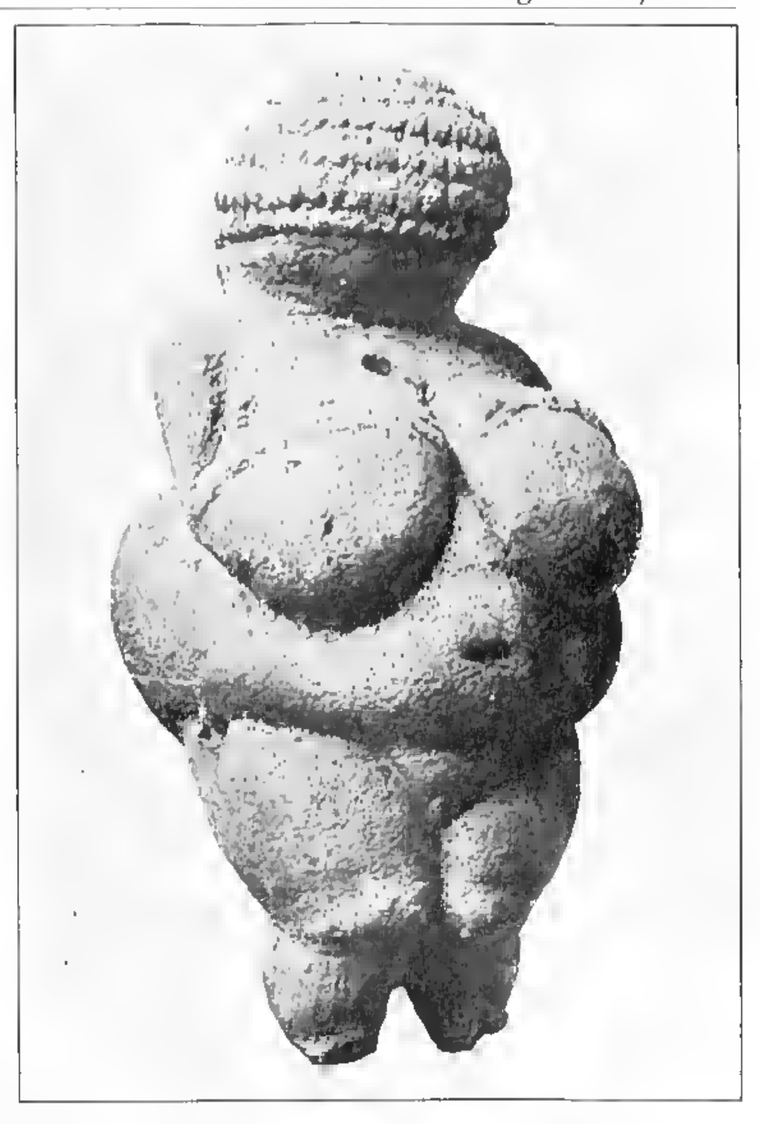
Después, cuando comenzó a crecer la población en el mundo y se dispuso de un número mayor de hembras, los hombres se convirtieron en administradores del «tesoro» y fueron adquiriendo poco a poco dominio. ¿Fue de resultas de ese verse relegadas a un puesto secundario que algunas mujeres quisieron reconquistar sus derechos por la fuerza y se convirtieron en amazonas? Tal vez, pero ¿no suena eso a novela de aventuras?

La sexualidad es antagonismo y unión

La palabra «sexo» deriva del término en latín *sectus*, que significa «corte». Cuando los primeros seres humanos cobraron consciencia de sí mismos, cayeron en la cuenta de que los había de dos tipos. Apenas existían diferencias visibles entre ambos, como no fuera el sexo protuberante de los varones y el hecho de que el vientre de las hembras adquiría en ocasiones un enorme tamaño y que, al cabo de nueve lunas, venía al mundo un nuevo ser con las características del hombre o de la mujer.

Se creía que había algo de magia en el fenómeno de hacer una criatura y que, siendo la hembra quien se ocupaba de perpetuar la especie, su permanencia en la Tierra databa de mucho mayor tiempo. Por consiguiente, se pensó que también era femenino el suelo capaz de parir frutas, granos y verduras para alimentarse. Por ello recibió el nombre de Madre Tierra. La fisiología de la hembra humana era fuente de prodigios. Se rendía tributo a la madre y, siendo tan grande la importancia del hueso con forma de caja en cuyo interior crecería el nuevo ser, era natural que se concediera a esa pelvis un rango sagrado y que se representase a la hembra embarazada tocada la cabeza con una pelvis. El hueso inferior de esa pelvis sigue llamándose *sacro*.

Era natural que, en un comienzo, se considerase a la hembra humana portadora de los dos sexos. El mito iniciático del *andrógino*, o ser hermafrodita, figura en numerosas tradiciones antiguas, lo mismo orientales que de Occidente. Se creía que hubo, por ello, un ser original que con-



En la famosa Venus de Willendorf, estatuilla del Paleolítico, el artista anónimo que la esculpió quiso exagerar los rasgos relacionados con la maternidad. Quería con ello rendir tributo de admiración a la mujer en general, portadora de la nueva vida.

tenía los dos sexos, y que más tarde se dividiría en dos individuos distintos: unos serían masculinos y otros pertenecían al sexo femenino.

Numerosos son los animales y plantas que poseen los dos sexos. Son llamados por ello hermafroditas. Es frecuente que las flores tengan un ovario que será fecundado por el polen de la misma planta, pero las hay también que poseen un sexo específico y necesitan del auxilio de los pájaros, insectos o del mismo viento para que les aporten el polen de otra planta de diferente sexo. Hay también animales, como los pulgones y los caracoles, entre otros muchos, cuyas hembras pueden reproducirse por *partenogénesis*, es decir, sin la intervención del macho. Los mamíferos, en cambio, se diferencian en dos



En la isla de Creta, donde vivió el extraordinario Minotauro, se ha descubierto este emblema suyo, consistente en un par de sencillos cuernos. En la llamada civilización minoica se adoraba a los toros, por el simbolismo que encerraban y se celebraban encuentros peligrosos que serían los precursores de la actual fiesta brava.

sexos: hay machos y hembras, por separado, bien definidos, gracias a cuya unión puede perpetuarse la especie. Pero esta diferenciación no siempre se opera en la práctica.

Por ejemplo, el aspecto exterior de un ser humano no se corresponde en ciertas ocasiones con su verdadero sexo. Hay hombres aparentemente iguales a los demás que no pueden ser considerados masculinos en su totalidad. Examinadas sus células sexuales al microscopio muestran algo que caracteriza al sexo femenino: en vez de dos cromosomas, X e Y, poseen dos X, como sucede con las mujeres. Estos cromosomas — el cromosoma es una molécula gigantesca de ADN, cuyos genes contienen la información genética— determinan el *sexo genético*, distinto del *sexo gonádico*, o anatómico, determinado por los testículos y los ovarios que caracterizan a cada sexo.

Los hombres con dos cromosomas X no son un caso excepcional, sino que se cuenta uno por cada 20.000 hombres normales, que son los que poseen un X y un Y que determinarán el sexo de los hijos. Por supuesto, estos hombres son estériles. ¿Se trata de malformaciones congénitas que derivan de un lejano pasado, o de un accidente genético sin antecedentes biológicos?

¿Existen los dos sexos en cada individuo?

Sea cual sea su sexo, todo embrión, humano o animal en general, posee dos canales de Wolff, que se convertirán al paso de los meses en los conductos genitales masculinos, y dos canales de Müller, futuros conductos genitales femeninos. En el curso del desarrollo de este embrión, se desarrollarán unos canales para diferenciar finalmente el aparato externo. Pero se conservará una forma atrofiada de los órganos del otro sexo.

Todos los seres humanos conservan restos de esta bisexualidad anatómica, residuo de una bisexualidad embrionaria. Los varones comienzan a secretar hormonas masculinas, o *andrógenos*, así como las hembras secretarán hormonas femeninas, o *estrógenos*, en una proporción sujeta a modificaciones. Las hormonas regulan el desarrollo y comportamiento fisiológico de cada ser humano, pero también el psicológico. Es decir, que el psiquismo humano es tributario de cualquier oscilación del equilibrio hormonal. Significa esto que una inyección de hormonas femeninas en un hombre, o cualquier trastorno patológico, podrían romper el equilibrio y convertirlo en un afeminado. O al revés podría suceder en una mujer. Numerosos han sido los casos de hombres que se transformaron en mujeres, por medios meramente artificiales.

¿Sucedió en el pasado que los seres andróginos se cruzaron entre ellos alguna vez, para resultar unos monstruos? Tal vez pertenezca lo anterior al terreno de la superstición y que las leyendas que de esto hablan quieran referirse a hechos que fueron mal comprendidos. ¿Cómo explicar la historia de Orejona, madre del género humano en las viejas tradiciones peruanas, que se hizo fecundar por varios tapires? ¿Cómo aclarar el mito griego del Minotauro, que resultó de la unión monstruosa de la reina Pasífae con un

toro? En numerosos pueblos primitivos existe aún la costumbre de ofrecer las mujeres locales a los forasteros. ¿Por el simple deseo de halagarlos o por la necesidad de mejorar la raza, que remonta a una tradición vieja de quien sabe cuántos milenios?

El Antiguo Testamento menciona a cada instante actos carnales cometidos con animales. Uno de ellos figura en el versículo 23 del capítulo XVIII del Levítico: Moisés prohíbe a los hebreos acostarse con un animal o acercarse a una bestia para prostituirse con ella. Si los hebreos cometían estos actos abominables, debió ser por una razón: los habían cometido sus antepasados.

El misterio de las Vírgenes negras

Aunque las primeras Vírgenes negras, sosteniendo en sus brazos a un niño de escasos meses, aparecieron en Europa en el siglo XI, habían existido ya en pueblos paganos, como el celta, por ejemplo. Se adoraba a una Virgen que había sido madre sin que en ello interviniera un varón, y era su color oscuro porque así fueron los primeros seres humanos.

Los que se consideraban ritos paganos, que atentaban contra la religión cristiana, fueron abolidos por el emperador Teodosio a partir del siglo IV de nuestra era. Pero regresó la Virgen de color oscuro en el siglo XI y se extendería su figura por algunos lugares de Europa, entre ellos Bélgica, la región que se extiende al norte de los Pirineos y alcanzaría hasta Cataluña. De todos es conocido el color de la Virgen de Montserrat, la famosa Moreneta, imagen románica de madera ennegrecida que se encuentra en el monasterio benedictino fundado en el año 1027.



En la Edad Media se rindió culto a un tipo curioso de Virgen, de tez negra, que había tenido su equivalente entre los pueblos más antiguos. Se ha pensado que obedecía esta costumbre a una creencia arraigada, que nada tenía de absurda: que los primeros seres humanos nacieron en el continente africano.

GALERÍA DE HECHOS INSÓLITOS

El mundo en que vivimos sigue siendo pródigo en sucesos que parecen desafiar a la lógica, para los cuales no parece existir explicación, o viene a aparecer al paso de los años, debido a la casualidad o porque se dispone de nuevos elementos para juzgarlos. No han de pertenecer, necesariamente, al terreno de lo sobrenatural o ser obra de los extraterrestres que con menor frecuencia se muestran en el cielo de nuestro planeta. Son fenómenos curiosos, que llaman siempre la atención y son reseñados en la prensa y no tardan en ser olvidados, por incomprensibles.

A partir de las siguientes páginas se ofrecerán al lector diversos ejemplos de hechos insólitos, cada uno de los cuales será encabezado por un título que pretenderá resumirlo, pero no se intentará lanzar hipótesis para explicarlos. Perderían entonces su calidad de increíbles y maravillosos...

Muertes y salvamentos aparentemente milagrosos

El 13 de junio de 1913 nacieron en Preble County, Ohio, las gemelas Ruth y Rachel, hijas de los esposos Edward y Saloma Clawson, con dos horas de diferencia. Las dos hermanas murieron con el mismo intervalo, sin saber una del fin



de la otra. Ruth, que era la mayor, falleció de resultas de una defectuosa apendicectomía, el 8 de mayo de 1986, Rachel lo hizo de un ataque cardíaco poco después, a pesar de no haber sufrido nunca del corazón.

Con la niña Laurie Clark, de Lakeside, California, sucedió al revés, en 1962, cuando sobrevivió a un accidente de aviación sucedido cerca de Palm Springs, en el que perdieron la vida sus padres. En enero de 1972 se encontraba en una lancha con nueve personas más, frente a San Diego. La lancha volcó y se ahogaron todos menos ella. Tres meses más tarde, cuando tenía 17 años de edad, viajaba con un amigo al norte de Lakeside cuando perdió éste el control del vehículo y se estrelló. También en esta ocasión salvó la vida la joven.

Siendo imposible conocer el momento en que caerá un rayo a la tierra, tampoco resulta factible saber de antemano el sitio preciso en que sucederá ni lo que resultará del fenómeno. Las anécdotas conocidas acerca de las peculiaridades de las descargas eléctricas son tantas como variadas. La sorpresa viene a ser el lugar común que une a todas.

El hielo que se fundió de modo inexplicable

En los primeros días del mes de enero de 1977 sucedió algo fantástico en la granja que poseían William y Dorothy McCarthy en Wakefield, Nueva Hampshire. La tarde del domingo 10, con una temperatura muy por debajo de cero y espesa niebla, los esposos vieron cómo fundía rápidamente el hielo del estanque cercano. Acudieron al lugar y apreciaron un orificio en su centro. Avisaron a la policía, que descubrió excesiva radiactividad en el estanque. Las autoridades dijeron que era una fuente que acababa de aparecer, de carácter termal, y que la radiactividad era accidental y pasajera. Sin embargo, McCarthy había construido personalmente el estanque y juró que no había visto ninguna fuente. Pero hubo gente que vio a los obreros enviados por las autoridades sacar un objeto negro del agua y llevárselo en una camioneta. Es bueno decir que la región es sísmica y a cierta distancia se halla Moodus, famoso por sus truenos, mencionado al hablar de los terremotos.

Fenómenos que provocan a veces los rayos

En agosto de 1893, un rayo cayó en la granja de J. N. Gilmore, en Gandersville, Georgia, y el agua del pozo comenzó a hervir. Sacaron un balde con agua del pozo y cuando alguien

introdujo la mano en el agua, una vez enfriada, recibió una fuerte descarga. En julio de 1881 había caído otro rayo en casa del señor Arent S. Vandyk, en New Salem, Vermont, y pasó a través de la vajilla de plata guardada en una alacena. Más tarde hallaron al gato de la casa, muerto. Lo curioso es que estaba bañado en plata, desde los bigotes al rabo, como si le hubieran dado un baño electrolítico.

Otro rayo cayó, el 28 de junio de 1927, sobre una tumba del cementerio de Spantekov, Pomerania, donde yacían cinco miembros de una familia que habían perecido en 1803, fulminados por un rayo. En 1924, un rayo que cayó en el jardín de la casa de George Davis, en Rochdale, Michigan, penetró 7 metros en la tierra e hizo salir agua a la superficie. Davis había abierto un pozo en el mismo sitio, sin éxito. El 8 de septiembre de 1894, la niña de 13 años Mary Fisher, vecina de Winfield, Nueva York, fue alcanzada por un rayo. Recobró al instante el habla y el sentido del oído, que había perdido años atrás debido a un ataque de malaria. Y en 1946, un niño perdió el conocimiento cuando cayó un rayo cerca de él, en un lugar de la India, mientras caminaba delante de ocho bueyes que arrastraban el arado. Cuando los bueyes iban a pasar por encima de él, aplastándolo, cayó otro rayo sobre las bestias y las mató a las ocho. El niño salvó la vida, milagrosamente.

Los viajeros más prodigiosos del mundo

El 5 de octubre de 1988, los pasajeros de unos barcos que navegaban cerca de las islas de Cabo Verde, entre el Senegal y Brasil, observaron diversas nubes de saltamontes procedentes de África, distante tan sólo 600 kilómetros. Días más tarde, los saltamontes aparecieron en el Caribe. Ya eran menos numerosos, pero habían volado casi 4.000 kilómetros, ayudados por los vientos. Por suerte para los campesinos caribeños, esos insectos, agotados por el prolongado esfuerzo, no iban a prosperar en un medio tan distinto al africano, seco y cálido.

Todos los años, al comenzar la primavera, los saltamontes y langostas que habían permanecido prácticamente inmóviles en Arabia Saudita, se reproducen a enorme velocidad al contar con mayor vegetación. Atraviesan volando el mar Rojo, con ayuda de los vientos, y llegan a Sudán. Las condiciones atmosféricas les son propicias para que las hembras depositen no menos de 100 huevos cada una en la arena. Seis semanas más tarde nacen las nuevas langostas e inundan el lugar. Después se dispersan, devorando cada una su propio peso diario de comida. Recorren hasta 3.000 kilómetros en busca de comida, a razón de 300 diarios, hasta llegar a Senegal y Mauritania y animarse a dar el brinco hasta la orilla de enfrente. Les va mucho mejor a las langostas que llegan a Uganda, Tanzania, Etiopía o Sudáfrica. Viajan sin cansarse tanto.



Se sabe con certeza que, a fines de la Segunda Guerra Mundial, Japón fue víctima de la explosión de dos bombas atómicas, semejantes a la experimental, hecha en 1957, que recoge la foto. Lo que se desconoce es el origen de una nube que, con forma de hongo atómico, fue vista al este de Japón, en 1984 , por la tripulación de un vuelo regular de la compañía aérea japonesa.

La nube con forma de hongo que vieron en Japón

El 9 de abril de 1984, poco antes de la medianoche, la tripulación del vuelo 36 de Japan Airlines vio algo sumamente extraño, unos 320 kilómetros al este de Japón: una nube con forma de hongo atómico. El comandante de la aeronave, Charles H. Mc. Dade, ordenó



Las nubes adoptan a veces formas tan caprichosas que permiten creer al espectador que contempla un OVNI o un hongo atómico. Así debió suceder cuando tripulantes y pasajeros de aviones comerciales o de embarcaciones descubrieron un fenómeno que provocó en ellos sustos mayúsculos.

a su tripulación ponerse las máscaras de oxígeno y lanzar un mensaje de alerta. Inútil, porque nada sucedió.

La revista *Nature* quiso explicar lo sucedido: un meteorito había golpeado a la nube y se desintegró al instante, produciendo múltiples fragmentos que evaporaron las partículas de la nube provocando una corriente ascendente de aire que hizo parecer una explosión termonuclear. Científicos como el Dr. Daniel A. Walker, del Instituto de Geofísica de Honolulú, negaron la explicación, como suele suceder en estos casos: el meteorito no pudo formar el hongo ni lograr la enorme velocidad de ascensión de 750 kilómetros por hora. No se sabe qué causó el fenómeno, pero sí lo que no fue: en aquel día no hubo explosiones nucleares en el Pacífico, ni se detectó ninguna señal de radiactividad.

Difuntos que a veces resucitan

El *Albany Evening Journal* del 21 de diciembre de 1867 contaba la historia de la joven que murió dos veces. Era una criada de 17 años llamada Van Arsdale, que vivía en casa de sus patrones en Whiteland, Indiana. Enfermó y, tras una semana de altibajos en su estado, dejó de existir. Los médicos creyeron detectarle el pulso, aunque sumamente débil, y no permitieron que fuera enterrada. Después de un coma profundo que duró 12 horas despertó diciendo que había estado en el Cielo hablando con Dios y con varios difuntos de la localidad, de todos conocidos. Para demostrar que no mentía, relató lo que le habían contado acerca de algunos vecinos, que sólo conocían éstos y los difuntos. Declaró a continuación que no tardaría en caer en un nuevo trance, como así sucedió. Volvió a despertar para contar nuevas intimidades, que a muchos no agradaron. Esta vez no volvió a morir, sino que lo hizo en su ancianidad, cuando le llegó la hora de la verdad.

Una fuerte tormenta eléctrica se descargó el 17 de agosto de 1901 sobre Hauston, población del estado de Kansas, en el momento de realizarse un entierro. Dentro de un ataúd metálico yacía el cuerpo sin vida de la hija del ranchero Samuel Mc. Preaz, muerta a la edad de cinco años. Se produjo un relámpago y un rayo fue a caer sobre el



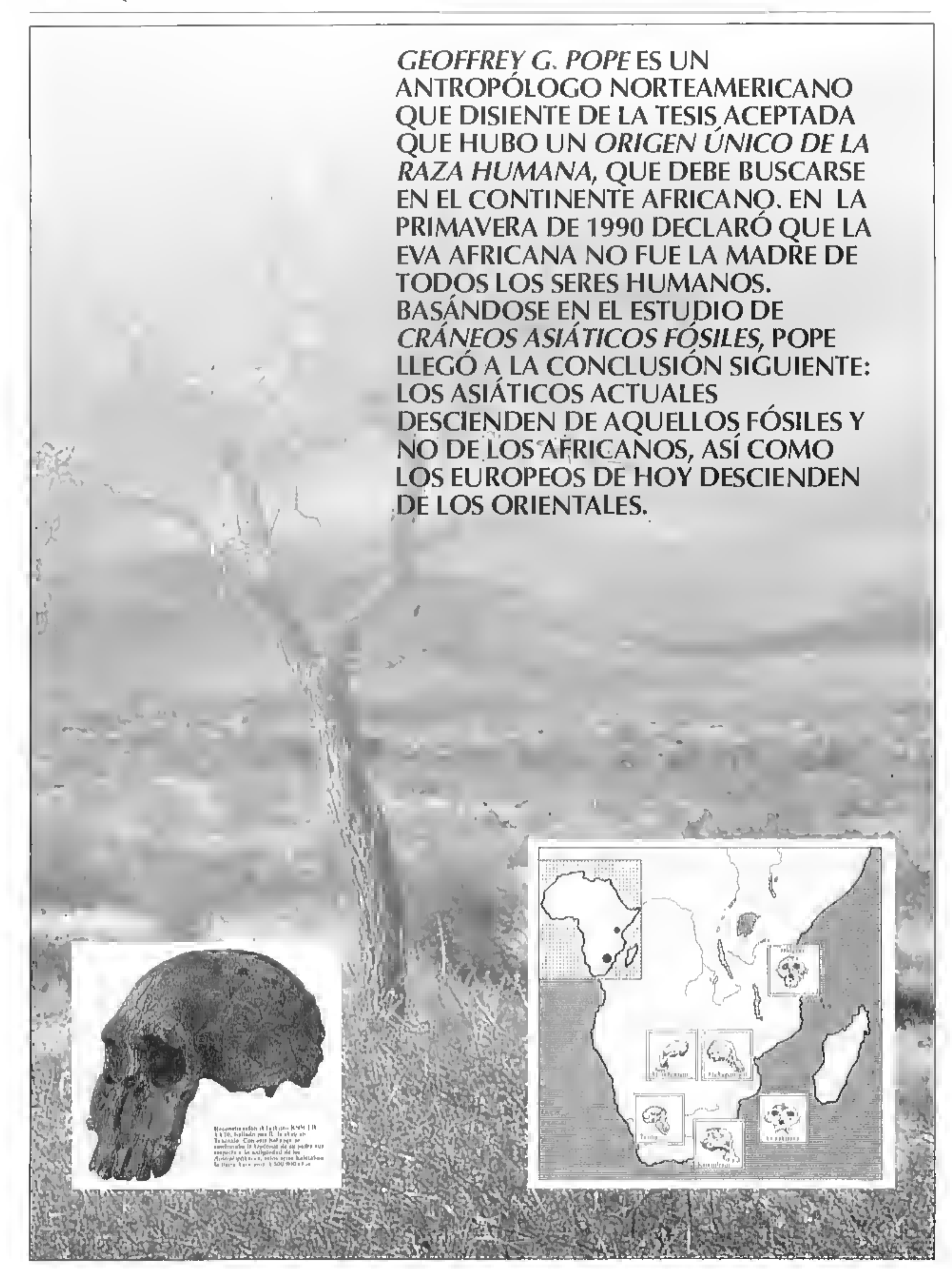
Muchos niños han caído, en todos los tiempos, a los canales de Amsterdam cuando jugaban y se han ahogado en buena parte. Hace treinta años, o tal vez más, un holandés de nombre Peter Hurkos, que poseía muy curiosos dones, podía conocer, con sólo tener en sus manos una prenda del desaparecido, dónde encontraría la policía su cuerpo sin vida o la persona que había preferido cambiar de residencia sin avisar a nadie.

ataúd y lo tiró al suelo, al mismo tiempo que al conductor y a los dos caballos. Quedó abierto el ataúd y de él salió, ante el terror de los presentes, la niña llorando y preguntando por su mamá. Los papás de la niña creyeron que el rayo había sido enviado por el Cielo para resucitar a la hijita querida. La noticia fue publicada en el *Cincinnati Enquirer* del día siguiente. Los médicos que examinaron a la niña resucitada explicaron que había sufrido un ataque de catalepsia que la hizo pasar por muerta y que el shock la revivió. Los testigos afirmaron, en cambio, que aquello fue un milagro de verdad.

Musyoka Mututa murió a la edad de tres años en Kitui, poblado situado a 160 kilómetros de Nairobi, capital de Kenia. Lo envolvieron en una sábana y cuando era bajado a la fosa comenzó a gritar. Volvió a morir 19 años más tarde, en pleno campo, y fue hallado su cuerpo tras una búsqueda de seis días. Resucitó de nuevo en el momento de ser enterrado. Su tercera muerte tuvo lugar en mayo de 1985, después de una corta enfermedad. Despertó de repente y pidió un vaso de agua. Los familiares de Mututa no se sorprendieron ni asustaron. Estaban ya acostumbrados. Explicó el Lázaro keniano que, al igual que en las ocasiones anteriores, los ángeles del Cielo le manifestaron que se habían equivocado y lo mandaron de regreso a la Tierra. Murió por cuarta vez en septiembre del mismo año, a la edad de 60 años. El cuerpo permaneció dos días en su casa, en espera de que se produjera otra vez el milagro. Pero como el hermano del presunto difunto recordase, muy oportunamente, las palabras pronunciadas meses atrás por Muskoya, de que «ahora le tocaría las de perder», ordenó la inhumación del cuerpo. El difunto cumplió lo que dijo. No volvió a dar señales de vida.

La hoja que localizó el cuerpo de un ahogado

El *Annual Register* de 1767, publicado en Inglaterra, explicaba que un niño de dos años cayó el 15 de abril del mismo año al río Kennet, cerca de Newbury, en el Berkshire. Se intentó sin éxito hallar el cuerpo, seguro todo el mundo de que se había ahogado. Finalmente, un indi-



GEOFFREY G. POPE ES UN ANTROPÓLOGO NORTEAMERICANO QUE DISIENTE DE LA TESIS ACEPTADA QUE HUBO UN *ORIGEN ÚNICO DE LA RAZA HUMANA*, QUE DEBE BUSCARSE EN EL CONTINENTE AFRICANO. EN LA PRIMAVERA DE 1990 DECLARÓ QUE LA EVA AFRICANA NO FUE LA MADRE DE TODOS LOS SERES HUMANOS. BASÁNDOSE EN EL ESTUDIO DE *CRÁNEOS ASIÁTICOS FÓSILES*, POPE LLEGÓ A LA CONCLUSIÓN SIGUIENTE: LOS ASIÁTICOS ACTUALES DESCIENDEN DE AQUELLOS FÓSILES Y NO DE LOS AFRICANOS, ASÍ COMO LOS EUROPEOS DE HOY DESCIENDEN DE LOS ORIENTALES.

viduo dejó caer al agua una hoja con una gota de mercurio encima (uno se pregunta cómo diablos hizo para impedir que resbalara y cayera). La hoja se trasladó media milla, río arriba, y comenzó a zigzaguear hasta hundirse. Buscaron en aquel lugar y apareció el cuerpo del niño ahogado, atrapado por unas plantas acuáticas.

Casi dos siglos más tarde, un holandés llamado Peter Hurkos realizaría la misma operación de localizar ahogados, pero echando mano de un método psíquico. Bastaba con sujetar un objeto que pertenecía a la persona desaparecida y caer en profundo sopor autohipnótico para ver la imagen del lugar donde se encontraba. Este hombre fue llamado en cierta ocasión por la policía de Boston para que descubriera a un famoso estrangulador, asesino de media docena de mujeres. Hurkos describió al sujeto, pero como no agradara éste a la policía, que había escogido ya a otro sospechoso, regresó el holandés enfurecido a su tierra.

La misteriosa maldición napoleónica

Todos habrán oído hablar alguna vez de la maldición faraónica, por culpa de la cual murieron antes de tiempo dos o tres docenas de egiptólogos que cometieron el error de penetrar en la tumba que no debieran. Pero existe también, al parecer, una maldición napoleónica que ha recaído sobre las personas que han querido explorar el *Orient*, navío francés que navegó a Egipto conteniendo el oro que serviría para pagar a los expedicionarios que acompañaron al corso en su campaña egipcia. Este barco fue hundido por el almirante Nelson en la bahía de Abukir, cerca del puerto de Alejandría, el 1º de agosto de 1798 (¿no se dijo en otro momento lo importante que resultó este mes en la vida de Bonaparte?). Fue localizada la embarcación, en 1983, por un equipo francoegipcio que recuperó algunos cañones, mosquetes, cuchillos y piezas de porcelana, pero no apareció el oro por ningún lado. No tardaron en morir diversos miembros del equipo: Kamel Abu Saadat, del corazón, mientras se bañaba en su casa; Jacques Demas, también del corazón; y Tarek Zakariya Yakut, buceador que no logró regresar a la superficie, durante la búsqueda. ¿Fueron víctimas de una *vendetta* enviada por el descendiente de italianos desde el más allá?

¿Por qué tienen los gatos siete vidas?

El gato de Wendy Meillo cayó desde un cuarto piso y no le sucedió nada. ¿Tienen los gatos siete vidas, como explica la tradición? El Dr. Wayne Whitney, veterinario de Nueva York, estudió en 1984 unas estadísticas de accidentes sufridos por los felinos y llegó a la conclusión de que no suele sucederles nada malo cuando caen desde una altura que mataría a los seres humanos. Explicó que el 90% de los 132 gatos por él estudiados sobrevivieron a grandes caídas. El récord lo tenía un gato que sufrió sólo heridas leves al desplomarse desde el piso 32 de un rascacielos. Tal



Una persona que se encontraba casualmente en Alaska vio un día una ciudad reflejada en el cielo. Decidió que era la inglesa Bristol. Como llevaba consigo una cámara, se apresuró a fotografiar aquella cosa tan extraña, sin preguntarse si habría alguna explicación científica para explicar el fenómeno.

vez se deba esto, dijo, a la posición horizontal adoptada por las patas que reparte la fuerza del impacto.

Ciudades vistas en el firmamento

San Juan vio a la Nueva Jerusalén que bajaba del Cielo, encontrándose en la ciudad de Patmos. Tal vez se tratase de una alegoría, pero no podrá decirse lo mismo de otros testimonios, cuando se han visto ciudades reflejadas en el cielo por una nube o por condiciones especiales de la atmósfera. En 1840 pudo verse, desde la isla de Sanday, en las Orkney situadas al norte de Escocia, lo que parecía una ciudad en el cielo, y el mismo espectáculo volvió a admirarse en 1857. En Irlanda se ha visto muchas veces, en el mar, una isla a la que se dio el nombre de O'Brasil. El 18 de julio de 1820, el capitán Scoresby anotó lo que había visto con su catalejo desde su navío el *Baffin*: lo apuntó hacia la costa occidental de Groenlandia y vio una hermosa ciudad en ruinas, con castillos, iglesias y monumentos. Y en 1887 se vio en el cielo de Alaska una ciudad, que cierto Willoughby identificó con la inglesa Bristol —a pesar de no haber visitado jamás esta población— y la fotografió. Es muy curioso que este fenómeno haya sido apreciado tantas veces en el pasado, y ninguna en la actualidad. Se debe sin duda a la exagerada polución de la atmósfera.

El delfín que salvó a un piloto aviador

Quentin Fikke, de nacionalidad holandesa, tripulaba un helicóptero de Jakarta a Balikpapan, en Borneo, cuando una tormenta descompuso el aparato. No tuvo más remedio que descender hasta la superficie del mar y sacar su bote salvavidas. Disponía de comida suficiente, pero descubrió que no tenía una sola gota de agua. El segundo día de su percance apareció un delfín que empujó el bote en la misma dirección, sin detenerse, hasta que al cabo de unos días se encontró frente a una playa de Borneo. Sólo entonces dio media vuelta el delfín y desapareció.

Muy distinto sería lo sucedido el 8 de marzo de 1980 en torno a la isla de Iki, en el Japón. Se habían reunido no menos de 4.000 delfines que obligaron a los pescadores a regresar al puerto. ¿Era porque el día anterior los mismos pescadores habían matado 200 delfines y los cetáceos querían vengar su muerte? Sin embargo, los pescadores regresaban el día siguiente al mar a proseguir con la criminal tarea de matar más delfines inocentes.



Son numerosas las muestras de reacción de delfines ante actos humanos, así como también lo son los interrogantes sobre el origen de dichas reacciones, puesto que, tal como hay relatos acerca de delfines que han salvado vidas humanas, los hay también sobre acciones que más parecen obedecer a castigo o venganza.

Los peces que gustan de tragar anillos

La historia del pescador que encontró, dentro de un pescado, el anillo de la princesa que no encuentra aún prometido que le agrade, abunda en los cuentos antiguos. Pero, aunque parezca mentira, puede suceder también en la actualidad. En el verano de 1976, cuando la joven Thekla Aanen nadaba

frente a Oslo, perdió un anillo de diamantes. Tres años más tarde, su abuelo fue a pescar en aguas cercanas y obtuvo un bacalao de 4 kilogramos. Al abrirlo, para cocinarlo, encontró el anillo de su nieta. Y sin abandonar Noruega, pero en julio de 1985, Regnuhild Andersen encontró su propio anillo, también dentro de un bacalao, una semana después de haberlo extraviado.

Herodoto contaba el consejo dado por el faraón Amoses al tirano Polícrates de Samos, quien había sido muy favorecido por la fortuna: tendría que desprenderse de un objeto valioso, que tuviera en gran estima, para evitar que la buena suerte dejara de protegerle. Escogió un anillo de esmeraldas. Se embarcó y lo dejó caer al agua en alta mar. La siguiente semana, un pescador se lo llevó personalmente. Polícrates comprendió que no tardaría en sufrir una desgracia.

Que los peces gustan de tragar los objetos más dispares caídos al mar queda probado en Mateo 17,27, donde Jesús dice a Pedro que vaya al mar y eche el anzuelo, abra el primer pez que pesque y encontrará en su interior una moneda. Cuando se estaba decidiendo a abrazar la fe cristiana, el germano Arnulfo tiró su anillo al río Mosela, seguro de que sus pecados serían perdonados el día que lo recobrara. Fue a encontrarlo dentro de un pez, cuando era obispo de Metz. Fue el día más feliz de su existencia. ¿Sucedió en realidad este milagro, o de hecho fue manipulado para que vieran todos sus fieles cuán fuertes suelen ser los designios divinos?

¿Existe la música del desierto?

A su regreso del viaje que hizo a China, a fines del siglo XIII, el veneciano Marco Polo declaró a sus admirados paisanos que había oído cantar a los desiertos. Pero, pasado el primer momento de sorpresa, se burlaron de él. Sin embargo, el viajero no andaba desacertado. Cuando el viento acumula la arena en la cresta de las dunas, en el desierto, llega un momento en que se desploman los cientos de miles de granos. La avalancha ocasiona una fricción que engendra un ruido y la frecuencia producida por el deslizamiento de estos granos de arena puede alcanzar varios cientos de hertz y dar como resultado una extraña melodía. Los astrónomos son de la opinión que el mismo fenómeno tiene lugar en las arenas del planeta Marte.

El bombero que cambió de color

Un bombero de nombre John Papierowicz se encontraba tratando de apagar un incendio, el 8 de septiembre de 1976, que había estallado en la Witco Chemical Co., en Perth Amboy, Nueva Jersey. Se produjo una explosión. El ácido y las llamas quemaron al hombre gravemente, afectando en especial las piernas, el rostro, el cuello y los brazos. Cuando lo dieron de alta en el hospital de Trenton, tres semanas después, su esposa apenas pudo reconocerlo. Incluso juró que le habían cambiado el marido. Los ojos de John, antes de color marrón, se habían vuelto azules. El director del centro declaró que jamás había conocido un caso semejante.

Las piedras que se mueven solas

El Valle de la Muerte, que se encuentra en la región suroriental del estado de California, es uno de los lugares más desolados del planeta. Una de sus muchas peculiaridades es una extensión enorme, perfectamente plana, conocida como la Playa Racetrak, donde las piedras se desplazan en línea recta, por sí solas, en algunos casos hasta alcanzar los 70 metros. Nadie las ha visto nunca moverse, ni sabe explicar cómo se opera ese movimiento misterioso. ¿Es por las influencia lunar, por las manchas solares, por el geomagnetismo? Cierto Dr. Sharp, que ha venido estudiando el fenómeno desde 1968, decía que las piedras no ruedan, sino que se deslizan en diferentes direcciones, dejando sobre el suelo una larga huella. ¿Es una forma de poltergeist, provocado por un desconocido mecanismo?

El niño que tenía algo de jardín

El *Boston Post* del 18 de octubre de 1857 contaba lo sucedido a un muchacho de 13 años de apellido Northrup, vecino de Ithaca, población del estado de Nueva York situada al sur de los famosos Finger Lakes. Desde la edad de dos años había sufrido de una hinchazón en una ingle y a los cinco se le formó un absceso. Poco tiempo des-



La terrible noticia del hundimiento del *Titanic*, en su viaje inaugural, recorrió varias veces el mundo entero, no así la del *Naronic*, que se hundió en circunstancias misteriosas, todavía no esclarecidas, en 1983, cuando se dirigía desde el puerto de Liverpool hacia el de Nueva York, su destino final, no sobreviviendo ningún miembro del pasaje ni de la tripulación.

pués aparecieron otros abscesos en el abdomen. Y de la ingle comenzó a surgir una planta que alcanzó una altura de 20 centímetros. De la planta salió una primera flor y le siguieron otras más. Aquel caso de jardín humano no ha sido el único conocido. En 1979 se informó sobre lo sucedido a un muchacho sudafricano, Julian Fabricus, a quien le salió una planta por un ojo, que llegó a florecer. El médico que lo cuidó declaró que la semilla de la planta pudo haber entrado accidentalmente en el ojo. Pero no supo decir si, para que esto sucediera, debía el ojo reunir ciertas condiciones favorables para la germinación.

Un precursor del Titanic

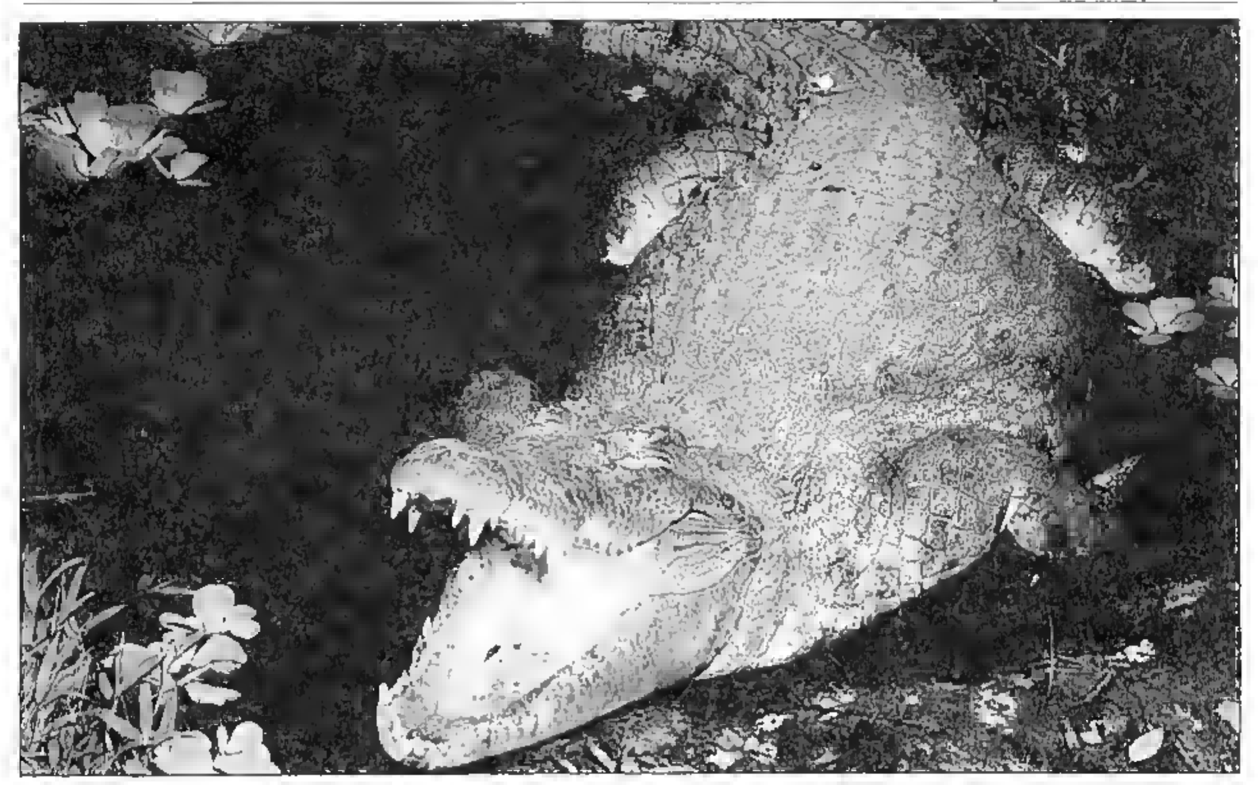
Poco antes de estallar la I Guerra Mundial se hundió en el Atlántico Norte el más lujoso y gigantesco de los trasatlánticos, después de chocar con un iceberg. Fue el famoso *Titanic*. Sin embargo, muy pocos saben que este enorme barco tuvo un precursor, conocido como el *Naronic*, que zarpó la mañana del 11 de febrero de 1893 del puerto de Liverpool rumbo al de Nueva York. Desplazaba 10.000 toneladas y tenía una eslora de 185 metros. Contaba con motores sumamente poderosos y dos altas chimeneas y era el barco más suntuoso del mundo. Era muy rápido y sus propietarios esperaban verlo superar la marca de su hermano el *Majestic*, que dos años antes había recorrido la distancia en 5 días 18 horas y 8 minutos. Los dueños de la White Star Line estuvieron esperando en vano las noticias del barco. Había desaparecido en circunstancias misteriosas, con toda su tripulación y sus pasajeros. Los del *Titanic* serían ligeramente más afortunados: el barco se hundió, pero logró salvar la vida una pequeña parte de los pasajeros.

Reptiles que surgen en lugares insospechados

En Estados Unidos, tener cocodrilos en casa, a manera de mascotas para que los niños se diviertan, ha ocasionado muchas dificultades. Y lo mismo ha sucedido en Australia. Cuando el joven Leon Philips caminaba por la calle de Cairns, en la costa nororiental, se abrió de repente una tapa del alcantarillado y asomaron las fauces de un cocodrilo que apresaron su pie izquierdo. Por fortuna, Leon calzaba unas gruesas botas de cuero. Dejó que el saurio se las llevase y pudo escapar. Aquel cocodrilo salido de la alcantarilla debía ser uno más de los muchos tirados al retrete por el dueño de la casa, cuando las monerías que tenían sus hijos comenzaban a morderles los dedos con fuerza y se negaban a soltarlos.

Algo distinto sería el hallazgo realizado en junio de 1972 por los empleados del aeropuerto de Istambul, en Turquía. Abrieron el compartimento de carga de un avión de Pan Am y recibieron la sorpresa de su vida: vieron en su interior a un cocodrilo de casi dos metros, que se desplazaba hacia un equipo electrónico muy delicado. El comandante de la aeronave se negó a emprender el vuelo mientras no fuera atrapado el saurio. El personal tardó dos horas en apoderarse del intruso. No existía documentación que explicase la presencia del reptil. Fue conducido al zoológico de Istambul.

También se realizó en Inglaterra un curioso hallazgo, que pudo haber tenido muy graves consecuencias, de haber sido cierto. El periódico londinense *The Star* publicó el 12 de febrero de 1987



una curiosa noticia: una joven de 24 años llamada Louise Parks se encontraba en la tienda Army & Navy cercana a la estación Victoria, examinando unas alfombras, cuando fue mordida por una pequeña cobra. Fue conducida de inmediato, el brazo terriblemente hinchado, al St. Thoma's Hospital, donde se recuperó en poco tiempo. La cobra logró ser capturada, según afirmaría poco después David Ross, gerente de la tienda.

Un periodista de nombre Michael Goss quiso entrevistar a Ross, pero le informaron en la tienda que no conocían a ese señor ni sabían de ninguna cobra que hubiese mordido a una joven. ¿Mintieron los empleados de la tienda o la historia fue inventada por el *Star*?

A partir de 1968 habían abundado los animales exóticos en Inglaterra y en Estados Unidos, tales como serpientes venenosas, panteras y hasta cocodrilos llegados del extranjero de manera sorprendente. Se dijo que entre las blusas y otras prendas venidas de Asia para su venta en las tiendas K-Mart se habían introducido lo mismo huevos de serpientes que arañas, orugas y otras simpáticas alimañas, con la intención de asustar a las señoras. Surgió también, a partir de entonces, la leyenda, incluso se filmaron películas al respecto, de que en todas las pencas de plátanos llegadas de Centroamérica se ocultaba una enorme araña peluda venenosa. Y no se diga de la gran cantidad de películas donde se presentaba el espectáculo de animales amenazadores de todos los tamaños, llegados de América Central y del Sur, que ponían en peligro la preciosa vida de los ciudadanos norteamericanos. Algunos sociólogos opinaron que el temor hacia esos seres repugnantes no es más que un rechazo de tipo racista hacia lo que no sea 100% norteamericano. Pero tal vez fuera un poco exagerado.

Hay cocodrilos en estado natural en todos los continentes, salvo en el europeo, y reciben nombres diversos, como son aligátor, caimán o gavial, entre otros. Pero no es normal verlos aparecer en la alcantarilla, en la bodega de un avión o en el jardín de una casa.

La niña que lloraba piedras

En Galayan, población turca, una niña de 14 años llamada Elmas Oztunc, que trabaja como tejedora, posee una curiosa peculiaridad que su familia supo guardar en secreto, porque podría impedirle casarse algún día. Cuando la niña llora, no deja caer lágrimas, sino minúsculas piedras. A pesar de la cortina de silencio dejada caer por la familia, se supo del fenómeno. Elmas fue conducida a un centro de salud de la cercana Bozkin, donde se descubrió que otras dos muchachas de la localidad habían

sufrido el mismo mal cinco años antes: Fatima Eger y Ayhe Erduran, de 17 y 16 años de edad, también tejedoras de profesión. ¿Se trataba de una coincidencia sin importancia, o acaso el hilo de los telares produjo en ellas este extraño fenómeno inexplicable?

Se daba la circunstancia de que las tres muchachas habían empezado a trabajar desde muy niñas en los telares y es frecuente que, en general, las obreras pierdan la vista antes de cumplir 20 años de edad. Es sabido que hay en las lágrimas sales microscópicas, pero aumentan en ciertos casos de tamaño las gotas y se convierten en guijarros. Es un fenómeno semejante a la formación de cálculos renales y biliares.

La maldición del cráneo español

En un muro de Tobermory, Escocia, cuelga un cráneo que se dice perteneció a un marinero español que pereció ahogado en la bahía, en el siglo XVI. Se dice en la región que quien toque el cráneo se verá en peligro. Había sido hallado en 1956 por el comandante Crabb, famoso hombre rana inglés que tuvo una participación muy destacada durante la guerra. Lo dejó en el hotel del pueblo y pereció poco más tarde, cuando se zambulló en el puerto de Portsmouth para averiguar algo de un navío soviético.

Una noche, el cantinero golpeó accidentalmente el cráneo y la misma noche sufrió un accidente de motocicleta. Se quebró la cabeza y murió. El dueño del hotel, Richard Forrester, quiso taladrar el cráneo para colgarlo del muro. La misma noche sufrió terribles jaquecas. Su esposa cogió el cráneo para quitarle el polvo y tuvo el día siguiente un accidente de auto y se lastimó seriamente la cabeza. A partir de entonces le persiguieron las jaquecas y lo mismo sucedió a los clientes del hotel que cometieron la imprudencia de tocar lo que no debían.

La maldición que casi mata a Ossendowski

En los primeros años del siglo XIII, cuando Gengis Kan hizo retroceder a los tártaros hacia el oeste, la tribu Uighur tuvo que refugiarse en los límites del Turkestán y Siberia, con Abuk Kan al frente. Solicitó permiso a Gengis para seguir su camino sin ser atacados. Pero esta gente fue masacrada y su jefe muerto.

A corta distancia de la catedral gótica de Colonia, una de las más impresionantes del mundo, y en la misma ciudad fundada por los romanos con el nombre de Colonia Claudia Agripensis, fue donde apareció un par de zapatillas de cristal que databan del siglo III de la era cristiana.



En el momento de ser ejecutado lanzó una maldición. Regresaría del más allá para vengarse de quien se apoderase de cualquier objeto del lugar. Los escasos sobrevivientes levantaron a su muerte una barricada circular de piedra, alta de 2,50 metros, en homenaje a los compañeros asesinados. El explorador Ferdinand Ossendowski, autor del famoso libro *Hombres, bestias y dioses*, conoció en 1899 el monumento y se dispuso a fotografiarlo. Al revelar la película no apareció nada. Supo entonces de la maldición de Abuk al conversar con un sacerdote.

Cuando abandonaba el lugar, salió un perro detrás de una roca y asustó a los caballos. El explorador cayó al suelo y se lastimó. Además, se rompió todo su equipo fotográfico.

Los pájaros que atacan a los seres humanos

No debe considerarse fantástica a la película de Alfred Hitchcock donde



unos pájaros acometen a los seres que viven en un pueblo cercano a San Francisco. El *Sunday Express* del 21 de noviembre de 1971 dio a conocer lo sucedido a la señora Agnes Audin, vecina de Dodwoth, en el Yorkshire. Un enorme cuervo se abalanzó sobre la cabeza de su hija. La señora trató de ahuyentarlo a golpes de su bolso. Las dos mujeres estaban aterrorizadas. El mismo cuervo había atacado ya a unos niños de la localidad y picoteado los dedos a una mujer.

En 1969, unas gaviotas habian atacado a la gente, en la costa norte de Alemania, y en mayo de 1971 una gaviota se lanzó furiosa sobre un ciclista en la población costera de Dover. Su compañera debió ser atendida en el hospital, por heridas sufridas en el cuello. Otra bandada de gaviotas descendió lanzando graznidos, en agosto de 1974, sobre el joven Kevin Graham cuando cruzaba el puente sobre el río Tweed, en Berwick, Inglaterra. Pero nada de esto se compara con lo ocurrido el 30 de mayo de 1970 en casa de Larry Benson, en Westwood, California. Debió interrumpir la cena su familia, a causa de la invasión de pájaros en la sala. Se atropellaron junto a la chimenea, como si quisieran salir por ella. Llegaron los vecinos. Un experto dijo que eran aves migratorias, pero no supo explicar por qué se metieron en aquella casa.

¿Como explicar aquel fenómeno? Pudo suceder que las aves estuviesen hambrientas al escasear los insectos que constituían su alimento, por culpa de los muchos plaguicidas. O el exceso de vibraciones creadas por el ser humano, solamente audibles para los pájaros, los trastornaron. Tal vez reaccionaron contra esta agresión atacando a quienes sabian eran sus causantes: los seres humanos.

Descubrieron unos asombrosos zapatos de cristal

El origen de los zapatos calzados por Cenicienta en su famosa noche del baile podría localizarse en los tiempos del Imperio Romano, concretamente en una ciudad alemana situada a orillas del río Rin. Sucedió el 25 de septiemre de 1971, cuando se realizó un curioso hallazgo en esta ciudad que se llamó Claudia Agripensis y fue un importante centro comercial en tiempos de Roma. Era un par de zapatillas de cristal que parecian datar del siglo III d.C. Otto Doppel, director del Museo Roma-



La historia del hallazgo de un niño salvaje, publicada en Johannesburgo, Sudáfrica, fue refutada por dos psiquiatras norteamericanos que, tras estudiarlo, opinaron que se trataba de un ser subnormal, que se había criado en un orfanato antes de ser parte integrante de un grupo de monos, con el cual supuestamente había vivido desde sus más tiernos días.

no de Colonia, declaró que debían ser obra de un artesano vidriero; y las elaboró para enterrar a su mujer con ellas puestas. Era costumbre romana enterrar a los difuntos con su mejor calzado, para que no regresaran al mundo a importunar a los vivos.

Se habían descubierto hasta entonces zapatos de piedra y de madera, pero era la primera vez que aparecía calzado de cristal. El par de zapatillas se encontró casi a orillas del río, en un sarcófago de piedra a cuyos costados se había abierto un pequeño nicho para depositar un zapato, a cada lado.

Acerca de tres plantas sumamente curiosas

El *copaipa* es un árbol que crece en Brasil y produce una savia cuya composición es semejante a la del diesel. Puede producir hasta casi 100 litros de esta savia al año. Por otra parte, el *gayule* y la *euforbia* pueden producir un látex susceptible de convertirse en aceite. También la caña de azúcar y el maíz pueden producir alcohol que sustituya a la gasolina en los motores de explosión. Habrá que ir pensando en estas plantas, para cuando se terminen en el mundo los hidrocarburos.

Y hablando de hibrocarburos, existe un alga llamada *ayatollaphobera*, capaz de secretar una emulsión de hidrocarburos convertible en gasolina de alto octanaje, mucho más económica que la comercial. Sólo se necesita, para producir gasolina, además de esta alga, agua del mar, luz solar y gas. Existe otra bacteria, la *Clostridium thermocellum*, capaz de transformar la celulosa en alcohol.

Hay otra alga monocelular sumamente interesante: la *Botryococcus braunii*, que se encuentra en casi todos los lagos del mundo. Se sabe que secreta hidrocarburos, pero se ignora con qué finalidad. Tal vez sea para ahuyentar a los depredadores. Esta alga es muy semejante a las algas fósiles halladas en ciertos carbones y en yacimientos petrolíferos, y no sólo produce hidrocarburos en vida, sino también después de muerta.

Historia de un niño salvaje

En su edición del 2 de junio de 1974, el *Johannesburg Sunday Times* publicó esta curiosa noticia: había sido descubierto, en la selva de Burundi, un niño salvaje que trepaba a los árboles en compañía de los monos. Fue llevado a un orfanato de la ciudad de Gitega y quedó al cuidado de un psiquiatra soviético. Éste dictaminó que nada podía hacerse por rehabilitar al niño, pues estaba demasiado crecido.

Dos psiquiatras de Boston que supieron del asunto, viajaron a África dispuestos a examinar al niño. Estaban decididos a llevárselo a Estados Unidos y a convertirlo en un ser civilizado. El niño se expresaba con gruñidos y se negaba furiosamente a vestir ropa. Los dos científicos, Harlan Lane y Richard Pillard, regresaron finalmente a su tierra y declararon que todo había sido un fraude: el niño jamás vivió entre los monos, que no existen en aquella región africana, sino que había pasado su vida en un orfanato y no era más que un retrasado mental.

Enormes pájaros vistos en Norteamérica

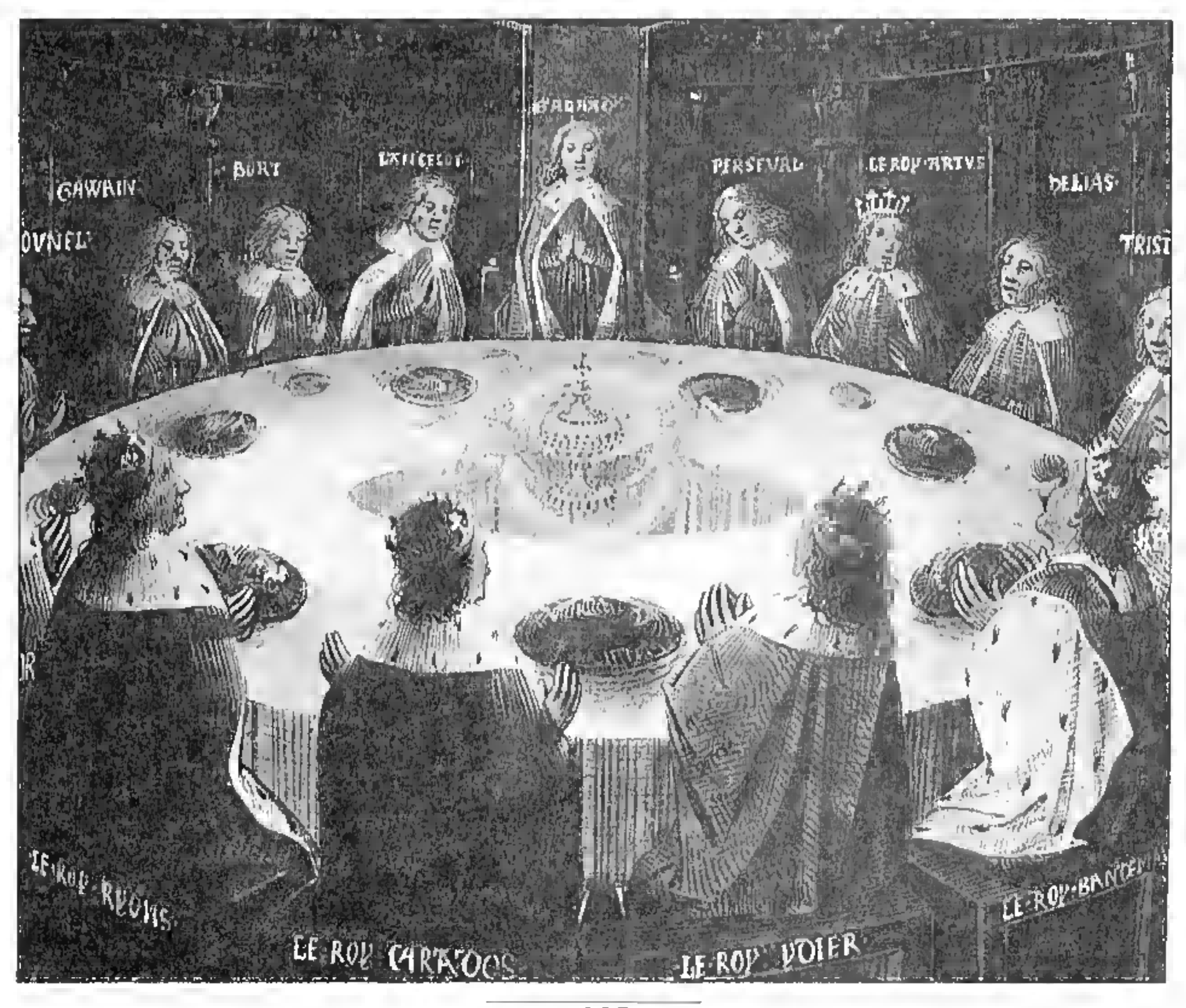
La mención más antigua conocida, de pájaros de tamaño gigantesco que no parecían pertenecer a la fauna norteamericana, fue hecha en 1673 por el jesuita francés Jacques Marquette cuando exploraba la tierra de Illinois. Pero, en el presente siglo, han sido frecuentes los hallazgos de estos seres que parecen confirmar las viejas leyendas indígenas.

Así, en 1902 Fred Murray vio en Pensilvania varias aves enormes, desconocidas, cuyas alas alcanzaban los 5 metros. En el mismo estado, un granjero encontró en 1910 lo que parecía un animal posado sobre una vaca muerta. Colocó una trampa y el día siguiente encontró un pájaro enorme atrapado, alto de metro y medio y con una envergadura de 5 metros. Creyó que sería un cóndor de los Andes, pero éste no era negro ni tenía un collar en el cuello pelado. Y en 1969, Albert Achoonover halló algo semejante, también en Pensilvania, cerca del lago Alvin Bush. En este mismo estado y en Kentucky se han visto, en los últimos años, pájaros semejantes, pero nadie ha logrado fotografiarlos ni cazar. ¿Se trata de infundios lanzados por quienes quieren ver publicado su nombre, de ser posible con una foto, en los periódicos?

EL ENIGMA DEL REY ARTURO

En 1907, un arquitecto inglés declaró que había descubierto la tumba del rey Arturo, ese personaje casi legendario que tuvo por mujer a cierta Ginebra y presidió una corte poblada de seres excepcionales, fuente inspiradora de numerosas obras literarias y artísticas. Nadie en su patria prestó la menor atención al arquitecto, por dos razones: una, porque era muy probable que Arturo jamás hubiera existido y que, como tantos héroes de antaño, fuera fruto de la imaginación popular o de algún escritor. Otra, porque Frederick Bligh-Bond afirmaba haber logrado su objetivo por medios nada recomendables, como eran los psíquicos. Es decir, que era un charlatán.

Vieja ilustración inglesa, tal como aparece en la obra de Malony *Muerte de Arturo*. Muestra a los caballeros de la Tabla Redonda en torno al Santo Grial situado en el centro. Preside el propio Arturo, acompañado de los caballeros más ilustres de la época.





Una abadía que se caía en pedazos

Arturo, rey legendario de Britania —o Bretaña, no se sabe bien—, fue hijo del rey Uther y de Ingerna, que no era su esposa, sino del duque de Cornualles. Casó con la linda y apasionada Ginebra que lo engañó con Lanzarote, uno de los caballeros de la Tabla Redonda. Después de reconciliarse y de perdonarse sus respectivos pecados, tuvieron que vivir juntos hasta su muerte. Al parecer, fueron enterrados ambos, en el siglo VI de la era cristiana, en la abadía de Glastonbury. Esta venerable construcción se hallaba en el condado de Somerset, en el suroeste de Inglaterra, muy cerca de Cornualles. Nadie sabe en qué año fue comenzada a edificar, ni quién lo hizo.

Persiste aún el misterio acerca de la existencia del rey Arturo, quien presidía la famosa Tabla Redonda. A pesar de las investigaciones practicadas en la abadía de Glastonbury, donde se dice que fue enterrado junto con su esposa, Ginebra, los restos no han aparecido jamás, lo que sustenta las teorías de que no existieron o de que se los enterró en otro sitio.

Se decía, en siglos pasados, que Jesucristo estuvo en este lugar con deseos de meditar, acompañado por José de Arimatea, cuando el tirano Tiberio mandaba en Roma. La abadía se había ido cayendo en pedazos a partir de la muerte de Arturo y terminó de destruirla el rey Enrique VIII —ese mismo que ordenó cortar el cuello de Ana Bolena—, que odiaba todo lo que oliese a papista. Cuando su gente se dedicaba a destruir el monumento, miraba para otro sitio.

Nadie volvió a acordarse de la abadía de Glastonbury —pero sí del rey Arturo— hasta que al arquitecto Bligh-Bond se le ocurrió reconstruirla. Una vez llegado a la abadía, cambió de idea. Prefirió buscar el lugar donde estuvo la capilla de Edgar Atheling, último de los reyes anglosajones, que fue destronado por Guillermo el Conquistador en el siglo XI. Pero no habiéndole acompañado la suerte en la empresa, pensó recurrir a un amigo suyo, de apellido Bartlett.

Sentía este Bartlett una enorme afición por la escritura automática y aceptó encantado hacer una prueba en la abadía. Procedió de acuerdo con lo que aconsejan las reglas y se sumió en un estado cercano a la hipnosis, con un papel frente a él y un lápiz en la mano. Nada sucedió los primeros días, pero llegó, finalmente, un mensaje del más allá. Estaba escrito en latín medieval, que ninguno de los dos hombres conocía, como era lógico.

Un especialista les tradujo el texto. Decía sólo que la capilla de Edgar Atheling fue construida por el abate Beere y restaurada por el abate Whiling. Nada que valiera la pena. Era preciso insistir con el lápiz. Llegó un segundo mensaje, transmitido por cierto Guglielmus Monachus. Es decir, por el monje Guillermo, y daba instrucciones para dibujar el plano de la capilla e indicaba dónde podría localizarse. Atendieron los dos amigos al mensaje y encontraron la capilla. Pero no hubo suerte con la tumba del rey Arturo y de su esposa.

¿Acaso no existieron ambos personajes, o no fueron jamás enterrados en aquel lugar?



Surgen dudas sobre la existencia de Arturo

Lo malo de Arturo es que, habiendo vivido en el siglo VI, ningún cronista contemporáneo suyo mencionó sus proezas, su vida, el lugar donde pudo haber transcurrido su existencia. Es muy posible que haya vivido un hombre llamado Arturo en los primeros siglos de la era cristiana, cuyos hechos se convertirían en legendarios al paso de los años, y es muy posible también que su residencia habitual no fuera el suroeste de Inglaterra, sino la Bretaña francesa o tierra adentro de las Galias, así como muchos personajes que lo acompañaron y la propia Tabla Redonda hubieran sido inventados largo tiempo después.

Tal vez la primera mención conocida hecha del rey Arturo haya sido la del cronista Nennius, en el año 800, en su *Historia de los britanos*. Era descrito como caudillo de los celtas y britanos que lucharon contra los conquistadores sajones. Decía este Nennius —y contribuyó así, en gran parte, a crear la leyenda heroica de Arturo como superhombre— que dio muerte por sí mismo, sin ayuda de nadie, a 940 enemigos en una sola batalla de las muchas en las que intervino.

En los *Annalae Cambriae*, que datan del año 955, se decía que, en una batalla sucedida en el año 518, Arturo cargó una cruz sobre sus hombros, durante tres días, y que gracias a su enorme celo religioso él y su gente resultaron victoriosos. Pero ninguno de estos cronistas supo decir nada sobre dónde se encontraba la corte del rey Arturo ni habló jamás de Camelot. Hubo que esperar hasta el año 1136 para que otro

En algunos textos modernos, el relato de la vida del rey Arturo está en boca del mago Merlín, su eterno protector, pero el primer indicio de la existencia del legendario rey se encuentra en los escritos del siglo IX del cronista Nennius, aunque ni éste ni otros cronistas posteriores mencionan el lugar donde se hallaba la corte de Arturo ni el nombre de Camelot.



A *MERLÍN* SE LE HA CONTEMPLADO COMO MAGO DUEÑO DE PODERES FANTÁSTICOS QUE ESTUVO AL SERVICIO DEL REY *ARTURO*. SIN EMBARGO, NO FUE NI UNA COSA NI LA OTRA. LO QUE SUCEDIÓ FUE QUE ANTAÑO SE CONSIDERABA MAGO A QUIEN ERA DUEÑO DE GRAN SABIDURÍA Y SABÍA PREVER LO QUE PRONTO SUCEDERÍA. Y DE *ARTURO*, LO ÚNICO QUE *MERLÍN* SUPO DECIR FUE QUE EN EL FUTURO REINARÍA UN HOMBRE DE SUS CARACTERÍSTICAS, PERO SIN ESPECIFICAR SU NOMBRE: REALIZÓ VARIAS PREDICCIONES DE ENORME RELEVANCIA, UNA DE LAS CUALES, DECÍA A MEDIADOS DEL SIGLO PASADO EL POETA FRANCÉS *ALFONSO DE LAMARTINE*, DEBIÓ INFLUIR EN LA CONDUCTA DE *JUANA DE ARCO*. ES LO QUE SUELE SUCEDER CUANDO UN PROFETA POSEE CIERTO PRESTIGIO Y ANUNCIA SUCESOS IMPORTANTES: NUNCA FALTARÁ LA PERSONA QUE SE OCUPARÁ DE HACERLOS REALIDAD.

historiador, dueño de una fama merecida, se ocupara de Arturo y lo que no pudo averiguar, es seguro que lo inventara. Gracias a su *Historia Regium Britanniae*, el inglés Geoffroy of Monmouthshire habló por primera vez de esta corte de Arturo, que estaría en Caerleon-on-Usk, lugar donde el romano Legius había construido, en el año 50 a.C., una fortaleza desde donde invadir fácilmente el País de Gales. Confiando en esta explicación, en 1926 se hicieron excavaciones en el lugar descrito, pero nada se pudo encontrar.

Algún tiempo después de escribir Geoffroy de Monmouthshire sobre Arturo, se ocupó de él un francés de nombre Chrétien de Troyes (1135-1190), a quien le agradaba escribir literatura de ficción. Fue él quien dio forma a la Tabla Redonda y quien inventó personajes como Parsifal —Perceval— y Lancelot du Lac, a quien llamamos Lanzarote, y trazó un triángulo amoroso, como buen francés, en cuyas puntas se encontraban Lanzarote, la reina Ginebra y su esposo el cornudo.

Fue a partir de entonces que surgirían las novelas de caballería, tan románticas, protagonizadas por el caballero Gwain y el Santo Grial. Causaron furor espléndidas novelas como *Palmarín de Inglaterra*, *Amadís de Gaula*, *Tirante el Blanco* y otras que llevarían a la locura al pobre Don Quijote.

Qué dice la leyenda acerca del rey Arturo

De acuerdo con ciertas tradiciones, Arturo fue un rey celta que quiso poner orden en sus tierras después de que los romanos sometieran Britania, las Galias y Germania. Fue herido de muerte en la batalla de Camlaun y conducido a la isla de Avalon, donde murió en 542. Algunos historiadores opinan que Avalon es sólo un lugar mítico y que fue en realidad lo que hoy se conoce como Glastonbury, una abadía que sería destruida, según se dijo, por Enrique VIII.

A pesar del fervor que los ingleses sienten por la historia del rey Arturo, saben bien que contiene una buena parte de elementos míticos. En 1977, el Dr. Robert Dunning, quien ha dedicado su vida al estudio de Somerset, el condado donde se encuentra la abadía, declaró que los frailes de ésta hicieron trampa, en 1191, para sacar de ella provecho. Habían recogido unos restos humanos que dieron a entender pertenecían a Arturo y Ginebra. Los enterraron entonces en la abadía.



De acuerdo con la declaración hecha por el Dr. Dunning en 1977, los restos encontrados en la famosa abadía de Glastonbury no eran los de Arturo y Ginebra, como adujeron los frailes, a quienes él acusó de haber enterrado allí desconocidos restos humanos para hacerlos pasar por los del mítico rey y su esposa con fines provechosos.

Glastonbury acababa de ser quemado, en 1181, quién sabe por quién. Los frailes declararon por el vecindario que los restos eran de la pareja real, porque necesitaban limosnas de los buenos cristianos. No había dinero para reconstruir la abadía, ni tampoco para pagar los elevados impuestos creados por Ricardo Corazón de León para financiar las Cruzadas, en las que deseaba tomar parte.

Medio siglo antes, en 1130, el historiador William of Malmesbury había escrito un texto sobre la abadía de Glastonbury, sin mencionar una sola vez al rey Arturo. Sin embargo, a partir del incendio de 1184 comenzaron a aparecer nuevas ediciones del libro de



El grabado ilustra el encuentro entre Merlín, el sabio adivino de la corte de Camelot, y el hada Viviana, ocurrido en el prodigioso bosque de Broceландia tras el rejuvenecimiento del Merlins, por obra de magia. El personaje del mago es tan entrañable que se encuentra en todas las literaturas, incluida la española actual, en los encantadores libros de Benjamín Jarnés y Alvaro Cunqueiro.

Malmesbury, inventadas por los frailes, donde aparecían por primera vez Arturo y sus grandes proezas. Pero, de acuerdo con otros eruditos, Arturo no fue otro que el rey de Irlanda, Conary Mor, un líder militar poderoso que reinó, en el siglo VI, en la región suroeste de Inglaterra.

En opinión del historiador norteamericano Geoffrey Ashe y del francés León Fleuriot, lo mismo el rey Arturo que los caballeros de la Tabla Redonda no son ninguna leyenda. Identificaron ambos a Arturo con un jefe celta llamado Riothamus, quien intentó expulsar a los godos de Borgoña. Fue traicionado y desapareció en el año 470. Riothamus significaba en lengua celta «gran rey» y bajo este nombre envió una carta, en 460, al romano Sidonio Apolinario. La carta fue hallada por Ashe.

Cuando los romanos retiraron sus legiones de Inglaterra, en aquellos tiempos, los britanos —o grandes bretones— se dividieron en varias sectas muy vulnerables. Uno de sus jefes, Vertigern, contrató mercenarios sajones que se rebelaron contra él pero fueron vencidos a su vez por un jefe celta, que sería Arturo o Riothamus. Más tarde, este último fue derrotado cerca del río Indre, afluente del Loira, en la región central de Francia, y corrió a refugiarse en Avalon, ciudad legendaria celta. Riothamus poseía además un castillo en Cadbury Hill, en el Somerset. Es preciso notar que, en la misma Borgoña donde nació el mito del crimen real, nació también el de los Nibelungos. Y en esta región, rica en excelentes vinos, hay una población cercana al río Yonne, llamada Avallon.

¿Dónde se encontraba la corte de Camelot?

Se ha querido afirmar que Camelot estuvo a orillas del río Camel, en Cornualles, donde tuvo lugar en 537 la batalla de Camlaun en la que murió Arturo. Pero esta creencia no ha podido ser confirmada. Thomas Malory, quien escribió en 1460 una novela sobre la vida y muerte de Arturo, cuando cumplía una condena por violación y robo, decía que Camelot estuvo en Winchester, en cuyo castillo se encontraba la Tabla — o mesa— Redonda del rey Arturo. Sin embargo, esa Tabla databa del siglo XII, muy posterior a la de Arturo. Pero, esa tabla era pequeña, mientras que la otra permitía a 150 caballeros tomar asiento al mismo tiempo en torno suyo.

William Caxton, quien publicó la novela de Malory, no pensaba igual que éste. Camelot debía localizarse en el País de Gales y así lo ha venido creyendo la mayoría de los estudiosos del tema. Difería de este parecer generalizado John Leland, anticuario de Enrique VIII. En su *Assertion of Arthur*, obra publicada en 1542, decía que Camelot estuvo en Queen's Camel, un lugar cercano a Cadbury Castle, Somerset, donde abundan aún las leyendas sobre Camelot. En 1586, la gente llamaba a la fortaleza de Cadbury «castillo de Arturo» y de ella hizo en 1723 un dibujo el artista William Stukeley.

En 1955, se descubrió casualmente en el castillo de Cadbury diversos obje-

tos de cerámica y fragmentos de vidrio del siglo VI que parecían haber tenido una relación con el rey Arturo y su corte. En 1965 se creó un comité para investigar el hallazgo y el lugar, integrado por notables historiadores y expertos en antigüedades. Uno de estos, Leslie Alcock, dirigió las excavaciones a lo largo de cinco años. No hallaron Camelot ni nada que pudiera revelar la identidad del rey Arturo. Sin embargo, el castillo tenía un salón enorme, donde hubiera podido caber una mesa grande como la de Arturo. En ese lugar se descubrieron objetos que databan de la Edad de Hierro, unos 2.000 años a.C., cuando llegaron a las Islas Británicas los primeros celtas procedentes de Francia y de la Europa Central.

Unas palabras sobre un mago prodigioso

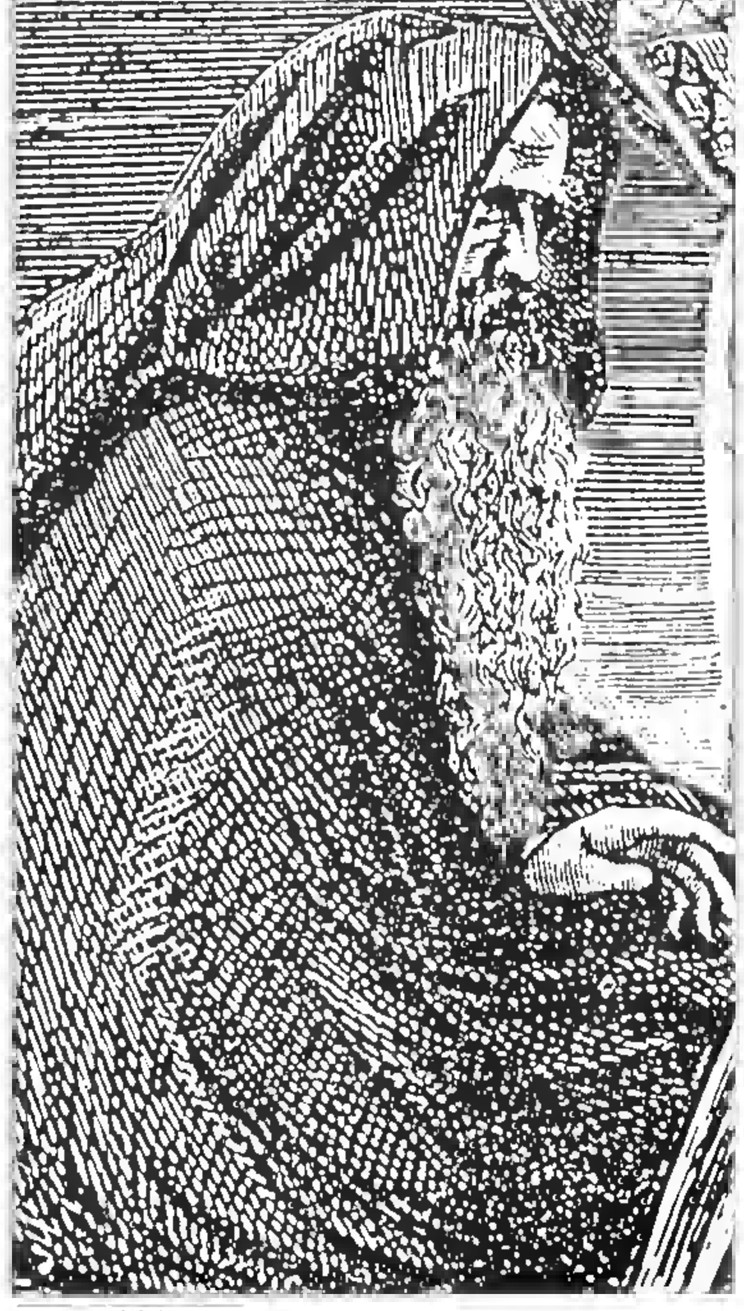
No podía llegar este capítulo a su fin sin decir antes algo sobre un personaje que, según la tradición, estuvo muy ligado al rey Arturo y a su corte: el mago Merlín, acerca del cual muy poco se sabe. Se ha dicho que nació en la isla bretona de Sein y que fue hijo de un íncubo —es decir, de un ente diabólico— y de una joven druida, hija de un rey de los bretones, que se dejó seducir por sus artes. Aprendió su ciencia prodigiosa de su padre, pero le ayudó a adquirir una profunda sabiduría su propia madre, una gran profetisa. Merlín demostró ser alguien excepcional desde el momento mismo de nacer.

Vortigernus, rey de Inglaterra, había comenzado a construir una torre a prueba de asalto, dice la leyenda, pero cada noche la tierra devoraba la parte construida. El rey reunió a sus magos, en busca de consejo. La respuesta de los sabios asesores fue tajante: los cimientos de la torre solamente podrían afirmarse rociándolos con la sangre de un niño que hubiese nacido sin padre. Este niño singular fueron a descubrirlos en la isla de Sein. Se apoderaron de él y lo llevaron a la presencia de Vortigernus.

Merlín tenía solamente diecisiete días de haber nacido, pero al escuchar hablar a los magos se puso a discutir con ellos, mostrando tal sabiduría en sus palabras que dejó a todos atónitos. Por esta razón se le perdonó la vida y se le envió de regreso a casa.

Historiadores británicos afirman que resulta absurdo relacionar al mago Merlín con la figura del rey Arturo, porque no fueron contemporáneos. Coinciden, en cambio, en decir que el mal llamado Tenebroso existió en realidad, lo que no pueden decir del rey Arturo.

La vida de este hombre fue excepcional. Purgó a Europa de muchos tiranos, anunció la Guerra de Cien Años en Francia, con la liberación de ésta por la intervención de una doncella, protegió a las mujeres oprimidas y a los caballeros andantes. Después de realizar una multitud de actos prodigiosos, se retiró a un bosque de Bretaña — o de Britania, no se sabe bien—, se encerró en una gruta y se dedicó al estudio de las ciencias misteriosas.



LAS DESAPARICIONES INEXPLICABLES

En la primera parte de esta obra se presentaron varios casos de desapariciones consideradas misteriosas e inexplicables en su tiempo, pero que al paso de los años vino a descubrirse que se trataba de pura charlatanería o que había manera de aclarar el enigma que habían ofrecido. A continuación se ofrecerán diversos casos de desaparición de barcos, aeronaves y seres humanos que siguen representando un reto al sentido común. Algunos pertenecen al pasado, pero otros corresponden a tiempos actuales, cuando se supone que debería existir una explicación razonable para todo esto.

Hablemos ahora de los barcos

El velero *J.C. Cousins* zarpó el sábado 6 de octubre de 1883 del puerto de Astoria, en el estado de Oregón, para esperar en la desembocadura del río Columbia a un bergantín de matrícula francesa, al mando del capitán Al Zeiber, que venía de Saigón cargando especias y marfil. Permanecieron cerca uno del otro varios días y, de repente, el bergantín tomó el camino de alta mar, mientras el velero parecía tomar velozmente el rumbo a la costa, pero zigzagueando de manera incomprensible, como si fuera al garete.

La guardia costera acudió con equipo de salvamento hasta el lugar donde el velero había encallado finalmente. Subieron a bordo y no hallaron a nadie. La cocina estaba todavía caliente y había patatas hervidas en un recipiente. El cuaderno de bitácora decía que todo estaba bien. Se lanzaron entonces varias explicaciones para aclarar lo sucedido, como que Zeiber había asesinado a la tripulación del *Cousins* y había huido llevándose alguna mercancía valiosa. Aquello era absurdo, porque todo sucedió a plena luz del día y docenas de personas se encontraban en la playa, armados de prismáticos. Se dijo también que, por estar en la desembocadura del río, el velero fue arrastrado por la corriente. Pero esto no explica la ausencia de hombres en el navío. Algo por el estilo había ocurrido en el *Mary Celeste*, del que se habló en un capítulo anterior y para el cual apareció años más tarde una serie de elementos suceptibles de aclarar el misterio.

Más extraordinario iba a ser lo sucedido en abril de 1925 en la región comprendida entre las islas Bermudas, las Bahamas y la costa de Florida que merecería ser designada, muchos años después, con el nombre de Triángulo de las Bermudas. El barco japonés *Raifiku Maru* desapareció sin dejar rastro. Antes, había enviado por radio un mensaje sumamente extraño, cuyo texto era: « Nos amenaza un puñal. Acudan rápido. No podremos escapar.» Nació en aquel momento la leyenda de este navío de 5.800 toneladas, construido en 1918 y que acababa de zarpar de Boston rumbo a Hamburgo.

El día siguiente de zarpar había tropezado con una fuerte tormenta y lanzó un SOS dando su exacta ubicación, estando en el famoso Triángulo. El mensaje fue captado por el *Homeric*, de la White Star Lines. Cuando este barco llegó al lugar de donde procedía el mensaje, encontró al barco japonés inclinado 30º, sin nadie a bordo. El mar estaba en calma. Era algo fantástico y más aún el contenido del mensaje, francamente incomprensible. Se intentó explicar de la siguiente manera: fue

La desaparición, en el pasado, de veleros y toda género de embarcaciones no se limitó al célebre Triángulo de las Bermudas. Las hubo también en la costa occidental de América, en el Mar de China y las costas de Japón —donde se ha encontrado otro Triángulo fatídico— y en el Atlántico Norte y Sur. En la página siguiente: siguen construyéndose buques escuela para uso de los cadetes que serán marinos algún día. Parecen desconocer éstos que esa clase de embarcaciones ha sido en ocasiones víctima de la mala suerte o que desaparecieron en circunstancias misteriosas, como sucedió en el caso del *Pamir* utilizado por los alemanes con fines pedagógicos.







Este tipo de embarcación, que aparece en la ilustración superior y en la página siguiente, llamado *ferry*, es la solución para quien desea viajar a otro país separado por el mar, pero tiene el inconveniente de que, a veces, desaparece un pasajero en circunstancias misteriosas sin que nadie sepa dar una explicación a lo sucedido.

escrito en inglés, donde puñal es *dagger*. La letra *n* se escribe en el código Morse con una raya y la *g* con dos rayas. ¿Pudo suceder que el radiotelegrafista japonés, nervioso como estaba, cometiese un error y escribiese *dagger* en lugar de *danger*? Pero, aunque así fuera, la desaparición de la tripulación seguía siendo un enigma.

El 30 de julio de 1930, el navío argentino *María* tropezó, en el camino a Concepción, ciudad chilena, con una furiosa tempestad. Mientras la tripulación luchaba para no perder la embarcación, vieron a lo lejos un barco fantasmal, por espacio de unos minutos, a tan sólo una milla de distancia, iluminado por los continuos relámpagos, extendidas las velas de sus mástiles. Y de improviso, dejó de verse.

El capitán Francisco Morales esperó algún mensaje por radio, pero no fue así. Y se sorprendió al ver que el barco desconocido tenía cinco mástiles. Más tarde pudo enterarse que su descripción correspondía exactamente a una embarcación que no existía ya: el *Kobenhavn*. Había sido construida en 1921 y registrada en la capital de Dinamarca. Tenía una eslora de 120 metros y era propulsada por un motor diesel de 139 HP. En el año 1928 su capitán era H. F. Anderson.

Era el mayor barco en su género del mundo y lo utilizaban para entrenamiento de oficiales de marina. El 14 de diciembre de 1928 zarpó de Buenos Aires, rumbo al continente africano. El 22 se encontraba a 900 millas de

Tristán da Cunha, isla situada en el Atlántico Sur, a mitad de camino entre Argentina y Sudáfrica. Todo iba bien a bordo. La tripulación se disponía a pasar la Navidad a la altura del Cabo de Buena Esperanza. El radiotelegrafista lanzó un mensaje, que sería el último, informando del curso.

Transcurrió el año 1929 entero sin tener noticias del *Kobenhavn*. El 11 de septiembre de 1930 se dio oficialmente por perdido el navío. Pero en julio del mismo año, la tripulación del *María* declaró haberlo visto frente a las costas de Chile y, dos meses más tarde, los pasajeros de un navío panameño afirmaron que habían estado cerca de él, frente a las costas peruanas. En el verano de 1937 fue visto de nuevo por unas personas que viajaban a bordo del yate *Mariposa Junior*, con matrícula de San Francisco, cuando acababan de abandonar el puerto ecuatoriano de Guayaquil. El capitán tomó nota de la posición para informar a las autoridades. Incluso sacó varias fotografías, que al ser reveladas solamente mostraron el mar solitario.

En 1937, la marina alemana convirtió el viejo *Pamir* en un barco escuela. En 1942 lo destinó a transportar prisioneros de guerra desde Francia a los puertos del norte de Alemania, de donde serían conducidos a los campos de trabajo. Volvió a ser barco escuela al acabar la guerra.

El 22 de septiembre de 1957, con 55 cadetes y 25 oficiales a bordo, se encontraba 1.000 kilómetros al suroeste de las Azores cuando tropezó con el ciclón Carrie. El barco se hundió y sólo 6 hombres lograron salvarse. Sin embargo, fue visto en 1961 por la tripulación del barco chileno *Esmeralda*, cerca de la costa francesa. Cuando quisieron aproximarse a verlo de cerca, se desvaneció misteriosamente.

A partir de entonces, el *Pamir* ha sido visto no menos de 25 veces, coincidiendo en todas las ocasiones con perturbaciones en los instrumentos de a bordo de los barcos. Por ejemplo, sucedió el 17 de agosto de 1965, cerca de Islandia, con la fragata francesa *La Corse*, cuya brújula enloqueció mientras el barco fantasma estuvo a la vista. El 18 de septiembre de 1968 sucedió lo mismo con el barco escuela japonés *Nippon Maru*, en aguas de las Bermudas. El 29 de julio de 1969 con un pequeño yate propiedad de Reed Byers, en las islas Vírgenes. El 15 de mayo de 1972 con el navío noruego *Dagmar Louisa*, desde donde vieron perfectamente al *Pamir* con sus linternas meciéndose. Fallaron los instrumentos y el mar se encrespó.

El último caso conocido sucedió en octubre de 1980 con el barco alemán *Gorch Fock*, que se encontró de improviso con el *Pamir* a pesar de que el sonar no había informado sobre el intruso. En todos los casos, en cuanto desaparecía el barco fantasma, todo regresaba a la normalidad.

Varios casos de personas que se esfumaron

El ferry *Svea Corona* llegó al puerto de Estocolmo en la madrugada del 7 de mayo de 1977, procedente de Helsinki, en una travesía de doce horas, con 700 pasajeros y 250 automóviles, además de una camioneta cargada de muebles. Descendieron todos a tierra, menos la camioneta. Se buscó en vano a su due-



LO MÁS ASOMBROSO DE LAS SANTAS QUE SENTÍAN ARDER ERA QUE SU SUPUESTO MAL NO ERA PERMANENTE. LLEGABA DE IMPROVISO Y SE IBA SIN DEJAR HUELLA EN EL ORGANISMO. UN DETALLE INTERESANTE ES QUE LA PIEL ADQUIRÍA A VECES UNA COLORACIÓN OSCURA, QUE ES UNA DE LAS CARACTERÍSTICAS DE QUIENES SUFREN DE *HIPERTIROIDISMO*. RESULTA CURIOSO LO SUCEDIDO A LA VENERABLE *ROSA MARÍA SERIO*, SUPERIORA DEL CONVENTO DE *CARMELITAS DE FASANO*. EN EL CURSO DE SU EXISTENCIA SUFRIÓ ARDORES TAN CONTINUOS COMO INTENSOS. EN CIERTA OCASIÓN LAS RELIGIOSAS VIERON DESCENDER SOBRE ELLA UN HALO DE LUZ Y LA MADRE SUPERIORA SE DESMAYÓ. SE APRESURARON A DESVESTIRLA Y VIERON QUE TENÍA LA CAMISA CHAMUSCADA. ESTA SANTA MUJER FALLECIÓ EN 1725.





ño, cuyo nombre era Juho Heino, de 51 años. Era el séptimo pasajero que desaparecía en circunstancias misteriosas, en los últimos dos años, en el mismo recorrido. Se pensó en un suicidio, pero era difícil aceptar que siete personas hubieran pensado en quitarse la vida en el mismo ferry. Por otra parte, Heino no se hubiera molestado en llevar a bordo su vehículo. ¿Cayeron los siete individuos por la borda? ¿Tenían algo en común y fueron asesinados en circunstancias relacionadas con su trabajo? La policía estudió entonces los antecedentes de las siete personas, en busca de algún elemento en común que hubiera podido ser la causa de las muertes. Nada descubrió.

Al noroeste de Pasadena, suburbio de Los Angeles, se encuentra la presa Devil's Gate Reservoir, donde se han producido extrañas desapariciones. La mañana del 5 de agosto de 1956 tuvo lugar una de ellas, en la persona de Ronald Lee Baker y Brenda Howell. El 23 de marzo del siguiente año, el niño de 8 años Tommy Bowman dio vuelta a un recodo del sendero, frente a seis miembros de su familia, y no volvió a ser visto nunca más. Bruce Kremen, de la misma edad, se esfumó el 13 de julio

Suecia es un país rico en pequeños lagos rodeados de bosques. Algunos de estos lagos tienen una islita en su centro, como en el lago Asneu. En su isla de Sirkou fue donde tuvo lugar la desaparición de Alvar Larsson, que llenó de consternación al país y a toda Europa. No es normal que un ser humano desaparezca de manera tan misteriosa como definitiva.

de 1960 cerca de un campo deportivo anexo. En cada caso se organizaron numerosas brigadas de rescate. No obtuvieron nada.

Siete personas desaparecieron de forma misteriosa, entre 1945 y 1950, en el monte Glastenbury, Vermont. En todas las ocasiones se buscó con empeño en toda el área, sin éxito, lo que hizo pensar que había sucedido algo que rayaba en lo sobrenatural. Una de las personas desaparecidas, Frieda Langer fue a aparecer el 12 de mayo de 1951, en un lugar que había sido registrado ya por las brigadas de rescate, en varias ocasiones. Estaba muerta, pero no presentaba señales de violencia. Cerca de este monte están los pueblos de Glastenbury y Somerset —nada que ver con el rey Arturo—, que tuvieron en el siglo pasado una población de 500 habitantes y que no figuran ya en los mapas. A partir de 1880 comenzaron ambos lugares a despoblarse y hoy son dos pueblos fantasmas.

El 30 de marzo de 1890, Louis Aimé le Prince proyectó por primera vez en suelo francés una película, y esto sucedió en París. En el mes de septiembre tomó el tren en la ciudad de Dijon para regresar a París y anunciar oficialmen-



te su invento. Jamás llegó a su destino. La policía lo buscó por todas partes. Se pensó que alguien quiso apoderarse de su invento y que no vaciló, para ello, en secuestrarlo o matarlo. Por culpa de tan misteriosa desaparición, jamás se le concedió a este hombre el menor crédito por su trabajo.

La desaparición inexplicable del muchacho de trece años Alvar Larsson, sucedida en Suecia en 1967, sorprendió al mundo entero. Vivía con su familia en la pequeña isla de Sirkon, situada en el centro del lago Asneu, en el condado de Kronoberg. Siendo las 8 de la mañana del 16 de abril, su madre le pidió que fuera en busca de leña para la cocina. Como tardara más de un cuarto de hora en regresar los padres fueron en su busca. No lo encontraron.

Gune, el hermano mayor, preguntó en las casas vecinas, sin obtener nada.

Lo que más ha llamado la atención a los sabios del pasado, al examinar a las salamandras, era que nada tenían que ver con las lagartijas a pesar de su aparente semejanza, porque las primeras son anfibios urodelos y no reptiles. Creyeron los alquimistas, quién sabe por qué, que las salamandras y tritones eran capaces de vivir en el fuego.

Recurrió entonces el señor Larsson a la policía, que organizó la mayor cacería conocida en la historia de Suecia. Fueron 300 miembros de la guardia nacional los que peinaron a conciencia la zona comprendida en los límites de la isla, con el apoyo de varios helicópteros. Pensando que el muchacho pudo haberse ahogado, se dragó el lago. Alvar no apareció por ningún lado. Sólo su bicicleta. Se detuvo, como sospechoso de haberlo raptado, a un hombre que tenía fama de pervertir a los menores, pero demostró su inocencia. Por lo menos en aquel caso. Nunca más volvió a verse a Alvar Larsson.

Tal vez ninguna desaparición inusitada ha sido tan extraña como la sufrida por el joven Rudolf Fentz, quien salió de su casa de Nueva York en 1876, para dar un paseo, y fue a regresar 74 años más tarde. Sucedió esto a las 11.15

de la noche del 24 de junio de 1950, en Times Square, en medio del tráfico. Un policía que lo vio azorado corrió a ayudarle a alcanzar la acera, pero el desconocido imprudente fue atropellado y muerto por un taxi. Al registrar los bolsillos del anciano se encontraron varios billetes con un valor total de 70 dólares, que databan del siglo pasado, además del recibo de un establo y varias tarjetas con el nombre de Rudolf Fentz impreso. De ser aquel hombre la persona desaparecida hacía tantos años, nadie supo explicar dónde estuvo tanto tiempo.

Finalmente, se dirá que la tarde del sábado 10 de octubre de 1931, cientos de personas esperaban ver aparecer en el cielo de Virginia el más moderno de los dirigibles norteamericanos, el *Akron*. Pero se quedaron con las ganas, porque a la tripulación se le prohibió volar sobre un campo de fútbol de Huntington donde se encontraban los espectadores. A cambio de esto, unos curiosos vieron volar sobre el río Ohio, a la misma hora, un dirigible del tipo *blimp*. Las autoridades informaron que ninguna aeronave de tales características había volado por el lugar. Es decir, que el *blimp*, que se utilizaría con éxito en la II Guerra Mundial, no existía todavía. Tanto insistieron los testigos del vuelo, que acudió la policía e investigó en una amplia zona, en busca de los restos de la aeronave y de los probables sobrevivientes. Nada descubrió.



En 1800 cobró enorme fama la italiana Giuseppina Giraldelli, que poseía una extraña habilidad: podía peinarse con la mano izquierda mientras introducía la derecha en un brasero sin sufrir daños. La única precaución que parecía tomar era pisar con el pie derecho un objeto metálico que al final de su acto se había calentado sobremanera.

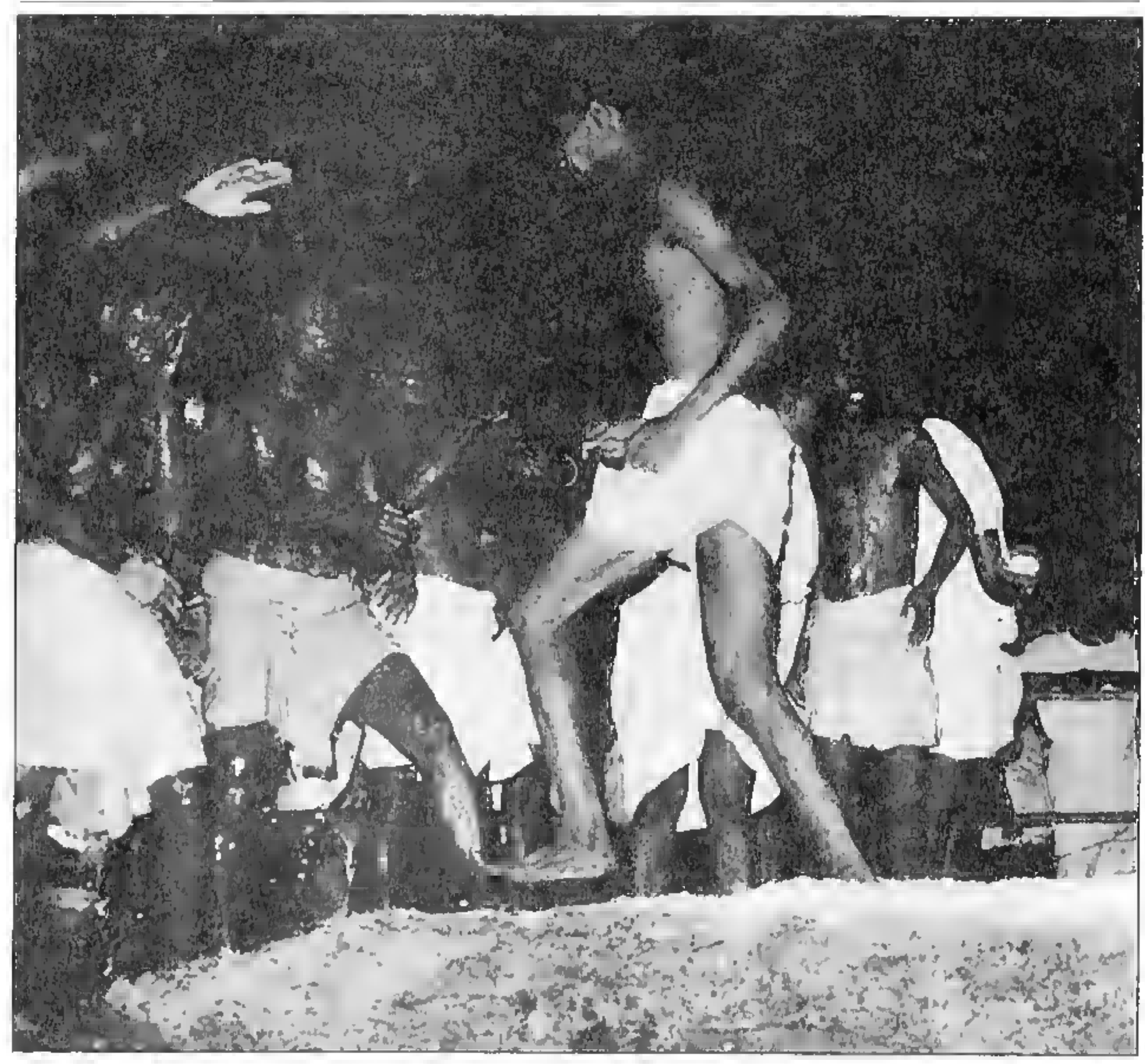
SALAMANDRAS Y ANTORCHAS HUMANAS

La salamandra es un anfibio urodelo, que se caracteriza por la presencia de cola y cuatro extremidades lo mismo en sus larvas que entre los adultos. Las larvas respiran por branquias y viven en los arroyos, mientras los adultos poseen pulmones y viven en tierra firme. Esta particularidad y el hecho de no tener nada en común con las lagartijas y los reptiles en general, a pesar de parecérseles, sorprendió a los antiguos.

En la Edad Media fueron admiradas las salamandras por los alquimistas y los filósofos esoteristas, con los que fueron relacionadas. Se llegó a creer que, si podían vivir en el agua y en la tierra y respirar aire, podían hacerlo también en el fuego. Si bien esta creencia fue perdiéndose al paso de los años, sigue aplicándose el nombre de salamandra a quienes, como los bomberos, deben estar en contacto con el fuego y no sufren por ello quemaduras de ninguna clase, o como algunas personas que no parecen sufrir por su peligrosa proximidad.

Unas palabras sobre el fuego

En la antigüedad se sentía un enorme respeto y temor por el fuego, y se creía que tenía algo de mágico, porque no podía asirse pero era capaz de destruir de manera casi milagrosa. Lo consideraron también sagrado, igual que habían contemplado al astro solar con adoración. Fue, como era de esperar,



uno de los cuatro elementos, además del aire, la tierra y el agua, llamados aristotélicos a pesar de ser conocidos como tales desde mucho tiempo antes, en Oriente.

Hay numerosos mitos en torno al fuego, equiparándolo con el saber divino, que no puede tocarse pero cuyos efectos se dejan sentir sobre los humanos. Entre los mitos más conocidos están el del carro solar conducido por Faetón y el de Prometeo, que robó el fuego a los dioses y recibió por ello el peor de los castigos. Los persas utilizaron el fuego para rendir, por su conducto, adoración al dios Ahura Mazda y fue común entre ellos —y también en la India— cremar a los difuntos para purificarlos antes de presentarse ante sus jueces del otro mundo. El fuego sagrado era atendido en los templos por algunas sacerdotisas que debían ser vírgenes, como lo es el fuego.

Mientras hay quienes sostienen que los que caminan sobre el fuego pueden hacerlo por poseer en las plantas de los pies unas callosidades que les impiden sentir el calor, otros aseguran que esta caminata se hace sin peligro alguno cuando se ha estado sometido a hipnosis con anterioridad a ella. La fotografía muestra a Jatoo Bhai, caminando sobre las llamas en un rito de paso.

Y durante la Edad media era natural que se castigase a las brujas a la hoguera. Sin embargo, muy poco se ha adelantado en el conocimiento del fuego. La ciencia sigue sin saber qué es, a ciencia cierta, y cualquier diccionario de la lengua española dirá, para definir el fuego, que es «el desprendimiento simultáneo de luz y calor producido por la combustión de un cuerpo». Es decir, que explica en qué consisten los resultados, pero no su esencia. Por otra parte, añade que la llama es «la apariencia luminosa y

ligera que se desprende de las materias en ignición». Sin embargo, las personas que en la antigüedad, y también en los tiempos modernos, han sabido desafiar al fuego de manera que resulta incomprensible para quien pueda observarles, jamás supieron de definiciones. Tocaban los objetos incandescentes sin que nada les sucediera, ante el asombro de los testigos.

Por ejemplo, el notable médium escocés Daniel Dunglas Home (1833-1886) cogía carbones encendidos de la chimenea, sin dificultad y sin quemarse, sin que hubiera en ello ningún truco. O, por lo menos, jamás lo sorprendieron en el momento de hacerlo, ni en esta ni en otras ocasiones, o cuando hacía sonar las campanas a distancia o practicaba la levitación, entre otras cosas.

En algunas ciudades de los paises subdesarrollados hay hombres y muchachos que se ganan la vida tragando fuego, o realizando proezas semejantes en el circo. El trabajo de los tragafuegos tiene su secreto: consiste en no inhalar jamás el aire en el momento de realizar su acto, porque entraría el humo y las llamas hasta los pulmones. Por el contrario, se debe expelar el aire violentamente. Pero, por mucho cuidado que ponga esta gente, suele terminar con problemas pulmonares, en el esófago y las cuerdas vocales. Lanzar fuego por la boca es sólo cuestión de cuidado y mucha práctica.

Sin embargo, de todos los contactos íntimos con el fuego, el de las caminatas sobre carbones encendidos es sin duda el más apasionante y también aquel del cual se conservan testimonios más antiguos.

Testimonios de hace más de veinte siglos

En la *Antígona* de Sófocles se menciona a los soldados que podían caminar sobre un lecho de brasas para probar que eran inocentes de los cargos de que se les acusaba, en especial el de cobardía. Hace 2.000 años, el geógrafo griego Estrabón (58 a.C.-25 d.C.) decía que la sacerdotisa del templo de Diana, en Efeso, caminaba sobre carbones ardientes sin sufrir quemaduras. El griego dudaba que tal cosa fuera posible y, antes que él, el romano Marco Terencio Varrón (116-27 a.C.) declaró que esas caminatas solamente



El caso de la combustión del Dr. Irving Bentley no pertenece a la literatura sino a los archivos de las autoridades de la ciudad de Coudersport, en Pensilvania, donde fue denunciado en 1966 por Don Gosnell quien, buscando al médico, sólo encontró de éste una pierna marrón que yacía junto al borde de un enorme hoyo quemado en el suelo del baño.





A la izquierda vecino de San Pedro de Manrique (España) caminando descalzo sobre una alfombra de brasas durante la noche de San Juan en que se rinde culto a la Virgen de la Peña. Sobre estas líneas danza ritual sobre el fuego.

eran posibles aplicando antes abundante linimento en los pies.

En su obra *La rama dorada*, convertida en un clásico del folklore, sir James Frazer decía que los indígenas acostumbrados a caminar sobre el fuego tenían callosidades en los pies y no sentían el calor. Pero el Dr. T. M. Hocken había probado, en 1898, que esa gente tenía los pies con una piel suave como la de los bebés. Incluso lamió a uno de los caminantes la planta de los pies, para cerciorarse de que no se habían aplicado un producto químico o alguna grasa protectora.

Opinan algunos científicos que caminar sobre el fuego puede hacerse gracias al sudor que se forma en los pies, el cual forma una capa protectora. Otros afirman que resulta importante humedecer los pies, mientras no faltan los que opinan lo contrario: al mojar los pies no se absorbe el calor para convertirlo en vapor, sino que es la mejor manera de quemarlos a la hora de realizar la caminata. Aseguran otros que ésta se logra sin peligros gracias a la hipnosis, que se practica poco antes de realizar la caminata. Esto debió suceder en 1920 a V. E. Stowell, empleado del Imperial Bank, en Bombay, quien se atrevió a realizar la experiencia después de recibir la orden de un gurú. En cambio, tres hombres que se negaron a escuchar al gurú y confiaron en la presencia del obispo de Mysore, recibieron graves quemaduras y debieron ser hospitalizados.

Piensan otros que no son necesarias las invocaciones místicas: lo importante de una caminata sobre el fuego, su verdadero secreto, está en recorrer el lecho en menos de tres segundos y que ese lecho no sea demasiado largo. Y recuerdan las palabras contenidas en el versículo 2 del capítulo XLIII del libro de Isaías, muy interesantes, pero que podrían referirse a la ayuda que puede prestar Jehová, en ciertas ocasiones, a los seres humanos: «Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.»

Las caminatas sobre el fuego, un deporte

A partir de 1984 se puso de moda en Estados Unidos, en especial en California, organizar grupos para caminar sobre el fuego. Surgieron profe-



sores para enseñar esta técnica, aprendida en viajes realizados a la India o a las islas Fidji. En Beverly Hills, la zona residencial de Los Angeles, cierto Tony Robbins se dispuso a ganar mucho dinero creando un instituto que, hasta la fecha, ha enseñado a 5.000 alumnos, cada uno de los cuales pagó 100 dólares, a realizar este tipo de caminatas. Y en Arizona y Nuevo México se impuso también esta moda.

Volvió entonces a presentarse la pregunta de si tiene un carácter mental la prueba, en la cual se impone el espíritu sobre la materia. En opinión de científicos como Friedbert Kayer, del Instituto Max Planck, en Munich, se trata de un fenómeno paranormal: de realizarse la caminata por los medios puramente físicos, serían frecuentes las quemaduras.

Dicen otros que la mente nada tiene que ver y que todo es perfectamente natural. El Dr. Walker, de la universidad de Cleveland, reía con sus alumnos pensando en los ingenuos que gastaron un buen puñado de dólares para aprender algo que para él era sumamente sencillo.

En agosto de 1973 se celebró en la hermosa ciudad de Toronto, situada a orillas del lago Ontario, una exposición nacional canadiense. En el curso del programa, el público pudo contemplar la actuación de unos hombres venidos de las islas Fidji realizando el más increíble de los milagros: caminaron sobre un lecho de cenizas ardientes sin sufrir ninguno de ellos la menor quemadura.

Añadía que no es preciso entrar en trance ni invocar a los poderes celestiales. Basta con aplicar el llamado principio Leidenfrost; el estado esferoidal con la capa protectora que se forma sobre la piel del caminante. Los individuos que se ponen nerviosos en el momento que precede a la caminata sobre el fuego sudan y adquieren así una capa protectora. Por otra parte, el carbón no es buen conductor del calor y provoca menos problemas de lo que sucedería de realizarse la prueba sobre una plancha metálica caliente.

En agosto de 1985, Bernard Leiking, investigador de la universidad de California en Los Angeles, decía que caminar sobre el fuego es una tontería y que no se requiere para ello de un talento especial. Para demostrarlo, se quitó los zapatos y los calcetines y se puso a caminar sobre las brasas, frente a mil estudiantes, muchos de los cuales no tardaron en imitarlo.

No tardó en seguir su ejemplo, en el mismo año, el Dr. Andrew Weil, en el patio de la Escuela de Medicina Harvard, en Tucson, Arizona. Había visto realizar caminatas a los budistas



y en las islas Fidji, entre otros lugares famosos por estas prácticas. Junto con dos amigos se dispuso a caminar sobre las brasas, en un lecho largo de 3,60 metros, sin recibir más heridas que unas quemaduras sin importancia. Uno de los voluntarios, Tolly Buikham, ha caminado sobre el fuego en cuatro países, ante un total de 7.000 espectadores. Declaraba que todo es cuestión de concentración. En cierta ocasión sufrió quemaduras al realizar la caminata ante las cámaras de televisión, porque el locutor lo interrumpió para preguntarle algo y Tolly se distrajo unos segundos.

Y ya que se mencionó por segunda vez a las islas Fidji, se dirá que en agosto de 1973 se celebró en Toronto la Exposición Nacional Canadiense. Uno de los espectáculos que mayor número de personas atrajo fue una caminata sobre el fuego. Se habían dispuesto, dentro de un foso rectangular de 3 x 2 metros y 25 centímetros de profundidad, diversas piedras amontonadas, que se calentaron colocando encima leña que, chisporroteando, ardió por completo hasta convertirse en ceniza, no sin dejar caer antes los chambelanes, con gesto marcadamente teatral, varios pañuelos que ardieron al instante.

No sólo los faquires de la India saben caminar sobre las brasas y acostarse sobre sendos pinchos, sino también diversos pueblos del mundo lo hacen cuando celebran una fiesta religiosa. Se ha venido a descubrir que cualquiera puede hacerlo sin sufrir daños: basta con cumplir con ciertos requisitos bastante sencillos.

Doce jóvenes venidos de las islas Fidji fueron los encargados de realizar la caminata sobre las piedras, de un extremo al otro del lecho ardiente. Al terminar, permitieron que se les hicieran varias preguntas. Mostraron la planta de los pies, que no estaba callosa, sino suave. Dijeron que no sintieron calor en los pies, sino grata frescura, y que las piedras eran resbaladizas, por lo que debían tener mucho cuidado al pisarlas. Esto que hicieron los fidjianos recuerda al *tumo*, o habilidad que poseen algunos adeptos lamas para permanecer calientes, mediante la concentración mental, cuando desciende la temperatura ambiental, de tal manera que la nieve funde en torno suyo. Este fenó-meno pudo observarlo, hace más de medio siglo, Alexandra David-Neel en un viaje al Tibet y parece haber sido comprobado científicamente. Las mismas experiencias serían observadas por científicos norteamericanos e hindúes, en las faldas del Himalaya, publicadas en 1982 en la revista inglesa *Nature*.

Últimos ejemplos de hombres salamandra

San Francisco de Paula, quien murió en 1509, era inmune al fuego: podía coger carbones encendidos sin dificultad. En el primer tercio del siglo XIX, un francés llamado I. Chaubert no sólo podía caminar sobre las brasas y probar toda clase de venenos sin que le sucediera nada malo, sino que podía introducirse en un horno provisto de una ventanilla y permanecer en su interior mientras se asaba un pollo. ¿Conocía algún truco para realizar un acto tan asombroso, o era una auténtica salamandra humana?

Nathan Coker, vecino de Easton, Maryland, no necesitaba de trance hipnótico para manifestar sus extraordinarios poderes. El *New York Herald* del 7 de septiembre de 1871 dio a conocer a sus lectores que Coker podía sujetar una barra de hierro calentada al rojo vivo hasta que cambiaba al negro, al enfriarse. Y realizaba estas proezas desde su niñez. Tal vez fue por esta razón que escogió la profesión de herrero, consciente de que jamás sufriría lesiones o quemaduras.



La literatura está poblada de casos de combustión espontánea. Dickens, por ejemplo, atribuye a ésta la muerte de Krook, el malvado personaje de *La casa desierta* que ardió misteriosamente. La escena pertenece al momento en que se encuentran los fragmentos y cenizas de lo que anteriormente había sido el cuerpo de Krook.

El enigma de la combustión espontánea

Si bien existe alguna explicación para las caminatas sobre el fuego, razonables en apariencia pero que no a todos ha logrado convencer, no puede decirse lo mismo cuando se desea aclarar el enigma de las personas que arden de repente y se convierten casi por completo en cenizas, mientras los objetos que se encuentran en torno suyo ni siquiera se chamuscan. A este misterioso fenómeno, que puede considerarse inconcebible y que atenta contra las leyes de la Física, se le ha dado el nombre de *combustión espontánea*. Nada puede decirse de él, como no sea presentar algunos ejemplos y mostrar las pocas teorías lanzadas para tratar de explicarlos de forma razonable.

En el mes de febrero de 1985 murió Jacqueline Fitzsimons, vecina de Cheshire, en Inglaterra, en muy extrañas circunstancias. La joven era estudiante de Cocina en el Halton College de la localidad. Se disponía a abandonar la escuela, al término de las clases, para ir al comedor. Sintió de repente que se convertía en antorcha, a la mitad del pasillo. Por fortuna, estaba muy concurrido. Las demás jóvenes, sorprendidas ante el espectáculo, reaccionaron de inmediato y pudieron apagar en cosa de segundos el fuego. Jacqueline fue conducida de inmediato al hospital Whiston, en Merseyside, donde fueron atendidas sus quemaduras. Sin embargo, no sobrevivió a ellas. Murió al cabo de dos semanas.

Benedetto Supino, de 16 años de edad, vivía con su familia en Farmia, Italia. Un día de mayo de 1983 fue a la tienda de artículos eléctricos propiedad de su padre, Vittorio Supino. Todo lo que había en la tienda hizo cortocircuito, y lo mismo sucedió cuando el signor Supino condujo al muchacho a una tienda del muelle. Si Benedetto tocaba objetos de plástico o de goma, echaban a arder. Acudió a verlo el neuropsiquiatra Sandro Bartolomeo y se mostró escéptico. Dijo al ver lo sucedido que la ciencia no podía explicar el extraño fenómeno. La familia pidió entonces ayuda al cura del pueblo. Estaban seguros los esposos Supino de que el diablo se había posesionado del muchacho. Se realizó el exorcismo, pero no condujo a nada. Siguieron ardiendo los objetos de plástico y goma en cuanto se aproximaba a ellos



Benedetto. El parapsicólogo Massimo Inardi, que visitó al muchacho, ofreció una explicación: Benedetto acumulaba energía en su cuerpo — como le sucede a todos los seres humanos— y no era capaz de controlar las descargas inesperadas.

La explicación dada por este parapsicólogo ha sido la misma lanzada por algunos científicos que han estudiado el fenómeno: se debe a la carga electrostática que algunas personas pueden acumular, pese a ellas, en el cuerpo, en especial si el tiempo es seco; y esa carga alcanza a veces hasta 20.000 voltios. Esta electricidad se descarga por los cabellos, pero en los casos extremos las chispas provocan incendios, si las personas que las despiden se encuentran cerca de productos combustibles o si son muy aficionadas a ingerir alcohol.

Se han registrado casos en los que la electricidad que se descarga por los cabellos se ha convertido en chispas, que, a su vez han producido incendios, aunque han ocurrido con más frecuencia en ocasiones extremas en los que quienes despiden las cargas de electricidad se hallaban cerca de productos altamente inflamables o habían consumido grandes dosis de alcohol.

En ciertas ocasiones, las presuntas descargas pueden quemar a un individuo, pero en otras no pasan de ser fenómenos curiosos, hasta divertidos. Así sucedió en el pueblo de Hahdán, situado 200 kilómetros al sureste de Medina, en la Arabia Saudita. En este lugar vive Rashed Al-Matiru, cuya casa ha sido la sede de misteriosos fuegos que no producen humo ni lastiman a nadie. Es curioso que los fuegos persigan a los miembros de la familia y a los ocasionales visitantes dentro de la casa. Jamás los acompañan cuando salen a la calle.

Pero puede suceder que la víctima haya sido presa, en algún momento, de esas combustiones misteriosas y que tema que vuelvan a suceder. Cierto capitán Storey, que vivía en compañía de una hermana solterona en una casa de Bryanston Square, en Londres, recibió en 1876 la visita de su vecino el abogado Percival Pickering. Este hombre invitó al capitán a verlo en su casa, lo que Storey aceptó. Era un día frío de enero. El abogado invitó al marino a tomar asiento junto a la chimenea, para calentarse, a lo que el capitán se negó. Explicó que el fuego había sido una maldición para su familia. Su madre y varios familiares habían perecido en diversos incendios y sentía por el fuego un temor patológico. Meses más tarde, el capitán Storey cayó enfermo y debió guardar cama. Una noche comenzó a arder su colcha, de manera inexplicable, y el hombre murió carbonizado.

Este caso tiene que conducir, por fuerza, a otro sucedido en la década de los 80, por partida doble.

Una revista científica dio a conocer ambos casos

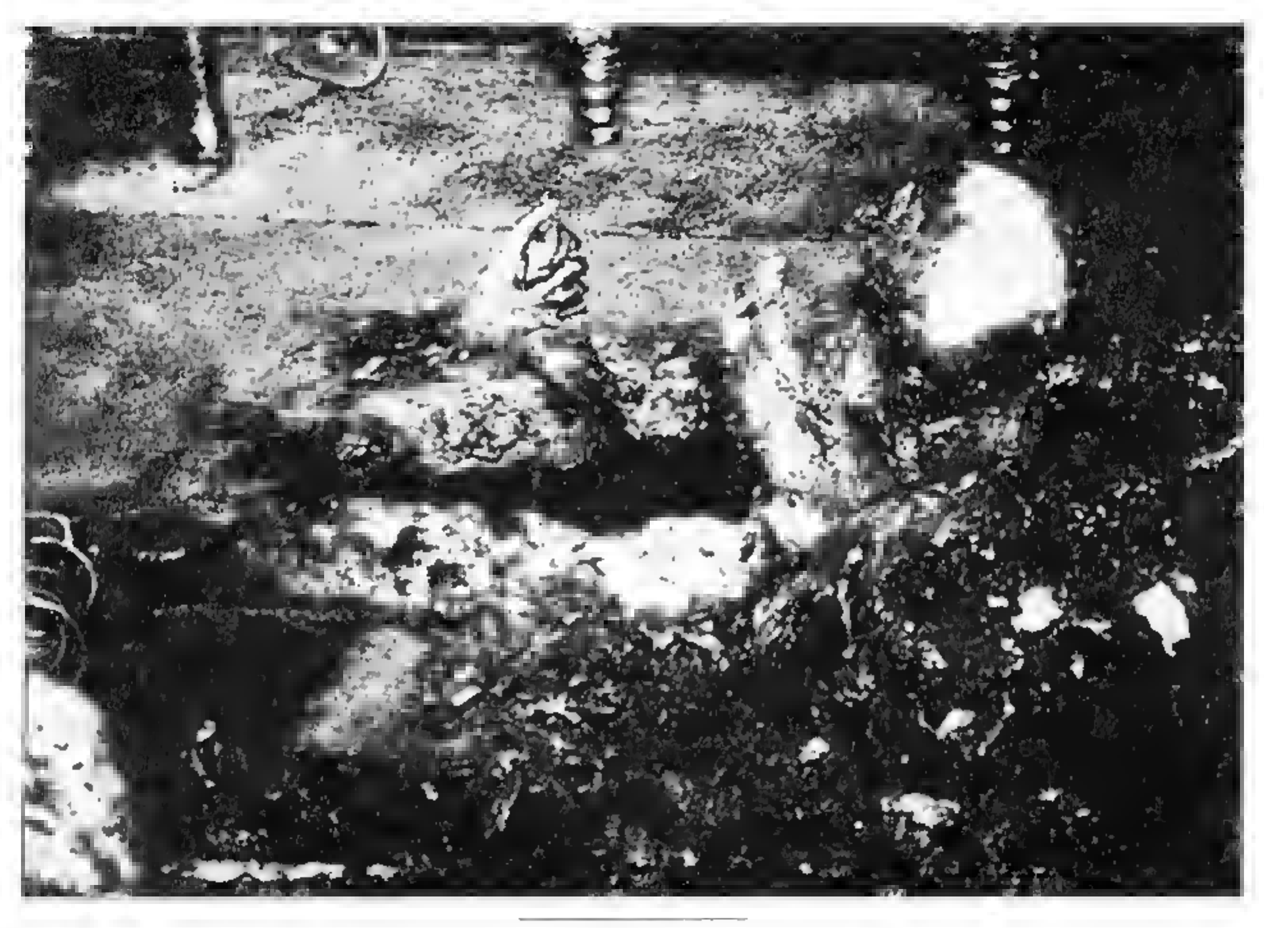
La revista *New Scientist*, que se publica en Londres, dio a conocer en su número del 19 de mayo de 1988, el informe presentado por John Heymer, quien perteneció durante 25 años a la policía inglesa y tuvo ocasión de investigar dos casos sorprendentes de combustión espontánea. Uno había sido protagonizado por la joven Annie Webb, que luchó en vano para defenderse del fuego declarado en su cuerpo de manera inesperada y fue hallada convertida en cenizas.

El otro sucedió el 6 de enero de 1980, cuando este John Heymer era policía en Gwent, País de Gales, y fue comisionado para investigar una extraña muerte. A pesar del frío intenso, se sorprendió al encontrar en la casa una temperatura agradable a pesar de no contar con calefacción central. En el centro de la sala vio un montón de cenizas y un sillón quemado en un extremo. Y a un lado, una chimenea apagada.

Según publicó la revista británica *New Scientist*, le correspondió a un policía inglés, con 25 años de servicio, la investigación de dos casos de combustión espontánea, esa misteriosa y aterradora manifestación paranormal que tan intrigados mantiene a un buen número de científicos de diversa índole, tanto desde el punto de vista convencional como del paracientífico.

Del montón de cenizas salían dos pies humanos calzados con calcetines, ambos sin daños. Debían ser lo único identificable que había quedado de Henry Thomas, dueño de la casa, porque el cráneo ennegrecido no podía ser tomado como pista. Con la sola excepción del cuerpo, nada había ardido, a pesar de la elevada temperatura que debió existir en la sala. Heymer se enteró más tarde que Henry Thomas había sufrido antes combustiones menores y estaba aterrado. Había tapado las rendijas de la casa, para que no entrara aire, pero de nada le valió.

Llamó al forense para que examinara los restos. El especialista miró las cenizas, oyó las palabras de Heymer sobre combustión espontánea y sonrió. Dijo que todo estaba claro. Aquel hombre se encontraba cerca de la chimenea, y como no podía haber ardido sin una causa externa, había que culparla a ella. El policía no quiso discutir. Sabía muy bien que en los hornos crematorios, donde se parte de una temperatura fría, se necesita una enorme canti-





Múltiples acontecimientos se ocultan tras los misteriosos casos de combustión espontánea, eludiendo las explicaciones convencionales. No obstante, hay médicos y científicos empeñados en negar, sin más, la existencia de esta manifestación paranormal. De la señora E. M., que murió el 29 de enero de 1958, sólo quedaron las piernas como muestra la fotografía. ¿Su cuerpo se consumió en el fuego del hogar o fue víctima de la combustión espontánea?

dad de metros cúbicos de gas para convertir en cenizas un cuerpo formado en un 75% por agua, a temperaturas de 1.000°. Y esto no sucedió en la sala donde ardió aquel hombre.

Otros casos de combustión espontánea

Uno de los muchos casos conocidos de combustión espontánea fue dado a conocer el 6 de agosto de 1982, por el *Seattle Times*. Un hombre explicó a la policía que acababa de ver a una mujer cruzando en llamas la calle y que cayó al suelo, para no levantarse más. La mujer y su ropa habían ardido por completo y su rostro había quedado irreconocible. Y en 1976, una familia entera ardió en Nigeria, en el interior de un cuarto, sin que se produjera incendio alguno. En 1964, una actriz retirada ardió en su automóvil, en una calle de Houston, Texas, sin que el vehículo sufriera daños.

Jack Angel, de 66 años de edad, de profesión agente de ventas de una fábrica de tejidos, llegó la noche del 12 de noviembre de 1974 a un motel de Savannah, Georgia. Despertó a mediodía del 16, con la mano derecha quemada y muy serias lesiones en el pecho y las piernas. Curiosamente, no sentía ningún dolor. Al mirar en torno suyo vio que todo estaba en orden y que incluso su ropa estaba ilesa. Se vistió y acudió al restaurante del motel, tambaleándose. Pidió un whisky, pero no llegó a probarlo. Se sintió mal y perdió el conocimiento que recobró en un hospital. El médico que lo atendió estaba sorprendido: las quemaduras no eran superficiales, sino que parecían localizarse en el interior de su cuerpo, como si hubieran sido provocadas por una fuerte poderosa de energía.

¿Cuál pudo ser aquella fuente poderosa de energía? Nada había en el interior del cuarto susceptible de provocar las quemaduras. No pudo ser un rayo, porque la noche fue clara. Se revisó la instalación eléctrica. Estaba en perfectas condiciones. Incluso se prestó Jack Angel a ser entrevistado por un psiquiatra, para que por medio de la hipnosis pudiera lograrse averiguar qué sucedió durante la noche. Lo único que obtuvo el agente de ventas fue que debieron amputarle la mano debido a las quemaduras sufridas.

Jeanna Winchester, que trabajaba para las fuerzas navales en Jacksonville, Florida, viajaba el 9 de octubre de 1980 en compañía de un amigo, en su automovil, cuando comenzó toda ella a arder. Fue conducida de inmediato a un hospital. Apreciaron los médicos severas quemaduras en el costado derecho de su cuerpo, sin que la ropa hubiera ardido al mismo tiempo. En cuanto a su acompañante, ni siquiera se chamuscó.

Pero conozcamos ahora diversos casos sucedidos durante el siglo pasado y comienzos del presente. El Dr. Bertholle, quien tenia su consultorio en Paris, fue llamado el 1º de agosto de 1869 por la policía para que diese su opinión sobre la muerte de una mujer que habia sido hallada carbonizada en su habitación. Debajo de su cuerpo, tirado en el suelo, habia ardido el piso de madera, pero el resto del cuarto no habia sufrido ningún daño. Todo estaba normal, menos el cuerpo de la victima: parecia haberse consumido. Gran parte de su cuerpo y de sus visceras habia sido reducida a cenizas. Como si el fuego se hubiera declarado en el interior del organismo.

Otro médico, el Dr. B. H. Hartwell, forense del estado de Massachusetts y miembro de la Sociedad de Medicina Legal Norteamericana, declaró el 12 de mayo de 1890 que cuando paseaba por el bosque de Ayer fue testigo de algo sorprendente. Vio una mujer tirada en el suelo, de cuyo cuerpo se desprendia humo. El cuerpo estaba consumido a medias, a pesar de no existir llamas. El médico no supo dar explicación para el fenómeno.

En 1907 sucedieron dos casos semejantes de combustión espontánea, separados uno del otro por varios miles de kilómetros. El primero tuvo como escenario el pueblo de Manner, cerca de Madras, en la India. Dos agentes de la policia penetraron en una casa y hallaron el cuerpo humeante de una mujer que parecia haber ardido por dentro. Su ropa estaba apenas chamuscada. Esto sucedió el 13 de mayo. El 28 de junio, Albert Houck, quien vivia en Pittsburg, Pensilvania, halló de regreso a su casa el cuerpo completamente calcinado de su esposa. No habia señales de fuego en la casa.

Dos años antes, el 28 de febrero de 1905, unos vecinos vieron salir humo





En otros tiempos, era normal que los santos varones arrodillados ante el altar sintiesen un ardor inexplicable invadirles garganta y cuerpo. Se ha dicho que era culpable la tiroides, actuando de manera extraña sobre el organismo, pero nadie ha sabido decir por qué sucedía lo mismo en los casos que la glándula funcionaba como Dios manda.



por la ventana de una casa, en Blyth, en el norte de Inglaterra. Acudieron al interior y descubrieron el cuerpo de Barbara Fell, de 77 años, humeando aún, sentada en un diván que no tenía señales de quemaduras. El cuerpo de la anciana estaba negro y encogido, como si hubiera permanecido largo tiempo dentro del horno. En la chimenea ardía un fuego apacible, muy ajeno a las misteriosas llamas que habían consumido a la mujer.

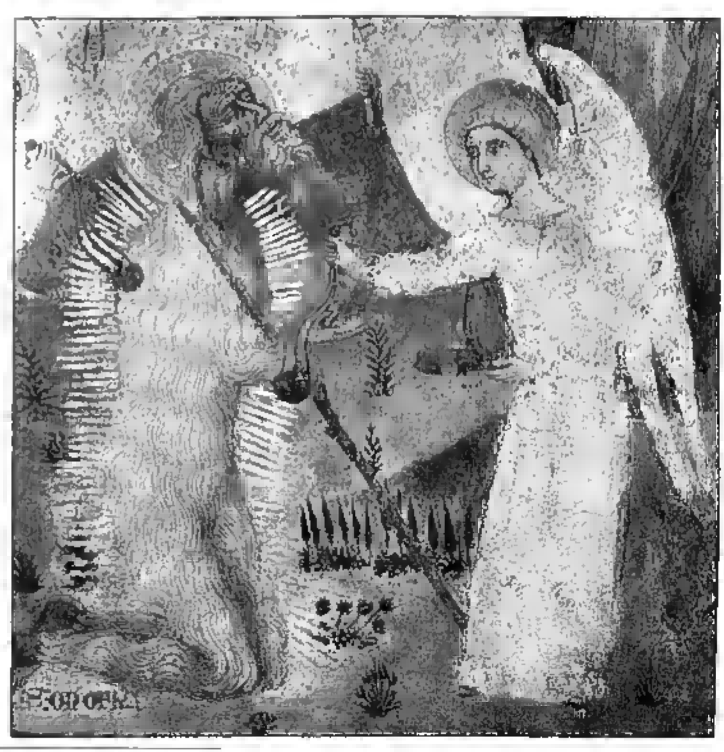
¿Tienen su origen estas incomprensibles combustiones espontáneas en un exceso de alcohol en el organismo, como ha sucedido en ciertas ocasiones? Curiosamente, estas personas no eran afectas al alcohol. También se ha querido suponer que las víctimas de cierta edad desean abandonar este mundo. También se ha atribuido un origen eléctrico a las combustiones. Pero queda una última explicación para aclarar el misterio, que tiene mucho que ver con el misticismo y con cierta glándula del cuerpo humano.

La sangre hierve en las venas a los santos

En sus momentos de intenso misticismo, son muchos los santos que han sentido un acentuado fuego interior. Sentían desfallecer de calor y debían abrir las ventanas, aunque se encontrasen en la estación invernal. En algunos casos, un fuerte ardor invadía su garganta, de manera inexplicable, sin que el santo se encontrase enfermo. En la actualidad se sabe que el causante de estos estados tan anormales es una glándula muy especial.

Se trata de la tiroides, que está localizada en la garganta y rige el metabolismo basal, íntimamente relacionado con los cambios de temperatura del cuerpo. Esta glándula secreta la hormona *tiroxina*, que actúa sobre los procesos fisiológicos causando palpitaciones y una gran excitabilidad. Cuando crece la producción de tiroxina se produce el hipertiroidismo: los ojos del enfermo se vuelven saltones y sube la temperatura en la garganta.

Santa María Magdalena de Pazzi, mística italiana que vivió en el siglo XVI, tenía que correr en busca de agua fresca cuando le sobrevenía una crisis provocada por su excesivo amor a Dios. Y lo mismo le sucedía a santa Catalina



de Génova, cuya piel ardía con tal intensidad que nadie podía tocarla. En cuanto a la venerable Serafina, religiosa del Monte Carmelo, en Capri, quien falleció en 1699, era consumida por un fuego interior cuando se ponía a rezar. Sentía que la consumía gran ardor y le hervía la sangre.

Esta sensación de fuego interior es familiar a los enfermos de la glándula tiroides. En su caso, el mal tiene un origen biológico, mientras que los santos ardían espontáneamente. En ciertos casos, el excesivo ardor condujo a estos santos a la tumba, como sucedió en los casos de san Felipe de Neri y la venerable Serafina. En este último caso, el cuerpo conservó tal calor en las 24 horas que siguieron a su muerte, que no fue posible aproximarse a él.

En este grabado, obra de Alberto Durero, vemos a San Francisco de Asís en el momento de recibir los estigmas.



